LA GUARDIANA DE LA ROSA

NIEVES CORTE



NIEVES CORTE

LA GUARDIANA DE LA ROSA



PLAZA JANÉS

A mi madre, Victoria Heredero, cuyos ojos
vivirán eternamente en Clémence.
Aunque su alma se haya alzado en vuelo
y ahora recorra el universo infinito siguiendo
el curso de alguna estrella melenuda,
está y estará siempre entre nosotros

1

Una gallina mal desplumada

Abadía de Saint-Sulpice, Francia.
Año 1397 de Nuestro Señor

Los monjes interrumpieron las labores del huerto, dejaron caer sus herramientas sobre el terreno, se sacudieron el polvo, se lavaron, se despojaron de la ropa sucia y volvieron en silencio al *scriptorium.*

—Deja listos esos dos bancales, Clémence —ordenó uno de los monjes antes de partir—. Abona bien la tierra. Cuando plantes las semillas de valeriana, recuerda que para que germinen han de tener algo de luz. Si las entierras por completo no brotarán. No olvides usar el medidor —añadió, pasándole un cordón con nudos—. Si no, todo crecerá abigarrado y las plantas se pelearán por el espacio y la luz.

Ella asintió sin mirarle, pues tenía la vista y el corazón clavados en la puerta del *scriptorium,* al que habían comenzado a entrar algunos monjes.

—¿Quieres prestarme atención? Parece que estés en las nubes.

—Os la estaba prestando, hermano. Me decíais que abone la tierra, que no sepulte del todo la valeriana, que guarde distancia y…

que utilice el cordón.

—Está bien. Recuerda las palabras de san Antonio: «Mi libro es la naturaleza».

—Pues yo preferiría, hermano, que mi libro no tuviera ni tallos ni raíces.

—Trabaja con cuidado, anda, que hay quien dice que las plantas tienen alma.

Obediente, se arrodilló ante el primer bancal y comenzó su tarea. Arrancó las malas hierbas, escardó y abonó la tierra, señalizó con palos la distancia entre las siembras y, cuando hubo terminado, vertió agua con cuidado para evitar que las semillas quedaran al descubierto. La tierra, ansiosa, comenzó a engullir con rapidez el líquido como si se lo fueran a hurtar. Enseguida se puso muy negra y desprendió ese olor agrio que tanto le gustaba a Clémence.

Los monjes estaban ya sumergidos en sus respectivas labores. Espaldas curvas, cabezas gachas, labios sellados, concentración y silencio. Solo se escuchaba el rasgueo de las plumas sobre el papel, el crujido de los libros al pasar las hojas, el quejido de la madera cada vez que un monje se movía sobre el asiento, los rítmicos golpes en el mortero y los picotazos de una paloma en el ventanal. El *scriptorium* era una colmena en la que nadie podía sobrevivir sin los demás. Sin la rayadura, el papel era como un campo carente de senderos; sin las tintas, las plumas eran tallos sin savia; sin las decoraciones, la copia era algo así como estar ante un atardecer con los ojos vendados y que otro, al oído, te lo contara. Cada monje era el eslabón de una cadena. Donde uno acababa, el otro comenzaba.

Llevaban meses dedicados a copiar las Sagradas Escrituras. Les faltaban tan solo cinco ejemplares para concluir el encargo que les

habían hecho desde Nantes. Una vez terminado ese trabajo, proseguirían con los breviarios y los libros de horas que tenían a medio terminar.

El *pater* Oliverius dejó el mortero y se dirigió al centro de la sala.

—Hermanos, perdonad que os interrumpa —les susurró. Los monjes levantaron la cabeza como si los acabaran de despertar—. Quiero mostraros algo y prefiero hacerlo ahora, antes de que perdamos esta hermosa luz —dijo, mirando a los ventanales—. De paso, podréis dar un respiro a vuestros ojos, que no os vendrá mal.

Tras decir esto, fue hacia los arcones que había junto a la pared, en los que los monjes guardaban libros, papeles, paños y material de escritura. Abrió uno de ellos.

—Guardo aquí un libro que quiero que veáis. Lo obtuve de un mercader en París antes de trasladarme a Évraux. Necesito que me deis sobre él vuestra experta opinión.

Los hermanos se quedaron sentados en sus respectivos asientos, a la espera de que el *pater* les mostrara aquello que les anunciaba. Le vieron acuclillarse junto a un arcón. Sacó de él varios libros, los miró, negó con la cabeza y los dejó sobre el suelo. Después extrajo unos cuadernillos de hojas amarillentas. Se incorporó.

—¡Dios bendito! Ya no me acordaba de ellas. Son algunas pecias con las que estudié Teología. Recuerdo que se las compré a un estacionario usurero… Pero no, esto no era lo que estaba buscando, hermanos —les aclaró con una sonrisa que no fue correspondida y prosiguió hurgando en el arcón—. ¿Se puede saber dónde estás? —se preguntó, frunciendo el ceño.

Los monjes se miraban los unos a los otros. Sus caras comenzaron a mostrar la tirantez de la impaciencia mientras el *pater* sacaba del

arcón libros que después descartaba.

—¡Por fin! —exclamó con alivio—. Como dice san Mateo, «el que pide recibe; el que busca halla».

Alzó un tomo grueso. Sus cubiertas estaban forradas con piel granate y las esquinas reforzadas con adornos metálicos. Lo abrió, lo ojeó con mirada nostálgica y lo colocó con aparente satisfacción sobre un atril.

—Bien, aquí tenemos lo que buscaba: el *Hortus deliciarum.*

—¿El *Jardín de las delicias*? —preguntó extrañado uno de los monjes.

El *pater* preguntó si lo conocían y todos dijeron que no.

—Bien, se trata de una compilación del saber que se hizo hace mucho tiempo. Si mal no recuerdo, debe de ser de hace casi dos siglos. Es este el primero de dos volúmenes. Os agradecería que lo examinaseis, salvo la primera y la última de sus páginas.

Cumpliendo la petición del *pater,* los monjes, uno a uno, se fueron acercando al libro para analizarlo. Lo primero que hicieron fue comprobar, con la yema de los dedos, la calidad del pergamino. Después, el rayado de las páginas, la caligrafía y las letras capitales, las decoraciones y su perfilado, la gama de colores y los encuadres.

Cuando el último de los hermanos terminó de inspeccionar el libro, el *pater* les pidió su opinión.

—¿Por qué queréis que lo valoremos? —preguntó uno de ellos—, ¿acaso os han reclamado copias del libro?

—No, nadie ha solicitado una copia, pero me interesa saber si lo consideráis digno de reproducción. Decidme, hermano Anselme, ¿qué opináis vos?

El anciano se rascó el mentón y avanzó hacia el libro.

—¿Que qué opino yo? Pues que nos habéis mostrado, Oliverius, un trabajo que es digno de alabanza. Sin duda su caligrafía es perfecta, armoniosa y uniforme. Muchos habrán participado en su elaboración, pero… la verdad es que ninguna variación se advierte en la letra. Parecen todas las páginas escritas por la misma mano.

Tras el hermano Anselme, los otros se animaron a expresar su parecer. Elogiaron, los unos, el rayado de las páginas; los otros, el empleo de las tintas y la belleza de las ilustraciones; todos coincidieron en la calidad de los pigmentos que, con el paso del tiempo, no habían perdido color. Se alabó el cosido de las páginas, el tratamiento del cuero de sus cubiertas y los remates engastados que, de modo tan bello, protegían los bordes del libro.

Cuando hubieron hablado todos y cada uno de ellos, el *pater* tomó de nuevo la palabra.

—Entonces, hermanos, ¿consideráis que tenemos ante nosotros una obra digna de admiración?

Y unos y otros asintieron de forma un tanto desordenada.

El *pater* se acercó entonces al libro y lo abrió por su primera página.

—Hermano Anselme, ¿me haríais el favor de leer en voz alta el epígrafe?

El anciano se acercó con cara de extrañeza y comenzó a leer:

—«Herrada de Hohenbourg, abadesa…». —El monje se detuvo y carraspeó—. «… Por la gracia de Dios os ofrezco este libro que se titula Hortus deliciarum, florilegio de diversos escritos sagrados y filosóficos. Lo he elaborado con la ayuda de…». —El monje alzó la vista y miró a Oliverius, así como al resto de los hermanos—. «Lo he elaborado con la ayuda de mis sesenta…». —Se detuvo y volvió a

carraspear—. «… con la ayuda de mis sesenta hermanas, siguiendo la inspiración divina, en alabanza y honor a Cristo y a la Iglesia y para vuestro gozo. Nutríos a menudo de este libro y aliviaréis el ánimo cansado con cada una de sus palabras».

Los demás comenzaron a cuchichear.

—Querido Anselme, ¿nos haríais el favor de leer también el colofón?

El monje no se movió y el *pater* le tuvo que reiterar la petición.

Fue entonces cuando los huesudos dedos del monje abrieron el tomo por la última de sus páginas y leyó:

—«Este humilde libro fue escrito durante todos los días del año y ha sido terminado en el año de Nuestro Señor de 1170, el 31 de enero. Rezad por todas las hermanas de la abadía de Hohenbourg que… que… lo han escrito con su pluma e iluminado con su pincel. Que Dios quiera otorgar al libro una larga vida… Rezad por todas nosotras».

Los hermanos se quedaron meditabundos. Algunos se sentaron y otros permanecieron de pie, pero ninguno de ellos apartó los ojos del libro expuesto en lo alto del atril.

—No es ese, hermanos, el único libro escrito e iluminado por mujeres — dijo Oliverius muy mansamente—. Hay otros muchos. En la biblioteca de la universidad tuve en mis manos una copia de las *Fábulas* de Esopo que fue decorada por iluminadoras de la rue Saint-Jacques y…, y también un libro de salmos (magnífico, por cierto) realizado por las monjas de un convento de Bruselas. Os puedo afirmar que eran hermosos trabajos, bien acabados y dignos de reconocimiento.

Algunos pidieron permiso al *pater* para contemplar, de nuevo, las páginas del libro. Se acercaron al atril formando corrillo. Después se sentaron junto a los demás, y todos ellos conversaron largo rato.

El viento comenzó a golpear las vidrieras y el *pater* dio por terminado el cónclave, animando a los hermanos a seguir con la tarea hasta la hora de vísperas. Todos se sentaron ante sus pupitres y reanudaron las copias que habían dejado a medias.

¡Los dos bancales estaban ya plantados, las ramas secas retiradas, los frutales bien regados. Clémence se miró las manos cubiertas de tierra. Se lamentó de que no fuera tinta lo que las ensuciara. Al terminar, recogió las herramientas y las guardó en el establo. Cruzó la explanada y se dirigió al lavadero. En su interior había un pequeño estanque con una losa inclinada y ondulada para lavar la ropa. Extendió sobre ella su mandil, lo mojó y frotó con jabón. El musgo invadía el fondo del estanque; filamentos verdes, como barbas viscosas, se balanceaban en el agua, dándole un aspecto de suciedad que, en realidad, no tenía. Jabonó con ahínco. Frotó con enfado. Las manchas se resistían. Escuchó que alguien entraba al lavadero. Giró la cabeza y vio, al contraluz, la figura de la hermana Blanche. A Clémence se le escurrió el mandil dentro del agua y tuvo que pescarlo con un palo.

—Veo que andas muy atareada, Clémence. Te he visto cruzar el huerto y quería comprobar cómo estás.

—¿Nos ha levantado ya la abadesa la prohibición de hablar? —preguntó ella con una amplia sonrisa.

—No, aún no. No debería estar aquí, pero estamos preocupadas por ti. Dime, ¿qué tal te tratan?

—Me tratan bien, muy bien, hermana.

—Pues aguanta un poco más. Lograremos que la abadesa entre en razón y pronto retornarás con nosotras.

El rostro de Clémence se ensombreció.

—¿Qué te ocurre, niña? Esos ojos grises, aunque calles, hablan.

—No sé cómo decíroslo, hermana…

—Vamos, dime, qué es lo que te pasa.

—Que…, que no quiero…, no quiero volver, hermana Blanche.

Las cejas de la monja se torcieron y su frente se arrugó.

—Pero ¿cómo que no quieres volver? No…, no me estarás diciendo que prefieres estar con ellos.

—Ay, hermana, por Dios, no os pongáis así. Claro que quiero estar a vuestro lado, pero…

—Pero qué.

Clémence se separó de ella y se asomó por la ventana.

—Yo lo que deseo es trabajar ahí dentro, con ellos.

Al oír esto, la hermana Blanche avanzó junto a ella y miró también hacia afuera, a través del ventanuco.

—¿En su *scriptorium*? ¿Me estás diciendo que quieres trabajar con ellos allí?, ¿en el *scriptorium*?

Clémence asintió.

—Has perdido la razón, criatura del Señor.

Se miraron la una a la otra muy serias.

—¿Me lo estás diciendo de verdad? —insistió la monja con mirada lánguida y suspiró—. Ay, bendito, ¿por qué te atrae lo prohibido y te empeñas en conseguir lo que se te niega, Clémence?

—Hermana Blanche, creedme, lo deseo con todas mis fuerzas, de verdad. Más que nada en este mundo.

—También uno se puede empeñar en atrapar su propia sombra y es imposible, Clémence… Recuerdo que, cuando eras muy niña, te pasaste toda una mañana llorando porque decías que querías tener alas como las mariposas.

—¿Y eso qué tiene que ver ahora, hermana?

—Pues mucho, tiene que ver mucho, Clémence, porque ya va siendo hora de que te des cuenta de que en la vida se pueden tener muchos sueños, pero se hacen realidad muy pocos. A veces, ninguno. Y lo que quieres es un imposible. Una auténtica barbaridad. Dios bendito, menos mal que la abadesa no ha escuchado tus locuras, lo que nos faltaba.

Ella guardó silencio y luego cogió la mano de la hermana Blanche.

—Yo…, yo no soy como vosotras, hermana. Me moriría si tuviera que dedicarme a rezar a todas horas.

La monja le acarició la mano y negó con la cabeza. Hasta el lavadero llegó el repiqueteo insistente de las campanillas del claustro.

—Ahora debo irme. Rezaré, rezaré mucho por ti para que te quites esas cosas de la cabeza. Y reza tú también, te lo ruego, para que nuestro Señor guíe tus pasos.

La hermana se fue presurosa y ella, tras recoger su mandil, salió del lavadero. Sacudió la tela varias veces y la tendió con la vista puesta en el *scriptorium*. Se sentó en el murete y se quedó contemplando el ir y venir de la ropa tendida. Ya no brillaba el sol y se había levantado una ventolera fastidiosa que hacía que la cuerda se moviese con violencia. Se quedó un rato absorta contemplando

cómo, a cada golpetazo de viento, los hábitos de los monjes que estaban colgados junto a su mandil se balanceaban y parecían cobrar vida. Tan pronto se abultaban como enflaquecían, se abultaban de nuevo y volvían a enflaquecer.

Se levantó de un brinco y, de un fuerte tirón, arrancó de la cuerda uno de los hábitos.

—Hace mucho que dejé de soñar con alas de mariposa —farfulló, y se alejó deprisa con el hábito atrapado bajo el brazo.

La hora de vísperas se acercaba y el huerto había oscurecido. En el *scriptorium*, los hermanos limpiaban las plumas, ponían los marcadores sobre la última palabra copiada para proseguir al día siguiente, recogían cuadernillos y vertían los pigmentos sobrantes en los saquitos de cuero. Estaban acabando de recoger sus instrumentos cuando rechinaron los goznes de la puerta de entrada. Todos se giraron, muy extrañados, porque ninguno de ellos faltaba. Se escucharon pasos y vieron cómo la luz temblorosa de una vela se les iba acercando. Tras ella, apareció la silueta de un monje. El intruso se detuvo y se quitó el capuchón ante ellos, y entonces quedó al descubierto la cabeza de Clémence, con el cabello torpemente trasquilado. Le quedaban algunos restos de pelo disperso que le daban el aspecto de una gallina mal desplumada. Sus ojos parecían incluso más grandes, dominaban toda su cara. Ella los miró sonrojada.

—Hermanos, si para que me aceptéis he de ser un hombre, un hombre seré.



2

Mi pequeño caracol

Siete años antes

Cuando las campanas de la abadía de Saint-Sulpice dieron el primer toque de la hora sexta, Clémence se encontraba jugando en la fuente del claustro, una sencilla pilastra con cuatro palabras esculpidas en la piedra: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. A la niña le gustaba dejar caer en la fuente hojas grandes de castaño y, a base de soplidos, las hacía avanzar lentamente por el agua. Esta vez había tenido mucha suerte, pues entre las hortalizas del huerto había encontrado un caracol y pretendía hacerlo navegar como polizón sobre una de sus barcazas. En esas labores estaba cuando sonó el último toque de la llamada al oficio. Muy presurosa, se secó las manos en la túnica que le habían confeccionado las hermanas con los restos de un viejo hábito.

—Ahora vuelvo, que ya salen —le susurró al caracol acariciándole el caparazón y corrió hacia el otro extremo del claustro.

A la altura de la iglesia se detuvo, tomó impulso para trepar al muro que soportaba la arquería que daba al jardín y se ocultó tras una de las columnas. Como se dio cuenta de que los pies

sobresalían, se echó hacia atrás para evitar ser descubierta. Al ver que el Cristo que estaba sobre el dintel de la puerta la miraba enfadado, se santiguó varias veces. Echó luego un vistazo a la galería con el rabillo del ojo. «¡Ahí están, ahí están!», se dijo nerviosa, entre risas, tapándose la boca. Cada vez se escuchaban más cerca sus pasos y el seco rozar de los hábitos. Cuando las sintió al lado, brincó hasta el suelo y se plantó ante ellas con los dedos en garra, frunciendo la cara y emitiendo rugidos, como si del más fiero animal se tratase. Algunas monjas se ocultaron el rostro con las manos; otras retrocedieron un paso mostrando pavor, y ella, al verlas tan asustadas, correteó a su alrededor riendo y dándoles tirones de los hábitos.

—¡Que soy yo, hermanas! No os asustéis. Que soy Clémence. ¿No veis que soy solo Clémence?

Y así estaba, danzando alrededor de las monjas, doblada en dos por la risa, cuando alguien la arrastró hacia atrás tirándole fuertemente de una oreja. Cuando giró la cabeza, se cruzó con la mirada severa de la *mater* abadesa. Sus pequeños ojos siempre le habían parecido como nubes de tormenta.

—¡¿Cuántas veces habré de repetirte que en el claustro ni se corre, ni se ríe ni se juega?! —gritó, sin dejar de retorcerle la oreja —. ¡¿Cuántas?!, ¡¿cuántas?!, ¡¿cuántas?!

Las hermanas, que habían recobrado la compostura, agacharon sumisas la cabeza.

—¡Pequeño diablo malcriado!

La cara de la niña se arrugaba a cada tirón de oreja.

—¡Ofendes al Señor con tus risas y tus correrías y vas a lograr condenarnos a todas!

Y, tras decir esto, le dio un fuerte bofetón que la hizo caer al suelo.

—Está visto que solo con palabras no escarmienta el necio.

La oreja de Clémence ardía. Palpitaba como si se estuviera haciendo grande, tan grande que fuera de un momento a otro a reventar.

—Y te digo una cosa más: no dejaré que nos condenes. Te encauzaré por la senda de la rectitud, aunque sea a palos, y por san Benito que podaré todos tus vicios, aunque me lleve la eternidad conseguirlo. ¿Te ha quedado claro?

La niña asintió.

—¿Se puede saber a dónde vais, hermana? —preguntó la abadesa, secamente, a una de las monjas que había hecho el amago de marcharse.

—Yo…, yo… solo iba a cerrar los caños, reverenda *mater*, que el agua…, el agua de la fuente se está desbordando.

Al oír esto, Clémence miró hacia allí y fue entonces cuando las lágrimas se deslizaron por sus sonrosadas mejillas.

Pobrecito, pensó la niña, pobrecito mi pequeño caracol.

3

Un escondite

La abadía de Saint-Sulpice podía ser realmente sobrecogedora cuando era sacudida por las tormentas. Estaba levantada en un lugar solitario, en una zona pedregosa por la que discurría un río que, ya fuera verano o invierno, nunca estaba falto de abundante caudal. Los días en los que azotaba el viento, las paredes, ventanas y puertas cobraban vida. La ventisca corría enojada por todos los rincones. Zarandeaba con saña los árboles del claustro, bramaba en la galería porticada y con agudos silbidos se filtraba por huecos y ranuras. El pozo del claustro, aunque tuviera la polea bien amarrada, no paraba de rechinar. Clémence, tumbada en su jergón, creía escuchar golpetazos y aullidos, gritos y pisadas, incluso el relincho de algún que otro caballo. Sonaron unos golpes secos. Sin duda, era la mano peluda del diablo llamando a su puerta. Ocultó la cabeza bajo la manta y, con los ojos apretados, rogó a Dios que, por favor, por favor, la hora prima llegara. Cuánto deseaba estar con las hermanas en la iglesia, sentir muy cerca el olor de sus hábitos y el murmullo de sus oraciones, y ver el resplandor de las velas en el altar. Incluso si la abadesa la castigaba por bostezar y tenía que

tumbarse en el suelo con los brazos en cruz. Prefería quedarse así, helada y dolorida, a seguir atrapada en la terrible oscuridad.

Un día, tras mucha insistencia, Clémence logró que la hermana Marguerite la subiera a la torre del campanario, no sin antes prometer que a nadie lo revelaría, ya que tenía prohibido acceder a ella.

—¡Solo eso nos faltaba!, que esta criatura endiablada anduviera jugueteando por las alturas —había dicho la abadesa al resto de las hermanas cuando impuso a la niña la restricción.

Cuando llegaron a lo alto, las palomas levantaron el vuelo con su escandaloso aleteo, aunque unas pocas se quedaron zureando a sus pies. La niña contempló boquiabierta la enorme campana. Se estiró en un intento de abrazarla.

—Es enorme, hermana, incluso más grande que yo —dijo mientras la palmeaba.

—Poco hace falta para superarte, Clémence —añadió la monja, acariciando ella también la campana.

—Y ese palo de hierro, ¿para qué sirve?

—Es una manivela y sirve para hacer que la campana se columpie.

—¿Y que suene?

—Así es.

—¿Puedo hacerlo yo, hermana?

—¿Que si puedes? ¿Estás loca? ¿Acaso quieres que la abadesa nos castigue de por vida a las dos?

—Ah, claro, claro. Mejor no, no hacemos ruido, no.

Después recorrió con la mirada el entramado de vigas del techo, las sogas apiladas en una de las esquinas, las cajas de madera abandonadas en el otro extremo. El suelo estaba sucio, lleno de

excrementos. ¡Pero qué mal olía! Se sacudió el pie para liberarse de las plumillas que se le habían quedado pegadas a la suela de la sandalia.

Corrió hacia el borde para asomarse al exterior. Como por mucho que se aupara no llegaba a ver nada, la hermana la levantó. Pudieron contemplar el campo salpicado de rocas grisáceas, la tupida arboleda, el río abriéndose paso entre los matorrales y, al frente, todo al frente, aquella montaña achatada que a Clémence le pareció que tenía la forma de un pan. Según le explicó la hermana, en aquel promontorio daba comienzo el ducado de Borgoña, una bella tierra gobernada por Felipe de Valois, al que todo el mundo conocía como el Atrevido.

—¿El Atrevido?, ¿y por qué el Atrevido, hermana Marguerite? Qué nombre más raro —preguntó ella frunciendo el ceño.

La monja respondió que era llamado así por su coraje y atrevimiento. Había luchado valientemente junto a su padre, el rey Juan, en la batalla de Poitiers, y eso a pesar de su temprana edad, siendo casi un niño.

—Y… ¿ese niño tan valiente que ayudaba a su padre ganó la batalla?

—Oh, no, Clémence. Los arqueros ingleses acabaron con nuestros hombres y, desde entonces —suspiró la hermana—, todo ha ido de mal en peor. Pero bueno, dejemos los males de Francia, que tenías muchas ganas de subir aquí arriba. Vamos, ¡dime, dime!, ¿qué te parece?

La niña se quedó en silencio oteando el horizonte y la hermana Marguerite, ante su quietud, volvió a preguntar. Enfurruñada, ella contestó que no le gustaba porque estaba vacío, no había gente.

—Claro que no hay gente, pero ¿tú qué te esperabas? —adujo la monja con cara de sorpresa.

—Yo pensaba que vería personas y más niños y un castillo, un castillo muy alto, de esos que tienen un puente que se levanta. A ver, decidme, ¿dónde está el mar del que me habla tanto la hermana Pétronille? Ese que cuando se enfada ruge. ¿Dónde, dónde está…? Esas cosas no existen. Me habéis mentido, sí, me habéis mentido todas.

Se zafó de los brazos que la sujetaban y se sentó sobre una caja. Una paloma se acercó confiada y ella, de un fuerte pisotón, la espantó.

—Vamos, pequeña, no te pongas así, y menos la tomes de ese modo con la pobre palomita, que no tiene culpa de nada —dijo la hermana abriéndose hueco junto a ella—. Nadie te ha mentido, todo eso que tú dices existe, pero desde aquí no se puede ver.

La monja le acarició el cabello y la niña fue aflojando el ceño.

—¿Sabes por qué se levantó la abadía en un lugar tan solitario como este?

Ella se encogió de hombros.

—Pues déjame que te cuente una historia…

—¿Una historia?

Se le marcaron dos hoyuelos en las mejillas y le brillaron los ojos.

—Hace muchos pero que muchos años… —comenzó a contar la hermana Marguerite casi susurrando.

—¿Cuántos años? —interrumpió ansiosa Clémence.

—Vaya, no sé, doscientos. Como poco… unos doscientos. —La hermana Marguerite carraspeó antes de proseguir—. Hace muchos pero que muchos años, había un rico hombre llamado François de

Nevers que un día dejó su castillo en la Borgoña para dirigirse, acompañado de unos cuantos sirvientes, al entierro de su padre en Clermont. Cuando llevaban ya un par de jornadas, al atravesar un paraje muy pero que muy solitario, tuvieron la desgracia de ser asaltados por unos malhechores.

Al escuchar esto, la niña abrió más los ojos y se arrimó a la monja.

—Los escuderos del señor de Nevers se defendieron como pudieron en una dura pelea, pero los bandidos salieron victoriosos.

—Pobrecitos, también perdieron la batalla como ese niño que era tan… tan atrevido. Y…, y ¿murieron todos en esa pelea? —preguntó temerosa.

—Todos menos el noble señor de Nevers, al que dieron por muerto aquellos malvados cuando, en realidad, tan solo estaba malherido.

—Ah, claro, entonces no estaba muerto, sino solo dormido.

—Eso es. Cuando volvió en sí, se dio cuenta de que era el único que había sobrevivido a la refriega. Le habían despojado de su bolsa, de su manto, de su fiel caballo y hasta de sus botas.

En ese momento, la hermana hizo que la niña se levantara con ella y juntas volvieron a asomarse desde el campanario.

—Entonces el señor de Nevers, muy malherido, indefenso y desconsolado, miró a su alrededor, y ¿sabes lo que vio?

Clémence la observó desconcertada.

—Pues… vio un extenso campo con grandes rocas de color gris, un hermoso río que serpenteaba ruidoso entre ellas, una arboleda a un lado y, al frente, todo al frente…

La hermana señaló con el dedo dejando sus palabras en el aire.

—Al frente… Lo sé, lo sé, hermana, lo digo yo, lo digo yo —dijo nerviosa la niña—. Ese señor vio la montaña que parece un pan, sí, ¡la que parece un pan!

—En efecto, eso fue lo que vio. Estaba muy solo. Y cuando llegó la noche, el viento comenzó su empuje; un empuje tan fuerte que temió ser arrastrado y salir volando por los aires.

—Vaya, ¡qué miedo!

—Sí. El señor de Nevers sintió que su final estaba muy cerca, pues temió que allí nadie lo encontraría. Y, desesperado, bajo un cielo muy negro, comenzó a gritar con voz desgarrada: «¡Juro por Saint-Sulpice, lo juro, que, si logro salvarme, en nombre del santo levantaré en este lugar que piso una hermosa abadía que llevará su nombre, la abadía de Saint-Sulpice! Lo juro yo, François de Nevers, por mi honor y el de toda mi estirpe».

—Entonces ¿se salvó y luego hizo él esta abadía? ¿ Él solo, hermana Marguerite? Pero qué fuerte era ese hombre, hermana, pero qué fuerte que era…

—¡Cómo iba a hacerla él solo, criatura! Él y muchos otros hombres que lo ayudaron. Tardaron años, muchos años, hasta que se terminó.

Tras contar la historia, la hermana dejó a Clémence en el suelo y se quedó mirando el campo. El cielo parecía hecho a tropezones. Tan pronto se veía azul como violeta o amarronado. Corría un poco de viento. La hermana inspiró el aire fresco.

—Qué bien huele… ¿Sabes?, cuando era muy niña, me tumbaba en el campo mientras mis padres segaban. Me gustaba el olor seco del trigo recién cortado. Cómo recuerdo el silbido que producían las azadas y ese cosquilleo que me entraba en la nariz cuando el viento

levantaba la paja. Mi hermana y yo jugábamos a veces a adivinar la forma de las nubes. Las había que parecían ovejas, castillos, dragones… ¿Tú a qué dirías que se parece aquella? ¿La ves? Mírala. Ven, ven aquí.

Pero nadie contestó. La monja miró a su alrededor. La niña no estaba. La llamó y se acercó a la escalera por si había adelantado la bajada.

—Clémence, ¿estás ahí? —susurró la monja por el hueco de la escalera—. ¡Esta niña no tiene remedio! Pero quién me mandará, quién me mandará a mí…

Unas risitas ahogadas se escucharon a su espalda. La hermana giró la cabeza. Con el ceño arrugado, se dirigió hacia el montón de sogas. Al no verla agazapada allí detrás, se fue al otro extremo. Seguro que se ocultaba detrás de las cajas de madera. Pero tampoco estaba. Se escuchó una tos y, al poco, un tablón de la pared, justo al lado de la manivela que accionaba la campana, se abrió de par en par. Apareció primero una pierna, luego un brazo, después el resto del cuerpo cubierto de polvo. Estornudó.

—¡Puf! ¡Ya no podía respirar, hermana, me estaba ahogando! —dijo al tiempo que se separaba de la cara un mechón de cabello para librarlo de una tela de araña.

—¡Por todos los ángeles del cielo! ¡Es que no puedo creerlo! ¿Hasta en un campanario encuentras dónde esconderte, Clémence?

—No, no, que solo me apoyé para ver ese hierro que mueve la campana y se abrió la tabla ella solita. De verdad que esta vez no he sido yo.

La hermana se asomó al hueco del que había salido.

—Martillo, clavos, cuerda… Debieron de hacer esta cavidad para guardar herramientas. Y claro, cómo no ibas a encontrarla tú. Serías capaz de hallar un manantial en pleno desierto.

—¿Un mana qué, hermana?

Las campanillas del claustro repicaron.

—Me llaman a capítulo. Vayamos —dijo la monja tirando del brazo de la pequeña.

—Un poquito más, hermana —respondió ella, resistiéndose a bajar —. Veamos la montaña que parece un pan una vez más, solo una más, por favor, por favor, por favor.

—De eso nada, haberlo pensado antes y no haberte escondido.

Las dos comenzaron a bajar del campanario. Mientras descendían, Clémence, con voz ronca y el brazo extendido, iba declamando:

—¡Juro por Saint-Sulpice! Lo juro…, ¿juro qué? ¿Qué era lo que decía aquel señor de Cevers, hermana?

—Nevers. Señor de Neee-veeers —corrigió pacientemente la monja—. Y baja sin armar escándalo, anda, que como nos oiga la abadesa nos va a poner a pan y agua una semana.

La niña obedeció y descendió susurrando el juramento. La hermana le rogó que se fijara bien dónde ponía el pie, no fuera que terminase escalabrada.

—Hermana Marguerite…, y ¿a Saint-Sulpice no le importó?

—¿El qué, Clémence?

—Que hiciesen una abadía con su nombre en un lugar tan feo.

4

¿Dios tiene pelo y uñas?

Al escuchar las últimas notas del himno de alabanza, Clémence se sentó impaciente junto a la puerta de la iglesia para esperar a que terminase el oficio. Cuando el rezo concluyó y las hermanas comenzaron a salir al claustro, se levantó de un brinco. Buscó entre los negros hábitos aquel que había de conducirla hasta el refectorio para recibir su diaria lección de lectura. Y cuando lo hubo encontrado, no se despegó de él y le fue dando tirones hasta lograr que acelerase el paso.

Al alcanzar la fuente claustral, la niña sumergió las manos en el agua de la pila y después, riendo, comenzó a salpicar a la hermana.

—Lograrás que ambas nos enfriemos —dijo la monja sin dejar de avanzar— y tendrás que tomar la sopa de hinojo, te lo advierto, que no quiero luego lamentos.

—Pero… si tengo tos…, tendré que masticar un poco de raíz dulce, ¿no?

—Bueno, eso habría que verlo.

Y así, entre dimes y diretes, la una con las manos mojadas y la otra con el hábito salpicado, accedieron al refectorio. La hermana cruzó rápido la austera sala para intentar entrar en calor y se detuvo

frente a la chimenea, que se erguía imponente hasta lo más alto del techo abovedado.

—¡Ven aquí a secarte!

Clémence, en lugar de seguirla, se puso de pie sobre uno de los bancos colocados a ambos lados de la larga mesa que atravesaba el refectorio, sobre la que ya estaban alineadas las escudillas, los cestillos y las jarras. Comenzó a recorrerlo con los brazos en cruz para guardar el equilibrio, pues se trataba de un banco endeble que se balanceaba con facilidad. Alzó la vista hasta el púlpito adosado a la pared desde el que se pronunciaba la lectura divina. Algún día, ella subiría esa escalinata y, desde allí, al igual que las hermanas, leería el evangelio mientras las demás comían. Durante toda la refacción, el mutismo dominaba la sala. Era bien sabido que se debía callar, salvo que las palabras pudiesen valer más que los silencios, y tal cosa rara vez ocurría dentro de los confines de la abadía. El silencio era tan insoportable que a veces se tenía que tapar las orejas para dejar de oírlo. Le habían dicho que si las apretaba muy fuerte podía percibir los rugidos de un mar enfurecido.

La hermana volvió a llamar a la niña mientras avivaba la hoguera. Giró la cabeza y la vio allí sentada, presidiendo la mesa desde la cátedra de la *mater* abadesa. Su alto respaldo sobresalía tanto que empequeñeció aún más el cuerpo de Clémence. Incluso estando vacío, aquel oscuro trono no dejaba de intimidar.

—¡Hermana! —gritó—. ¿Adiviináis quién soy? «El que teme a Dios duerme tranquilo, el que no le teme…».

—¡Ven aquí ahora mismo, Clémence, que como abra la puerta la abadesa no quiero ni pensarlo! Te va a imponer un castigo tan grande que se alegrarán los demonios.

Cuando la pequeña se hubo sentado, al fin, frente al fuego, abrió el libro que se le había dado y lo posó sobre las piernas y, más sosegada, atendió ya a las explicaciones que comenzó a dar su maestra.

Aprendió a leer con la Sagrada Biblia. Fue todo un acierto que la hermana Marguerite, la primera en instruirla, decidiera comenzar con el Génesis. Viendo a la niña tan dispersa y falta de toda inclinación por la lectura, la sentó un día junto a ella, tomó en las manos la Biblia y comenzó a leer sus primeras frases:

—«Al principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra estaba deforme y vacía; las tinieblas cubrían la superficie del abismo, mientras el espíritu de Dios se cernía sobre las aguas. Y dijo Dios: "Exista la luz". Y la luz existió».

La hermana miró a la niña y vio que sus ojos centelleantes suplicaban que prosiguiera con la narración. Al ver aquel rostro iluminado por la incertidumbre, cogió un dedo de Clémence y lo arrastró por las letras. Repitió, esta vez más despacio, la última de las frases y dejó que ella también la pronunciara en voz alta: «Exista la luz. Y la luz existió».

La niña cayó rendida ante ese maravilloso laberinto de letras que la hermana le había posado en el regazo.

—Las palabras escritas son generosas, Clémence. Comprobarás pronto que ellas te dan mucho más que el esfuerzo que tú pones en leerlas. Cuando seas capaz de dominarlas, podrás saber cómo Dios creó el mundo en tan solo siete días.

Ansiosa por conocer los pormenores de la creación, se aplicó con gran esfuerzo en diferenciar las letras, unirlas, leer palabras, después frases y, por fin, dominar su correcta pronunciación. Hizo

con tal empeño todas sus labores que no hubo de transcurrir mucho tiempo para que pudiera leer sin grandes tropiezos las primeras páginas del Génesis. Hasta la *mater* abadesa alabó su buena disposición. «¡Las raíces del estudio son amargas, pero dulces son sus frutos!», le dijo un día al encontrarse con ella en el claustro. Al decirlo, hizo una mueca que a ella le pareció casi una sonrisa.

Y tenía razón la abadesa, pues su tesón dio dulces frutos. Pronto fue capaz de leer por sí misma las primeras páginas del Libro Sagrado. Comprobó, ciertamente, que Dios sacó a la tierra tenebrosa de las tinieblas al decir hágase la luz, pues la luz se hizo, y que, con solo dar una orden, las aguas se arremolinaron hasta formar grandes mares repletos de peces hermosos. Logró avanzar unas líneas más y observó cómo el firmamento, triste y apagado, se iluminaba con astros y miles de estrellas, y cómo la primera ave estrenaba el cielo, batiendo lentamente sus enormes alas sobre una tierra que, a su paso, iba reverdeciendo. Le llegó el olor intenso de las flores recién nacidas y vio cómo los árboles frondosos estiraban sus ramas para protegerlas de un sol cegador. Percibió chasquidos y pisadas, rugidos y aullidos entre el ramaje, y toda clase de animales, tanto fieros como mansos, hicieron su aparición.

—«Y dijo Dios: hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que domine los peces del mar, las aves del cielo»…, vamos, prosigue tú, Clémence.

—Los ga-na, los ganados y los re-ta, los re-ta-les de la tie-rra.

—Retales no, reptiles, Clémence —corrigió la hermana—, los reptiles de la tierra. Y entonces dime: ¿qué es lo que hizo el Señor? ¿Te acuerdas? —le preguntó la monja tapándole la hoja.

—Ah sí, el Señor bendijo el séptimo día y, después, descansó —respondió de carrerilla la niña.

Con la cara enrojecida, más que por el calor del fuego, por la emoción que le producía la lectura, alzó la vista y preguntó:

—Hermana, ¿Dios tiene pelo y uñas?

—¡Santa Águeda nos bendiga, qué preguntas tienes! Pues nadie lo sabe, Clémence. Pero si nos hizo a su imagen y semejanza como dice la Biblia…

Ambas se levantaron y salieron del refectorio.

—¿Qué? ¿Qué es lo que piensas? Miedo me das cuando te quedas así tan calladita.

—Es que no entiendo una cosa, hermana…, ¿por qué Dios no siguió inventando cosas, si le sobraba un día?

Cuando la discípula supo leer, la *mater* abadesa ordenó que comenzara con el latín, pues decía que en latín habla el Señor y en latín se le responde. Desde ese momento empezó su calvario. Añoraba los días de lectura del Génesis y acudía remoloneando a sus lecciones diarias en el refectorio. Para combatir su hastío y evitar que la *mater* abadesa la azotase de continuo al no avanzar en el aprendizaje de esa lengua, las hermanas llegaron a un acuerdo. Con cada progreso, la niña obtendría como premio lo que la monja de turno guardase en el saquito prendido de su hábito. Soportó con agrado, desde entonces, las lecturas del salterio y la recitación del *Ave maris stella*. Ponía todo su empeño en la lección aguardando el momento en que una mano generosa la premiase con un puñado de

ricas nueces o pasas o bolitas de jengibre, o váyase a saber si incluso con uno de esos jugosos pastelitos de calabaza.

Como la ociosidad es la enemiga del alma, aparte de sus lecciones, se le encomendaron algunas pequeñas tareas. Se le asignaron como habituales la de raspar la cera rebelde pegada en el suelo y la de llenar de pan el cesto del refectorio. La primera labor era costosa y poco grata, pero la segunda la encontraba más divertida, ya que el cesto en cuestión estaba suspendido del techo y se hacía subir y bajar por medio de una cuerda que ella estaba encargada de manejar. Mientras las hermanas se lavaban las manos antes de comer, ella se apresuraba y entraba en la sala, desataba la cuerda, posaba el cesto en el suelo, lo llenaba de pan y de nuevo lo izaba. Hecho esto, esperaba atenta a la señal de la *mater* abadesa, que, tras el rezo del padrenuestro y la dación de gracias por los alimentos que iban a recibir, levantaba el dedo índice para hacer que los panes descendieran de los cielos. La niña, obediente, desataba del muro el cordel y lo iba aflojando con cuidado hasta posar el cesto delicadamente sobre la mesa. En una ocasión, al distraerse con un pájaro que comenzó a picotear la vidriera, se le escapó de las manos la cuerda y todo concluyó con una lluvia de panes sobre la cabeza de la abadesa. Fue por ello duramente reprendida. Tuvo que sufrir por siete largos días la soledad de Judas, permaneciendo de rodillas en una esquina del refectorio durante la comida.

Aparte de sus obligados quehaceres, la niña en todo momento tenía que estar a disposición de las hermanas, que demandaban su compañía, más que por su ayuda, por tenerla vigilada. Le enseñaron que el primer grado de humildad es la obediencia sin demora. Y, así, la acostumbraron a que acudiese rápido al tercer repique de

campanilla. Atendía al reclamo, y tan pronto se ponía a amasar o a cortar verduras como llevaba agua a las letrinas, encendía velas, recogía huevos o reunía la ropa sucia en el lavadero.

Encontraba una especial devoción por auxiliar a la hermana Julie, una de las más veteranas de la abadía y que cuidaba de las plantas medicinales del huerto. Con ella escarbaba, escondía en la tierra las semillas, arrancaba las malas hierbas, regaba las plantas y hacía ramilletes de hierbas para ponerlos a secar boca abajo en la botica. La botica olía un poco a todo. A campo y tierra mojada, a castañas asadas, qué ricas, a madera quemada y a manzanas verdes recién troceadas. Clémence decía que, cuando entraba en ella, sentía como si un árbol gigantesco la abrazase con sus ramas y le restregase las hojas por la nariz. El picor acababa en estornudos. Siempre tres, ni uno más, ni uno menos. Tras realizar la siembra, entonaban juntas una oración: «De nuestro Señor procede todo el bien. Que nos conceda la gracia de un buen tiempo para que la tierra dé su fruto y así alabemos su nombre. Amén».

Nunca vio la niña a nadie que tratase con mayor dulzura ese universo verde. Aquella anciana monja, de manos temblorosas y piel translúcida que dejaba al descubierto sus gruesas venas azulonas, decía que el huerto era un bálsamo para el alma, pues el color verde de las hojas tenía un efecto sedante y beneficioso para el espíritu.

—Escucha, Clémence. En un jardín se percibe el ciclo de la vida; es como un diminuto universo. Ven. Ven acá y observa esos primeros brotes… Tú misma plantaste conmigo las semillas y ahora los ves crecer. ¿Te das cuenta de lo sanos y tiesos que despuntan?

Ella se acercó y pegó la nariz a las plantas. Se quejó de que no olieran nada.

—Luego esos insignificantes brotes —prosiguió la monja— crecen hasta formar grandes tallos y hojas. Vamos, toca. Comprueba lo fuertes que están… Y después, cuando florecen, los insectos y el viento les ayudan a reproducirse.

Clémence frotó las hojas y luego se olfateó los dedos.

—Pero mira aquellas hojas secas bajo el árbol. Están muertas. Como puedes observar, todo nace, crece, se reproduce y después muere.

La niña al escuchar tal cosa se quedó pensativa.

—Pero no pongas esa cara triste, porque tras la muerte viene de nuevo la vida. Esas hojas secas caen al suelo, se pudren y la tierra se abona con ellas. De la muerte surge nuevamente la vida, ¿lo ves?

—Vaya… —respondió Clémence asintiendo con la cabeza—. Ya veo, hermana. Entonces ¿las plantas también resucitan, como el Señor?

La hermana Julie sonrió, cogió el cesto lleno de verduras y se lo dio a la niña para que lo llevase a la cocina.

—Prométeme una cosa —dijo bajito.

—¿Qué cosa, hermana? —preguntó ella, igual de bajito.

—Que cuando vengas la próxima vez al huerto, en lugar de alborotar entre las plantas, trabajarás siempre con el debido respeto y en silencio. Ahora ya sabes que tienes ante tus ojos el fascinante milagro de la creación.

5

Ángel protector

Tendría Clémence alrededor de tres años cuando la *mater* abadesa decidió que había llegado el momento de que saliera de debajo de los faldones de las hermanas y ocupase su propia celda. En la abadía estaba prohibido hablar tras el oficio de completas, y tal regla se quebrantaba con frecuencia al tener que compartir las monjas su jergón con ella. Mantener el silencio durmiendo con la pequeña era tan difícil como alcanzar la luna lanzando piedras.

La abadesa negaba con la cabeza.

—La cría tiene que dormir ya sola —dijo un día con un gesto crispado—. Por las noches esto, más que la casa de Dios, parece una taberna.

—Pero reverenda *mater,* la abadía es tan oscura y estremecedora… —replicó una hermana con voz lastimosa.

—¡Qué tonterías! Si cierra los ojos y duerme, se acabó la oscuridad y el miedo. Solo tenemos que dejarla llorar. Cuando se canse, parará. Y, por supuesto, que a ninguna de vosotras se os ocurra ir a verla.

Las hermanas se miraron de reojo las unas a las otras con cara de pena.

—¡Ni que os estuviera diciendo que la niña haga el viacrucis, por Dios! —añadió la abadesa al verlas tan compungidas.

—Es que… tendrá mucho miedo, *mater* —se atrevió a decir una de las más gallardas—. Imaginaos, ella solita en la oscuridad, es tan pequeña…

—No conozco a nadie que se haya muerto de miedo o de llantina. Además, las angustias que pase ahora le serán provechosas en el futuro. Viene bien fingir la guerra en plena paz para prepararse frente al infortunio.

Clémence ocupó la última de las celdas, la situada al fondo del corredor. Las noches se llenaron de súplicas, gritos y rabietas que mantenían a la abadía despierta. Todas las monjas permanecían en vela; todas menos Éléonore, pues debido a su sordera siempre conseguía dormir a pierna suelta.

A las hermanas se les encogía el alma cuando pronunciaba sus nombres. «Marguerite, ayuda», «Louise, Julie, tengo mucho frío», «Quiero agua, Pétronille», «La tripa, Marie, me duele la tripa», «Socorro, hermana Blanche. Hay un monstruo que me quiere morder los pies». Menos a la hermana Éléonore, que por mucho que gritase no la oiría, y a la *mater* abadesa, que por mucho que la oyese no acudiría, Clémence invocaba el auxilio de toda la congregación.

Una noche, a hurtadillas, fue a verla una de las monjas. Cuando la sintió a su lado, la pequeña dejó su llanto desconsolado y se abalanzó sobre ella.

—Calla o me meterás en un buen lío —susurró.

—No quiero estar sola —gimoteó, con la respiración aún entrecortada por el sofoco y el cabello pegado a su frente,

empapado de sudor.

—Mira lo que te traigo.

Clémence se restregó la cara con el brazo. Sus ojos estaban enrojecidos, y los párpados, hinchados.

—Es un ángel, tu ángel protector. Venga, cógelo.

La niña extendió la mano para tomar el muñeco de trapo. Pasó el dedo por las dos puntadas en cruz que tenía por ojos; recorrió el remiendo en forma de sonrisa que hacía las veces de boca; apretó el cuerpo blandito, carente de brazos y piernas, y acarició, por último, las dos deformes protuberancias que estaban cosidas a su espalda.

—¿Te gustan sus alas?

Ella movió la cabeza en señal de que sí.

—El ángel ha venido volando desde el cielo para hacerte compañía. Lo he encontrado caído entre las flores del jardín. Si lo aprietas fuerte, te protegerá y no tendrás jamás miedo.

—¿Seguro, seguro que no tendré miedo, hermana Blanche?

—Seguro. Si tienes una pizca, cierras los ojos y abrazas a tu ángel. Si ves que tienes mucho, pero que mucho miedo, lo que tienes que hacer es rezar a la Virgen y acariciarle las alas de este modo. Mira, si lo haces así, ni una tormenta te dará miedo.

La niña, sonriendo, lo apretó fuerte contra el pecho.

—Pero una cosa: que nadie te lo vea. Será un secreto entre nosotras dos. Cuando te levantes, lo escondes bajo el jergón. Ya sabes que nos está prohibido tener cosas propias y, aunque sea un ángel, la *mater* podría guardarlo en su arcón.

Tras meses de agitadas noches y desvelos, al fin se hizo el silencio en Saint-Sulpice. No es que Clémence hubiera dejado de llorar. Seguía llorando, pero ahora lo hacía sin alboroto, con sollozos

silenciosos, mientras se abrazaba a su ángel bonito y acariciaba sus mágicas alas. La abadesa se restregaba las manos. «Ya os lo dije: ten paciencia y vencerás».

A medida que fue creciendo, sus terrores nocturnos fueron disminuyendo, aunque en ocasiones padecía pesadillas que le hacían temblar y dar gritos en la oscuridad. A veces, se levantaba y deambulaba dormida por la abadía, con los ojos vítreos y la mirada perdida. Una noche la encontraron acurrucada en una de las esquinas del claustro, murmurando palabras sin sentido. Cuando le preguntaron qué era lo que hacía, contestó que quería atrapar al ratón malvado que se comía el pan del refectorio. La sorprendieron en otra ocasión inspeccionando la iglesia, porque en el suelo estaba creciendo la hierba, que ya llegaba hasta las rodillas. Una noche la hallaron muerta de frío en el huerto, mirando al cielo. Se iba a caer una estrella y pensaba esconderla bajo su jergón. Normalmente, retornaba tranquila a su celda, muchas veces sin que ni siquiera se hubieran percatado de su ausencia. Pero algunas noches llegaba hasta la entrada principal de la abadía. Allí intentaba descorrer los robustos cerrojos que sellaban el viejo portalón. Al no poder moverlos, comenzaba a dar voces, pidiendo que abrieran la puerta, y las hermanas acudían medio adormiladas, envueltas en sus mantas. Trataban de calmarla sin brusquedad para evitarle la locura o una muerte súbita, pero ella se negaba a moverse de allí. «¡Abrid, abrid! —chillaba desesperada—. ¡Que mi padre está ahí afuera y ha venido a por mí!».

A Clémence le contaron que fue tras esa puerta donde su padre la había abandonado nada más nacer. Su mujer había muerto en el parto durante el camino, según había voceado aquel desconocido en

plena noche cuando pidió ayuda. Las monjas no se atrevieron a abrir la puerta ante el temor de que todo aquello fuera una farsa para invadir la abadía. Al rato, se impuso el silencio, y tras el silencio se escuchó un llanto tras el portón.

Este relato lo había escuchado muchas veces y, llegado a ese punto, la impaciencia la carcomía.

—Y cuando abristeis la puerta visteis la manta, ¿verdad, hermana?

—Sí, había una manta en el suelo.

—Y la manta se movía un poquito.

—Eso es.

—Y la metisteis en la abadía.

—En efecto. Y volvimos a cerrar el portón.

—Y luego ¿qué?

Siempre le narraban lo mismo. Que abrieron la manta y fue entonces cuando la vieron por primera vez. Que era pequeñita y fea. Que parecía un cachorrillo con la piel tan arrugada y sucia. En fin, que estaba pegajosa como si le hubieran restregado manteca en la cocina.

La niña, entonces, comenzaba a reír y se señalaba la tripa.

—Y de aquí me colgaba un cordón retorcido que parecía una lombriz, ¡a que sí, hermana!, ¡a que sí!



6

Una cabra amiga

Estaba convencida de que, si no hubiera sido por las hermanas, la *mater* abadesa la habría arrojado al pozo del claustro nada más nacer. Y es que, según le habían dicho, en sus primeros días de vida nadie fue capaz de hacerla callar. Todas las monjas se aplicaron en atenderla. La lavaban y la cambiaban de ropa en cuanto se ensuciaba, la tapaban o destapaban para evitar que tuviera frío o calor, la acunaban por turnos y le hacían carantoñas, y por todos los medios imaginados e imaginables intentaron que comiera. Pero lo cierto es que la leche de la cabra igual que entraba en su boca así salía y, muerta de hambre, Clémence no paraba de llorar.

Cuando estaban a punto de claudicar, la hermana Blanche hizo su aparición con algo entre las manos. «Probemos con esto —dijo—, y que el Señor se apiade de nosotras». Rebuscando en el arcón donde las novicias abandonaban sus ropas al ingresar en la abadía, había encontrado una delicada y fina tela con la que elaboró después un saquito terminado en punta a modo de tetilla. Después llenó de leche un tazón y acopló el invento con destreza alrededor de su borde. Cuántas veces habrían rememorado las monjas el modo tan

decidido en el que la hermana Blanche cogió a la niña entre los brazos y la animó a chupar aquella tela redonda hinchada de leche.

La leche de la cabra le salvó la vida y quizá por ello Clémence siempre sintió una especial empatía con aquel animal. En una ocasión, cuando aún no sabía andar y tan solo gateaba, una de las hermanas la sentó sobre la paja del establo mientras recogía los huevos del corral. Cuando quiso darse cuenta, la niña estaba ya debajo de la cabra enganchada a su teta y mamando como un cabritillo.

Cuando creció, fueron muchas las horas que pasó jugando con la cabra. Le gustaba andar por el huerto, de un lado a otro, simplemente para presumir de que su amiga la seguía a cada paso que daba. Y es que, ciertamente, así lo hacía. Si ella iba hacia las coles, la cabra iba a las coles; si se paraba frente a la hierbabuena, allí se detenía a olisquear; si ella saltaba entre los surcos de la siembra, allí que se iba a dar brincos sobre las verduras ante el espanto de las monjas, que comenzaban a gritarle a la niña que controlase al animal. Clémence le daba un golpecito en las patas traseras y la cabra se sentaba mansamente para que la cepillara. Tenía el pelaje áspero, moteado de blanco y marrón. Como era tan bonita como las flores, la niña decidió llamarla Bellefleur.

Pero, con el tiempo, creció en ella una preocupación. No paraba de preguntarse si a Bellefleur la dejarían entrar con ella en el cielo. La había bautizado en el lavadero, sí, pero ¿acaso eso libraría a su amiga de ir a los infiernos? Una noche en la que no podía dormir, tras darle vueltas y más vueltas, Clémence descubrió lo que tenía que hacer. En misa repetían que quien come el cuerpo de Cristo tiene la vida eterna, y ahí precisamente estaba la solución. Tenía que

conseguir dar de comulgar a Bellefleur. Tumbada en su jergón, comenzó a rumiar su plan. «Consigo una hostia en la cocina, me la escondo en la ropa durante la misa para que esté bendecida, voy al establo, le digo, Bellefleur, cabra bonita, abre la boca, ella la abre, le doy el cuerpo de Cristo, se lo traga y se acabó. Es muy fácil», pensó.

La hermana Marie-Louise, que era quien elaboraba las hostias, las guardaba en la cocina en un cofre verde, hasta que cada domingo por la mañana las sacaba para mostrárselas a la abadesa, quien comprobaba que el pan divino careciese de fisuras o cualquier otro defecto y fuera apto para la consagración. A la niña le gustaba sentarse junto al fogón de la cocina y observar cómo la cocinera, con mucho arte, iba añadiendo agua a la harina en su justa medida y se ponía a amasar. Venga a amasar.

—Tiene que ser una masa pura, sin añadir levadura. Un pan humilde e inmaculado como el Señor.

Cuando la masa estaba libre de grumos y tenía la consistencia exigida, ni demasiado espesa ni demasiado líquida, la extendía sobre una bandeja de hierro y la ponía a hornear. Al poco, un olor maravilloso flotaba por toda la cocina. Clémence olisqueaba a su alrededor como si fuese un animal hambriento. La hermana, tras dejar reposar la hermosa lámina de oblea, cogía el molde y lo iba presionando encima. Cuánto le gustaba a ella ver cómo lo hacía. Cada crujido iba seguido de un perfecto círculo del más puro blanco. Parecían trocitos de nieve sin pisar.

El problema era que, durante su cocinado, Clémence sabía que era imposible sustraer una de aquellas obleas. Menuda era la hermana Marie-Louise. Ni acercarse dejaba. Insistía siempre en lo mismo:

«Este es el pan que ha de dar cobijo al cuerpo de Cristo, así que ni te acerques, que ha de estar muy pero que muy limpio».

Una noche, mientras las hermanas dormían, se levantó, cogió el candelabro y salió de su celda. Tenía que estar de vuelta antes de maitines. Recorrió sigilosa la galería porticada. Todo estaba en calma. Solo el vaivén del ciprés rompía el silencio de la noche. Cuando llegó a la cocina, posó la vela sobre la mesa y buscó algo donde subirse, pues la hermana Marie-Louise tenía la manía de colocar el cofre en lo más alto. Dio la vuelta a un cajón de madera que servía para almacenar las verduras y, al hacerlo, sintió un doloroso pinchazo que le atravesó el dedo. Cuánto le dolía. Se contuvo para no gritar. Se quitó una astilla y se chupó la sangre que le resbalaba por el dedo. Se subió decidida sobre el cajón y, tras palpar la estantería, se hizo al fin con el deseado tesoro. Lo posó sobre la mesa y alzó la tapa del cofre. Allí estaban aquellas inmaculadas obleas de celestial blancura. Cuando tenía ya una de ellas en la mano, la soltó al escuchar que alguien tosía. Fue visto y no visto. Volvió a subir el cofre a lo alto, volteó el cajón y se metió debajo de la mesa. Apagó la vela justo antes de que se abriera la puerta. Desde su escondite veía cómo se movían de un lado a otro los bajos de un hábito. «¿Se puede saber, Marie-Louise, dónde escondes la miel?», escuchó entre tos y tos. Aprovechando que la hermana se adentraba en la despensa, salió sigilosa de su escondite y retornó, decepcionada, a su celda.

Al día siguiente, cuando estaban leyendo el breviario en la iglesia, apareció la hermana Marie-Louise con el cofre verde en las manos. Clémence la observó con ojos lánguidos mientras lo dejaba sobre el altar. «Lo siento, Bellefleur. La tuve tan cerca y se me escapó», se

lamentó. La abadesa posó su libro de oraciones en el banco y se levantó dispuesta a inspeccionar, como cada domingo, el pan eucarístico antes de la consagración. La cocinera se quedó a un lado, pues, si la *mater* rechazaba por imperfectas algunas de las hostias, tenía que recogerlas, partirlas en diminutos pedazos y guardarlos en la bolsa que llevaba colgada al cinto. Aunque ese pan no estuviera consagrado, en modo alguno se podía desperdiciar.

La abadesa se santiguó, abrió la tapa del cofre y volcó las hostias sobre el altar para proceder a la rutinaria inspección. Pasó, después, la mano por las obleas para esparcirlas y se quedó paralizada. Se acercó un poco más a la mesa para observarlas mejor y comenzó a negar con la cabeza diciendo que no podía ser. La abadesa tenía la vista clavada en las hostias. La cocinera, al verla de ese modo, se aproximó al altar.

—¿Qué os ocurre, *mater*? —preguntó, desconcertada. Y al mirar donde la abadesa miraba, dio un grito que hizo que todas las hermanas levantaran la cabeza de los breviarios.

—Alabado sea Dios —musitó la abadesa con lágrimas en los ojos.

Ambas se quedaron unos instantes mirándose como dos estatuas y al fin la abadesa reaccionó. Extendió temblorosamente la mano, cogió una de las hostias del altar y la alzó llorando:

—¡Milagro, hermanas! ¡Milagro! ¡La sangre de nuestro Cristo ha brotado! ¡El Señor nos ha enviado una señal!

En ese momento, las monjas se levantaron y corrieron todas hacia el altar. La única que se quedó quieta fue Clémence, que desde su sitio contempló sus llantos y risas, sus rezos mirando al alto, sus aspavientos, gritos y abrazos.

De pronto, entre todo aquel desconcierto, los ojos enrojecidos de la abadesa, inofensivos y tiernos como jamás los hubieran visto, repararon en ella.

—¡Clémence! —gritó la abadesa, y la niña al escuchar su reclamo empalideció—, ¡ven, ven aquí!

Se puso en pie. Las piernas se le doblaban mientras avanzaba despacio entre los bancos de la iglesia. La mano de la abadesa le hizo señas desde el altar para que apremiara y, cuando llegó, le dijo:

—Ve, ve al *scriptorium,* Clémence, y diles que vengan.

Ella frunció la nariz y preguntó titubeante:

—¿Puedo hablar con *ellos*?

—Sí, ve, ve. Que vengan, deprisa.

La niña dejó tras de sí el negro rebaño alborotado en torno al altar. Al llegar a la puerta del s*criptorium*, dio tres golpes. Esperó un rato y volvió a llamar. Dio un golpe más y el portón al fin se abrió. Al principio tan solo vio la manga de un hábito, después un trozo más de cogulla y, finalmente, una cabeza que se asomó tras la puerta.

—Me manda la *mater* abadesa —dijo con la voz quebrada.

Al escucharla, el hombre enarcó las pobladas cejas y retirándose un poco hacia atrás, sin decir palabra, la dejó entrar.

Clémence se fundió en la penumbra de la sala. Uno de los monjes se levantó de su pupitre al verla y gritó:

—*Quid agit haec mulier hic?*

La niña supo, gracias a las clases de latín de las hermanas, que aquel anciano enfadado se estaba quejando de que hubiera entrado en la biblioteca una mujer.

Se escuchó una voz calmosa proveniente del fondo de la sala:

—*Sede, frater.*

Y el monje, obediente, se sentó.

Ella avanzó, evitando cruzarse con los ojos que la miraban. El corazón le latía de forma desbocada, mucho más, incluso, que cuando corría por el huerto perseguida por Bellefleur.



7

Los monjes de Évreux

Una cuadrilla de monjes con los hábitos embarrados hasta las rodillas, dos carros viejos repletos de bultos y un par de famélicas cabras unidas por un cordel a uno de ellos. Esta y no otra fue la visión que tuvieron las hermanas al abrir el portón del huerto.

La aparición de los monjes en la abadía de Saint-Sulpice aconteció un par de años antes de que Clémence naciera, durante uno de los inviernos más crudos que se recordaban en toda Francia. Según habían contado al llegar, fueron tales los estragos del tiempo durante la travesía que vieron ríos transformados en hielo y pájaros cayendo de los árboles duros como piedras. Incluso tuvieron que repartir el vino cortándolo en pedazos y poner el pan al fuego para poder comerlo. Cuando arribaron a la abadía estaban hambrientos, ateridos, abatidos como si un huracán les hubiera vapuleado. La abadesa los miró de arriba abajo y dijo que si acaso eran esos desdichados a los que debía acoger por orden del obispo y por los que llevaban meses trabajando infatigablemente en la abadía. Las hermanas habían despejado y limpiado a conciencia la antigua hospedería, arrastrado muebles, instalado jergones, apilado leña y reabierto letrinas cerradas por siglos. *Ora et labora*, esa era su regla.

Y ni siquiera en esos duros días de insufrible invierno dejaron de rezar y de trabajar. Cuántos oficios hubieron de seguir sin pisar la iglesia, recitando oraciones entre dientes mientras trajinaban de aquí para allá con las manos cuarteadas y doloridas. Era preciso tener todo listo para la llegada. Las órdenes que habían recibido eran claras:

> Disponga, reverenda abadesa, todo lo que sea preciso para dar cobijo a los monjes de Évreux y para que puedan seguir realizando allí su tarea. Estos tiempos convulsos a todos nos golpean. Monasterios cercanos han sido saqueados y, en otros casos, incluso incendiados. Ante el riesgo de incursiones inglesas, nuestros monjes se ven en la necesidad de dejar su tierra y dividirse entre distintas abadías que resulten más seguras. Confío en vuestra generosidad y en que sabréis manejar con sabiduría y prudencia la situación. Espero que no os sea dificultoso dar cumplimiento a lo que os pido, que más que una orden habréis de tomarlo como un simple ruego. Sé bien que en estos días no llegaréis a la veintena, cuando vuestra abadía puede dar acogida sin apuros a más de un centenar. Por lo tanto, una decena de almas más no habrá de ser más que un insignificante grano en un pajar. Que Dios os guíe en esta encomienda y os proteja desde las Alturas.

El mismo día de la llegada de los monjes, sin apenas darles tregua, la abadesa llamó a todos a capítulo. Allí no habría de pasar lo mismo que en Sainte-Croix de Dijon, donde, habiendo llegado hombres, fueron ellos los que tomaron el mando nombrando a un prior. En Saint-Sulpice no ocurriría tal cosa. Nadie la suplantaría, ni tampoco las hermanas se verían constreñidas a tener que trabajar para ellos lavando sus hábitos, sacudiendo sus jergones o limpiando sus inmundicias. Siervas eran, pero únicamente del Señor.

La abadesa dio un golpe de bastón en el suelo y todos se sentaron en silencio para escuchar su disertación. Sus palabras solemnes y bien medidas estaban especialmente dirigidas a las diez cabezas tonsuradas que se acababan de incorporar. Su largo discurso bien podría resumirse en estas tres palabras: «Aquí mando yo».

Lo primero que habían de hacer los monjes era nombrar, si no lo tenían, a aquel que les representase y con el que la *mater* abadesa pudiera despachar los asuntos del día. Cualquier decisión que ellos quisieren adoptar, y que a todos alcanzase, debía ser aprobada previamente por ella misma. Dado que todos pertenecían a la misma *Ordo Sancti Benedicti,* las normas a cumplir en la abadía eran harto conocidas. En cualquier caso, la abadesa instó a los monjes a que cumplieran con la debida diligencia la Regla de San Benito, que a todos ellos unía, pues era sabido que, en muchos casos, los hombres se relajaban en su observancia.

—Nada de saltarse días de ayuno, ni oficios nocturnos, ni beber o comer en demasía, ni mucho menos utilizar el tiempo de esparcimiento para jugar a los dados o alborotar de cualquier otro modo —dijo muy solemne la abadesa—. Como podéis ver, nuestra abadía es suficientemente grande para que nos movamos sin irnos tropezando los unos con los otros. Todo es cuestión de organización y disciplina. Aunque disponemos alrededor del claustro de muchas celdas vacías, ocuparéis la antigua hospedería, que está junto al huerto. Al lado mismo, tenéis la sala que hemos preparado como *scriptorium* y que supongo que pronto ocuparéis con los bultos que llenan vuestros carros. Las letrinas que usaréis están a la izquierda de la biblioteca y habréis de ocuparos de su limpieza, como también del resto de vuestras dependencias, aunque no así de la

alimentación, pues la hermana Louise cocinará gustosa para todos nosotros. Sería un estorbo que anduvieseis enredando en el fogón y cacharreando. Igual le da, nos ha dicho, cocinar para diez almas que para una veintena. A cambio, ayudaréis con el establo y el calefactorio. Para nosotras es muy penoso acarrear la leña y mantener cálidas las dependencias.

La abadesa carraspeó y cogió el cuenco de agua. Bebió un poco. Los ojos de su rebaño y los de los intrusos estaban posados en ella. Reinaba un silencio sepulcral hasta que la lluvia comenzó a estamparse contra el tragaluz. La abadesa miró a lo alto y suspiró: «¡Qué invierno, Señor!». Posó lentamente el cuenco sobre la mesa y prosiguió con sus explicaciones. Les aclaró que habrían de compartir la iglesia durante los oficios: las monjas ocupando la bancada izquierda y ellos la de la derecha. En caso de ir a rezar entre horas, las hermanas lo harían frente al altar de la Virgen, y los monjes, frente al de san Pedro. Asimismo, accederían al claustro sin juntarse, ni hablarse, ni mirarse, guardando el debido distanciamiento. Las unas, por el lado izquierdo, como siempre; los otros, haciendo lo propio por el extremo opuesto. Y, en fin, en el refectorio se imponía igual separación.

—La mesa más larga, presidida por mi cátedra de a-ba-de-sa —dijo, poniendo mucho énfasis en el cargo que ocupaba—, es la que nos corresponde, evidentemente, a las hermanas. La otra mesa, colocada junto al ventanal, será de exclusivo uso para los monjes.

Al concluir sus explicaciones, la sala capitular se fue vaciando. Las hermanas salieron inspeccionando de reojo a los recién llegados; los monjes desalojaron la sala entre murmuraciones. La abadesa, con el mentón en alto y las manos posadas sobre los brazos del negro

butacón, se mantuvo inmóvil hasta que se quedó completamente sola.

Había escampado. El ciprés desprendía un intenso olor a limón y a hierba recién segada, y el agua de la lluvia acumulada en las cubiertas corría a destajo entre las tejas formando ruidosos riachuelos que se precipitaban sobre el jardín del claustro. Los tonsurados, con los brazos cobijados dentro de las amplias mangas de sus hábitos y la cabeza gacha, oculta bajo el capuchón, cruzaron el patio esquivando a las palomas que, ansiosas, picoteaban en los charcos. El cielo plomizo crujió y aceleraron el paso. Las plantas del huerto habían perdido su prestancia y lucían ahora mustias y teñidas de barro. Al llegar a la entrada de la hospedería, los monjes se santiguaron bajo la *Crux Sancti Patris Benedicti* que estaba esculpida junto a la puerta. Silenciosos, unos tras otros fueron pasando a su nueva morada. Una vez dentro se apresuraron hacia los jergones y sobre ellos se desmoronaron. De allí no se levantaron hasta que las campanas, indiferentes a su fatiga y carentes de la más mínima compasión, los reclamaron de nuevo, bien temprano.



8

El *pater* Oliverius

No hubo disputa alguna, ni fue preciso realizar debate y votación para que los monjes eligieran, tal y como les había ordenado la abadesa, a aquel que había de representarlos. De forma unánime, estimaron que el cargo no podía recaer en otro que no fuera Oliverius de Alençon.

Era Oliverius, ciertamente, un hermano al que todos respetaban. No en vano, era el único de ellos que había estudiado teología en la célebre Universidad de París. Allí había tenido acceso a su admirable biblioteca, solo comparable, según él decía, con la que poseían los mismísimos papas.

Teniendo en cuenta su buen juicio, fue a él a quien el obispo encargó la selección de los libros y el material de escritura que habían de llevarse a la nueva abadía. Y durante el largo trayecto, sin pretenderlo, se erigió en cabeza del grupo. A él y no a otro miraban cuando el camino de repente se bifurcaba o cuando tras una nevada quedaba oculto bajo la nieve. En definitiva, no tuvo más remedio que aceptar la voluntad de sus hermanos de alzarlo a la posición de *pater* de esa reducida congregación, aunque bien sabían ellos que

Oliverius no era amigo de agasajos ni distinciones, y que en su corazón no había sitio para la ambición.

La humildad y la sensatez que lo caracterizaban permitieron que el trato con la abadesa fuera en todo momento sereno y cordial y que la convivencia en la abadía discurriera durante años en armonía. La abadesa estaba complacida con su interlocutor, pues cumplía mansamente todas sus exigencias. Oliverius, aunque estuviera en desacuerdo con ella, nunca lo manifestaba; pero más tarde, váyase a saber cómo, conseguía que allí donde la abadesa había dicho previamente blanco afirmara después que negro era, sin ni siquiera advertir que había mudado de opinión. El *pater* fue venciendo lentamente los recelos de la monja y, al ser el oficiante de las misas y el receptor del sacramento de la confesión, se convirtió en el guía espiritual de todas las almas de la abadía, ya tuvieran la cabeza tonsurada o cubierta por una toca.

A los pocos meses de la llegada de los monjes, las hermanas estaban ya tan habituadas a su presencia que decían que les parecía haberlos tenido siempre entre ellas. A todas agradaba su prudencia y lo cautelosamente que se movían por la abadía. La mayor parte del tiempo eran topos sumergidos en la quietud del s*criptorium* y apenas se les veía. Cuando salían, se desplazaban con pies de gato y con la cabeza gacha y oculta. Aunque parecía que vivían en otro mundo, en modo alguno eran ajenos a todo lo que acontecía. Bastaba con que una hermana se quejase de la rotura de una ventana o de las goteras que iban a arruinar el atrio de la iglesia para que al poco se oyese martillear o se viese a alguno de ellos deslomado sobre el tejado.

Si algo molestaba a la abadesa era que los monjes se retrasasen en acudir a los oficios. El *pater* Oliverius intentaba hacerla entender que, en ocasiones, la labor en el *scriptorium* no podía zanjarse de forma brusca al toque de la campana. Cómo dejar *in medias res* la elaboración de un pigmento que estaba al fuego, o los trazos que se proyectaban sobre el papel, o el rayado de una página, o la aplicación de un color antes de que el aglutinante se secara. Pero la *mater*, inflexible, negaba con la cabeza*.* «¡Qué barbaridad, *pater,* que me digáis eso! —le gritaba—. ¡Qué agravio que pretendáis que hagamos esperar al Señor simplemente porque andéis perdidos entre papeles y tintas!». Oliverius, al verla tan obcecada, ordenó a todos que abandonaran siempre con puntualidad el *scriptorium* en cuanto los reclamaran. Ahora bien, no creía que la abadesa fuese a estar contando cabezas. «Acudiremos a su llamada —dijo—, pero dejaremos un retén que atienda a lo que resulte inaplazable. Y, los que se queden, desde aquí rezarán. Al Señor no puede ofenderle tal cosa».

Más le hubiese molestado a la abadesa tener conocimiento de lo que sucedía con la despensa. En efecto, la hermana Louise había advertido que, desde la llegada de los monjes, las vasijas donde se depositaba el vino menguaban en exceso y los ganchos en los que colgaban ristras de carne en salazón aparecían vacíos cuando habían de estar llenos. Un día que coincidió con el *pater* en el huerto se lamentó del asalto que estaba sufriendo su cocina.

—Espero, *pater* —dijo con voz conciliadora—, que los monjes no cometan excesos, pues el vino hace claudicar hasta a los más sensatos. Confío en que nadie beba hasta la embriaguez y que ningún alboroto traspase los muros de la hospedería.

El *pater* permaneció callado, con expresión de perplejidad. Cuando iba a tomar la palabra, la monja continuó:

—En cuanto a la carne, si por mi fuera, os aumentaría la ración. Sé bien que por vuestra constitución y por vuestro esforzado trabajo precisaríais mayor ingesta. Pero eso es algo que no está en mi mano; yo no puedo contravenir las estrictas órdenes de la abadesa sin quebrantar el deber de obediencia.

—Lo sé, hermana, lo sé —respondió el *pater,* con una leve inclinación de cabeza—. Y no imagináis cuánto lamento no haber tenido noticia de estas cosas que me contáis; soy consciente de mi culpa. Estad segura de que tomaré medidas al respecto.

—Ya, ya… No os pido mucho, tan solo espero que procedáis con cautela. Si esto llegase a oídos de la *mater* abadesa… Nadie ha advertido aún nada. La despensa es como un pozo negro; nunca se sabe si está vacía o si se encuentra repleta. Si no fuera por mi inventario…

La monja alzó el cesto de las verduras y se lo acomodó en la ancha cintura.

—Tendré que veros antes de la misa, *pater,* que esta monja pecadora necesita confesión.

—Todos precisamos confesión, hermana. Pero lo importante es el acto de contrición y el propósito de enmienda —respondió él con una mirada amistosa.

Cuando la hermana Louise se dirigía a la cocina, se cruzó con varias monjas que iban cuchicheando hacia el huerto. Se había corrido entre ellas la voz de que los monjes, durante el descanso de la mañana, parecían perder totalmente la cordura. Y allí que iban ellas con paso firme a comprobar lo que ocurría.

Las monjas se colocaron estratégicamente por el huerto, el gallinero y los establos. Desde sus respectivas atalayas esperaron impacientes a que se abriera la puerta del *scriptorium.* Se oyó, por fin, un crujido y comenzaron a salir los monjes a la explanada. Los hermanos deambularon un rato al sol, tranquilamente, inhalando con aparente satisfacción el aire fresco de la mañana. Pero, de repente, uno de ellos dio un silbido y a partir de ese momento todo cambió. Los monjes comenzaron a hacer extraños movimientos. Tan pronto estaban girando los hombros hacia delante y hacia detrás, como inclinaban exageradamente la cabeza de un lado a otro, hasta tocarse con la oreja los hombros. Los vieron después con los brazos en cruz, y los subían y los bajaban repetidamente como si quisieran, los infelices, echar a volar. Cuando los monjes miraban hacia el frente, las hermanas desviaban la vista y se afanaban en las tareas del huerto y en dar de comer a las gallinas, que no dejaban de cacarear.

—Mirad, hermanas, mirad, que ahora se han puesto a remar —dijo una monja a las otras, al verlos flexionar los codos y mover los brazos de adelante hacia atrás.

—Pues ¡qué me decís de aquellos tres! —exclamó otra de las hermanas al tiempo que se le caía el cesto de las manos—. ¿Acaso no veis que están intentando alcanzar, sin agacharse, las puntas de los pies?

Al final, los monjes se quedaron quietos, sosegados, apoyando la espalda en el muro de la hospedería, disfrutando un poco del calor de los rayos del sol que calentaban sus caras. Pero la tranquilad les duró muy poco. Se oyó la voz del *pater* y todos retornaron al *scriptorium.*

Al quedarse a solas, las monjas también partieron, y lo hicieron con los ceños fruncidos, negando con la cabeza y haciendo repetidamente la señal de la cruz.

—Por todos los santos, hermanas, es que, si no lo veo, no lo creo.

—Pobres almas, me entristecen tanto… Rezaremos por su pronta recuperación.

—La verdad es que yo en la iglesia los veo normales. ¿Les habéis notado algo extraño en misa o en el refectorio?

—No, pero ya nos lo avisaron. Parece que solo les ocurre al salir del *scriptorium.*

—Os digo que tanto libro no puede ser nada, pero que nada bueno.

—Sí, yo he oído que la gente que lee y escribe mucho pierde la razón y se vuelve loca. En mi pueblo, de hecho, una vez el barbero tuvo que extraer de la cabeza de un pobre hombre que siempre andaba entre libros la piedra de la locura y…

—Por santa Eulalia, hermana. ¿Quieres dejar de decir tonterías?

—No son tonterías, te digo que es cierto y que en mi pueblo…

—¡Dejaos de discusiones! Confiemos en que el Señor se apiade de ellos y que sus humores recuperen el equilibrio.

Al llegar al claustro, las hermanas se separaron meditabundas y fueron a sus respectivas celdas para recoger los breviarios. Volvieron al rato y se dispersaron por el jardín del claustro con el libro de oraciones en las manos. Sabían muy bien todas ellas por quiénes debían rogar al Señor ese día.



9

La adoración de la oblea

Hubo un tiempo lejano en el que Saint-Sulpice fue una de las abadías más conocidas en toda Francia. La fama del lugar se extendió rápidamente por todo el país, pues el señor de Nevers, su fundador, tras levantar el magnífico edificio para dar cumplimiento a su juramento, albergó dentro de su iglesia un dedo del propio santo, por el que pagó una verdadera fortuna a un mercader de Cahors que, a su vez, lo había obtenido, tras duras negociaciones, de un noble de Bourges. Fueron muchos los peregrinos que acudieron a venerar el sagrado dedo, sin importarles los rigores del invierno o los sofocos del verano, soportando inundaciones y sequías, esquivando hurtos y asaltos por el camino. Incluso si había que dar esquinazo a la propia peste, no importaba. Hombres y mujeres, niños y ancianos se aventuraron a llegar hasta aquel lugar lejano para venerar al santo. Para dar cobijo a los muchos peregrinos, la abadía habilitó una hospedería frente al huerto en la que siempre había un trasiego de gente, caballos, mulos y carros. En aquellos lejanos días, los portones de Saint-Sulpice fueron un continuo abrir y cerrar.

Pero un día, ante el espanto de las hermanas que por aquel entonces moraban la abadía, apareció vacío en el altar su amado

relicario. En efecto, inexplicablemente, el dedo del querido santo desapareció. «¡Fieles desagradecidos e ingratos! ¡Qué no seréis capaces de llegar a hacer para llenar de monedas vuestra bolsa!», se lamentaron las monjas. Aquella profanación fue como si a la abadía le hubieran clavado una flecha en pleno corazón y dejado herida de muerte. Sus latidos se debilitaron hasta pasar inadvertidos; su gloria pronto fue algo pretérito, lejano y recordado con melancolía. Muchas celdas comenzaron a vaciarse. Las cien hermanas pasaron a ser setenta; después, cincuenta; más tarde, veinte y, al fin, quedaron reducidas a tan solo una triste docena. La hospedería cerró sus puertas. La iglesia se quedó sola, sin su habitual gentío alborotado oliendo a humedad, a polvo y a caballo. Las ofrendas y donativos volaron lejos, como las palomas cuando las campanas repicaban. En fin, la notoriedad y popularidad de la abadía fueron arrastradas, al igual que las hojas lo son en otoño, por un viento sin compasión que la sumió en el más doloroso olvido.

Por eso, cuando siglos después la *mater* abadesa y el resto de las hermanas tuvieron ante sí el asombroso milagro de la oblea manchada con la sangre de Cristo, pensaron que era una recompensa del Señor, una señal divina, una gloria bendita bajada directamente de los cielos para demostrar que, con dedo o sin dedo del santo, ese lugar nunca había dejado de ser sagrado. Decían que Dios solo regala milagros a los que bien quiere, y su milagro era clara muestra de que sus rezos y sacrificios, penurias y cánticos, no caían en saco roto y llegaban, ¡claro que llegaban!, hasta los mismísimos oídos del Señor. Y de entre todas las monjas fue la *mater* abadesa la que particularmente se vio tocada por el extraordinario acontecimiento en lo más profundo de su ser. Vio en

él un claro reflejo del reconocimiento celestial de su propio trabajo. Ella era la directriz, la responsable, la pastora de ese pequeño rebaño de almas simples y desorientadas. Era ella la que debía responder por todas y cada una de ellas ante el Señor el día del juicio final. Los pecados de las hermanas eran los suyos propios; las acciones buenas de su rebaño, sus personales aciertos. Así que, para la *mater* abadesa, aquel regalo caído del cielo fue la mayor muestra del reconocimiento de un trabajo bien hecho, de unas oraciones escuchadas, de unos sacrificios valorados y de una rigidez en su quehacer diario respaldada desde las altísimas alturas. El Señor les había sonreído, y particularmente a ella como pastora del rebaño. «¡Bendito es el Señor, que tan generosamente ha compartido su propia sangre con tan humildes sirvientas!», decía.

Las monjas colocaron con verdadero entusiasmo la oblea tocada con la sangre de Cristo en el mismo lugar en que, en su día, descansara el dedo del santo. Fueron a la sala capitular y revisaron cada uno de los arcones arrinconados en su almacén hasta que apareció el ansiado relicario. Se trataba de una cruz de bronce. El centro de la cruz albergaba una esfera que se abría en dos para dar acogida a la reliquia. ¡Pero qué hermosa que era! ¡Pero qué ricamente adornada con hojas y flores, con piedras y pájaros! Las hermanas frotaron la cruz hasta lograr rejuvenecerla varios siglos, depositaron la oblea manchada con la divina sangre del Señor en su centro y después cerraron la esfera. Con lágrimas en los ojos y manos vacilantes, colocaron la cruz donde siempre debió permanecer: en el centro del altar, iluminada durante el día con la luz que entraba por el rosetón y, de noche, por medio de las velas que, como erguidos centinelas, sin descanso la custodiaban.

Cuántas horas pasaría a partir de ese momento la abadesa hincada de rodillas rezando ante el altar. Se levantaba con premura antes de que nadie lo hiciera y era la última que por la noche abandonaba el lugar. A la abadesa todo rezo le parecía insuficiente. Contemplaba con devoción aquella sagrada oblea con lágrimas en los ojos. Le rezaba de pie, sentada, hincada de rodillas. A veces pasaba tanto tiempo allí reclinada que cuando se alzaba era incapaz de dar un paso sin retorcerse del dolor. Todo era poco para dar muestras de fidelidad y agradecimiento. Repetía a las hermanas que, ahora más que nunca, todo lo que hicieren, dijeren o pensaren debía tener como único fin dar gusto al Señor. Cuando Clémence entraba a la iglesia a reponer las velas y a raspar la cera de los candelabros coincidía muchas veces con la *mater* abadesa. Allí estaba, como siempre, rumiando sus rezos con la mirada fija en el altar. Al verla de ese modo, sentía un molesto escozor en la nuca y pinchazos en la tripa como si le estuvieran clavando un aguijón.

Como el altar se alzaba en el extremo este de la iglesia, por donde nacía el sol, los rayos de luz atravesaban el ventanal cada mañana y cubrían el relicario con una radiante luminosidad. La oblea expuesta parecía resplandecer por la divina gracia de Dios.

La abadesa, en cuanto tuvo la oblea colocada en el lugar que le correspondía, fue en busca del *pater* Oliverius y le dijo que, cuando fuera a la ciudad a comprar plumas y pergaminos, diera cumplida noticia de lo ocurrido al obispo para que este hiciera llegar hasta Avignon el milagro con el que había sido bendecida la abadía.

Oliverius asintió.

—Tenemos la dicha de haber sido los elegidos para recibir la señal del reino de Dios —afirmó la abadesa con un brillo nada usual en sus

pequeños ojos opacos—. Nuestras puertas se volverán a abrir a los peregrinos como antaño; el milagro reforzará la fe en nuestro Señor.

—Como dijo el evangelista —puntualizó el *pater—,* Jesús manifestó su gloria y creyeron en Él sus discípulos.

—Así es, *pater,* así es —respondió la abadesa y, después, se retiró.



10

El libro del gigante

Los gigantes existen, no cabía duda. La Sagrada Biblia no mentía y en ella había leído Clémence que el joven David se enfrentó valerosamente a uno de ellos. El gigante, que debía de medir como poco diez codos, se llamaba Goliat. Vestía una coraza de escamas de hierro y luchaba provisto de espada y jabalina. A cada paso que daba, la tierra se estremecía bajo sus pies. El gigante, al ver ante sí al insignificante David, que tan valerosamente le plantaba cara, dijo: «Voy a echar tu carne a las aves y a las bestias del campo». Y el joven pastor, sin ni siquiera pestañear, respondió: «Tú vienes contra mí bien armado y, en cambio, yo voy contra ti tan solo protegido por el Señor». Cuando el gigante se disponía a blandir su espada y partirle en dos, el joven echó mano a su zurrón, sacó una de las piedras que había cogido del río y se la lanzó con la honda. Le golpeó tan certeramente en la frente que Goliat se desplomó.

De gigantes también le había hablado en una ocasión la abadesa. «Deja de llorar o vendrá Randulf a por ti», le dijo un día. Randulf era un gigante de orejas puntiagudas que salía de su remota guarida cuando le despertaban los lloriqueos de los niños. A grandes zancadas, recorría las aldeas buscando a los llorones y les gritaba

enfadado a través del tiro de las chimeneas que le dejasen, de una vez por todas, dormir.

Ante tales evidencias, Clémence no tuvo duda alguna de que el libro descomunal que vio el día en el que entró por vez primera en el *scriptorium* estaba destinado a alguno de tales mostrencos. Quién si no iba a ser capaz de llevar un ejemplar como ese bajo el brazo. Era tan grande que seguramente se necesitaban dos hermanos o hasta tres para moverlo. Posiblemente, los monjes tenían que hacer uso de la carretilla del huerto para transportarlo de un lugar a otro del *scriptorium.*

Volver a ver ese libro se convirtió desde entonces en la obsesión de Clémence. Un día, al concluir la misa, que era oficiada siempre por el *pater* Oliverius*,* se ocultó tras una columna hasta que las hermanas desalojaron la iglesia. Oliverius se encontraba en el altar preparándose para la siguiente celebración, esta vez, dirigida a los monjes.

—*Pater, pater* —susurró la niña.

Él, al escuchar la llamada, se giró.

—¿Clémence? —dijo con sorpresa al verla oculta tras la columna —. ¿Qué haces? No deberías estar aquí. No tardarán en llegar los hermanos. Conoces la prohibición.

—Lo sé, lo sé, pero solo quería pediros una cosa antes de que ellos entren.

El *pater* enarcó las cejas.

—Tú me dirás.

—Quiero volver a ver el libro, el libro del gigante, por favor —rogó ansiosa.

—¿Qué? —preguntó él con cara de extrañeza.

—El libro grande, *pater.* El que vi cuando fui a llamaros y entré en el *scriptorium.* El del gigante.

—El libro del gigante —repitió entonces el *pater* con el semblante serio.

Clémence asintió sonriente.

—Ese, ese.

Oliverius se quedó pensativo. Resonó después en el atrio una sonora risotada.

—El libro de cánticos para la catedral —murmuró entre risas.

Después carraspeó y recobró la compostura.

—Anda, anda, vuelve ahora mismo con las hermanas, que te van a echar de menos. Como se entere la abadesa de que hemos hablado…

La niña, obediente, bajó la cabeza y mustia como una flor sin riego se marchó.

Más tarde, en el refectorio, mientras escuchaba el Evangelio de san Mateo y daba pequeños sorbos a la sopa de cebolla, Clémence tomó la determinación de volver al *scriptorium*. Tenía que ver ese libro. Cuando la abadía se fundió en la oscuridad, se levantó, cogió una de las lámparas de aceite colocadas al fondo del corredor y se dirigió a la sala prohibida. Cruzó el claustro, atravesó la galería que daba al huerto y accedió a la explanada. Miró a lo alto. A la luna le faltaba un pedazo, como si le hubieran propinado un gran bocado, pero, incluso así de mutilada, cuánto brillaba. Quizá demasiado. Por eso prefirió ir avanzando lentamente entre las hortalizas y al resguardo de los troncos de los árboles. De ese modo, si a algún monje le entraban ganas de ir a las letrinas, ella tendría tiempo suficiente para ocultarse en la oscuridad.

Al fin, con la espalda doblada como una jorobada, llegó al *scriptorium.* Abrió la puerta y el corazón le dio tales golpes en el pecho que se le entrecortó la respiración. A medida que la tenue luz de la lámpara se abría paso en la oscuridad, fueron apareciendo paulatinamente ante sus ojos, como por arte de brujería, los bártulos que atiborraban la sala: pupitres y banquetas, candelabros, libros, plumas, tinteros y reglas, cuadernillos y láminas desplegadas sobre los atriles. Avanzó con cautela. La sala olía a madera, a cuero, al sebo de las velas. También a algo dulzón. Sí, como a compota de ciruela o de manzana.

Se apresuró hacia el fondo de la sala, al rincón en donde recordaba que se hallaba el libro que perseguía. Y allí estaba, como si estuviera esperando su llegada, abierto de par en par sobre un atril alto y robusto. Se detuvo ante él. Tragó saliva. La luz de la lamparilla titilaba y el libro parecía moverse, estar provisto de vida. Arrimó una banqueta y se subió sobre ella. Boquiabierta, se quedó un rato observándolo. Múltiples líneas de color carmesí, agrupadas de cuatro en cuatro, cubrían las dos páginas. ¡Qué rectas que eran! No se torcían nada, pero que nada. Había cuadraditos de color negro que parecían dar saltos sobre las rayas. Uno estaba colocado sobre la segunda línea; otro más abajo, sobre la tercera; dos reposaban en lo más alto; otros tantos quedaban entre las líneas, sin llegar a pisarlas. Debajo, siguiendo la sucesión de las pequeñas manchas negras, se habían escrito palabras en latín y Clémence comenzó a leerlas: «Cantus: Salve Re-gi-na, ma-ter mi-se-ri-cordi-ae…». Recorrió la florida guirnalda que rodeaba los márgenes de ambas páginas. Acarició con miedo los brillantes tonos dorados, azules, verdes y grisáceos, y al hacerlo sintió un cosquilleo desde la cabeza

hasta los pies. Al sentir que le resbalaban las lágrimas por las mejillas, se secó con la manga la cara.

—Esto, esto es más bonito que las estrellas —murmuró—. Pero mucho más.

Luego volvió a dar un repaso tranquilo a los detalles de las dos láminas. Se recreó con las hojas de acanto, con las aves picudas, con el brillante dorado, con el tacto suave de las páginas. Cuando terminó el recorrido, suspiró hondamente.

—Qué suerte, pero qué suerte tienen ellos.

Bajó del taburete y salió del *scriptorium* con el mismo sigilo con el que había entrado.

Ya en la galería que comunicaba con el claustro se detuvo y volvió la mirada hacia el huerto. La luna rota irradiaba una luz intensa sobre el tejado del *scriptorium.*

—Ojalá, ojalá yo también hubiera nacido monje.



11

Un ratón de biblioteca

En la iglesia de la abadía, dentro de una hornacina situada a mano izquierda, se alzaba la imagen de una virgen tallada en madera. Sobre la cabeza, levemente inclinada, lucía una corona de flores y estrellas, y un manto blanco, salpicado de pequeñas hojas verdes y doradas, la cubría por entero. Entre los pliegues de su ropaje asomaban con timidez unos pies desnudos y perfectos que las hermanas besaban con devoción cada vez que entraban y salían de la iglesia. El ritual siempre era el mismo. Se giraban ante la Santísima Madre de Dios y murmuraban un *Salve Regina* mientras la miraban fijamente a los ojos. Tras hacerlo, se santiguaban y le besaban los pies muy lentamente, como si fuera esa la primera y la última vez que lo hacían.

La *mater* abadesa siempre había mantenido que el día en el que Clémence tuviera suficiente altura para cumplir el ritual del beso, desde ese preciso momento cesarían los miramientos y se incorporaría de lleno, como una más, a la vida litúrgica de la abadía. «El día en que sus labios puedan rozar los pies de la Virgen, ese día este diablejo cumplirá sin excepción todos los oficios divinos, aunque tenga que arrastrarla de los pelos para que acuda a maitines o a

completas», gritó la abadesa en el refectorio un día en el que, por un descuido de Clémence, le llovieron panes sobre la cabeza.

La abadesa esperaba impaciente el ansiado momento en que la niña creciera lo suficiente y reclamaba, a tal efecto, su presencia ante la Virgen dos veces al año: una, en invierno, por el día de la Natividad del Señor; la otra, en verano, en la fiesta de San Juan. La *mater* le daba un empujón y de forma desabrida le decía: «Vamos, besa». Y ella, conocedora del desenlace que iba a tener el intento, ya que había probado a hacerlo el día anterior, de forma desganada intentaba conseguir el reto.

En una ocasión tocó el borde de la hornacina con la punta de la nariz; en la siguiente, con algo de esfuerzo logró ya, incluso, posar la barbilla sobre la piedra; en la posterior festividad, se quedó ya a tan solo medio palmo de alcanzarlo. La abadesa la azuzaba:

—Pero, niña, ¿quieres estirar un poco más el cuello? Si se tratase de tortas de anís, ya te estirarías, ya. Esta criatura crece más lenta que una semilla en el desierto; es que no he visto cosa igual —se lamentaba, compungida.

Pero, como todo llega si uno sabe esperar con paciencia, en un soleado día de San Juan, Clémence alcanzó, ante la atenta mirada de la *mater* abadesa, la ansiada extremidad de la Virgen Santa.

—Alabado sea el Señor. Creí que este momento no lo verían mis ojos —dijo la abadesa con una horrible mueca que afeaba aún más su cara.

Después, estiró el brazo hacia la niña y le arrancó de un manotazo la guirnalda de flores que llevaba en la cabeza y que le había hecho una de las hermanas con hojas de albahaca, valeriana y flor de sauco para dar la bienvenida al verano.

—¡Se acabaron las simplezas! A partir de ahora, olvida los ratos de solaz y ten grabada en la mente, en esa cabeza tuya tan alocada, lo que decía el profeta: «Siete veces al día te alabo, Señor». ¡Vamos, repite! Que quiero oírtelo decir.

—Siete veces al día te alabo, Señor —dijo ella, obediente.

—Eso es. Siete. Siete veces, Clémence.

La abadesa levantó el mentón con satisfacción.

—Te quiero ver a la hora de laudes, prima, tercia, sexta, nona, vísperas y completas. En los siete oficios. ¿Me oyes? En todos y cada uno de ellos. Puntual, como si fueras el sol y tuvieras que despertar con tu luz al universo entero. Y, por cierto, hermana Pétronille, mañana sin falta cortadle a esta muchacha este pelo —añadió la *mater* abadesa a la vez que le daba tirones a Clémence en el cabello para que se le cayeran los restos de la guirnalda—. Y que se lo recoja, por Dios, que parece una cortesana con esta cabellera siempre al viento.

Sentada en una banqueta junto al lavadero, al día siguiente Clémence vio caer lentamente, tras cada uno de los terribles tijeretazos, los hermosos mechones ondulados que le cubrían la cabeza. El suelo se fue cubriendo de una triste pelambrera que parecía los restos de un animal muerto. Después, apareció sonriente la hermana Mathilde con una nueva túnica para ella. Le hicieron alzar los brazos y la tela gruesa y áspera cayó sobre su cuerpo como una losa. Clémence se miró a sí misma, y después dirigió su mirada, de arriba a abajo, hacia ellas. Estaban todas igual de tristes, igual de sobrias, igual de feas. La única diferencia era la cabeza. Las hermanas usaban toca; ella, sin embargo, la mantenía al descubierto.

—Vamos, Clémence, que no es para tanto. Alegra esa cara. Tu aspecto externo es lo de menos, lo que importa es la belleza que tienes dentro de tu corazón. Y el corazón no te cabe en el pecho.

Al oír esto, huyó a cobijarse en su celda como si la persiguiera Satanás a caballo. Se quitó el hábito y lo comenzó a pisotear. Nunca sería como ellas, ¡nunca!, ¡nunca!, ¡nunca! Pataleó y lloró y volvió a patalear y a llorar sobre su nueva túnica, hasta que cayó rendida sobre el jergón con los ojos resquemados, como si se los hubieran frotado con arenilla.

Lo que más apenaba su corazón no era, ni mucho menos, haber visto parte de su cabello en el suelo, ni tampoco el que tuviera que vestirse de forma tan fúnebre, sino que, con tanta salmodia y cánticos, no podría dedicar el tiempo a lo que más quería.

Desde que años atrás comenzara a entrar por las noches en el *scriptorium,* pasaba la mayor parte del día leyendo a escondidas los libros que se llevaba de la biblioteca de los monjes. En sus escapadas nocturnas había ido descubriendo, poco a poco, todos sus recovecos. Pudo inspeccionar a su gusto la mesa de madera ubicada junto al tragaluz, repleta de frascos de vidrio, vasijas, pinceles y morteros. Sobre ella, los monjes tenían una hilera de saquitos de cuero, bien atados e identificados cada cual con una diferente inscripción: *viridis, albus, ruber, purpura, niger…* Clémence dedujo que se trataba de todos los colores que los hermanos utilizaban para decorar los libros, pues, aunque no entendía el significado de todas y cada una de esas palabras, las hermanas le habían enseñado que *albus* era el color que tenía el inmaculado manto de la Virgen María y de brillante color *purpura* era la sangre de todos los mártires.

Clémence se levantaba deseosa de que llegase la noche para poder comprobar los progresos que durante el día hacían los monjes. Lo que antes era tan solo un recuadro vacío en la lámina, dentro del que se había escrito la breve indicación *angelus*, al día siguiente esa palabra había tomado forma para transformarse en un majestuoso ángel de alas inmensas flotando entre nubes. Primero se vislumbraban simples y tenues trazos negros; después, contornos más precisos y trabajados, y finalmente, como por arte de magia, todo se perfilaba sobre el papel hasta el último detalle y se llenaba de brillante colorido.

A medida que fue creciendo, su rincón predilecto pasó a ser el de la pequeña biblioteca que se encontraba dentro del *scriptorium*. Atravesando una arcada sin puerta, situada al fondo de la sala, uno se sumergía en un reducido habitáculo cuadrado repleto de libros en todos los costados. Los había de astromagia, de plantas y aves extrañas, de las estrellas fijas del firmamento, de navegantes temerarios y guerreros imbatibles, de jóvenes que morían de amor. Clémence adoraba, especialmente, un libro forrado de terciopelo verde, con refuerzos de metal en las esquinas, titulado *De arte illuminandi.* Cuántas veces repasaría sus páginas, examinaría sus diseños, sus escenas, sus figuras, sus cientos de consejos para llevar a cabo un perfecto delineado o la más bella decoración.

En un principio, hojeaba los libros dentro de la pequeña sala. Cogía un par de las cogullas que los monjes tenían colgadas de la pared. Una la extendía en el suelo, otra la utilizaba de manta para evitar morir congelada. Sentada allí, plácidamente, leía aquellos extraordinarios ejemplares cubiertos de polvo y que olían rabiosamente a humedad. Pero, un día, cuando el frío comenzó a

mordisquearle los huesos, tomó el libro y se lo llevó a su celda. Allí, un poco más caliente, se pasó parte de la noche leyéndolo. Poco antes de la llamada al oficio, retornó a la biblioteca y lo devolvió. Comprobó que aquello resultaba mucho más cómodo y menos peligroso. Así que sus noches fueron a partir de entonces todo un trasiego de idas y venidas. Iba a la biblioteca, seleccionaba el libro, se lo llevaba a su celda, leía y leía, y, antes del amanecer, lo dejaba nuevamente en su lugar. Al día siguiente, se la veía siempre con los ojos medio entornados esquivando la luz del sol, bostezando por las esquinas, durmiéndose durante las misas. Raspaba la cera sobrante de las velas con tal lentitud que parecía arrastrarse y llevar sobre la espalda una concha en espiral.

Una noche, cuando estaba en el *scriptorium*, escuchó tras de sí el crujido de la puerta y, al girarse, vio cómo una luz se acercaba. De la penumbra, fue surgiendo la figura de un monje. Lo primero que pudo ver fue una prominente barriga. Enorme.

—Vaya, vaya, pero qué tenemos aquí —dijo el monje de cuello carnoso.

Clémence, sin ser capaz de articular palabra, se le quedó mirando.

—Esto no le va a gustar nada, pero que nada, a nuestro *pater* Oliverius —afirmó después el monje, entrecerrando los ojos y moviendo las blandas carnes—. Hay que ver, quién nos lo iba a decir. Tenemos un ratón, un ratón de biblioteca que anda robando nuestros libros.

—No lo robo —se apresuró a aclarar Clémence—, solo lo estaba devolviendo.

—Pues si lo devolvías, muchachita, es porque previamente lo habías robado —y, al decir esto, el hermano dejó la jarra que llevaba

en la mano. Al posarla sobre la mesa, se derramó un poco de vino.

Ella se quedó con la mirada puesta en la jarra. Después, repasó al monje de arriba a abajo. De su cinto colgaba una tira de carne en salazón. Volvió la vista a la jarra.

—Pues me temo —comenzó a decir Clémence, sacando fuerzas de flaqueza—, me temo, hermano, que a la *mater* abadesa tampoco le va a gustar nada, pero que nada, saber que tenemos un ratón glotón que nos roba en la despensa.

Se hizo entonces el más absoluto silencio. Un silencio pastoso, molesto, infinitamente eterno. El semblante flácido del monje adquirió firmeza. Los finos labios que se hundían en su cara parecieron querer decir algo; pero no, el hombre no dijo palabra. Tan solo le salió de la boca un resoplido y, con la lentitud de una vieja tortuga, cogió la jarra y se dio media vuelta.

Desde el fondo de la sala se escuchó una voz poco antes de que saliera:

—Jamás toques lo que hay sobre los atriles, ¡jamás!

Cerró la puerta.

Clémence, de nuevo, se quedó completamente sola. Cómo le temblaban las piernas.

12

Ojos color panzaburro

Un día, muy intrigada, preguntó a las hermanas de qué color tenía los ojos. La abadesa se adelantó a todas ellas.

—Panzaburro; tus ojos, criatura, son del mismo color que los burros tienen la panza —dijo desabrida.

Como en la abadía nunca hubo burros, Clémence se quedó tal cual estaba. Nadie le aclaró que, en realidad, los tenía de un gris translúcido y brillante y que, en los días soleados, ese gris se veteaba con trazas verdes, azules y amarillas. Su mirada se convertía, entonces, en una mezcla armoniosa de cielo, mar y monte. Pero, desde el día en que alcanzó los pies de la virgen y se integró en todos los rituales litúrgicos de la abadía, esos ojos fueron perdiendo luminosidad y comenzaron a mostrarse a todas horas un tanto lánguidos y aletargados.

La *mater* abadesa tuvo siempre la esperanza de que, tarde o temprano, Clémence descubriría el camino del Señor y se redimiría de sus pecados.

Le hubiera gustado verla escuchar con gusto las lecturas santas, postrarse con frecuencia para orar, confesarse con el rezo, cantar

himnos de alabanza con alegría. Pero todo eso parecía realizarlo con tedio, desinterés y falta de vocación.

Y, ciertamente, así era, pues mientras recitaba los salmos, su mente estaba lejos de allí, al otro lado del huerto, sobrevolando libros, pinceles sucios, atriles y plumas con puntas negras y desgastadas. Ni siquiera percibía el olor del incienso. Solo le llegaba la acidez de las maceraciones, el aliento húmedo y terroso que exhalaban los libros.

Para mitigar la abundancia de sus humores melancólicos y devolver el brillo a sus ojos, la hermana Julie se metió en la botica, trajinó con sus hierbas y le preparó unas infusiones. Una de sabor amargo, a base de salvia, para que la tomase cada día a la hora prima, y otra mucho más refrescante que debía ingerir al atardecer, elaborada con menta y melisa.

La abadesa comenzó a preocuparse al ver el estado de Clémence. Decía que su apatía podía resultar contagiosa. Era como tener en la cesta una manzana podrida que podía echar a perder el resto. Y si para la hermana Julie el remedio del mal de la joven eran las tisanas, los miramientos y las atenciones, para la *mater*, por el contrario, no había nada que no pudiese sanarse a base de ayunos y penitencias.

Cuánto se lamentaba la abadesa de que no hubieran cuajado sus intentos de echarla de Saint-Sulpice cuando hubo oportunidad para ello. En una ocasión, lo tuvo tan cerca… Por San Mateo, llegaba cada año un campesino desde Moulins con su pequeño carro atestado de víveres. Aquel hombre llenaba la bodega de la abadía con vasijas de vino y de miel, y la despensa con sacos de harina y legumbres, cestos de especias, tocino y tiras de carne y pescado secos, aunque

a veces llevaba también algún que otro animal vivo. Al pobre le faltaba una oreja. En realidad, más que faltarle, la tenía a medias como consecuencia de las llamas que arrasaron su cabaña años atrás. La abadesa sabía que, en tan desgraciado percance, había perdido a dos de sus hijos, los más pequeños. Así que, haciéndole ver lo consolador que sería para su esposa estrechar en sus brazos a la pequeña y dulce Clémence, le intentó convencer de que se la llevara con ellos.

Al principio, se mostró muy dubitativo y reacio. «Si fuera al menos varón —decía rascándose la cabeza—, tendría unas manos que me ayudarían en el campo, pero una hembra…». La abadesa podía resultar muy persuasiva si se lo proponía. Habló con él en el refectorio, tras ofrecerle vino y una buena ración de pan con queso, y al terminar la charla el hombre estaba absolutamente convencido de las muchas virtudes de las que gozaba la niña y de lo útil que pronto les sería en las labores del campo y del hogar.

Cerrado el trato, la abadesa ordenó, con los ojos brillándole como dos soles, que bañaran a Clémence hasta que su carne reluciera, cambiaran su ropa y le trenzaran el cabello como si fuera una reina. Para evitarse el dolor de verla partir, todas las hermanas le dieron su triste adiós en el claustro. Todas excepto la hermana Marguerite, que la acompañó al huerto, donde el campesino ultimaba ya la partida.

Le temblaba la voz cuando habló:

—Aquí tenéis a la niña —dijo con los ojos húmedos—. Os suplico que la tratéis bien.

Clémence se quedó fijamente mirándole la oreja.

—Ni hablar, señora. Yo a esta no me la llevo —respondió él con rudeza mientras ajustaba las cinchas del caballo.

—¿Qué no os la lleváis? ¿Por qué no os la lleváis? ¿Lo sabe la abadesa? —titubeó la monja.

—Menuda harpía. Casi me lía. Pero ¿qué se ha creído la reverenda?, ¿que yo no tengo otra cosa que hacer que andar cuidando niños enfermos? Mire mis manos, ¡mírelas! —Le mostró a la hermana sus callosidades—. Yo lo que necesito es ayuda y no más trabajo. Menos mal que me avisaron…

—No entiendo nada. Vamos a ver, ¿se puede saber de qué os avisaron?

—De qué va a ser, hermana, de lo de los ataques de la niña: rígida como un palo, ojos en blanco, espuma por la boca… En buena me hubiera metido yo.

—¿Ataques?, ¿espuma? Pero ¿qué me estáis diciendo?, ¿quién os ha contado tal cosa? Decidme, ¿quién?

—Pues quién va a ser —dijo con parsimonia, y levantó el brazo de forma desganada, apuntando hacia el *scriptorium.*

Las cejas de la monja se estiraron tanto que parecían una sola. Clémence, por su parte, seguía a lo suyo, preguntándose qué animal habría pegado un mordisco a ese hombre en la oreja. Un caballo. «Sí, debió de ser un caballo», pensó.

—Y decidme, ¿cuál de ellos os dijo tal cosa? —preguntó, ansiosa, la hermana.

Él se encogió de hombros y no respondió.

—¡Esto es el colmo! Vayamos ahora y me señaláis cuál de ellos fue.

—Imposible.

—Imposible, ¿por qué? —preguntó la hermana cada vez más acalorada.

—Porque no le vi la cara, hermana —respondió el hombre con mucho hartazgo.

—¿Cómo que no le visteis la cara si hablasteis con él?

—Pues no. Estábamos completamente a oscuras. Anoche no había luna y él tenía el capuchón puesto. Además, ya me diréis…, si es que… son todos iguales, ¿o no? No era más que un bulto en medio del huerto. Me dijo: «Dios os recompensará, buen hombre; qué piadosa acción la vuestra llevaros a la niña sin que os importe su problema». Yo le pregunté: «¿Qué problema tiene la niña, hermano?». Y él, entonces, me lo contó.

La monja volvió con la pequeña al refectorio. En ese momento la abadesa acababa de bendecir los alimentos.

—Pasa, pasa, Marguerite.

Marguerite entró y, tras ella, se asomó una cabecita peinada como una auténtica reina. La abadesa, al verla, mudó de color.

—Aquí nos tenéis de nuevo, reverenda *mater*, aquí nos tenéis —dijo la monja con una risa nerviosa, tirando del brazo de Clémence.

Las monjas, sentadas a la mesa, se miraron las unas a las otras.

—Estos hombres, *mater,* estos hombres, que son todos como las veletas —siguió quejándose la hermana Marguerite—. Con ellos, no se sabe nunca.

La abadesa permanecía callada, con los labios cada vez más prietos, mirando a Clémence, que ya se había hecho hueco entre dos monjas y estaba mordisqueando con ansia un trozo de pan.

—Ya lo veis, reverenda —añadió la hermana señalando a la hambrienta—, que ese hombre se nos ha marchado, que se nos ha

marchado sin ella, que durante la noche se lo ha debido de pensar mejor.



13

Qué bien que hayas vuelto

Fue por Pentecostés cuando la hermana Julie cayó enferma. La anciana llevaba semanas renqueando fatigosa, y un día, cuando estaba curvada sobre el huerto mimando sus queridas plantas, se desvaneció.

Era a ella a la que Clémence acudía de niña cuando se hacía alguna herida, y, cualquiera que fuera el remedio que le aplicase la monja, este siempre iba sazonado con su habitual dosis de amor. Cuando se dañaba, el resto de las hermanas le decían: «Anda, pequeña, ve y que te cure la gentil Julie». Y con ese nombre se quedó. Para ella fue desde entonces y para siempre su Gentille-Julie.

La joven Clémence se alegró de saber que debía ser ella la encargada de cuidar, esta vez, a la enferma. Lo primero que hizo fue colocar su propio jergón en la celda de la hermana para poder vigilarla a todas horas. Hecho esto, le preparó un jugo de hinojo, pues sabía que era el mejor de los remedios para templar el ánimo de un enfermo.

Ella se agitaba en el lecho.

—El hinojo esta vez no es suficiente —dijo quejumbrosa Gentille-Julie, entre gemidos—. Vuelve a la botica y busca mi recetario.

Hazme la cuarta de las recetas y me la traes. Date prisa, por favor, que la cabeza me atormenta.

Clémence le posó la mano sobre la frente. Ciertamente, ardía como si fueran brasas. Salió corriendo hacia la botica y en la galería del claustro se topó con la abadesa.

—¡Tendrás ayuno de dos días, Clémence! Se te van a quitar a ti las ganas de ir corriendo por el claustro. ¡Que ya no eres una niña, por Dios!

—Que sean tres días de ayuno, reverenda, porque esta vez no puedo obedeceros —dijo sin detenerse.

Llevada por las indicaciones del recetario, vertió vino en el puchero y lo puso a calentar. Tomó orégano, alcanfor y el doble de consuelda, y lo trituró todo en el mortero hasta que lo convirtió en un fino polvo. Lo derramó sobre el vino, añadió unas gotas de hierba balsámica y removió con el cucharón hasta que comenzó a dar borbotones. La enferma se bebió el remedio y se durmió bajo la atenta mirada de su cuidadora.

A pesar de las atenciones de la joven, en los siguientes días el estado de la anciana no mejoró. Se le enrojecieron las mejillas; su voz, antes clara y pura, enronqueció; perdió la blancura de sus manos y su mirada se tornó acuosa. Se pasaba el día acostada, somnolienta, con paños remojados en hierbabuena sobre la frente. La monja movía la cabeza inquieta, sin abrir apenas los ojos, murmurando palabras sin sentido y lastimosos quejidos que a su cuidadora le partían el alma en dos.

—Rézame una oración, Adèle, mi querida Adèle. Qué bien que hayas vuelto, qué bien que estés conmigo —le decía con un hilo de voz, esbozando sin fuerzas una sonrisa.

—Soy Clémence, Gentille-Julie. Clémence —decía ella, acariciándole el rostro.

—No. No me engañas. Eres Adèle. Son los ojos de Adèle.

En aquellos días, todos rogaron por la enferma. Las hermanas, en la iglesia, tras los salmos penitenciales y la letanía por la paz; Clémence, a todas horas, allí en la celda, mientras le daba agua, la limpiaba, la vigilaba. Se pasaba las horas observándola a la luz de la vela. Allí tumbada, la pobre monja parecía más frágil que un pajarillo implume caído del nido.

En los momentos en los que la enferma reposaba sosegada, aprovechaba para salir al claustro y respiraba algo de aire fresco. Iba al jardín y cortaba alguna ramita, la más olorosa. Quería llevarle una bocanada de frescura, los restos del sol radiante, la alegría de vivir.

—No entiendo por qué el Señor la castiga de este modo, siendo ella tan buena —dijo a una de las hermanas que se encontró leyendo en el jardín.

—La enfermedad no es un castigo, Clémence, sino una prueba a la que nos somete nuestro Padre Celestial.

—Un padre que quiere a un hijo no lo hace sufrir ni lo abandona —contestó ella con los ojos llorosos—. Un padre nunca abandona.

Tras una semana de calenturas y desvaríos, ante la sorpresa de todos, Gentille-Julie comenzó a mejorar, recobrando, poco a poco, el color de la piel y la claridad de su mirada. Su respiración fue siendo cada vez más reposada; sus palabras, más juiciosas; en sus labios resecos se vislumbró, al fin, una sonrisa.

Clémence la animaba de continuo y hacía una festividad con los avances que lograba cada día. El que pudiera masticar el alimento, sentarse sobre el jergón, alzar los brazos y sostener ella misma la

escudilla, ponerse en pie y dar un paso, después dos. Cada logro se celebraba como si la anciana hubiera recorrido toda Francia a lomos de un caballo.

Aunque ciertamente mejoró, Gentille-Julie no volvió a ser la misma. Clémence se convirtió en el hombro en el que se apoyaba al caminar, en los brazos que la auxiliaban para salir al claustro, al huerto, a su amada botica, a las letrinas o a sentarse al sol junto al ciprés. Siguieron compartiendo la misma celda y la joven cumplía allí mismo, junto a ella, todos los rezos, desde la hora prima hasta completas. Oraban juntas, comían juntas y juntas se levantaban y se acostaban. En muchas ocasiones, rompiendo la regla del silencio, se sinceraron la una con la otra.

—Yo no soy como vosotras, Gentille-Julie, ya quisiera yo —dijo Clémence en la oscuridad de la noche—, aunque lo he intentado muchas veces, de verdad, pero no lo he logrado, y lo peor es que sé que nunca lo lograré. Tiene razón la abadesa: soy mala por naturaleza, nada hago bien.

—Tú no eres mala, Clémence. Te conozco desde que naciste y te puedo asegurar que nunca lo has sido.

—Pues ella me lo repite continuamente. Me odia. Cada vez que me mira, siento que me quema como el fuego. Toda ella es fuego. Un fuego abrasador.

—Vaya, y dime: ¿tú qué crees qué es más fuerte, el fuego o el agua?

—Pues qué va a ser, Gentille-Julie. Por supuesto, el fuego. El fuego quema, el agua tan solo moja.

—Y ¿no es acaso el agua la que apaga el fuego?

—Sí, claro— añadió ella, desconcertada.

—Pues entonces la fuerza no la tiene el fuego, sino el agua. Y, en la vida, mi querida niña, has de ser como el agua. Cristalina y pura, pero, a la vez, fuerte. Un agua que apague el fuego y lo convierta en meros rescoldos.

Clémence, que la escuchaba tumbada sobre el jergón, comenzó de repente a llorar.

—Pero, dime, ¿qué es lo que tienes, criatura?

Tras un corto silencio, habló.

—¿Que qué tengo?, ¿que qué es lo que tengo? —gimoteó—, que estoy cansada de esperar. Que llevo toda mi vida esperando a que mi padre vuelva a por mí. Y no lo hará porque no le importo. Nunca le he importado. Por eso me abandonó aquí, a las puertas de esta abadía.

Gentille-Julie suspiró con tristeza. Clémence no paraba de sollozar.

—No llores más. Ven acá y acuéstate junto a mí, anda.

Obediente, se levantó y se tumbó a su lado. La luz de la vela alumbraba la celda con un tono amarillento.

—Vamos, deja de llorar, te lo ruego. Me parte el corazón verte sufrir —insistió la monja, y le cogió la mano.

Ambas entrelazaron los dedos.

—Escúchame bien, mi niña… —la anciana carraspeó—; escúchame… —volvió a carraspear.

Clémence se ladeó hacia ella y se la quedó mirando. Sus caras estaban tan próximas que se robaban el aire la una a la otra.

—Para saber uno hacia dónde va, es preciso saber de dónde viene —susurró la monja y ella la miró sorprendida.

Gentille-Julie le acarició la mejilla con ternura.

—Tienes derecho a saberlo —dijo—; tienes derecho, mi querida niña.

Con los ojos llenos de lágrimas y voz temblorosa, se lo contó todo.



14

La revelación

—Recuerdo que ella llegó nada más entrar el verano, cuando la abadía resplandecía —adujo titubeante Gentille-Julie—. Ya sabes lo diferente que son estos muros cuando el sol luce, cuando no hace frío ni las tormentas nos azotan. Aunque tuvo suerte y las flores inundaban el jardín con su fragancia, creo que ni siquiera se fijó en ello. Atravesó el claustro con la cabeza baja, siguiendo a las dos hermanas que le iban abriendo camino. Tras ellas fuimos el resto. Tomamos asiento en la sala capitular. Ella se colocó en el centro y comenzaron los prolegómenos de su ordenación. Levantó la cabeza y recorrió la sala con ojos temerosos y desvalidos. No he vuelto a ver una mirada tan apagada. Ni siquiera en ti, en tus peores momentos, he notado tal tristeza. Era tan joven y parecía tan desdichada…

Gentille-Julie pidió a Clémence que extendiera sobre ellas otra manta. La noche era fría y se estaba quedando helada.

—Tenía entonces unos años más que tú. Era más alta, sí, un poco más. Parece que la estoy viendo allí en medio, tan sola, vestida con su saya de color verde claro, con sus florecillas blancas bordadas. La abadesa dio la orden y tres de nosotras nos la llevamos atrás, al

ropero. Dos hermanas la despojaron de su vestimenta y adornos. Pero fue ella misma quien plegó su vestido verde y lo metió con esmero en el arcón, sin arrugarlo, como si albergara la esperanza, pobrecita mía, de que algún día se lo volvería a poner. Sé que retornó muchas veces después a colocar sobre el vestido saquitos de espliego. Nunca me dijo nada, pero venía a la botica a por algunas ramitas. «Las más olorosas, hermana, por favor», me insistía.

»Fui yo —prosiguió Gentille-Julie, y al hacerlo se le quebró la voz — quien tuvo que cortarle la trenza, su hermosa trenza. Pero ni se quejó ni derramó una lágrima. Tan solo nos pidió una cosa: poder guardarla junto con su vestido. Miré a las hermanas; ellas dijeron que no, que si se enteraba la abadesa nos mataba. Adèle asintió resignada. ¿Te había dicho ya que se llamaba Adèle? Pues sí, ese era su nombre. Adèle, mi dulce Adèle…

Al escuchar ese nombre, Clémence recordó que así fue como la monja le había llamado durante sus delirios, cuando temió tanto perderla.

—Sin que las demás lo supieran, conservé la trenza. La guardé en una bolsa de lino y la escondí debajo del vestido. Imagino que ella la debió de ver mucho después, al renovar el espliego, porque un día llegó a la botica y, sin mediar palabra, me abrazó… Volvimos con la joven a la sala. Ni el hábito ni el pelo cortado lograron ocultar su belleza, qué va. Me acuerdo —dijo con nostalgia la monja— que Adèle iba arrastrando los pies. No encontramos en el arcón ninguna sandalia de su talla y tuvo que calzar unas que le quedaban holgadas… De allí, fuimos todas hacia la iglesia y le dimos gracias a Dios por el nuevo miembro de nuestra congregación. Ante el altar,

arrodillada, Adèle pronunció sus votos. La abadesa le impuso el velo, le acercó el crucifijo y ella lo besó.

»Ay, Clémence, de verdad que pensé, hija mía, que sería cuestión de tiempo el que se adaptase a nuestra vida, pero transcurrían los meses y nada cambiaba. Ella lloraba con frecuencia, enfermaba a cada poco, siempre estaba inapetente y no parecía importarle nada. La abadesa le decía que cumpliera con alegría los oficios, que la sumisión al Señor le concedería la corona de la salvación, pero ella no salía de su tristeza, era como si todos le hablásemos en una lengua extraña. Y… transcurrió de ese modo un invierno, y luego fueron dos. Y en el siguiente, en el más frío de todos, vinieron ellos. Recibimos la orden de dar acogida a un grupo de monjes que huían de los asaltos que se estaban produciendo por el norte. Ya sabes que llevamos décadas en guerra. Nuestra Francia se desangraba. Yo nací en guerra y seguro que moriré con guerras. Los seres humanos somos así de violentos e insensatos, crueles por esencia. Nos pasamos la vida librando batallas inútiles que llenan los campos de muertos y de desgracia. —Gentille-Julie chasqueó la lengua—. Vivimos como a trompicones. Guerra, tregua, guerra, un poco más de tregua. Nuestra paz es más frágil y quebradiza que una rama seca. Dura tan solo lo suficiente para volver a llenar las arcas y reponer las fuerzas. Y luego están también esas bandas de guerreros ociosos que, cuando hay tregua, se dedican a asaltar caminos, quemar aldeas e iglesias. Sí, hija, sí. De toda esa barbarie que te cuento venían huyendo los monjes cuando se cobijaron en nuestra abadía. Y, bueno, aunque en un principio nos costó hacernos a la idea, logramos que fuera armoniosa la convivencia. Aunque

vivíamos separados, compartíamos por aquel entonces la iglesia y el refectorio, el jardín del claustro, el huerto…

»Adèle pareció, por fin, encontrar la paz dentro de nuestros muros. Sus mejillas se volvieron sonrosadas, sus ojos brillaban más que la luna cuando está llena. Se movía con avidez de un lado al otro; disfrutaba de un raquítico rayo de sol, del viento y de la lluvia, de un simple gorrión que encontrara en el jardín. ¿Cómo te diría? Se llenó de luz, sí, desprendía una luz inmensa. La abadesa percibió, como todas nosotras, el extraordinario cambio. Pero…, ay, niña, cuán equivocada estaba ella. Qué ciegas estábamos todas. Si lo hubiéramos sabido, la habríamos hecho entrar en razón, bien lo sabe Dios…

»Pasaron los meses y un día, un día… estábamos en la iglesia… —A Gentille-Julie le tembló la voz y pidió agua. Bebió—. Como te decía, un día estábamos en la iglesia, a la hora de completas. Nosotras en los bancos de la izquierda y ellos a nuestra derecha. Por aquel entonces compartíamos la iglesia en los oficios. Creo que te lo había dicho, ¿no? —Clémence asintió—. Adèle se encontraba sentada a mi lado. Siempre lo hacía. Esa noche tenía el rostro algo lívido, los ojos de un gris enturbiado. Le pregunté al entrar si estaba bien y me dijo que sí. La noté extraña. Recitamos los salmos, escuchamos la lectura y en el momento de los responsorios Adèle me apretó el brazo. Me dijo que tenía que salir y me retiré para abrirle paso. Me miró con una mueca de dolor. Hizo ruido al salir, algo de ruido, y todo el mundo se giró y se la quedó mirando. Pudo dar tan solo unos pasos y se paró en seco, entre las dos bancadas, rígida como una estatua. Luego dobló el cuerpo y emitió un quejido

lastimero. A continuación vimos cómo un charco de agua se formaba a sus pies.

»Y ocurrió todo muy…, muy deprisa… Cuando quisimos darnos cuenta, Adèle se retorcía en el suelo. Sus gemidos resonaban en la iglesia. Hicimos corrillo a su alrededor y la abadesa nos apartó abriéndose paso. Se agachó y le levantó el hábito. Fue entonces, Dios mío, cuando vimos, horrorizadas, su vientre abultado… La abadesa la tapó deprisa. Se quedó de pie, callada, y después se giró enfurecida hacia los monjes. Los echó de la iglesia a gritos y empujones.

»No pudimos hacer nada por ella —se lamentó Gentille-Julie—. Mi pobre Adèle se retorcía de dolor y nosotras, nosotras, Dios santo, no pudimos ayudarla… Pero… deja que te diga una cosa. Estoy segura de que ella llegó a verte. Después de tanto dolor, no nos hubiera dejado con aquel rostro dulce y sereno. Llegó a verte, no lo dudes, claro que llegó a verte.

Clémence se incorporó de la cama y se quedó sentada, inmóvil, muda.

—Lo siento, mi niña. Lo siento de verdad.

Ambas guardaron silencio. Gentille-Julie comenzó a acariciarle la espalda.

—Y quién, quién de ellos… —preguntó al fin Clémence, entre sollozos—, quién es…

—Nadie lo sabe. Al menos, yo no.

Se levantó y, decidida, tomó la vela que había sobre la mesa.

—¿A dónde vas, hija mía? —preguntó la monja asustada.

—Al jardín —contestó Clémence, echándose por los hombros la capa—. Al jardín del claustro.

—¿Al jardín?, ¿ahora?, ¿de noche? ¿Para qué, hija mía?

—Quiero ver, quiero ver su tumba. He jugado muchas veces entre ellas y… y no recuerdo… no recuerdo haber visto una con el nombre de Adèle.

La anciana suspiró.

—No vayas, Clémence… No la recuerdas porque no existe…

Ella retrocedió. La miró con cara de extrañeza.

—La abadesa prohibió que la enterrásemos dentro… dentro de la abadía.

Se hizo el silencio y después Gentille-Julie rompió a llorar.

—Ni siquiera nos dejó adecentarla, lavarla y cambiarle el hábito. No hubo velatorio, ni liturgia, ni cortejo fúnebre —dijo entre gemidos —. Nos hizo envolverla en una manta, tal cual estaba, con sus ropas empapadas de sangre. —Clémence palidecía por momentos—. Y nos mandó después llamar al *pater.* Le obligó a enterrarla afuera, bien apartada de nuestros muros; «Bien apartada», dijo. Los oí discutir, pero ella no cedió. «Peccatum mortale!, peccatum mortale!», gritaba. Llegaron los monjes y se llevaron a nuestra Adèle. La *mater* nos mandó volver a las celdas y todas la obedecieron menos yo. Cuando iban ya colina abajo, llamé al *pater* y le entregué la trenza, su hermosa trenza con olor a espliego, para que la enterrasen con ella.

Clémence apretó los labios. Luego se levantó y comenzó a andar, callada, de un extremo a otro de la celda. Iba y venía, iba y venía. Al fin, paró. Miró a Gentille-Julie.

—¡No me ha dejado nada de ella!, ¡nada! Ni su recuerdo ni una tumba en la que llorarla. Al menos, pudo haberme dado su nombre, tan solo su nombre, y ni eso me dio.

—Quisimos… todas quisimos llamarte Adèle, como tu madre, pero se negó —se lamentó la monja—. Al principio, rehusó darte un nombre. No querías comer y aseguró que no vivirías mucho tiempo. Luego nos ordenó que te llamásemos Clémence. «Mucha clemencia —nos dijo— necesita esta abadía para que el Señor otorgue su perdón al pecado cometido entre sus muros».



15

El agua apaga el fuego

El otoño llegó lluvioso y frío. El chapoteo del agua sobre el tejado parecía no tener fin. El jardín del claustro estaba encharcado; la explanada del huerto era un barrizal. El tiempo resultaba tan desapacible que las hermanas tuvieron que ponerse doble hábito, gruesas calzas de lana bajo la ropa y, en lugar de cubrirse con una capa, lo tuvieron que hacer con dos. Tapadas hasta las orejas, acudieron a la llamada de la *mater* abadesa. Habían sido convocadas en la iglesia para conmemorar que, en un día como ese, hacía años, brotó en Saint-Sulpice la sangre del Señor.

La abadesa seguía venerando el relicario puesto sobre el altar como el primer día. Cada vez que contemplaba la sagrada forma ungida con la sangre del Señor, se le alegraba el alma.

Reunidas ya en la iglesia, tan fría como un lago helado, la abadesa dio un rápido repaso a su rebaño. Vio a Clémence sentada en una esquina.

—¿Dónde está la hermana Julie? —preguntó de forma arisca.

—Se ha quedado en su celda, reverenda *mater.*

—¿No os dije que vinierais todas a la celebración?

—Bueno, supuse que ella no tenía que venir y la dejé descansar.

—¿Supusiste? ¿Y desde cuándo te da a ti por suponer y no obedeces? Vamos, ve ahora mismo a por ella.

—Pero, *mater,* os lo ruego, no está del todo bien, está aún convaleciente, y aquí hace tantísimo frío…

—No digas tonterías y tráela. Le reconfortará estar ante el Señor. Él la ayudará.

Clémence se fue de mala gana y retornó acompañada. Gentille-Julie se sentó a su lado y allí siguió los rezos medio aletargada, pegada a la joven para atrapar un poco de su calor.

La lluvia no cesó durante los dos días siguientes; el frío, tampoco. Gentille-Julie volvió a enfermar. No paraba de toser, de tiritar. A las toses le siguieron extraños silbidos, calenturas, sudores fríos. Tras desbocársele la fiebre, a la tercera mañana, la anciana no despertó.

Su entierro no fue lluvioso, pero terribles nubarrones ensombrecieron el claustro. Como no era tiempo de flores, Clémence cubrió la tumba con los ramos secos que encontró en la botica; un fresco aroma a hierbabuena, salvia y tomillo cubrió a su gentil amiga.

Se acercó la hora del oficio y Clémence aún estaba allí, rezando ante su tumba, a la luz de las velas. Sentía como si la hubiesen apaleado. No tenía fuerzas ni para respirar. Deseó tumbarse con ella y descansar, descansar junto a su Gentille-Julie, descansar… Cerrar los ojos y no despertar jamás.

La abadesa la vio reclinada cuando cruzaba el jardín del claustro de camino a la iglesia.

—¿Acaso no has oído la llamada?

—Sí, pero… no puedo separarme de ella, *mater,* no puedo dejarla sola. Aún no… —Clémence la miró con los ojos llenos de lágrimas—.

Os lo ruego, permitidme que siga velándola; que haga hoy los rezos desde aquí. Al Señor no le importará si rezo con el corazón. Os lo pido…, os lo suplico, *mater,* permitidme estar un poco más con ella.

—¡Levanta ahora mismo y no te retrases! ¡Basta ya de lloros! ¡Para ti cualquier disculpa es buena para no acudir a la iglesia! —respondió con los labios temblorosos.

Se fue mascullando la palabra «pecadora». «Pecadora del demonio» fue lo que le escuchó decir Clémence.

Empezó a llover y, manteniéndose de rodillas, puso la palma de la mano hacia arriba; se quedó sintiendo el cosquilleo de la lluvia como cuando era niña.

En la vida, has de ser como el agua.

Las nubes, más grises que el humo del incienso, eran empujadas por el viento. La lluvia comenzó a caer con más fuerza y sintió el agua golpeándole la cara.

Dime, Clémence, ¿qué es más fuerte: el fuego o el agua?

Sonó la segunda llamada al rezo y, al escucharla, Clémence se dirigió hacia la iglesia, cabizbaja, mojada. Algunas hermanas estaban ya entrando.

Se quedó parada frente a la puerta, sin traspasarla.

El agua apaga el fuego… La fuerza no la tiene el fuego, sino el agua.

Dio media vuelta. Al pasar a la altura de la tumba de Gentille-Julie se paró y se quedó mirándola. Sintió que la pena la ahogaba. El pecho le pesaba como si tuviera dentro un muro de hierro. Allí, frente a las tumbas del jardín, quiso gritar como una loca, dar alaridos, aullar. Deseó ser una paloma para tener alas y levantar el vuelo. Sobrevolar aquellos tejados empapados, alzarse a lo alto,

adentrarse en los nubarrones negros, desaparecer, estallar en mil pedazos partida por un rayo.

Se apresuró hacia la sala capitular y la atravesó deprisa. En las sienes le cabalgaba el corazón. Abrió de par en par la puerta que daba al ropero. Entró. El pequeño cuarto estaba en penumbra y encendió con manos temblorosas los candelabros. Se puso de rodillas ante uno de los arcones. Alzó la tapa y comenzó a rebuscar. Cuando terminó con ese, prosiguió con el que estaba al lado. Cada vez más agitada, fue arrojando al suelo lo que iba encontrando. Hábitos, sandalias viejas, paños. Sus ojos se llenaron de lágrimas. «No está. No está —se decía—. No está». Fue a por el siguiente, y cuando lo hubo vaciado, comenzó a llorar. Cogió una de las alpargatas que había por el suelo y la arrojó con rabia. Al hacerlo, se dio cuenta de que había un arcón más, uno que estaba medio oculto bajo un tapiz. Sobre él se habían apilado unos cuadros. Se apresuró hacia él, le aligeró del peso y abrió la tapa. Comenzó a sacar todo lo que contenía. Una lamparilla, un crucifijo roto, una manta, un par de hábitos, otra manta más y, debajo de ella, bien doblado y salpicado de espliego, allí estaba. Clémence se quedó mirándolo, inerte. Comenzó a sollozar.

Fue ella misma quien plegó su vestido verde… Lo metió con esmero en el arcón, sin arrugarlo.

Repasó con el dedo las florecillas del bordado. Ya no eran blancas, sino de un color amarillento, pardo. Se estremeció al pensar que también las manos de su madre las habrían tocado.

Sacudió el espliego que había sobre el vestido. Se enjugó las lágrimas. Lo sacó con cuidado del arcón y lo extendió sobre el suelo. Se quedó contemplándolo ensimismada. Después se desnudó

deprisa, con torpeza. Con manos temblorosas se puso el vestido. Acarició la tela verde, respiró hondo, cerró los ojos. Gimió. Era lo más cerca que había estado de ella. Vio a su madre atravesando la sala capitular por vez primera y sintió su miedo; vio cómo caía su trenza al suelo y sintió su pena; la imaginó cobijada en su celda, intentando disimular su vientre bajo el hábito, y sintió su desesperación; la vio derrumbarse en medio de la iglesia y escuchó sus gritos de dolor. Se tapó los oídos con ambas manos.

Luego tuvo ante sí los ojos de fuego de la abadesa ordenando que la enterrasen afuera, alejada de Saint-Sulpice; pudo ver a su madre, a hombros de los monjes, bajando la colina en la oscuridad de la noche. Clémence se dejó caer de rodillas al suelo. Dio un grito desgarrador.

Cuando se hubo calmado, se secó la cara, se levantó y salió de allí presurosa, alzándose el vestido, que le quedaba un poco largo.

La puerta de la iglesia se abrió de golpe y todas las cabezas se volvieron al mismo tiempo. Clémence avanzó hacia el altar y la abadesa, que estaba de rodillas, al verla se levantó muy despacio. Entornó los ojos. A medida que la joven se iba acercando y salía de la penumbra, el rostro de la reverenda iba mudando hasta que adquirió la rigidez de un difunto. Clémence se detuvo ante ella.

—¡Quítate eso! ¡Quítatelo ahora mismo! —ordenó con los ojos llenos de ira.

Clémence, inmóvil, le sostuvo la mirada.

—Me lo habéis arrebatado todo, y esto es lo único que me queda —respondió.

—No te lo diré dos veces: ¡quítatelo!

Al ver que Clémence no se movía, se acercó un poco más a ella y, furiosa, la abofeteó.

—¡Eres igual que ella!, ¡exactamente igual!, ¡debiste acompañarla a la tumba, habría sido lo mejor para todas, lo mejor! —gritó con fuego en los ojos.

—Por favor, reverenda, os lo ruego, por favor… —se oyó decir a una de las hermanas. Otras se le unieron, en un intento de aplacarla.

Clémence, con las mejillas enrojecidas, se dio media vuelta.

—Eso. Vete, vete. ¡Eres el pecado hecho carne! ¡El pecado más infame! La sangre de dos pecadores corre por tus venas —gritó rabiosa la abadesa—. ¡Pecadora!

Clémence sintió entonces en su boca la fuerza que lleva el agua, el agua que apaga el fuego y lo deja hecho rescoldos. Se volvió hacia ella.

—Sí, reverenda *mater*, tengo sangre pecadora, la misma sangre pecadora que lleváis años venerando ante el altar.



16

El destierro

Tumbada en su jergón, con los ojos clavados en el techo, Clémence recordó las palabras de su Gentille-Julie. Una vez le dijo que el Señor acompaña a los que poseen el corazón quebrantado y salva a los arrepentidos. Si eso era cierto, se preguntaba a qué esperaba. ¿Acaso no la veía con el corazón roto de dolor y el alma aguijoneada por el remordimiento? ¿Dónde estaba el auxilio del que hablaba Gentille-Julie? Sintió cómo las lágrimas tibias resbalaban por sus mejillas.

Escuchó la puerta y se ladeó. Vio entrar a la hermana Blanche, con un saco vacío en la mano. La monja lo posó sobre la mesa. Se llevó el dedo índice sobre los labios y después se dio un golpecito con el puño sobre el pecho. Clémence comprendió que se le había impuesto silencio; la abadesa le había prohibido hablar con ella.

A través de gestos, la monja ordenó que metiera sus cosas dentro del saco. A Clémence el corazón se le encogió. «La abadesa me echa», murmuró, y la hermana Blanche miró al suelo. Obediente a la orden, recogió sus pertenencias: un hábito, dos mudas, las sandalias, la capa, su vieja biblia y el rosario. Tenía tan poco que el saco permaneció casi vacío. Rememoró lo que había leído en uno de

los libros del *scriptorium* durante una de sus muchas escapadas nocturnas: «El hombre debe proveerse de un equipaje que flote en el agua y pueda salvarse con él, a nado, del naufragio». Intentó recordar quién había dicho eso, pero no, no lo logró.

Colgado de un gancho de la pared estaba el vestido verde de Adèle. Ambas se quedaron ensimismadas observándolo. La hermana Blanche, con un gesto, le indicó que lo dejara.

Se disponían a salir ya cuando Clémence pidió a la monja que aguardara un momento. Se arrodilló y comenzó a palpar con la mano debajo del jergón.

—Aquí está. Mi ángel protector. El ángel que encontrasteis para mí caído entre las rosas del claustro.

La hermana rompió su silencio.

—Te vamos a echar mucho de menos, Clémence. —La estrechó fuerte entre los brazos y ella rompió a llorar.

Atravesaron el oscuro corredor. Hacía frío. Un frío intenso que traspasaba la piel, que helaba los huesos.

—Al menos, me dejará despedirme de todas.

La monja volvió la cabeza, y Clémence, al ver su triste mirada, supo que no.

Bajaron la escalinata y se incorporaron a la galería del claustro. Ante la sorpresa de Clémence, no giraron hacia el portón, sino en sentido contrario. Recorrieron toda la galería y llegaron al pasaje que daba al huerto. Lo atravesaron.

—Me echa por el portón del huerto, ¿verdad?, ni siquiera me considera digna de abandonar la abadía por la puerta principal.

La hermana Blanche, esta vez, no se giró y guardó el silencio que se le había impuesto. Al llegar a la altura de la hospedería indicó con

la mano que esperara en el banco de piedra. La monja golpeó la puerta con la aldaba y, tras ello, se marchó.

Clémence se quedó allí sentada, esperando, pensando. Las hermanas no tenían la fuerza requerida para levantar el madero que sellaba la salida trasera. Ahora vendrían ellos y la abrirían. Tomaría el saco con sus pingües pertenencias y saldría al campo. Recordó la primera vez que se asomó, de muy niña, desde el campanario, y cuán desencantada se quedó al vislumbrar aquel mundo vacío, esa tierra triste sin gente, sin casas, sin nada. Se tapó la cara con las manos. El pánico la invadió. Qué iba a hacer ella sola por esos campos solitarios.

La puerta de la hospedería se entreabrió y se asomó el *pater* Oliverius.

—Entra —dijo en un susurro— o te quedarás helada.

Ella obedeció y lo siguió hasta una estancia amplia, oscura, de altos techos de madera. En el centro había una mesa rodeada de sillas, pero pasaron de largo y se sentaron en dos taburetes frente a la chimenea. Unos troncos crujían en su interior y Clémence acercó las manos a las llamas. Allí, junto al fuego, el *pater* le comunicó el ultimátum dado por la abadesa y que, a partir de ese momento, tenía prohibido acercarse a las monjas. Ella, atónita, intentaba asumir lo que se le decía.

—Los oficios divinos los habrás de seguir con nosotros y también nos acompañarás al refectorio —aclaró el *pater* de modo solemne—. No coincidirás con las hermanas ni en el jardín, ni en el claustro, ni en el huerto. En ningún lugar, Clémence. Esas son las normas impuestas por la abadesa si te quedas. Ha dispuesto también que, a partir de ahora, ocupes el cuarto que hay junto a la cuadra. Seguirás

utilizando, eso sí, sus letrinas y el lavadero, pero evitando el contacto con ellas. ¿Está claro?

Ella asintió, sin atreverse a decir nada. ¿Había oído bien? ¿La abadesa le permitía quedarse? ¿Seguir allí, pero con ellos?

El *pater* abrió la tapa del puchero que estaba colgado de una barra de hierro en el interior de la chimenea. Extrajo de él un tazón de caldo y se lo ofreció.

—Bebe con cuidado, que quema.

Ella sopló y comenzó a dar pequeños sorbos que le reconfortaron el alma, mientras el *pater* le advertía de que cumpliera las normas a rajatabla, pues la abadesa estaba dolida, muy dolida, más que eso: se sentía hundida por la humillación.

—A todos los efectos —añadió el *pater* con tono apesadumbrado —, a partir de ahora hazte a la idea de que eres uno más de nosotros.

Al oír esto, se lo quedó mirando con el tazón humeante en vilo.

El *pater* siguió hablando acerca de adecentarle el cuarto, pero ella no le escuchaba. Tan solo pensaba en su Gentille-Julie. Ella estaba en lo cierto, claro que lo estaba. El Señor acompaña a los que tienen el corazón quebrantado; el Señor salva, siempre, a los que están arrepentidos.



17

En cónclave

No. No fue aquella una decisión que el *pater* Oliverius hubiera de tomar por sí solo. Siempre evitaba imponer por la fuerza su propia voluntad, pues decía que la exaltación de uno mismo y de su cargo es una forma de soberbia, y que las decisiones, si son consensuadas, están dotadas de mayor solidez y legitimidad. Por eso, cuando aquella tarde de domingo la abadesa puso en sus manos el destino de Clémence, lo primero que hizo al terminar la misa de los monjes fue llamarlos a capítulo.

Los monjes nunca se reunían en la gran sala capitular. El *pater* se quejaba de que pecaba de solemnidad y prefería la reunión en una estancia más simple, donde no hubiera una silla que destacara sobre las demás. Por eso solían congregarse en un cuarto de techos abovedados y paredes desnudas que estaba situado a la entrada de la hospedería. Era ese el lugar en el que, antaño, solían aguardar los peregrinos hasta que se les daba acomodo. Como era frecuente que la abadía estuviera completa, siempre se oían las voces quejumbrosas y los lamentos de los que se habían quedado sin alojamiento y tenían que pasar la noche acampados bajo las estrellas. Debido a ello, la estancia tomó el nombre de sala de los

lamentos, como así lo atestiguaba la inscripción que estaba tallada junto a la puerta.

La estancia parecía un pozo negro y el *pater*, asistido por el hermano Constant, se apresuró a encender las velas y a ponerlas sobre la mesa. Todos tomaron asiento a su alrededor.

El *pater* les dio las gracias, anunciándoles que el asunto que allí los reunía no admitía demora y que era preciso adoptar una solución antes de que despuntase el alba.

—Algo grave debe de ser para que nos convoquéis en domingo y a estas horas —dijo una voz anciana en tono de reprimenda—. ¿Acaso no podíais aguardar hasta mañana?

—El *pater* ya nos ha dicho, hermano Anselme, que el asunto urge. Oigamos lo que tiene que decirnos.

Todos miraron al *pater* Oliverius. Él tenía la vista baja, puesta sobre la mesa. Tomó aire, alzó la cabeza y, tras echar un vistazo a todos aquellos rostros atentos que aguardaban su explicación, comenzó a hablar.

Se remontó primero al altercado habido días antes entre la abadesa y Clémence, del que le habían dado cumplida cuenta las hermanas. Les habló de la impetuosa entrada de la joven en la iglesia ataviada con las ropas de su madre, del acaloramiento y sofoco que provocó en la abadesa, del desafío de la joven y de la bofetada e insultos que recibió de la reverenda.

—El milagro nunca fue tal, hermanos —añadió, apesadumbrado, tras contarles a grandes rasgos lo acontecido.

Al escuchar esto, los monjes se llevaron las manos a la cabeza, se santiguaron, comenzaron a hacerle preguntas de forma atropellada. Era tal el alboroto que en lugar de diez monjes parecía haber un

centenar. En la estancia, como en los viejos tiempos, retumbaron los lamentos.

El *pater* les rogó calma, les pidió silencio.

—¡Esta muchacha es el demonio! —gritó el hermano Anselme dando un golpetazo sobre la mesa, y entonces callaron todos.

Aprovechando el silencio, el *pater* recobró la palabra. Les dijo que aún no había podido hablar con Clémence para que se explicara, pero que sí que lo habían hecho las monjas. Una de ellas, con la excusa de pedirle confesión, había ido a verle, y por eso sabía que la joven estaba destrozada. Afirmaba que nunca tuvo intención de engañar a nadie; que todo fue fruto de un desgraciado percance que aconteció cuando era muy niña.

—Todo empezó con la cabra —adujo el *pater* ante el asombro de todos—. Sí, hermanos. Cuántas y cuántas veces habremos salido del *scriptorium* a decir a la niña que dejase de gritar. Siempre andaba corriendo detrás de ese animal dando voces… Incluso le había puesto un nombre.

—Bellefleur. Estaba a todas horas gritando eso ahí afuera —apuntó un monje, y el resto asintió.

—Pues no se le metió otra cosa en la cabeza que dar a esa Bellefleur de comulgar para evitar que el animal fuera al infierno.

Al escucharlo, los monjes se volvieron a alborotar.

—Hermanos, os lo ruego, si no guardáis silencio, amanecerá y no habré podido contaros lo que os tengo que contar. Os ruego que calléis.

Y todos así lo hicieron. Los que estaban de pie se volvieron a sentar.

—Como os decía, Clémence era muy niña, quiso hacerse con una de las obleas que se guardan en la cocina y, al parecer, intentando alcanzarla se hirió en una mano. Fuera como fuese, el caso es que manchó de sangre una de las obleas. Y bueno, no os voy a explicar más, porque todo lo que después vino bien lo conocéis.

—¡Por todos los santos, menuda criatura! —gritó de nuevo el anciano.

—Y ¿por qué no confesó lo ocurrido? —preguntó con cierta pena el hermano Isidore.

—Les ha contado a las hermanas —precisó el *pater*— que lo intentó muchas veces. Que no soportaba ver a la abadesa de rodillas ante el altar. Procuró decírselo en repetidas ocasiones, pero en cuanto estaba cerca de ella cambiaba de opinión. Y afirma que, durante años, sus noches fueron una pesadilla. Se despertaba gritando, porque siempre soñaba lo mismo: que la abadesa la arrastraba de los pelos por la abadía y la arrojaba de cabeza al pozo del claustro.

—No me extraña. Pobre niña. Incluso a nosotros nos intimida la reverenda; imagino lo que ha debido de sufrir —murmuró el más joven de los hermanos.

— ¿Que ha debido de sufrir, decís? —le gritó indignado el anciano — ¡A ver si ahora vamos a decir que la niña era una santa!

—Calma, calma, hermanos —medió el *pater* Oliverius y en esta ocasión fue él quien se levantó.

Todos se quedaron mirando.

Dio una vuelta completa a la mesa con las manos cogidas a la espalda. Los hermanos le seguían con la vista mientras tanto. El

pater se detuvo y se mantuvo de pie, apoyado sobre el respaldo de su silla.

—No andaré con más rodeos —dijo al fin—, tengo que deciros que la abadesa nos ha dado un ultimátum.

Al decir esto, los ceños se fruncieron y los rostros de los monjes se arrugaron, pero, esta vez, todos los labios guardaron silencio y los hermanos escucharon, muy atentos, cómo el *pater* Oliverius les relataba la visita que, esa misma tarde, le había hecho la abadesa y todo lo que ella había expresado.

Según contó, estaba destrozada, humillada, dolida. Había sido vilmente engañada y, por ello, había tomado la decisión de arrojar a esa muchacha endiablada de la abadía. Su decisión era firme, o al menos así lo creyó hasta escuchar la homilía del domingo sobre la oveja descarriada y el buen pastor: «El Señor nos anima a cargar con ella sobre los hombros, a devolverla al redil, porque nos recuerda que hay más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesiten convertirse».

—Lo he pensado mucho…, y no, no seré yo la que ofenda al Señor, la que vaya en contra de su voluntad y fustigue con la vara a la oveja descarriada —había dicho la abadesa—. Lo he reconsiderado y quería que supieseis que, a pesar de todo, permitiré que Clémence permanezca en Saint-Sulpice.

Se escucharon los murmullos de los monjes.

—Vaya, *pater,* al parecer vuestra homilía le ablandó el corazón. Acertasteis con la elección de la lectura de san Lucas —adujo uno de los monjes.

—Eso no es todo, hermanos —afirmó muy serio el *pater—.* Me dijo que podría quedarse, pero… pero solo si la oveja descarriada descansa esta vez sobre nuestros hombros. No puede acercarse a ellas: habrá de estar aquí, con nosotros. Si no lo aceptamos, al despuntar el alba, Clémence habrá de abandonar Saint-Sulpice.

Todo eran voces y aspavientos. Se alzó una voz entre el barullo.

—Querido *pater.* Veo que ella está loca por haberos hecho tal planteamiento, pero me temo que vos lo estáis mucho más por tener la desfachatez de reproducir aquí esa propuesta descabellada —afirmó con desprecio el viejo Anselme.

Los demás se giraron hacia Oliverius. Él, taciturno, se sentó de nuevo y tomó la palabra.

—Querido Anselme, calma, os lo ruego, antes de que hagáis juicios precipitados…

— ¿Juicios precipitados? —le interrumpió el anciano—. ¡Que seáis nuestro *pater* no os da derecho a pedirnos tal cosa! Pero ¿de verdad se os pasa siquiera por la cabeza que tengamos una mujer con nosotros?

Se escucharon murmuraciones en la sala. El anciano se levantó temblequeando.

—Yo solo os digo una cosa, si la abadesa la quiere echar, pues que la eche. A nosotros eso no nos incumbe. *Rectius* —corrigió rápidamente el hermano Anselme—, a ninguno nos incumbe, salvo a uno, por supuesto, que lleva años con la cabeza oculta en el capuchón sin dar la cara. Solo tiene que descubrirse y llevarse de Saint-Sulpice lo que es suyo.

Tras estas palabras, los monjes empezaron a discutir de nuevo.

—Esto es precisamente lo que quería la abadesa, hermanos —interrumpió el *pater*—. Que discutiésemos y la arrojásemos nosotros de aquí. Ahora lo veo claro, muy claro. Hizo tal oferta muy segura de que jamás sería aceptada.

—Sí, sí, yo opino que tiene razón el *pater* —acudió en su apoyo el hermano Gervais. Al escuchar esto, el hermano Anselme lo pulverizó con la mirada.

—Las monjas me han rogado —prosiguió diciéndoles el *pater*— que les demos tiempo. Que ellas harán entrar en razón a la abadesa, pero que no permitamos que mañana Clémence se vaya de Saint-Sulpice… Confiesan que la quieren como a una hija y que, por una vez, nosotros asumamos nuestra propia responsabilidad, que alguna tendremos, dicen.

—¿Responsabilidad? ¡Yo no soy responsable de nada! —se alzó indignada, de nuevo, la voz más anciana.

—Mientras haya aquí un responsable, lo somos todos —le replicó una voz calmosa desde el otro extremo de la mesa.

—Yo opino que deberíamos darles el tiempo que nos piden —afirmó otro monje—. La ofuscación nubla la mente. Cuando se calme la abadesa seguro que templará y las aguas, hermanos, volverán a su cauce.

—¡Ni hablar!, ¡no podemos aceptar! Lo mismo da que sea por mucho o por poco tiempo —respondió el viejo Anselme, apuntándole con el dedo—. No me cabe siquiera en la cabeza, por todos los santos, que estemos discutiendo sobre tener… sobre la posibilidad de tener una mujer entre nosotros.

—Estoy con él —se alzó una voz ronca en su auxilio—, de ningún modo debemos aceptar tal dislate.

El hermano Silvanus, al escucharlos, se levantó y dio una fuerte palmada sobre la mesa.

—Vamos a ver y corregidme si me equivoco.

Los monjes, aturdidos, se quedaron observándole.

—Hace quince años que llegamos a la abadía.

—Dieciséis —corrigió uno de ellos.

—Da igual. Lo cierto es que vinimos aquí porque no tuvimos otra opción. Tampoco la tuvieron ellas, que hubieron de abrirnos sus puertas. Es cierto lo que afirmo, ¿verdad?

—Verdad —se escuchó decir a su alrededor.

Silvanus se rascó su enorme barriga y prosiguió.

—Durante años y hasta que ocurrió —carraspeó—, hasta… hasta que ocurrió lo que todos sabemos que ocurrió, compartimos con las hermanas la iglesia, ¿es cierto lo que cuento?

—Lo es —se volvió a escuchar.

—Y el refectorio también lo compartimos con ellas. Tres, tres veces al día. ¿No es así, hermano Anselme?

El anciano dijo que sí con un gruñido.

—Con ellas plantamos los árboles frutales, compartimos la botica y hasta cantamos a coro las salmodias. ¿Acaso falto a la verdad? Respondedme, por favor.

El monje se volvió a rascar la voluminosa barriga y después tamborileó los dedos sobre ella.

—Pues si es así, queridos hermanos, no logro comprenderlo. Hemos compartido durante años nuestra vida con ellas y ahora que se nos pide que hagamos lo mismo con una, con una sola muchacha para evitar que la echen, nos rasgamos las vestiduras. ¡Una mujer entre nosotros!, ¡una mujer entre nosotros! —exclamó haciendo

aspavientos—, ¡qué escándalo!, ¿verdad? Cuando llevamos años moviéndonos entre monjas. ¡No seamos necios, hermanos, os lo ruego! Podréis buscar otro motivo, uno y doscientos, si así lo queréis. Pero, por san Benito, aducir esa excusa, en nuestro caso, resulta una zafiedad.

El hermano Anselme se levantó y, con el cuerpo escorado y arrastrando las sandalias como si estuvieran hechas de plomo, se dirigió hacia la puerta.

—Me retiro. Mis oídos han escuchado ya lo suficiente.

Antes de salir, el anciano se giró hacia el resto. Su cara parecía más arrugada bajo la luz de la vela.

—Os adelanto que mi voto es un no.

Cuando se hubo marchado, el *pater* Oliverius se levantó de la silla. Alzó la mano y el resto de los monjes, obedeciéndole, se pusieron también en pie. Y allí, en la penumbra de la sala de los lamentos, coronados por su techo abovedado y arropados por sus desnudas paredes, comenzaron la votación.

18

La fuerza del débil

—Cada cosa que hay bajo este cielo tiene su momento; hay un tiempo para plantar y otro tiempo para arrancar lo plantado —le dijo el *pater* Oliverius a Clémence al concluir el oficio de vísperas.

—Tengo paciencia, *pater,* pero no entiendo la obcecación de los hermanos.

El monje le ordenó que guardaran silencio mientras atravesaban el claustro al ver que, por el otro extremo de la galería, algunas hermanas se dirigían hacia la iglesia. Al dejar atrás el claustro, ambos se pararon en el huerto y él siguió hablando.

—Como te decía, para comprender al prójimo te has de poner en su lugar, Clémence.

—Y así lo hago, *pater* —contestó ella. Arrancó un poco de hierbabuena y la olió—. Siempre procuro no importunaros. En los oficios ni me muevo; al trabajar en el huerto, guardo silencio; en el refectorio, procuro que no os moleste ni mi respiración. Me dijisteis: «Sé humilde como la flor de la manzanilla», y con humildad y obediencia me comporto.

—Lo sé, Clémence, no te reprocho nada en absoluto.

—Entonces, siendo como soy de los vuestros, debería entrar yo también en el *scriptorium*. Me muero de aburrimiento mientras estáis ahí dentro… Pasáis tantas horas… En fin, *pater,* algo habrá que yo pueda hacer allí.

—He hablado con ellos, y ¿acaso crees que les está siendo fácil la situación? Si cualquiera nos viera yendo hacia la iglesia seguidos de una hembra, ¿no le causaría estupor? Diría: «En Saint-Sulpice han perdido la cabeza; todos se han vuelto locos». Los hermanos lo han ido aceptando con resignación, Clémence, porque entienden que no están los tiempos para dejarte vagar sola por los caminos, pero no quieren ni oír hablar de que pongas un pie en el *scriptorium.* Y yo no quiero imponérselo, sería un error. Debes darles tiempo.

—¿Cuánto tiempo, *pater*?*, ¿*cuánto habré de esperar? Llevamos así un mes. Me haré vieja. Se me cubrirá el cabello de canas, me bailarán los dientes, andaré encorvada y seguiré plantada aquí afuera sin poder entrar.

—¡Me haré vieja!, ¡me haré vieja! —la imitó el *pater* haciendo gesticulaciones con la cara—*.* Cómo te quejas, Clémence.

Ella entonces se dejó caer abatida sobre el banco colocado junto a la puerta de entrada al *scriptorium.*

—Está bien —dijo remolona—, tendré paciencia. Aquí continuaré. Seguiré sentada viendo cómo entráis y salís. Pondré mis ojos color panzaburro, tristes y suplicantes. ¿Creéis, *pater,* que lograré algún día ablandarles un poco el corazón?

—¿Ojos color panzaburro? Pero qué cosas más raras dices, Clémence.

Ambos rieron.

—Persevera, que la paciencia es la fuerza del débil.

—Sí, *pater*, y me diréis también que lo podado siempre reverdece.

—Exacto. Y ahora lleva algo de leña a la hospedería, anda.

Ella se levantó de inmediato y fue a hacer acopio de leña. La llevó a la hospedería y la fue apilando a ambos lados de la chimenea. Luego retornó y volvió con la carretilla otra vez llena. Cuando terminó el trabajo, se sentó de nuevo en el banco, agotada. Un viento fresco hacía que las plantas del huerto se balancearan con suavidad. Parecía que danzaban.

Allí sentada, se quedó mirando pasmada las flores amarillas que destacaban como rayos de luz sobre el monótono verdor de las hortalizas.

Su nombre es meliloto, Clémence. Estas flores rebajan la hinchazón, pero también ahuyentan a los ratones, que no soportan su dulce olor.

Había aprendido tantas y tantas cosas de su Gentille-Julie… No había día en el que no la echara en falta.

Caminó lentamente hacia el huerto. Comenzó a cortar tallos y los puso en un cesto. Después, en la botica, elaboró con cuidado pequeños ramos de flores amarillas. Por la noche, cuando el *scriptorium* se encontraba despejado, entró cautelosa con el cesto en las manos.

A la mañana siguiente, al finalizar la misa, Clémence se quedó en el banco que había a la puerta del *scriptorium.* No paraba de restregarse las manos y tan pronto estaba sentada como se ponía en pie. La puerta se encontraba entreabierta, porque a lo monjes les gustaba airear la sala para ahuyentar los malos olores y evitar que la humedad invadiera los libros y los papeles. Se escuchó a lo lejos la voz del *pater* Oliverius.

—Vaya, vaya. Iba a llegar el día en el que los ratones nos iban a roer los hábitos mientras trabajamos.

Clémence asomó la cabeza por la puerta y vio al *pater* de pie, junto a la mesa de los pigmentos, con uno de los ramilletes amarillos en la mano.

El resto de los monjes guardó silencio.

También callaron los hermanos cuando, dos días después, notaron que los rayos de luz hacían su entrada en el *scriptorium* con más brío y alegría. Las vidrieras relucían como nunca lo habían hecho. Ya no les cubría ni el polvo ni las telarañas.

En cada nueva jornada, los ojos de los monjes miraban de un lado a otro escudriñando la sala. En una ocasión, era el suelo el que se mostraba lustroso. En otra, la mesa de los pigmentos, que carecía ya de manchones y estaba libre de vasijas sucias. Más tarde fueron los atriles, cuya madera parecía ahora recién pulida. Ya no volvieron a estorbarles ni los restos de velas inservibles ni las raspaduras de las plumas tiradas por el suelo.

Una mañana, al abrir la puerta, un cesto con bollitos, aún calientes, les dio la bienvenida. Olía el *scriptorium* tan bien que los libros parecían estar hechos de miel y almendra.

El hermano Silvanus tomó la palabra.

—¡Hermanos! —dijo con la boca llena y rascándose la barriga—, creo que ha llegado el momento de que reconsideremos, muy seriamente, nuestra postura.

Esa misma tarde se volvieron a reunir todos en la sala de los lamentos. El debate fue intenso. Aunque casi todos reconocieron la buena disposición de la joven y lo mucho que había adecentado el

scriptorium, algunos manifestaron su negativa rotunda a que se le diera entrada.

—Las mujeres hablan y gritan más que los niños, y necesitamos paz y concentración.

—Estoy de acuerdo con el hermano Isidore. Solo nos faltaba tener su parloteo martilleándonos todo el día en la sien —apuntaló otro, logrando que dos más asintieran.

—Bueno, bueno, el caso es que la joven está guardando la compostura durante los oficios. En nada nos molesta.

—Pero una cosa, hermano, es que rece a nuestro lado y otra bien distinta que la dejemos pasar al *scriptorium.*

Uno de los monjes propuso después que podrían dejarla entrar para que limpiase la sala y quitara el polvo de los libros. Otro más salió en su apoyo, aduciendo que nada perdían si la encomendaban alguna tarea insignificante que no quebrantara su quietud. Al escuchar esto, el anciano Anselme alzó su voz:

—¡Me opongo, hermanos! ¡Yo no consentiré tal cosa! Bastante es que la tengamos al lado el resto del día. —Al decir esto la voz se le rasgó y pidió, con la mano, que le alcanzasen un tazón de hidromiel.

Cuando hubo bebido, el anciano prosiguió:

—Echaría a perder nuestro trabajo con su torpeza y rompería nuestro silencio. ¡Por todos los santos, hermanos! Bien sabéis que, en sus días impuros, ellas son capaces de enfermar hasta a un caballo con tan solo mirarlo a los ojos. ¿Imagináis lo que podría llegar a hacer?

Todos murmuraron, y el anciano, que continuaba fatigado, volvió a beber.

—Tus tintas, hermano Isidore, perderían espesura y nos emborronarían después el pergamino —gritó enardecido—. Y tus pigmentos, hermano Casimir, se agrietarían. Y vuestras hermosas decoraciones, querido *pater,* perderían su viveza. Me duele el alma de tan solo pensarlo.

Cuando concluyó el anciano, los demás siguieron discutiendo entre ellos. El *pater* Oliverius intervino, alabando las cualidades de la joven, pero, no queriendo imponer su voluntad sobre el resto, sometió la cuestión, como era su costumbre, a votación. Los monjes se fueron levantando sucesivamente para manifestar su parecer y la sala de los lamentos fue testigo de un holgado triunfo del no.



19

Hablando de París

Los días eran más largos, las aves revoloteaban juguetonas sobre los tejados y las plantas se abrían en flores carnosas, coquetas, abultadas. Su aroma afrutado endulzaba el claustro.

Durante el tiempo de descanso, el *pater* solía reunirse con Clémence al calor de los tibios rayos de sol y daban paseos mientras hablaban de lo divino y de lo humano. Sobre lo divino Clémence había recibido ya sobrada educación, pero sobre lo humano pronto advirtió el monje que era una completa iletrada. No habiendo traspasado los muros de la abadía de Saint-Sulpice, el conocimiento que poseía del mundo era bien limitado, casi nulo. Cualquier cosa que él contaba era motivo de sorpresa, júbilo, desencanto y, en algunos casos, también de enfado o indignación.

En una mañana tan radiante como aquella se imponía hablarle de algo bello, así que el *pater* se refirió a París, la ciudad en la que él había estudiado durante años.

—Es tan hermosa —dijo entusiasmado— que hay quien la llama la rosa del mundo, figúrate.

Le contó que estaba rodeada de altas murallas y que, durante la noche, sus seis puertas se clausuraban y los puentes levadizos se

alzaban. Se refirió después al trasiego de barcazas sobre el Sena; al laberinto de las calles y al bullicio de sus plazas; a los pináculos de las iglesias y a los altos campanarios que asomaban sobre los tejados por toda la ciudad.

—Cuando las iglesias y abadías tocan al unísono sus campanas, la ciudad retumba, Clémence. El sonido es tan ensordecedor que la gente se tiene que tapar las orejas con las manos. Es tal el estruendo que se cuenta que un mercader enloqueció el día en el que todas las campanas se balancearon durante horas para celebrar que la ciudad estaba libre de la pestilencia.

Clémence caminaba a su lado, escuchándole boquiabierta.

El *pater* le describió, con ojos de añoranza, el modo en el que París engalanaba sus calles, plazas, balcones y puertas, y cómo las procesiones cruzaban la ciudad de un extremo a otro haciendo rogativas para obtener buenas cosechas. Le habló de las fiestas primaverales; del bullicio provocado por la acumulación de carros y caballos, que, apiñados ante la imponente iglesia de Notre-Dame, esperaban ser bendecidos por el obispo; de los vistosos desfiles de las cofradías que llenaban de algarabía las calles y eran seguidos por el griterío de los vecinos. Ella ni siquiera se atrevía a pestañear y sus pupilas, ya inmensas, se engrandecieron aún más al oírle hablar de la noche de San Juan.

—Es digno de ver, Clémence. La juventud, agitando ramas y con guirnaldas sobre la cabeza, acude en caterva a la Place de Grève, junto al Sena. Allí forman corros alrededor de un árbol colocado en el centro de la plaza para celebrar el solsticio de verano. Se dice que quien más gire y más alto cante será el que primero encuentre su amor.

Al tiempo que él hablaba, ella imaginaba los bailes, los trajes coloridos, la ofrenda de ramas, la música, la gente dichosa girando y girando.

—Las jóvenes suelen formar ramos —prosiguió contando el *pater* — y los conservan durante todo el año porque piensan que las plantas cortadas en ese día tienen efectos mágicos. Me gustaría que vieras la plaza durante la noche, cuando está iluminada por las hogueras. Nos agrupábamos por facultades. Alrededor de una lumbre nos colocábamos los estudiantes de teología; alrededor de otra, los de leyes; en la siguiente, los de medicina; junto al Sena, los dedicados a las artes… Algún día lo verás con tus propios ojos.

El monje advirtió que la cara de Clémence, de repente, se ensombreció.

—Nada, no me ocurre nada *pater* —contestó cuando él preguntó qué pasaba—, es tan solo que al escucharos decir tales cosas me he acordado de los caracoles.

—¿De qué caracoles hablas, Clémence?

—De los que atrapaba en el huerto cuando era niña. Los posaba sobre hojas y los hacía navegar en la fuente del claustro. Les decía que iban en barco y que surcaban ese mar que yo nunca había visto, pero del que me habían hablado las monjas.

—Sí —sonrió el monje—, recuerdo haberte visto más de una vez con los brazos sumergidos en el agua hasta los codos cuando íbamos a la iglesia y a las hermanas diciendo que los sacases de inmediato, que se te iban a petrificar.

Clémence suspiró.

—Mis caracoles estaban por completo engañados. Les hacía creer que una simple pila con agua era el mar, y una hoja de castaño, su

barco. Y yo, si no fuera por lo mucho que me explicáis, me temo que sería como ellos y seguiría pensando que el mundo termina en la abadía de Saint-Sulpice.

—No te lamentes por ello, Clémence. No sabe uno lo que le depara el destino. Dios nos pone a prueba con obstáculos y, de ese modo, nos endurece. Sé que piensas que tu vida no ha sido fácil ni afortunada. Te habrás lamentado mucho por carecer de comodidades y por haber tenido que soportar la dureza de la abadía.

Ella respondió que, en efecto, siempre había pensado que la fortuna le había sido adversa y que le gustaba imaginar cómo hubiera sido su vida de haber nacido lejos de Saint-Sulpice.

—Te diré una cosa, no hay árbol más firme que aquel al que el viento azota, pues tiene que hundir sus raíces en la tierra para luchar contra las ventiscas y las tormentas. Sin embargo, el árbol que parece afortunado por crecer a resguardo, a la menor inclemencia se resiente.

—Qué cosas decís, *pater* —respondió ella.

—No son cosas mías, sino de Séneca.

—¿Y quién es Séneca? ¿Un monje?

—Un monje no, Clémence, un filósofo y de Roma.

Ella hizo una mueca.

—Supongo que nada sabes de filósofos.

—No, *pater.*

—Pues a eso hemos de ponerle remedio.

—De Roma sí sé algo —añadió sonriendo—. ¿No es allí donde vive el otro papa? ¿Ese que no es de Avignon?

El *pater* Oliverius se comprometió a instruirla. Durante el tiempo de asueto ambos se encontrarían en la hospedería y allí leerían

juntos algunos libros que tenía en la biblioteca. Eran afortunados porque no debían partir de cero, gracias a las hermanas que, desde niña, la instruyeron en la lectura y la escritura.

—Sí, *pater,* incluso en latín —adujo Clémence resoplando—, la abadesa se empeñó en ello, y más de un ayuno me costó no aprender la lección.

—Pues hizo bien la abadesa. Siempre se ha preocupado de tu educación. Ella fue dura, pero mírate ahora, eres capaz de leer y de escribir.

—Visto así, *pater*…

—Al fondo del *scriptorium* tenemos una biblioteca. No es que sea grande, pero hay algunos libros que has de leer.

Clémence, nuevamente, se quedó seria.

—¿Qué pasa ahora?, ¿de nuevo pensando en caracoles?

—No, *pater…,* es que…, es que debo confesaros algo y quizá tras contároslo no queráis volverme a ver.

La cara del monje mostró una sonrisa.

—Muy grave tendría que ser para que te mande de vuelta con la abadesa.

—Puede que lo sea, no os riais —respondió muy seria Clémence.

—Vamos, dime, anda, ¿cuál es ese pecado que te llevará esta vez derecha a los infiernos?

Ella inspiró algo de aire.

—Conozco…, el caso es que conozco esa biblioteca de la que me habláis, *pater.* He estado allí…, muchas…, muchas veces.

El *pater* enarcó las cejas y ella, sintiendo que sus mejillas ardían como si le hubieran acercado un hierro candente, sin apartar la

mirada del suelo se sinceró con él y le contó las incursiones que, desde niña, había estado haciendo en la biblioteca.



20

Verba volant, scripta manent

Se levantó y miró por el ventanuco del cuarto. El huerto, los árboles frutales y hasta el lavadero eran simples manchones bajo la tibia luz de la luna. Sobre el suelo, junto al jergón, estaba aún el hábito de monje con el que había entrado el día anterior al *scriptorium.* Si había de ser un hombre para estar entre libros, pinceles y plumas, entonces un hombre sería. Eso fue lo que pensó. Nunca olvidaría las caras de los hermanos cuando se quitó el capuchón y se quedó al descubierto. Clémence se rascó la cabeza. Aún no podía creer lo que había hecho. No le importó coger las tijeras, después la navaja, y ver caer a sus pies su rizado cabello. Según le dijeron, tal escarnio no hubiera sido necesario, pues habían votado y decidido dejarla entrar. Al parecer, el *pater* les había mostrado un libro iluminado por mujeres que les hizo recapacitar, ceder, cambiar de opinión. Ahora ella no quería defraudar ni al *pater* ni tampoco al resto. Si fracasaba, la mandarían con la abadesa, seguro, y le aterraba la idea de ser una aprendiz nefasta, carecer de habilidad, resultarles a los monjes un simple estorbo. Solo tenía esa oportunidad y había de aprovecharla. Como sabía que la oración del pobre llega a los oídos

de Dios, se arrodilló, cruzó los dedos y rezó. Rezó y rezó, como nunca lo había hecho, desde lo más profundo de su corazón.

—Oh, Señor mío, juez de mi conciencia, tened piedad de mí mañana. Os lo ruego, ayudadme, por favor.

Cuando los primeros rayos de luz traspasaron la ventana, ya estaba sentada sobre el jergón esperando a que, como siempre, los monjes la llamaran para acudir a la iglesia. Escuchó pasos y, antes de que golpearan la puerta, abrió y salió. Un viento gélido le dio en la cara. Sintió como si la cabeza pelada se le escarchara. Le quemaba. «No me extraña que anden siempre escondidos bajo su cogulla», masculló.

El *pater* se adelantó hacia ella.

—Ponte esto. Si uno tiene frío en la cabeza lo tiene en todo el cuerpo—. Clémence le sonrió, aceptando el gorro de lana gruesa que el monje le tendía—. A mí se me habrían gangrenado las orejas en más de una ocasión si no hubiera sido por él.

Ella se cubrió la cabeza y siguió a los hermanos, primero a la iglesia, después al refectorio.

—Toma algo, que el día es largo —dijo uno de los monjes pasándole el cesto del pan, pero ella no pudo probar bocado.

Le pareció que esa mañana todo transcurría con lentitud. No veía el momento de entrar con ellos en el *scriptorium.* Les observaba cómo untaban con miel sus rebanadas, cómo daban sorbos, cómo se hacían con un pedazo de queso. «Dios bendito, que terminen ya», rogaba al cielo Clémence. Nunca el tiempo transcurrió tan perezoso, tan pesado, de forma tan cansina.

Mientras los hermanos terminaban, el *pater* salió con Clémence al claustro. Y allí quiso hacerle comprender la importancia de la labor

que realizaban en el *scriptorium*, ya que, si la desconocía, nunca llegaría a integrarse, a ser uno más. Recordó el monje que el encuentro con Dios no solo se lograba con la plegaria, sino también con el trabajo, y no había un quehacer más útil y que acercase más a la fe que copiar libros.

—Al copiar, meditamos sobre los textos sagrados, elogiamos a Dios con nuestro trabajo y damos placer a los ángeles.

Ella, al escucharle, alzó las cejas y sonrió. Se sentaron ambos en un banco. Al hacerlo, quedaron al descubierto las sandalias del monje. Clémence se percató de que una de ellas tenía un par de tiras de cuero totalmente despeluchadas y a punto de romperse. «Él me ha dejado su gorro, yo le repararé su sandalia», pensó.

—Mientras copiamos e iluminamos, oramos —dijo solemne el *pater* Oliverius—, tenlo siempre en la mente y respeta siempre, siempre, nuestra paz.

Añadió que ellos no predicaban en las iglesias. No era su boca la que difundía la fe, sino su mano a través de la pluma y el pincel.

—Nunca olvides, Clémence, la importancia de la palabra escrita. ¿Sabes lo que decían los romanos? «Verba volant, scripta manent». Las palabras vuelan, son ligeras y se las lleva el viento; lo escrito, por el contrario, permanece. Como dice la Biblia: lo escrito, escrito está.

Teniendo en cuenta todo lo dicho por el *pater* Oliverius, Clémence atravesó esa mañana la puerta del *scriptorium* tan nerviosa como emocionada, pues ahora ya sabía que no solo estaba ante un hermoso habitáculo lleno de atriles, plumas y papel, sino ante un auténtico templo de meditación, de reflexión y de laboriosa actividad para propagar la fe.

Pronto se enteró de que los libros también enferman. Lo primero que aprendió, de la mano del viejo Anselme, guardián de la biblioteca, fue que, al igual que un bubón en el cuerpo anuncia la peste, las manchas sobre el pergamino se revelan como el principio del fin. Se pegó a su hábito durante varias semanas. Al principio, el monje aceptó la compañía que se le había impuesto refunfuñando. Pero cuando comprobó la alegría de la joven ante cualquier tarea que le encomendaba, así como la fascinación que mostraba su cara cada vez que tenía un libro en las manos, fue aflojando el ceño y suavizando la mirada. Incluso gruñía cuando otro monje reclamaba a Clémence y la apartaba de su lado. Él fue quien le contó que a los libros había que mimarlos, que eran agradecidos cuando se los cuidaba.

—No comprendo —le decía, torciendo la boca— cómo hay gente que los abandona, los despedaza o los arroja a las llamas. Qué barbaridad, Clémence. Quien es capaz de echar un libro al fuego es capaz de hacer cualquier cosa.

Le enseñó el modo de colocar los libros en los estantes para que su propio peso no los deformara; el modo de extraerlos sin descoyuntarlos, abriendo espacio con los dedos, o la técnica del cepillado y la limpieza de las manchas, sin arrastrar la tinta o el pigmento.

Ella escuchaba con atención, sin quitar la vista de cada cosa que hacía. Y pronto se dio cuenta de que, para el anciano, los libros eran seres vivos, pues decía que nacían al escribirse, crecían al leerse, se reproducían cuando se copiaban y morían por un exceso de luz o de humedad, o consumidos por el fuego.

—Pero te digo una cosa. Los libros también mueren cuando caen en el olvido —añadió el monje—, e imagino que es esa, entre las posibles, la muerte que resulta más dolorosa.

Durante días, ayudó a Anselme en las labores de limpieza. Quitaban el polvo del lomo, de los nervios y de la cubierta; oreaban las páginas; pasaban con cuidado el pincel sobre las manchas; nutrían la piel con cera. El monje le contó que los peores enemigos eran el polvo, la humedad y los insectos, sobre todo estos últimos, que podían llegar a ser auténticos devoradores de la madera y del papel. Los roedores también eran una amenaza, sin duda, pero lograban mantenerlos apartados con las trampas, embadurnadas con resina, que colocaban por todo el *scriptorium*. Como le repetía constantemente el quejoso y adorable hermano Anselme: «Dale a un libro la humedad, la luz y la temperatura que precisa y vivirá mil años, pero descuida cualquiera de esas cosas y no habrá ser humano que pueda evitar su destrucción. Será su ruina, Clémence, su ruina», decía.

Después de ser la aprendiz de Anselme, el *pater* la dejó en las manos del hermano Silvanus.

—Vaya, vaya —dijo el monje rascándose su enorme barriga—, parece que nuestros destinos vuelven a estar unidos, ratón de biblioteca.

—Ya me ha dicho el hermano Anselme que los ratones son un peligro para los libros, pero ambos sabemos —añadió Clémence guiñándole un ojo— que igual de nocivos son para las despensas.

Decía Silvanus que el que no sabe escribir piensa que no cuesta nada, pero que el trabajo que allí hacían, ya lo comprobaría, ya, era fatigoso y duro, muy duro.

—Nos arrebata la luz de los ojos, nos encorva el dorso, nos mortifica el vientre y nos muele hasta los riñones. Y es que dos dedos escriben, pero todo el cuerpo se resiente.

Eligió una caja del almacén y pidió a Clémence que tomara unos cuchillos que había sobre el mismo estante. Salieron a la explanada del huerto. Se sentaron en un banco de piedra. Silvanus destapó la caja y a la vista quedaron cientos de plumas blanquecinas, grisáceas y pardas. Según aclaró, procedían del mercado de Lyon. Al ver las plumas, Clémence no pudo evitar pensar en las gallinas. Siendo pequeña solía correr tras ellas para robárselas.

—No toda pluma es buena, que no se te olvide —adujo el hermano Silvanus, sacándola de su ensimismamiento—. La mejor, la quinta o la sexta, y siempre del ala izquierda. Son las que mejor se ajustan a la mano. Si son de ganso, muy bien. Si son de cisne, mejor que mejor. Las de cisne son caras. Imaginarás que nosotros no nos las podemos permitir.

Por las explicaciones que dio el monje, supo que un cisne era algo así como un pato grande con un cuello desmesuradamente alargado y esbelto y un plumaje frondoso, siempre acicalado y de un blanco impoluto. Al parecer, nada le superaba en elegancia cuando se deslizaba por el agua, pero, cuando pisaba tierra firme, todo su estilo se desmoronaba en un instante al quedar al descubierto sus dos patas, tan cortas y torpes como las de cualquier otra ave que se pudiera ver por el gallinero.

Con el monje aprendió a limpiar las plumas. Las expurgaron, retirando barbas y ganchillos, y después repasaron el interior del cañón para evitar que los restos de grasa se mezclaran con la tinta. A ella aquella labor le parecía divertida, y en cuanto cogió un poco

de soltura retó al monje a ver quién era capaz de limpiar más en el menor tiempo. Se afanaron en su tarea y, cuando las tuvieron listas, entraron en el *scriptorium.* El hermano Silvanus explicó el modo de recortarlas. Y, con eso, a Clémence se le complicó todo. Ya no era tan fácil ni tan divertido como limpiarlas. Había que dar un corte oblicuo en el extremo del cañón, otro más adelante, y por último otro al medio para que se alojase la tinta. El último era el definitivo para permitir el trazo y definir la punta. Clémence resopló. Intentaba seguir los pasos del monje, pero no lo lograba. Siempre necesitaba la mano auxiliadora de Silvanus, que tenía que ir retocando lo que ella estropeaba con su torpeza.

Tras mucho practicar el recorte de las plumas, el monje la animó a probar una de las ya acabadas.

—Para escribir se utilizan solo dos dedos, Clémence, el pulgar y el índice, y se hace apoyo en el corazón. Los demás sobran, y tú agarras la pluma con los cinco dedos, como si se te fuera a escapar. Para que fluya la tinta, la pluma tiene que llegar al papel en vertical y no tan tumbada. Si no se te quedará ahí atrapada. No saldrá.

Le aconsejó que relajara la mano, que no la posase nunca sobre el papel para evitar manchones y que utilizase siempre, siempre, pero siempre, el cuchillo para mantener el papel sujeto. Los dedos nunca. Ni se imaginaba la suciedad que llevaban consigo.

—Escribir es como comer, ambas manos trabajan: una maneja la pluma y la otra el cuchillo, Clémence.

Un cosquilleo le recorrió el cuerpo por entero. Se miró los dedos. Los tenía manchados de tinta. Sintió el deseo de llorar, de salir al claustro, de llamar a voces a las hermanas, de contarles que curaba libros, cortaba plumas y que, al fin, sus dedos también estaban

sucios de tinta. Qué más podía pedirle al Señor. Los ojos se le humedecieron. Se mordió los labios. Sujetó bien la pluma. Mojó en el tintero. Escribió, escribió y escribió.



21

Hojas de acanto

Todos los monjes fueron maestros de Clémence en el *scriptorium* y ella, muy pronto, se llenó de gratitud y afecto hacia ellos. Aunque siempre le habían parecido iguales, en poco tiempo se dio cuenta de que eran tan diferentes los unos de los otros como el agua lo es del vino. El hermano Silvanus, cuando finalizaba el copiado de cada página, se rascaba la barriga, mientras que Maurice, al concluirla, tenía por costumbre santiguarse y rezar un Ave María. El silencio del *scriptorium* se quebraba a menudo con un crujido de huesos cuando el hermano Gervais se retorcía los dedos de las manos cuando los tenía agarrotados, o con los chasquidos de lengua del hermano Casimir cada vez que no le espesaba el pigmento del modo deseado, o con las pisadas apresuradas del hermano Anselme, que con tanta frecuencia y premura había de acudir a las letrinas. El *pater* Oliverius solía hacer descansar su pluma sobre la oreja derecha y por eso siempre la tenía manchada de tinta; el hermano Marcellin, aun sentado, no podía mantener las piernas quietas; a Isidore era mejor no hablarle hasta la hora tercia, mientras que Pierre y Fulbert sonreían desde que se levantaban. A Constant, Clémence supo que

era mejor no decirle nada. Siempre la miraba serio, receloso. La ignoraba.

Dado que la primera regla de todo aprendizaje es la observación, Clémence se pasaba las horas examinando y memorizándolo todo. El *pater* Oliverius le pidió que observara siempre en silencio y que si quería preguntar algo no tocase al monje para llamar su atención. Un simple roce en el brazo o un pequeño sobresalto podían arruinar el laborioso quehacer de todo un día. Ella se colocaba, más muda y quieta que una roca, junto a los pupitres, y allí analizaba cada uno de los movimientos de los monjes. Contemplaba sus tareas, así como la elección y el uso de cada instrumento. Se deleitaba con el suave vaivén de la pluma y cómo esa armoniosa cadencia se transformaba en un sonido seco y firme sobre el papel. A veces cerraba los ojos para disfrutar aún más de ese susurro rasposo que flotaba en el aire. No le hacía falta subir a los cielos para sentirse en el paraíso. Allí mismo tenía su propio Edén.

Fue el hermano Gervais quien le mostró todo lo que había de saberse sobre el rayado de las páginas. Le explicó que las líneas horizontales que trazaba con tinta no solo servían de guía a la escritura, sino que además embellecían el libro y le otorgaban valía, pues no había libro que se preciase si no contaba con un bello y perfecto rayado. Observó atónita cómo, con pulso firme y preciso, trazaba cada raya. Cuando llegaba al final, presionaba con cuidado y perforaba con el punzón el mazo de hojas. Así marcaba sus referencias en las siguientes páginas y los puntos guiaban su rayado.

—Se trata de ir haciendo marcas y luego irlas uniendo con paciencia y sumo cuidado —aclaró con el punzón en la mano.

Gervais le descubrió que la escritura podía ser a una o a varias columnas y cuanta más separaciones hubiese mayor era la complicación. No solo había de rayarse el papel, sino prever también los espacios para el iluminador.

—Mira, aquí el rayado se interrumpe por las cajas que he tenido que dibujar. Si no lo hubiera hecho, ni el *pater* ni el hermano Casimir dispondrían de hueco para insertar sus ilustraciones en esta biblia. Por eso, antes de comenzar con mi trazado —siguió diciendo el hermano rayador—, debo tener en cuenta las indicaciones del hermano Marcellin. Es él quien fija la longitud del rayado y los espacios que hay que dejar en cada página. Créeme, sin su planificación estaría ciego, sin saber bien qué hacer.

Y, tras mucho practicar con el hermano Gervais, Clémence se sumergió en el mundo de los pinceles y de los pigmentos guiada por el *pater* Oliverius. Nunca habría sospechado que para conseguir rojo purpúreo se añadiera a la mezcla orina fermentada; que al negro le fuera bien el hollín de la chimenea; que el blanco estuviera compuesto de conchas y huesos machacados; que el cobre rociado en vinagre pudiera dar lugar al verde si se dejaba al sol. Decía el *pater* que conseguir un buen tono dependía siempre de lo mismo. Uno no se podía librar de moler, macerar, calentar, templar, mezclar y dejar reposar. El tesoro de todos los pigmentos era el lapislázuli, pero, como era muy caro, el que tenían lo reservaban para los encargos más lujosos. Lo sustituían por azurita, que perdía, eso sí, en intensidad. El azul, según el monje, era el color más bello y noble de los que existían. No en vano, el Señor lo había elegido para embellecer los cielos y el agua del mar. Ella pensaba que el más alegre era el amarillo. Se preparaba añadiendo al agua polvo de

azafrán, ceniza y clara de huevo. Cuando terminaba de hacerlo, era como tener un trozo de sol derretido en el cuenco, brillante y seboso. Siempre le apetecía comérselo a cucharadas.

Las maceraciones y los hervidos los preparaban al aire libre, sobre una mesa colocada junto al almacén, bajo un techo de paja sujeto por cuatro débiles tablas. De ese modo, libraban al *scriptorium* de ruidos y efluvios malolientes. Una vez que las mezclas estaban listas, se pasaban al interior y sobre la mesa de los pigmentos se concluían. De todo lo que se hacía en el *scriptorium,* eso era lo que más le gustaba a Clémence: hacer surgir el color, jugar con los tonos, darles tanto brillo que pareciera que a la mezcla le palpitaba el corazón, que tenía no solo cuerpo, sino también alma.

Al tercer día de estar bajo la tutela del *pater*, Clémence lo tenía muy claro.

—Ya lo sé —aseguró con una plácida sonrisa en el rostro—, ahora lo sé.

—¿Se puede saber qué sabes? —preguntó él.

—Que sé lo que quiero hacer el resto de mi vida. ¿No os lo imagináis, *pater?* —preguntó entrecerrando los ojos.

—Espero, Clémence, que no quieras dedicarte a reparar calzado —adujo alzando un poco el hábito para dejar a la vista la sandalia remendada por Clémence—. Un monje con sandalia a dos colores, válgame Dios.

Ella respondió que lo sentía, que tuvo que echar mano de restos sobrantes y solo quedaba piel bermellón.

—Bien, pues si no se trata de eso, quizá quieras seguirme y tomar los votos; dedicar, como yo, tu vida a Nuestro Señor.

—¡Nooo…! —gritó Clémence—. Bien lo sabéis.

—Si a lo que te refieres es a esto… —añadió el monje balanceando el pincel—, persigue lo que deseas, Clémence. Atiende siempre a lo que te dice tu corazón. Y te diré lo que me decía a mí mi padre: hagas lo que hagas, no importa lo que sea, procura ser el mejor.

A Clémence le hubiera gustado practicar sobre el papel lo mucho aprendido, pero los monjes se negaron a ello. El aprendizaje es largo, los errores abundantes y el material demasiado costoso para echarlo a perder, dijeron. Por eso le dieron un cuadernillo formado por tablillas de madera, cubiertas por una suave capa de resina mezclada con cera, y para escribir sobre ellas un *stilus* de metal. En un extremo tenía una afilada punta; en el otro, una espátula.

—Practica sobre ellas. Cuando te equivoques, raspas y luego enceras. Así tendrás hojas limpias cuantas veces quieras —indicó el *pater.*

—¿Hojas, decís? Si tan solo es madera encerada —replicó.

—Sobre unas parecidas aprendió a escribir Platón y no se quejó —contestó él*,* poniendo en sus manos los nuevos instrumentos de escritura.

El hermano Casimir le ofreció un libro con muestras de adornos vegetales y ella inició su aprendizaje imitándolos. Se pasaba el día arañando las tablillas con el *stilus*, dando cera, dibujando, raspando y volviéndolo a intentar.

—Has de tener en cuenta —le advirtió el *pater*— que todo lo que se incorpora al papel tiene siempre su significado, nada es caprichoso. En este caso, estoy representando la crucifixión de Cristo y la escena la rodeo con una frondosa guirnalda de hojas de acanto.

¿Sabes lo que representan esas hojas? Son el símbolo de la eternidad, de la inmortalidad del alma.

Añadió que, si hubiera querido representar la humildad, no hubiera optado por la hoja de acanto, sino por una de helecho. El monje recalcó que cada trazo que da un iluminador es siempre el fruto del estudio y de la previa reflexión y nunca obedece al puro azar.

—No se trata de adornar por adornar, sino también de enseñar con la imagen, con el color. Y te aconsejo que nunca te precipites al hacerlo. Se ha de leer y releer una y otra vez el texto a ilustrar, darle vueltas en la cabeza, incluso, durante días si es preciso. No hay que parar hasta que se descubre la verdadera esencia de las palabras que se desean representar. Solo entonces uno estará preparado y será capaz de agarrar el pincel con decisión y reflejar el espíritu de lo que está escrito.

Ella se quedó un rato más observando cómo él repasaba los contornos de la guirnalda con una plumilla. Alabó la belleza de lo dibujado.

—No te creas que siempre recogemos imágenes bellas. Lo hacemos cuando queremos reflejar la pureza y el equilibrio que identifican al bien, pero en ocasiones nuestras páginas han de recoger lo feo, deforme y monstruoso, que es lo que al mal y al pecado acompañan.

El monje le aconsejó que ojeara los libros de la biblioteca y que analizara detenidamente sus ilustraciones. Se daría entonces cuenta de que no era lo mismo incorporar zorro, que garza; pájaro, que basilisco; unicornio, que serpiente. Sobre el papel, dijo el *pater*, todo

cumplía su misión, tenía un significado. Nada era casual. Absolutamente nada lo era.



22

Tienen que verlo

Siempre había tenido Clémence la sensación de que en la abadía el tiempo estaba retenido, que los días eran interminables y las noches perpetuas. Pero, desde que trabajaba con los monjes, aunque el tiempo no tuviera alas, volaba como si las poseyera. Se le pasaban los días y los meses sin apenas darse cuenta. Parecía que había sido ayer cuando se trasquiló el cabello y, verlo para creerlo, ya no llevaba el gorro que le prestó Oliverius.

Pero qué caprichosa resultaba la diosa Fortuna. Tan pronto castigaba con mil pesares como recompensaba con una felicidad desmedida. Durante tantos años lamentándose de haber crecido en Saint-Sulpice y ahora escribía, leía, aprendía, iluminaba. Su corazón no le cabía en el cuerpo. Ya no le importaba el hastío de los rezos, de los oficios, de la abadía. Estaba rodeada de libros y pinceles; y los monjes, los generosos monjes, no escatimaban en consejos y le daban cientos de instrucciones. ¿Acaso podía desear algo más? «Agraciado es el que encuentra la sabiduría, el que logra la inteligencia —le había dicho el pater—. Adquirirla vale más que la plata y el oro, más que las finas perlas». Y cuánta razón tenía. Ella no pensaba en otra cosa que no fuera escuchar a sus maestros,

practicar y seguir aprendiendo. No pararía hasta conseguir alcanzar su saber.

Por eso siempre estaba dispuesta a echar una mano en cualquier tarea. Durante semanas ayudó a los monjes a calcar las ilustraciones de los manuscritos originales. Para ello elaboraban láminas muy finas, casi transparentes, tanto que permitían ver a su través. Al principio, por mucho que lo intentaba, no lo lograba. Para conseguir láminas tan finas, comenzaban untando con grasa de cordero una piedra pulida del tamaño de una lámina. Pronto comprobó que, si la piedra no estaba grasa, era imposible despegar la lámina sin romperla. Después, extendían sobre la piedra cola transparente y la dejaban secar. Clémence era la encargada entonces de vigilarla. Siempre le mordía la impaciencia y andaba alzando las esquinas para comprobar si la cola había secado lo suficiente y contaba con el requerido grosor. Si era demasiado fina, corría a decírselo a los monjes y, con su permiso, le daba una capa más de cola para aumentar la espesura. «Finas como alas de mosca —le decían los monjes—, pero lo suficientemente gruesas para que no se nos rompan, Clémence». Cuando estaba la hoja seca, la despegaba con la ayuda de una espátula e iba derecha al *scriptorium.* Ya estaban todos listos para comenzar a copiar. A Clémence le fascinaba trasladar de un lado a otro el diseño original de un libro, reproduciéndolo cuantas veces quisiera con la ayuda de aquellas láminas ligeras, transparentes, delicadas, auténticamente milagrosas que permitían obtener tan perfecta copia.

Pero a ella eso no le bastaba. No quería limitarse a reproducir lo dibujado. Quería aprender a hacerlo ella por sí sola sin el apoyo de aquellas finas hojas translúcidas. Ante su insistencia, el *pater*

Oliverius accedió a enseñarla y le proporcionó un par de libros sobre el arte de la iluminación. Uno de ellos ya lo conocía, al haberlo hojeado de niña durante sus entradas furtivas al *scriptorium*. Al ver el interés de Clémence, el monje decidió dedicarle más tiempo y comenzó a instruirla a deshoras. Cuando todos se marchaban, los dos se quedaban hablando de dimensiones, perspectivas, luminosidad, movimiento. Mientras el monje realizaba trazos, ella escuchaba entusiasmada, agradecida, sorprendida de todo lo que iba descubriendo sobre el fascinante mundo de la iluminación.

No se cansaba de dibujar, borrar, rectificar y volver a dibujar una y otra vez. Siempre lo hacía con ahínco. Aunque en algunos momentos se enfadaba consigo misma por su torpeza, no por ello se le debilitaba el ánimo. Al contrario, se decía a sí misma que si los demás podían hacerlo, ella también lo lograría. Se restregaba los ojos, sujetaba con mayor firmeza el s*tilus* o el lapicero y repetía el trazo sin descanso una, dos, tres o cincuenta veces si era preciso. El *pater* valoraba su trabajo sin obsequiarle halagos inmerecidos, corrigiendo con firmeza cada error. Según él decía, la indulgencia estaba reñida con la sinceridad, y la sinceridad era el cimiento de toda buena relación. Así que no se andaba con lisonjas y siempre decía la verdad, aunque esta pudiera resultar molesta. «Errar es propio de cualquier hombre —decía—, pero solo el ignorante persevera en el error».

—Si uno se cae siete veces, ocho se levanta, Clémence.

Siguiendo sus consejos, ella nunca se rindió y perseveró hasta conseguir hacer las cosas del modo en el que se lo indicaban. Si era preciso, se pasaba las noches practicando, y no fueron pocas las

ocasiones en las que los monjes, al despuntar la mañana, la hallaron dormida sobre su pupitre con el lápiz entre los dedos.

Todo esfuerzo tiene su recompensa y llegó el día en el que Clémence adquirió soltura en el trazo, en el juego de luces y sombras, en el manejo del volumen y de la profundidad. Para poner en práctica todo lo que el *pater* le estaba enseñando, trabajó duro en un boceto de la Virgen María. Cuando lo hubo terminado, una tarde, estando a solas, decidió mostrárselo.

—He tomado como modelo un libro que tiene el hermano Anselme en la biblioteca, pero he hecho algunos cambios. He añadido los dos angelitos, los pajarillos y algunas plantas. En el libro la Virgen está muy seria. No me gustaba. He preferido que sonriera y que… y que también mirara a su hijo.

El *pater* tomó la lámina que estaba sobre la mesa para contemplarla más de cerca. Ella no le quitaba el ojo de encima, intentando descifrar, por sus gestos, si le gustaba lo que veía. Entrecerraba los ojos. Subía las cejas. ¿Sonreía? Sí, qué alivio. Sonreía.

—No puedo creer que hayas logrado hacer esto… —dijo al fin y tosió nervioso—. De verdad que no, que no puedo creerlo, Clémence.

Ella, al verle así, notó un hormigueo en el estómago que le recorrió todo el cuerpo.

—Hay algunas cosas que has de corregir, está claro —precisó el *pater* poniéndose serio—, te falta un poco de sombreado aquí para conseguir más volumen, y algo más de luz en el rostro —añadió, poniendo el dedo sobre el papel—, pero poco más.

Ella se sintió satisfecha y tan feliz que si le hubieran dicho que estaba flotando se lo hubiera creído.

—Esto…, esto tienen que saberlo los hermanos —dijo entusiasmado el *pater* cogiendo la hoja y tirando del brazo de Clémence—. Vayamos, vayamos ahora mismo. Me muero por verles la cara. ¡Tienen que verlo!



23

El libro de horas

En la abadía de Saint-Sulpice todas las cosas eran comunes y nadie podía considerar nada como propio, ya fuera un cuenco, una biblia, una manta, un pincel o una simple vela. Siendo preciso extirpar de raíz el vicio de la posesión, la propiedad compartida de las cosas se imponía tajantemente por la Regla de San Benito como requisito ligado al voto de pobreza.

Pero a diferencia del resto, Clémence sí que había tenido algo enteramente suyo y de nadie más. Solo a ella perteneció el ángel protector que le entregó la hermana Blanche para controlar sus lloros nocturnos. Y, aunque era áspero y deforme, insignificante y tristón, fue solo suyo mientras duró. Lo abrazaba por las noches, lo cuidaba, lo quería y durante años lo mantuvo oculto bajo el jergón. Cuando fue desterrada con los monjes, ese ángel tristón se mudó también a su nuevo cuarto, frente a la hospedería. Pero, un día, al volver del oficio, se lo encontró en el suelo, roído y destripado, con la cabeza hecha jirones. Malditos ratones que nada respetaban. Se sintió huérfana, como si fuera a ella a la que le hubiesen mordisqueado el corazón. Su magia, de repente, se esfumó. Y con el ángel mutilado posado en el regazo fue consciente, por primera vez,

de que aquella niña que cepillaba a Bellefleur, que siempre andaba con las rodillas peladas y que tantas veces simulaba estar enferma con tal de no rezar, se había ido para siempre. No volvería jamás.

Al comprobar el progreso de la joven Clémence en el *scriptorium,* los monjes decidieron premiarla por su esfuerzo y disciplina ofreciéndole un obsequio. Previamente debatieron sobre si tal cosa podía contravenir la prohibición de la Regla, pero llegaron a la conclusión de que no la infringirían porque, por mucho que la joven hubiera nacido y viviera en la abadía, acatara sus normas y cumpliera obedientemente la *Lectio Divina*, no se había consagrado a Dios; al menos, aún no. Llegados a tal conclusión, se pusieron a debatir sobre el modo en el que podían agasajarla.

Durante días, Clémence notó que los hermanos le ocultaban algo. Los vio nerviosos, cuchicheando, haciéndose gestos, escondiendo sus cuadernillos cuando ella se acercaba. Empezó a preocuparse. Quizá se habían cansado ya de ella, de que anduviera por el *scriptorium,* de que gastase material, preguntase tanto, quisiera aprenderlo todo. Sí, seguro que se trataba de eso. Estaba claro que estorbaba. Intentó hacerse invisible, evitando movimientos innecesarios, ruidos molestos. Un día, por esquivar un estornudo, se tapó tan fuerte la nariz y la boca que expulsó todo el aire por las orejas. Emitió un gemido ahogado. Su dolor fue casi tan intenso como el día en el que, siendo pequeña, trepó al nogal para robarle las nueces y se cayó de bruces desde lo alto. Fue tan fuerte el golpe que decía haber visto brillantes estrellitas que le impedían mantener los párpados alzados.

Clémence procuró pasar inadvertida en la iglesia, en el refectorio y, sobre todo, dentro del *scriptorium.* Se volvió muda y precavida.

Agachaba la cabeza sobre el pupitre y trabajaba como hormiga laboriosa, temiendo siquiera levantar la vista y tropezarse con las miradas esquivas de los monjes. «Si ya no me quieren y me hacen volver —se decía mientras manejaba su pincel—, me muero. Dejaré de comer y de beber. Eso haré. Ni comeré ni beberé. Me moriré».

El *pater* Oliverius se acercó una mañana a ella y le preguntó qué tenía y si acaso se sentía enferma. Ella lo negó.

—¿Por qué lo decís, *pater*? —preguntó temerosa, aterrada porque su pregunta fuera seguida de una mala noticia.

—Pues porque no es normal verte tan callada y seria. Llevas días así.

Ella tenía las mejillas brillantes y sus ojos se esforzaban por no dejar caer las lágrimas.

—No, no me pasa nada. Tan solo es que no quiero que me echéis de aquí.

El monje alzó las cejas.

—¿Echarte? ¿Y por qué íbamos a hacerlo, Clémence?

—Sé que me ocultáis algo. Lo sé. Os he visto cuchichear y también callar cuando me acerco. Estáis muy raros. Me miráis y…

Al ver que el *pater* la contemplaba con la misma terneza de siempre, se quedó desconcertada y se tranquilizó.

—No juzgues por las apariencias —dijo el monje—; la gente juzga por lo exterior y el Señor lo hace mirando el corazón. Si haces como Él y te fijas en nuestro corazón, seguro que te librarás de esas ideas sin sentido que te rondan por la mente.

El monje estaba dándose la vuelta para marcharse cuando Clémence le llamó y él se giró.

—Sabéis que mi vida no tendría ya sentido sin esto —dijo mostrándole las manos manchadas de tinta y de pigmento—. ¿Verdad, *pater?*

El monje la miró complaciente.

—Me temo que te vas a pasar la vida frotándote esas manos con limón.

El gris de los ojos de Clémence pareció entonces quedar escondido bajo destellos de un verde dorado, como si les hubieran aplicado purpurina a pinceladas.

—No te hagas ilusiones —añadió el *pater*—; por mucho que frotes y frotes, no lograrás que queden del todo limpias. Es el sello que nos identifica. Dolor de espalda y manos manchadas de tinta —reconoció con resignación.

—Dos dedos escriben, todo el cuerpo se resiente —respondió ella, parafraseando al hermano Silvanus.

—Así es —dijo él.

Fue por el día de San Pedro cuando los monjes dieron a Clémence el obsequio que con tanto sigilo habían estado preparando durante semanas. Ella estaba fuera del *scriptorium,* frente a la mesa de los pigmentos. Había tenido a remojo en agua de lluvia unas agallas de roble y, una vez reblandecidas, las había puesto a hervir con el fin de poder preparar tinta. Había de rezar tres veces el *Pater Noster* antes de proceder a retirarlas del fuego, y estaba casi finalizando la última de las oraciones cuando escuchó su nombre desde la puerta del *scriptorium.* Ella hizo un gesto con la mano en señal de que ya acudía, al tiempo que mascullaba las últimas palabras del rezo.

—… *et ne nos inducas in tentationem; sed libera nos a malo*.

Amen. —Se santiguó y retiró el cazo del fuego.

Cuando entró en el *scriptorium*, le sorprendió ver a todos los hermanos en pie, formando un corrillo un tanto alborotado. Al verla entrar, todos callaron y el círculo se desbarató. El *pater* avanzó hacia ella.

—¿Me habéis llamado? —preguntó Clémence con extrañeza—. Estaba preparando la tinta que me habíais pedido.

Los monjes se miraron entre ellos.

—Sí, queríamos darte esto. Es un obsequio de parte de todos.

Ella se quedó boquiabierta. Ante su pasividad, los hermanos la apremiaron para que lo abriera.

—Esto es ¿para mí? ¿De todos, decís?

—Eso es. Cada uno de nosotros hemos escrito unas páginas para formar un libro de horas. Será tu libro de rezos. Eso sí, solo le falta la decoración y de eso, precisamente, has de encargarte tú. Cuando concluyas tu parte, el hermano Anselme lo coserá y encuadernará. —El anciano, al ser nombrado, confirmó con un movimiento de cabeza las palabras del *pater.*

Clémence posó el taco de hojas sobre un pupitre y comenzó a pasarlas sin prisa, repasando lentamente su contenido. En la primera había un calendario con el santoral; en las siguientes, las horas de la Virgen María, con sus respectivos himnos y salmodias. El hermano Gervais destacó que cada parte llevaba la firma de aquel que la había elaborado.

—Así, dondequiera Dios que te lleve la vida, Clémence, nosotros estaremos siempre contigo —dijo el *pater*—. Solo tendrás que abrir tu libro de horas.

Al escuchar esto comenzó a llorar, dio las gracias y avanzó hacia ellos con el deseo de mostrarles todo su agradecimiento con un

abrazo. Pero al percatarse de que tal cosa les incomodaba, dio un paso atrás y se limitó a sonreírles y a reiterarles su gratitud. Lo que le habían obsequiado era mucho más que simples papeles y tinta, que una perfecta y armoniosa caligrafía, que un laborioso trabajo realizado a escondidas. Tenía ante sí un pedacito de cada uno de ellos; un fragmento de su arte y de su generoso corazón.

A partir de ese día, la mayor parte del tiempo la dedicó a iluminar el que había de ser su libro de horas. Comenzó por los adornos florales y, cuando los terminó, se dedicó a rellenar los huecos que habían dejado los monjes para que ella dibujara las letras capitales. Contó con sus consejos y correcciones. Incluso el hermano Isidore, que siempre le pareció desabrido, se mostró amable con ella y dispuesto a auxiliarla.

Agradecida por el preciado obsequio, hizo que aquellas láminas se llenaran de una primavera rebosante en la que no faltaban guirnaldas con lazos, enredaderas floreadas, mariposas, pajarillos y alguna que otra garza picuda sostenida sobre una de sus patas. Su alegre pincel impregnó los salmos e himnos de una exagerada luminosidad, en la que dominaban los dorados, rojos, azules intensos y amarillos.

Cuando hubo acabado, los monjes le dieron el visto bueno.

—Habrá libros de horas más elegantes y perfectos, sin duda —afirmó el hermano Anselme al recoger todas las hojas para proceder a su encuadernación—, pero te digo una cosa, Clémence, ninguno habrá sido hecho con tanto júbilo y amor. Ninguno con tanto ahínco y alegría.

Una mañana, al entrar al *scriptorium,* halló sobre su pupitre un pequeño libro encuadernado con piel bermellón.

—Me hubiese gustado disponer de algún herraje con el que reforzar y embellecer el encuadernado —aclaró el anciano— pero, pensándolo bien, así resulta más sencillo y, sin duda, mucho más ligero. No te pesará.

Ella puso sobre la mesa su pequeño libro. Se secó con la manga los ojos y desabrochó después la correílla de cuero que mantenía el ejemplar cerrado.

—Tu libro de horas es una fiesta para la vista, Clémence —comentó el hermano Silvanus mientras ella iba pasando las hojas.

—Sí, es cierto —apuntaló otro monje—, nunca las oraciones a la Virgen María estuvieron rodeadas de tanta alegría y color.

El *pater* le animó a que fuera a la última de las páginas y la leyera. Ella lo hizo, primero para sí misma; luego, a petición de los hermanos, en alta voz:

—«Este libro de horas pertenece a Clémence de Saint-Sulpice y ha sido iluminado por su propia mano. Que la Virgen María oriente su pincel y la mantenga eternamente protegida bajo su divino manto».



24

¡Nos atacan!

Al cruzar el huerto, Clémence alzó la vista y vio un cuervo fisgoneando desde el tejado de la hospedería. Según el hermano Isidore, era ave carroñera y de muy mal agüero. Tras cada batalla, solía revolotear sobre el campo oteando a los caídos y en sus nidos se acumulaban ojos, cabellos y hasta vísceras. «Han comido tanta carne humana que, si Dios les diera el don de la palabra, hablarían en un perfecto francés», aseguraba el monje.

El cuervo aleteó dando graznidos horrendos. Se alzó después en vuelo, sobrevoló la abadía en círculo y se alejó con lentitud, como si no tuviera prisa en marcharse. Clémence lo perdió de vista. Entró en el *scriptorium.*

Desde que había concluido su propio libro de horas colaboraba en la decoración de las biblias. Dado el atrevimiento de Clémence al elegir las tonalidades, el *pater* Oliverius le marcaba mediante iniciales el pigmento que debía usar: una R de *rubeus*, una A de *azura*, una V de *viridis*, una N de *niger*… Si aparecía una eme se le alegraba el día, pues tenía permiso para utilizar el color que deseara.

Sus abundantes ocupaciones en el *scriptorium* no le impidieron seguir las lecciones del *pater* cada tarde*,* una vez llegada la hora

nona. Durante el tiempo de reposo, Clémence tomaba asiento en la sala grande de la hospedería y escuchaba atenta las explicaciones que le daba el monje. En esa ocasión, le había llevado un libro de grandes dimensiones, encuadernado en verde y dorado, que incluía cartas astrales, calendarios y mapas del cielo. Se sentaron ambos en unas banquetas frente a la chimenea. Aunque el clima era agradable, los fríos muros de la hospedería precisaban aún mantener vivo el fuego.

El monje leyó en alto algunos párrafos del libro que tenía abierto sobre las piernas y le habló después del mundo celeste, de la disposición de los astros, de la conjunción de los planetas y de las estrellas melenudas que en ocasiones cruzaban a toda prisa el universo dejando una estela brillante a su paso. Descubrió Clémence que los planetas gobernaban la vida. Por su edad, le regía Mercurio; al *pater* Oliverius*,* Marte. Estaban tranquilamente hablando de eso cuando de repente escucharon voces desde la entrada de la hospedería que reclamaban a gritos la presencia del monje. Ambos dieron un brinco y fueron corriendo hacia allí. En mitad del pasillo se toparon con el hermano Fulbert, que con la respiración agitada y el rostro desencajado comenzó a gritar:

—¡Nos atacan, *pater*; nos atacan! Que Dios se apiade de nosotros.

El *pater* logró calmarlo para que se explicara.

—Dicen que son tres, que abramos, que tan solo quieren repostar. Pero mienten. Gervais ha logrado ver algo por el ventanuco. No sabe cuántos son, pero dice que son más, *pater*, y que no parecen amistosos.

El *pater* salió a toda prisa de la hospedería y Clémence lo siguió. Vieron acercarse corriendo al hermano Isidore.

—Dios nos asista, Oliverius. No sabemos qué hacer. Dan golpes a la puerta. Como sigan así la van a tirar abajo. Dicen que abramos o entrarán por las malas y será peor. Hemos dicho a las hermanas que se encierren en la iglesia, que atranquen bien la puerta y que permanezcan calladas.

Dos monjes más se unieron a ellos y preguntaron nerviosos qué era lo que podían hacer.

—Voy a mirar desde el campanario para comprobar en qué situación estamos —dijo el *pater*—. Reforzad el portón cuanto podáis. El principal y también el del huerto.

El hermano Fulbert dijo a Clémence que fuese a la iglesia a esconderse con las hermanas, pero ella respondió que no se apartaría del *pater* y le siguió.

—¿Quiénes son, *pater*? ¿Qué es lo que quieren? —preguntó Clémence, subiendo tras él al campanario.

—No lo sé. Pero nada bueno, Clémence.

Llegaron a lo alto y el *pater* ordenó que se agachara. Él se acercó al murete orientado al exterior. Se alzó muy despacio, asomando un poco la cabeza. Después se volvió a agachar.

Al ver su rostro demudado, ella se asustó.

El monje comenzó a negar con la cabeza.

—¿Qué ocurre, *pate*r? Decidme, qué es lo que ocurre, qué quieren.

Él seguía petrificado y ella insistió.

—Me estáis asustando, ¿qué habéis visto abajo?

—Estamos perdidos. Nueve. He contado hasta nueve y vienen armados.

—Nosotros somos más, *pater*. No les dejaremos pasar.

—Dios bendito. Entrarán. He visto actuar a bandidos como estos y sé bien hasta dónde son capaces de llegar.

Al ver el miedo reflejado en los ojos del monje se estremeció.

—Bajemos. Tengo que ayudar a los hermanos. Y tú, tú… escóndete con las hermanas en la iglesia. ¡Deprisa!

Estaban a punto de descender cuando el *pater* se detuvo en seco, pareció dudar y se giró hacia Clémence.

—No, no, espera. Quédate aquí. Sí, sí, será mejor eso, que tú te quedes aquí.

—¿Aquí arriba? ¿Sola? No, no, *pater,* yo voy con vos.

—¡Escucha!, harás lo que te ordeno. Es más seguro que permanezcas en el campanario. Allí abajo no habrá puerta que se les resista. Mantente agachada, sin asomarte, sin hacer ruido. Ni el más mínimo ruido, ¿me oyes? Y reza…, reza por todos, Clémence.

Ella comenzó a temblar.

—Vendré a por ti. Pero júrame que no bajarás, oigas lo que oigas, no bajarás… ¡Júramelo!

Aturdida, asintió.

—Y… si yo…, si yo no viniera a por ti, si no lo hiciera…

Ella lo miraba con los ojos llenos de lágrimas. Sus labios comenzaron a temblar.

—… por lo que más quieras, no salgas hasta que ellos partan y desaparezcan en la lejanía. Hasta que sean un punto en el horizonte, no bajarás, ¡júramelo!

Clémence sollozó. El *pater* le pasó la mano por el cabello. La miró con ojos apagados. Pareció dudar y después la abrazó.

—Mantente oculta. Bien oculta.

—Os esperaré hasta que volváis a por mí.

El *pater* se quedó callado. Estaba lívido.

—Que Dios me perdone por lo que voy a pedirte —dijo bajando la mirada—, que Dios me lo perdone —repitió con la voz mermada—. Si alguno de ellos subiera, si alguno de ellos lo hiciera…, cierra los ojos y salta, Clémence.



25

Paloma que vuela sin alas

La primera vez que la abadesa la encerró en el cuarto tenebroso sintió auténtico pavor. Fue el día en el que llevó caracoles al refectorio y los dejó campar a sus anchas por encima de la mesa mientras las hermanas tomaban el almuerzo. Ese día había caldo, ese caldo que olía a trapos sucios y que le provocaba náuseas. Mientras la hermana Berthe leía la Biblia desde lo alto del púlpito y las demás daban pequeños sorbos absortas en la lectura divina, Clémence hurgó bajo su ropa, abrió a tientas el saquito que llevaba oculto y liberó a sus caracoles sobre el regazo. De vez en cuando alzaba el cuenco simulando que ella también sorbía. Cogió uno de ellos y posó el puño sobre la mesa. Cuando las monjas empinaron los cuencos, abrió la mano y con disimulo soltó al primer invasor. Hizo lo mismo dos veces más, siempre en el instante en el que las hermanas que estaban a su lado tenían su cuenco tapándoles el rostro. Los caracoles comenzaron a arrastrarse con pereza por la mesa. Cómo respirarían si no tenían nariz en la cara, se preguntaba mientras avanzaban. La hermana Marie terminó su caldo y palpó la mesa en busca de su ración de pan. Al tropezarse con la inesperada compañía, dio tal chillido que algunas sopas se derramaron. A la

hermana Berthe se le escapó de entre las manos la biblia, que acabó estampada contra el suelo dando tal golpetazo que pareció que el púlpito se había derrumbado. La abadesa no tardó ni un suspiro en llegar hasta Clémence, le dio un fuerte manotazo sobre la cabeza, la cogió de una oreja y la arrastró hasta el fondo de la sala. Abrió una puerta y la empujó dentro. Cerró, echó la llave y la dejó sola. Clémence aporreó la puerta, suplicando que la dejaran salir, pero nadie abrió. Estiró los brazos en la oscuridad para tantear lo que tenía alrededor, pero en cuanto chocaba con algo, los retiraba con espanto. Agotada tras una llantina que a nadie ablandaba, se sentó al fin en el suelo y aguardó con ansia que alguien fuera a rescatarla. Tenía tanto miedo que el cuerpo no paraba de temblarle y las manos le sudaban. Siempre le pasaba eso. Las tenía empapadas cuando el miedo la carcomía.

Acurrucada en una esquina en lo alto del campanario, Clémence se restregaba las manos en la ropa para secárselas. Estaban tan húmedas que parecía que las había sumergido en agua. Sentía la misma angustia que cuando la abandonaban de niña en el cuartucho tenebroso. Tenía ahora luz, sí, y claro que podía respirar el aire fresco, pero eso no quitaba que en el pecho sintiera la misma opresión, el mismo miedo lacerante, la misma angustia. Le dolía como si la arañasen por dentro.

Hacía ya un rato que el *pater* la había dejado sola y, obediente a sus órdenes, se mantenía agazapada en la torre, sin asomar la cabeza, intentando adivinar lo que más abajo pasaba. Durante un rato había escuchado algunos golpetazos y vocerío al otro lado del portón, pero, de repente, el ruido cesó. Quizá el *pater* había convencido a aquellos malhechores y se habían marchado ya. Sí,

seguro que se trataba de eso. Era un hombre listo y persuasivo. Lo habría logrado y no tardaría en escuchar cómo se alejaban. El *pater* la llamaría en poco por el hueco de la escalera diciéndole que bajara, que todo había terminado ya y podrían reanudar la lección. Pensando tales cosas, se tranquilizó un poco y su corazón se apaciguó. Las palomas habían alzado el vuelo, todas menos una, a la que vio arrinconada en una esquina.

«Vamos, vete con las demás, anda vuela», susurró. La paloma dio dos saltitos torpes hacia delante. Tenía una de las alas descolgada, la llevaba a rastras.

«Cuando regrese el pater te la curará —susurró—. No tardará y yo te daré de comer y de beber hasta que seas capaz de volar».

Un fuerte golpe provocó en Clémence un respingo. La paloma retrocedió a su rincón y comenzó a zurear. Llegaron hasta el campanario voces y relinchos. Golpes secos. ¡Dios bendito! No se habían ido, estaban dentro… Pero… ¿qué demonios era eso?, ¿caballos en el claustro? Se estremeció, se hizo un ovillo, se pegó cuanto pudo al murete y aguzó el oído. Que se vayan, os lo ruego, por lo que más quieras, Señor, que esos hombres se vayan. Entrelazó los dedos, agachó la cabeza. «Pater noster qui es in caelis, sanctificetur nomen tuum…». Los golpetazos hicieron que volviera a empezar. «Pater noster qui es in caelis…». Era inútil. No podía rezar, pensar, respirar…

Alguien andaba cerca, en la explanada del huerto. ¿Sería alguno de los hermanos que venía a buscarla? No, no eran ellos, sino voces extrañas. Su cuerpo se tensionó. Parecían ser dos. Tres. Acababa de unirse alguien más. Había caballos porque se escuchaban bufidos, algún relincho. Los llevarían al lavadero a que bebieran. Abrieron la

puerta del *scriptorium,* su crujido era inconfundible. Le llegaban golpetazos, carcajadas, y también gritos que no lograba descifrar. Dio un respingo. Pero ¿qué había sido ese estallido? Las vidrieras, habían roto las vidrieras. Cómo reían esos malvados. «Mater Dei, ora pro nobis, ora pro nobis», comenzó a mascullar una y otra vez. Escuchó ruidos cada vez más próximos y levantó espantada la cabeza. Estaban cerca, quizá en el gallinero, en el establo, en su propio cuarto. Sentía los latidos del corazón en la garganta, ¿y si les daba por subir? Por Dios, por Dios bendito, que no lo hicieran. Alguien voceó a lo lejos y los que andaban husmeando respondieron al reclamo. Se hizo al fin el silencio, se habían alejado. Se santiguó nerviosa. Comenzó a llorar.

Durante largo rato reinó el silencio. No sabía si eso era bueno o malo. El silencio atormentaba tanto como la algarabía. Era un silencio irritante, que le rasgaba por dentro. Deseó escuchar una voz amiga, lo necesitaba tanto… Tenía que saber que al otro lado de la abadía todo estaba bien, que todos se encontraban a salvo. «¡Dadles todo lo que quieran, hermanos, dadles todo y que se vayan! —gimoteaba—. Que vacíen la despensa, que se lleven los cálices y los relicarios, los libros, todo lo que haga falta, pero que nos dejen en paz». Las palomas revoloteaban a su alrededor. Entraban y salían de la torre a cada poco. La única que permanecía quieta era la lisiada. Pobrecita, seguro que le dolía el ala. Tenía que estar hambrienta y sedienta al no poder volar. Fue gateando hacia ella y la paloma torpemente se alejó. Logró alcanzarla y acariciar su cabeza. La paloma cerró los ojos y se dejó mimar.

Todo transcurrió con exasperante lentitud. Perdió la noción del tiempo. El color anaranjado del cielo anunciaba que se acercaba la

hora de vísperas. Le dio un escalofrío al pensar que en poco todo estaría oscuro. «Dios mío, que esos hombres prosigan su camino y que venga el *pater* a por mí. Que todo vuelva a la normalidad, os lo ruego Señor». Unos gritos atroces de mujer la sacaron de sus rogativas. Un escalofrió le recorrió el cuerpo. Mandó callar a las palomas que no dejaban de zurear. Un nuevo alarido de mujer le rompió el alma, le puso la piel de gallina y comenzó a llorar. Se volvió a acurrucar en su esquina y rezó con ansiedad. Después, el silencio se impuso hasta que anocheció.

Una luna perfecta lucía en el cielo, por lo que el campanario estaba bañado por una pátina plateada que le permitía ver a las palomas dormitando sobre los muretes. Estaban quietas, con las cabezas apoyadas sobre su abultado plumaje. Envidió su placidez, su despreocupación. Ojalá ella también estuviera durmiendo en su cuarto, y los monjes y las hermanas, tranquilamente en sus celdas. Ingratas palomas. Cuántas veces las habrían alimentado las hermanas y allí estaban ellas, con la cabeza apoyada sobre sus abultados buches como si nada pasara. ¿Dónde estaba? ¿Dónde se había metido su paloma herida? Repasó el campanario de un extremo al otro y al final la vio. La tenía tan cerca y ni siquiera se había percatado de su presencia. Tenía los ojos abiertos, la cabecilla tiesa. «Tú tampoco duermes, ¿verdad? Nos haremos compañía», susurró. Extendió los brazos hacia ella y la paloma ni se inmutó. La puso sobre las piernas, con mucho tiento para no rozar su ala rota. Te curaremos, te lo prometo. Podrás volar. Se acurrucó con ella sobre el manojo de sogas que había en una de las esquinas y permaneció alerta.

Un fuerte olor a quemado sacó a Clémence de su letargo. Al poco percibió voces y bullicio. Como estaba oscuro, pensó en asomarse con cuidado para ver lo que pasaba. Lo dudó. Al fin, lo hizo. Desde esa esquina del campanario se divisaban los tejados que cubrían la galería del claustro y parte del jardín. Dejó a su paloma en el suelo y se alzó con cuidado. Se elevó un poco más y logró ver en el centro del jardín el resplandor amarillento de una hoguera y gente moviéndose alrededor. Estaban bebiendo, canturreando. Llegaron cantinelas cada vez más animadas. Risotadas. ¿Y si aprovechando su borrachera y la oscuridad bajaba e intentaba ayudar al resto? Pero ¿qué era lo que podría hacer ella frente a todos ellos? Le desesperaba estar allí quieta, sin hacer nada, pero la voz del *pater* comenzó a bullir en su cabeza. Había insistido tanto en que se mantuviera allí oculta, sin hacer ruido. Recordó su rostro desencajado, el pánico de sus ojos, su fuerte abrazo. Ella le había jurado que no bajaría; que oyera lo que oyese, se mantendría allí quieta, escondida… No, no, no. No le desobedecería.

Estuvo en vela toda la noche. La bulla se fue paulatinamente apagando. Apenas pudo descansar, pero le relajó pensar que ellos sí lo hacían y que de noche no subirían hasta allí arriba. Como sintió algo de frío, se acomodó con su paloma en los primeros peldaños de la escalera para evitar la frescura de la noche. Allí seguía haciendo frío, pero, al menos, el viento no corría. Cuando amaneció, volvió aterida a su rincón y se mantuvo, de nuevo, alerta.

Con los primeros rayos de sol comenzó a percibir movimiento por el claustro. Ahí estaban de nuevo. Poco después pudo escuchar órdenes a gritos, vozarrones confusos, trasiego. Daba la impresión de que no paraban por allí abajo. Las voces tan pronto se acercaban

como se alejaban. Oyó que hablaban desde el lavadero o quizá lo hiciesen desde la hospedería. No dejaba de hacer conjeturas. Intentaba recomponer en su cabeza cada sonido con el fin de adivinar lo que estaba sucediendo.

Se le partió el alma en dos y comenzó a negar con la cabeza. Había oído bien, claro que lo había oído. El campanario. Alguien había mencionado el campanario. Miró a su alrededor desesperada. Las palabras del *pater* le martilleaban la cabeza. No podía dejar que la alcanzaran. Se escuchó ruido por el hueco de la escalera. Con lágrimas en los ojos, Clémence se apresuró hacia el extremo que daba al campo. Llegaban hasta ella las pisadas, el eco de blasfemias. Se puso en pie, se alzó sobre el murete, miró hacia abajo. Cierra los ojos y salta. ¡Salta! ¡Salta! ¡Salta! La altura le produjo vértigo, el vértigo de un terror que la cegó. Bajó del murete temblando. Las pisadas cada vez se escuchaban más próximas y miró a un lado y a otro con la respiración ahogada. Se quedó ensimismada con la vista fija en la campana.

¿Hasta en un campanario encuentras dónde esconderte, Clémence… encuentras dónde esconderte…?

Gateó presurosa hacia allí y comenzó a palpar con ansiedad las tablas.

Una voz fatigosa maldijo las condenadas escaleras y a Clémence se le escapó el corazón por la garganta. «Ábrete, ábrete, ábrete, por lo que más quieras». Al presionar sobre una de las esquinas, una portezuela enclenque se abrió. El hueco era tan reducido que Clémence se encogió como una lombriz para caber dentro. Metió primero la cabeza, retorció el cuerpo, flexionó piernas y brazos. Estiró después la mano y, deprisa, cerró. Un sudor frío la recorrió por

entero. Olía igual que dentro del cuartucho tenebroso. A hábitos mojados. A ratón muerto. Alguien dio un fuerte bufido afuera:

—¡Menudas escaleras! ¡Por el mismísimo Satanás, ni las culebras se retuercen así! Y tantos escalones. ¡¿Qué es lo que quería esta gente?! ¡¿Alcanzar el cielo?!

Clémence se mantuvo muy quieta, con los ojos cerrados. Cada vez que el suelo crujía, toda ella palpitaba. El corazón le iba a reventar en mil y un pedazos.

—¡Eh, los de abajo! Mirad, aquí, aquí arriba.

—(…)

—El horizonte cómo va a estar, despejado, ¿quién iba a venir hasta este lugar del demonio? Aquí no viene ni Dios. Ni de lejos se ve un alma.

Clémence dio un respingo. El suelo crujió. Se había parado junto a ella. Le llegaba olor a estiércol y a humareda. Después, el hombre volvió a alejarse.

—Aquí hay unas sogas —voceó.

—(…)

—De eso nada. Vosotros no habéis subido por las condenadas escaleras. Como para bajar con ellas a cuestas. Os las lanzo y ya está.

A cada paso que aquel hombre daba sobre la tarima, la endeble puertecilla parecía a punto de abrirse de par en par.

—¡Ahí que os va!

—(…)

—¿Cómo que no os he avisado?

—(…)

—Que sí, que sí, que ya baaajo.

Clémence rogó al Señor que aquel hombre se marchara. No sabía cuánto más podría aguantar allí adentro, le faltaba el aire, le costaba respirar.

—Vaya, vaya. Pero… qué es lo que tenemos aquí…

El suelo volvió a crujir muy cerca.

—Pero qué es lo que tenemos aquí. ¿Se puede saber por qué no estás con tus hermanitas?

A Clémence le dio un salto el corazón. Apretó los labios. Se tapó la boca con la mano.

—No temas, bonita. ¿Qué haces ahí arrinconada? Vaya, no te pongas nerviosa. Tranquiiila.

Un zureo agitado llegó a los oídos de Clémence.

—Oh, ya veo. Parece que tienes un ala rota. Pobrecita… Pobre paloma. A eso le tenemos que poner remedio, no faltaba más…

Se escuchó un zureo aún más lastimoso.

—Ya está, ¿lo ves? ¡Arreglado! —dijo el hombre y se carcajeó—. No sé de qué te quejas, ahora tienes las dos igualitas. ¡Eh, los de ahí abajo, mirad, mirad aquí arriba. ¿Queréis ver cómo vuela una paloma sin alas? Hala, vamos, preciosa, a volar.

Clémence escuchó sus carcajadas.

—Pues nada, por lo que se ve, era perezosa y no quería volar.

De nuevo, risas.

—(…)

—Que sí, que ya bajo, que ya voy. Parece que no podéis vivir sin mí, por mil demonios.

La tarima volvió a crujir. Las pisadas se alejaron. El eco de la voz fue apagándose por el hueco de la escalera.

Clémence permaneció quieta, aguantando cuanto pudo el encierro, hasta que se cercioró de que el silencio no era pasajero. Abrió con cautela la puertezuela. Sacó una pierna, después la otra. Asomó la cabeza y la frescura del aire la espabiló. Cuando hubo salido, se arrastró silenciosa hasta una de las esquinas y se quedó allí sentada. Miró hacia el rincón en el que solía cobijarse su paloma. Se secó las lágrimas, aguzó el oído y toda ella, de nuevo, se mantuvo atenta. Muy atenta.



26

El bastón de Dios

El cielo no dejaba de tronar. Hacía ya un rato que había comenzado a llover. El agua caía a chorros por los cuatro costados del campanario y las palomas habían retornado para protegerse del aguacero. Tenían el plumaje mojado y un hedor rancio flotaba en el aire. Con cada ráfaga de viento el agua salpicaba a Clémence y hacía que se arrebujara. Por qué no dejaba de llover. Si seguía lloviendo, esos hombres no se marcharían. Dónde estaba el Señor, el que increpaba al viento y el viento cesaba, el que hablaba a las aguas revueltas y las aguas de repente se amansaban, el que podía transformar la tempestad en calma y el caos en orden y armonía. A qué esperaba.

Contemplaba la llovizna, pensativa. Cuántas veces se habría escapado de sus lecciones en el refectorio para ver llover. Por mucho que la llamaran las monjas, ella corría y corría hacia el claustro. Trepaba al muro, se sentaba y disfrutaba del chapoteo del agua, del olor fresco que desprendían las plantas empapadas. Siempre le llamó la atención la lluvia. Protegida bajo las arcadas que daban al jardín, sacaba el brazo para sentir en la palma de la mano el cosquilleo de la lluvia. Como en Saint-Sulpice la lluvia siempre caía

vigorosa, le costaba mantener en vilo la mano. El intenso chaparrón se la empujaba hacia abajo y ella volvía a levantarla, desafiante, a ver quién ganaba. En una ocasión, la hermana Pétronille la halló en el centro del jardín con las palmas de la mano hacia arriba y la lengua afuera, intentando saciar su sed. Se la llevó en volandas ensopada.

—¿Qué es la lluvia, hermana? ¿De dónde sale tanta agua? —preguntó mientras la monja le secaba el cabello frotándolo con brío.

—De las almas, Clémence. La lluvia no es más que el llanto, el llanto de las almas errantes y desconsoladas.

—¿Lloran? Y ¿por qué lloran?

—Porque están a las puertas del cielo y como tienen pecados no las dejan entrar.

—Pues las lágrimas son saladas y la lluvia a mí me sabe dulce, hermana.

—No olvides que son lágrimas muy especiales. No brotan de los cuerpos, sino de las almas.

—¡Qué pena! Pobrecitas, almas. Y ¿los truenos? Los truenos, ¿por qué suenan así los truenos?

—El trueno ¿dices? El trueno no es más que el ruido que hace Dios al golpear con su bastón en el suelo para que las almas dejen el llanto. Se ponen tan pesadas…

—Vaya, ¿y quién os ha contado eso, hermana?

—Ya ni lo recuerdo, Clémence. A saber quién sería, hija mía.

—Pues quien haya sido, hermana Pétronille, os engañó.

—¿Que me engañaron? ¿No son lágrimas la lluvia?

—Qué va. Eso sí que es verdad. Yo también lloraría si no me dejasen entrar en el cielo. Pobrecitas. Pobrecitas almas. Es lo del

trueno, hermana. Cómo va a hacer Dios un ruido tan grande con el bastón, si las nubes son blanditas y allí arriba no tienen suelo.



27

El mundo dejó de latir

Cuando a las almas errantes no les quedaron más lágrimas y el sol despuntó entre las nubes, los extraños dejaron la abadía. Al fin lo hicieron. Voces, relinchos, traqueteo de ruedas, vocerío. Todos los ruidos llegaban del exterior. Por todos los santos, habían salido. Clémence se tapó con ambas manos la boca, la vista se le enturbió, sollozó muy aliviada. Hizo amago de asomarse, pero se contuvo y se volvió a agachar. No, aún no podía, aún no debía, tenía que esperar.

El ruido se fue apagando. Cuando se asomó, divisó el grupo a lo lejos. Habían alcanzado ya la llanura. Galopaban.

Desde el otro lado del campanario, el que daba al huerto, la explanada se veía vacía. Las puertas del *scriptorium* y de la hospedería estaban abiertas, la techumbre de paja que cubría la mesa de los pigmentos medio caída. Se asomó un poco más y alcanzó a ver restos de forraje por el suelo, cestos tirados, algunas tablas. A nadie veía. Ni al *pater.* Ni a los hermanos. Tampoco a las hermanas. ¿Y si los habían dejado encerrados? Tenía que ir en su búsqueda y liberarlos. Antes de bajar, volvió de nuevo a asomarse al campo. Ya ni se les divisaba.

Descendió a toda prisa, deseando toparse con el *pater* en la escalera, pero tal cosa no llegó a ocurrir. Bajó los últimos peldaños. Abrió la puerta. Dio unos pasos más y salió.

Lo primero que vio fue la paloma. Yacía a los pies del campanario. Su paloma solitaria, paloma lisiada, la dócil paloma. Le dio un escalofrío al verla allí tirada. Estaba pisoteada, ni siquiera parecía ella. Tuvo que apartar la mirada. Echó un vistazo alrededor. La abadía, como la paloma, parecía otra. Hasta el silencio ya no era igual. No era un silencio apacible, sino denso y frío, tan frío que traspasaba la piel. Corrió hacia la hospedería. Pasó con cautela, los llamó bajito; después, a gritos. Revisó las salas, las celdas, pero a nadie halló. Tampoco estaban en el *scriptorium.* Sintió un pellizco en el corazón al ver todo desbaratado, tirado por los suelos. La lluvia y el viento se habían colado por las vidrieras rotas y habían sido cómplices del desastre. Todo mojado, todo sucio. Tinta, papeles y libros echados a perder. Se ahogaba de pena allí dentro y huyó. Cruzó el huerto a zancadas, atravesó el pasaje que comunicaba con la otra parte de la abadía y cuando llegó a la galería del claustro se detuvo. Miró a un lado, miró hacia el otro. Palideció. El olor a establo, a letrina, le hizo dar un paso atrás. Pero qué era lo que habían hecho esos malditos con la abadía. Vio jarras rotas por el suelo, excrementos de caballo, paja, sobras de comida. «Dios santo, ayúdanos». Se quedó inmóvil. Las piernas no le respondían. Al fin, avanzó.

Cruzó al jardín. En el centro se veían los restos de una hoguera. A su alrededor había algunas mantas. Los vestigios del festejo de la noche anterior. Cuando se acercó, distinguió entre los rescoldos

libros renegridos, hojas hundidas en los charcos que había dejado la tormenta.

Quien es capaz de echar un libro al fuego es capaz de hacer cualquier cosa… Capaz de hacer cualquier cosa.

Se apresuró hacia la iglesia. Allí se habían escondido todas ellas.

La puerta estaba cerrada. «¡Hermanas! ¡Hermanas!», gritó con desesperación mientras la aporreaba. Nadie contestó. Temblando, intentó abrirla. Dio un respingo. La puerta se abrió.

La iglesia estaba en penumbra. Los primeros pasos fueron casi a tientas. Dio un tropezón con algo que se hallaba en el suelo. Se agachó y palpó. Era la Virgen de la hornacina que estaba allí tirada, partida en dos. Prosiguió con vacilación, mirando a ambos lados. Iba llegando un poco de luz. No se las oía. Pero dónde estaban. Quizá en la capilla, quizá encerradas en la sacristía, quizá… El sol entró por las vidrieras y una tímida claridad dio el relevo a la penumbra. Al aproximarse al altar se detuvo. El corazón le dio una sacudida, la tambaleó. Sintió que hasta el alma se le petrificaba y comenzó a sollozar con desesperación.

Cuando salió de la iglesia sus ojos parecían trozos de vidrio; su cuerpo, mármol. Hizo un esfuerzo por mantenerse en pie, pero tuvo que apoyarse en una de las columnas del claustro. Al hacerlo se vio las manos manchadas de sangre y corrió a la fuente. Las sumergió en el agua y se las restregó. El agua pronto enrojeció. Sacó las manos y, aunque estaban ya limpias, las volvió a sumergir en el agua. «Prudencia». Restregaba. «Justicia». Volvía a restregar. «Fortaleza». Restregaba sollozando. «Templanza»…

El viento hizo que la polea del pozo comenzara a rechinar y que batiera la puerta que daba a las celdas. Fue hacia allí y entró en el

corredor. No tuvo que andar mucho para toparse con una toca tirada sobre el suelo, con un hábito desgarrado, con un rosario. Desnudas, sobre los jergones, halló a las que faltaban en la iglesia. Pálida y temblando toda ella, volvió al claustro. Se dejó caer de rodillas en el centro y, levantando los ojos hacia el cielo, maldijo a ese Dios ingrato, a ese Dios desalmado, a ese Dios cruel. ¡Ellas!, ¡ellas, que se lo habían ofrecido todo y así era como se lo pagaba!

Las nubes grises ensuciaron el cielo y se levantó más viento. La madera crujía, el hierro rechinaba, hasta las piedras parecían hablar. De nuevo, olía a borrasca. Los ojos inquietos de Clémence recorrieron el claustro con desesperación. Su vista se posó en el refectorio. Solo le quedaba esa parte por revisar y se encaminó deprisa hacia allí. A la altura del huerto escuchó un estrépito y se asomó. Era la techumbre de la mesa de los pigmentos que el viento acababa de derrumbar. Retornó a la galería y se detuvo ante la puerta del refectorio. La abrió y entró.

La sala estaba intacta, como si nadie hubiera transgredido los límites de la abadía, como si en cualquier momento las hermanas hubieran de aparecer por la puerta y se fueran a sentar ante sus escudillas. Después, se dirigió a la sala capitular. Nunca había sido del gusto de los monjes. Demasiado ostentosa para dar cobijo a almas tan simples como las suyas, decían.

Vaciló antes de abrir. Como los dedos le temblaban, agarró con ambas manos el picaporte. La claridad entraba por los anchos vanos abiertos en los muros y vio la sala al completo. El mundo dejó de latir. Era el fin. El sol se oscurecería por siempre y la luna no brillaría más; las estrellas se descolgarían de los cielos; los cuerpos celestes caerían a plomo del firmamento. El caos anunciado por la Biblia

estaba ante sus ojos. Sus gritos desgarradores retumbaron en los muros, los traspasaron, llegaron hasta fuera, se elevaron por los aires e hicieron que las palomas se espantaran. Gritó y gritó hasta enronquecer. Sus ojos recorrieron lentamente la sala.

Dos dedos escriben, todo el cuerpo se resiente.

Clémence gimió desesperada.

Las hojas de acanto tienen que ser más rizadas, mucho más rizadas.

Toda ella temblaba.

No toda pluma es buena; la mejor, sin duda alguna, la quinta o la sexta del ala izquierda.

Volvió a repasar una vez más la estancia y se dio cuenta de que él no estaba. Los ojos de Clémence reflejaron un hilo de esperanza. Faltaba. Sí. No era posible. Pero él faltaba.

Corrió esperanzada a revisar los últimos rincones de la abadía y retornó poco después al claustro, cabizbaja.

Un resplandor iluminó el cielo. Escandalosos truenos hicieron que hasta el suelo retumbara. Parecía como si las nubes estuvieran hechas de piedras que estallaran. Cuando cesó el ruido, a Clémence le llegó un golpeteo que provenía de la entrada. En el vestíbulo halló tan solo un portón mutilado a hachazos y una tabla suelta que, empujada por el viento, chocaba contra el muro. Se asomó al campo. Los nubarrones se habían transformado ya en chaparrón y se quedó quieta bajo la lluvia. Recibió el aguacero alzando las palmas de las manos hacia el cielo.

Volvió en sí y se resguardó en la abadía. Y fue entonces, al girarse, cuando lo vio allí en lo alto, colgando de la viga del techo.

Una fuerte ráfaga de viento se coló por el portón desmembrado y la soga crujió. El cuerpo se balanceó levemente.

Viento. Soga. Sandalia. Esa maldita soga. Esa vieja sandalia remendada a dos colores.

Todo se le nubló y comenzó a darle vueltas.

Todo oscureció para Clémence.



28

Amarga despedida

La primera vez que Clémence salió de la abadía fue cuando acompañó al bueno del hermano Silvanus a recoger junto a la arboleda unas setas blancuzcas que desprendían un líquido negro viscoso que empleaban como tinta. La segunda vez que salió fue para no volver jamás.

Bajó la colina con la mirada puesta en las piedras que debía ir sorteando. Mientras descendía, le vino a la cabeza aquel día en el que halló entre las páginas de un libro del *scriptorium* tachaduras que ocultaban palabras, renglones completos, incluso algún párrafo. El hermano Anselme le dijo que, a veces, los libros eran expurgados minuciosamente para evitar que las palabras que contenían pudieran dañar la fe de los débiles de espíritu, de los individuos más frágiles e irreflexivos. Ojalá, pensó Clémence, aflojando su marcha, ojalá la vida funcionara como en los libros y se pudieran hacer tachones en ella, librándola de lo doloroso, lo nefasto, lo que nunca debiera haber ocurrido.

Miró al horizonte con ojos acuosos y, después, giró con pesar la cabeza hacia atrás, hacia la abadía. «Nunca debí esconderme. Debí correr su misma suerte. No tendría que estar con vida», se lamentó.

Qué haría ahora sin sus queridas hermanas, dulces madres, tiernas compañeras. Añoraba sus rezos, su andar pausado, el roce de sus hábitos, sus manos cálidas, sus consejos y cánticos. Se acordó de todas. Las llamó con desesperación, con la vista puesta en la abadía, que desde allí parecía una fortaleza inexpugnable. «¡Louise!, ¡Pétronille!, ¡Berthe!, ¡Cécile! ¡Marie!». Al mencionar a Blanche y a Marguerite, se dejó caer de rodillas. Cuánto la habían querido; cuánto la habían consolado. «¡Mathilde!», gritó sin fuerzas. «¡Éléonore!», masculló después. Se le inundaron los ojos al recordar a su Gentille-Julie. Qué habría hecho sin su calor y su comprensión. Al menos ella sí que tuvo una muerte serena; fue la única que se libró de la barbarie, de la atrocidad. En su memoria se abrió hueco también la abadesa. Recordó su mirada penetrante, su languidez, su rígida frialdad, pero también su sonrisa disimulada cuando la veía progresar con el latín o cuando por vez primera leyó la lectura divina desde el púlpito del refectorio. Quizá en el fondo de su corazón y, a su modo, también se preocupase por ella.

Se levantó. Se le encogió el alma al pensar que tendría que deambular sola por esos campos solitarios. Y ¿si se topaba con hombres como los que le habían destrozado la vida? El *pater* Oliverius le había dicho que, desde que él tenía uso de razón, estaban en guerra. Una guerra que sembraba el campo de muerte, que asolaba cosechas, que provocaba hambrunas. Al parecer estaban en tregua, pero a saber cuánto duraría. Para enfrentarse a todos los peligros que pudiera haber en el camino, Clémence no disponía de esos trajes de hierro de los que había oído hablar; tampoco llevaba consigo lanza o espada con la que poder defenderse. Su única salvaguarda era un palo endeble de cuyo

extremo había colgado una calabaza hueca en la que había metido algo de arenilla, cáscaras de nueces y piedrecitas. Sabía que los leprosos, haciéndola sonar, lograban apartar de su camino a todo el que se les acercaba. Le dijo un día el hermano Isidore, mientras labraban el huerto, que siempre iban cubiertos para tapar su piel enferma y que nadie se aproximaba a menos de diez palmos. Ella iba provista de una capa de monje, la más vieja que había hallado, y ante cualquier amenaza no dudaría en cubrirse con ella y agitar la calabaza.

Inspiró el aire fresco. Olía a pino. El viento llevaba hasta ella la fragancia húmeda de la vereda del río. Se acordó de la recolecta de setas con el hermano Silvanus, de la buena tinta que obtuvieron con ellas y de cómo se mancharon las manos y tuvieron que lavarse en el río. El monje le dijo entonces que, siguiendo su curso durante una jornada, las aguas se fundían con otro río más ancho y que, si se caminaba junto a él hacia el norte, se llegaba hasta París. Allí era a donde iría.

Palpó el saco que llevaba consigo. En él pocas cosas había metido. Un pellejo con agua y lo que pudo encontrar para comer tras el saqueo: nueces y pasas, un par de manzanas, tres cebollas y unas tiras de pescado en salazón. Añadió unas láminas de oblea y alguna hortaliza del huerto, una manta y lo más preciado, el libro de horas que le habían obsequiado los hermanos y que ella misma se había encargado de iluminar. Lo extrajo con cuidado. Las lágrimas recorrieron su rostro mientras acariciaba la suave piel bermellón con la que estaba encuadernado. Sollozó. Si hubiera estado en el *scriptorium* se hubiera echado a perder, pero, gracias al cielo, siempre lo guardaba bajo su jergón.

Al abrir el libro, volvió a tener ante sí la imagen de los monjes cuando se lo regalaron.

Dondequiera Dios que te lleve la vida, Clémence, nosotros estaremos siempre contigo. Solo tendrás que abrir tu libro de horas.

Estaremos siempre contigo.

Siempre…

Siempre con…

Pasó despacio las páginas. Repasó con la yema del dedo los nombres de los monjes. Se fue después al final y leyó en un susurro:

—«Este libro de horas pertenece a Clémence de Saint-Sulpice y ha sido iluminado por su propia mano. Que la Virgen María oriente su…, su…».

No podía seguir leyendo. Cerró el libro con un gemido. Miró hacia la lejanía y, con desesperación, gritó al viento sus nombres. A todos llamó:

—¡Gervais!, ¡Casimir!, ¡Maurice!

Citó temblando a Silvanus y se sintió desgarrada por el dolor cuando mencionó al viejo Anselme.

—¡Pierre!, ¡Fulbert!, ¡Constant!, ¡Isidore!, ¡Marcellin!

Se despidió de todos y de cada uno de ellos, como había hecho con las hermanas. Dejó para el final a su querido *pater.* No podía articular palabra.

Recordó el pincel descansando en su oreja, su sonrisa cuando le tomaba la confesión, el brillo de sus ojos al hablar de París, los estornudos de ambos cuando entraban en la botica. Era incapaz de que su nombre saliera de sus labios. Le provocaba demasiado dolor.

—¿Queréis decirme qué voy a hacer sin vos? —dijo al fin, clamando al cielo—. ¿Qué? ¿Qué es lo que voy a poder…, a poder

hacer yo…? —Echó un último vistazo a la abadía. Al campanario—. Por qué, por qué me dejasteis allá arriba, ¡por qué no me llevasteis con vos! Hubiera sido lo mejor.

Abrió el saco y metió dentro el libro.

Ese pequeño libro de horas que un día habría de cambiarle la vida.



29

¡Hágase París!

Llegaba hasta aquella estancia, austera y gélida, un aroma intenso a caldo de verduras, como si alguien hubiera puesto a hervir muy cerca un huerto entero. Las tripas de algunas de las presentes comenzaron a rugir, pero habrían de tener paciencia. Quizá tardasen un buen rato en probar bocado. Eran muchas, alrededor de una veintena, y esperaban de pie, apretadas y abriéndose espacio a codazos. Al fondo, una mujer las mandó callar de nuevo y, tras algún que otro empujón y cuchicheos, se hizo el silencio.

—¡Siguiente! —gritó entonces la mujer que empuñaba la pluma y que, desde hacía rato, no paraba de escribir sobre el cuadernillo que tenía desplegado sobre la mesa.

Una anciana avanzó renqueando y se detuvo ante ella.

—Nombre —inquirió la escribiente.

—Théophanie de Chambon.

—Motivo de la estancia.

—Un pleito. Vengo a reclamar…

—No importa, no importa, con eso nos basta. ¿Por cuántos días? —Mojó la pluma en el tintero.

—Solo esta noche; si las cosas se alargan, quizá me hagan falta dos o…

—De una a dos —apuntó con decisión—. Id a la segunda planta, que allí os indicarán.

No se había aún separado la anciana de la mesa cuando la misma voz chillona llamó a la siguiente.

—Nombre.

—Clémence.

—Clémence qué más.

—De Saint-Sulpice. Clémence de Saint-Sul…

—¿Motivo de la estancia?

—¿Qué?

—Por nuestro Santo martirizado, pero qué día llevo —dijo quejumbrosa la mujer levantando la cabeza del cuadernillo y examinando después a Clémence—. ¡Uhm!, una mendiga. Está bien, men-di-ci-dad —recalcó mientras apuntaba.

—No escribáis tal cosa, os lo ruego, señora.

—Señora no, hermana. Aquí todas somos hermanas. Las hermanas catherines.

Clémence posó la mirada sobre la cruz que esa mujer llevaba colgada del cuello, pero qué va, su vestimenta parduzca no era propia de una monja, sino más bien de una labriega. Eso era: parecía una labriega ceñuda.

Entornó los ojos.

—Os decía, hermana, que no, que no soy mendiga. Vengo a trabajar.

—Corrijo entonces —dijo con desgana—, motivo, trabajar. ¿Edad?

Al oírla, Clémence se encogió de hombros.

—Muchas como tú y necesitaría cien años para acomodaros a todas. Vamos, un paso atrás, ¡deprisa!

Mientras aquellos ojos escrutadores la recorrían de arriba abajo, Clémence se quedó quieta. Si hubiera podido dejar de respirar, también lo habría hecho.

—Trece… No, catorce. Quince… —. Y fue quince lo que al final, dubitativa, registró.

Coles, no había duda, era lo que llevaba el caldo de verduras. Clémence hubiera dado la vida en ese momento porque aquella mujer concluyera su tedioso interrogatorio y le ofreciera una escudilla humeante, aunque en ella flotaran a sus anchas esas repugnantes y tristes bolas verduzcas.

—Cinco días máximo y tendrás que trabajar para nosotras a cambio de cama y comida —dijeron los labios enjutos de aquella monja que no parecía una monja—; quizá nos pidan a alguien de tu edad y consigas algo, pero Dios proveerá. Pasillo al frente y después pregunta por la sala del agua. Ve directa al baño y a por ropa limpia, ¡que hueles fatal!

Cuando esa misma mañana Clémence divisó por vez primera la ciudad, lloró a la vez que rio, sintió frío y al mismo tiempo calor. Pensó en el Génesis. Seguro que Dios, tras crear el cielo y la tierra, llenar de peces los mares y cubrir el firmamento de estrellas, levantó la mano y dijo: «¡Hágase París!». Y París se hizo. Pero qué prudentes habían sido los que la llamaban la rosa del mundo, qué cortos se habían quedado todos ellos en halagos. De ser una rosa, sería, como poco, la rosa del universo entero, de la divina creación.

La muralla rodeaba la ciudad como un fajín ancho que no tuviera fin. De ella sobresalían tejados marrones, grises, rojizos y pardos. Hasta los había de un verde correoso. Qué impresionante era la altura que alcanzaban. Las casas se apiñaban como uvas de un extremo al otro. Torres y más torres asomaban por doquier. Las había cuadradas, redondas, lisas y almenadas, estrechas y de una gordura descomunal. El humo de las chimeneas se alzaba en finas columnas hacia el cielo formando manchones grisáceos, pero ni siquiera esos borrones lograban afear un ápice aquella ciudad. Era todo espléndido, inesperado, gigantesco. Clémence sintió el deseo de bajar la loma corriendo, dando alaridos y saltos. De haber habido charcos, hubiera chapoteado en ellos; de haber habido viento, se hubiera dejado arrastrar.

Una campesina que caminaba próxima a ella, al ver su cara de ensueño se le acercó un poco más.

—Ten cuidado, muchacha, que no todo lo que relumbra es oro. Si eliges la puerta equivocada para entrar a la ciudad, lo más probable es que metas los pies en el fango y te quedes atrapada en un sucio lupanar para siempre, hazme caso. Son sitios que tienen garras. Si te apresan, te morirás sin haber salido de los arrabales y solo escucharás las campanas de Notre-Dame desde la distancia.

La desconocida le habló de las tabernas de mala fama, de embaucadores y falsos tullidos, de ladrones peligrosos y maleantes que rondaban por toda la ciudad. Le dijo que no se fiara de nadie porque los ciegos veían como linces y los cojos corrían como conejos. De los hombres afables nada conseguiría salvo una buena dentellada. Eran como animales rabiosos, cuando cazaban presa jamás la soltaban.

—De verdad te lo digo, niña, sé de sobra lo que te cuento. Bordea la muralla hasta llegar a la Porte Saint-Denis. En ella da comienzo una calle ancha, de las más anchas de la ciudad. Si la sigues hasta el final, una vez dejes a la derecha el cementerio, te darás de bruces con el hospicio de Sainte-Catherine. Es un lugar seguro. Allí te ayudarán.

La amable mujer le contó que Saint-Denis prefirió ser martirizado antes que venerar a los dioses romanos y que, tras ser decapitado, se agachó, recogió del suelo su cabeza y con ella anduvo en las manos hasta que encontró el lugar donde quería ser enterrado.

Aunque Clémence dudó de que un hombre sin cabeza, por santo que fuera, pudiera seguir andando y de que una ciudad tan espléndida cobijara los peligros que le fueron advertidos, decidió hacer caso de los consejos y bordear la muralla en busca de la puerta que esa mujer le había señalado.

A los pies del alto muro halló un foso profundo, a veces invadido por arbustos y hierbajos; en otras ocasiones, por aguas estancadas de las que emanaba un hedor endiablado. Lo bordeó comenzando la andadura sola, pero la tranquilidad duró poco, pues pronto se vio inmersa en un ir y venir de viajeros, y hubo de avanzar rodeada de voces y risas, relinchos y mugidos, crujir de ruedas y balanceo de carros. Hasta algunos cánticos le acompañaron durante un buen trecho.

Apresuró el paso en cuanto vio una entrada, pero, al enterarse de que estaba ante la Porte Saint-Honoré, siguió adelante sin ni siquiera detenerse. Tras caminar un rato más, el muro se volvió a abrir con otra puerta, de aspecto muy parecido a la anterior. Pero no. Tampoco era esa. Un hombre que tiraba de un carro que iba

perdiendo heno dijo que era la de Montmartre, y ella, al escucharlo, resopló. Quizá, después de todo, no fuera tan importante la puerta por la que se entrase a la ciudad. Lo esencial, suponía ella, era andarse con cuidado una vez dentro. Miró a sus espaldas. Sopesó la idea de desandar un tramo y pasar, de una vez por todas, por donde quiera que fuera. Saint-Honoré, Montmartre, y qué más daba. Pero le vino a la cabeza el *pater* Oliverius. Cuántas veces le habría repetido que quien acepta consejos demuestra prudencia. Alzó la vista al cielo y prosiguió su camino. «Tenéis razón, *pater*. Haré, haré caso a esa mujer».

Un poco adelante apareció una torre cuadrada, pero al aproximarse comprobó que carecía de puerta. Qué decepción. A esa le siguió otra más; igual de inútil e igual de ciega. La única diferencia era que unas coloridas telas prendidas de mástiles hondeaban en lo más alto. No le quedaba más remedio que continuar y, resignada, lo hizo. Se sentó al rato en el suelo. No por sentirse cansada, que lo estaba, sino porque no paraba de dar tropezones. Se le había descosido la suela de una de las botas y la llevaba casi a rastras. Maldita fuera su suerte. Lo que faltaba. Se quitó la bota rota. Mejor andaré sin las dos, se dijo, y descalza de ambos pies reanudó la marcha.

Se abrió paso entre el gentío que se agolpaba ante la siguiente entrada. Un puente de madera, unido al muro por robustas cadenas, permitía cruzar sobre el hondo foso. Apostados a ambos lados, dos hombres armados custodiaban la puerta. Sobre ella lucía una colgadura de paño azul con florecillas doradas.

«El estandarte real», dijo Clémence entre dientes, recordando la primera vez que vio tal imagen en un libro del *scriptorium*. El

hermano Anselme le aclaró entonces que no eran puntas de flecha, como ella creía, sino lirios cuyas tres hojas representaban a la Santísima Trinidad. Según se decía, el día de la coronación de Clodoveo, primer rey de Francia, una paloma descendió de los cielos portando en el pico un ramillete de lirios y el agua con el que se le ungió. «Dios está con la Corona, la Corona está con Dios», masculló Clémence recordando las palabras del monje.

Se acercó a una campesina que estaba echada a un lado para preguntarle el nombre de esa grandiosa puerta y, sin apenas tener tiempo de saborear el triunfo de haber llegado, sintió que alguien tiraba de su brazo y la zarandeaba.

—¿Habrase visto? ¡Aquí nadie se cuela, mendiga del demonio!

A ella se le encogió el alma. Ni siquiera había puesto un pie en la ciudad y ya había caído en las garras de uno de esos hombres malvados de los que le habían hablado. Todo se le apelotonó en un instante en la cabeza. El fango, las sucias tabernas, los arrabales, los falsos tullidos. Hasta en aquel santo varón decapitado pensó. Comenzó a dar gritos pidiendo ayuda, agitándose como una lagartija atrapada por la cola. Al instante se formó un corrillo alrededor.

—Mirad, mirad —gritó el hombre que la retenía—. Mirad cómo tiembla.

—¡Dejadme, dejadme! —suplicaba Clémence tiritando, con las pupilas engrandecidas, desorbitadas.

—Una buena zurra se merece; ¡dadle, dadle fuerte para que se le quiten las ganas de saltarse el turno! —vociferó una campesina verrugosa.

—¡La puerta, la puerta, han abierto la puerta! Los carros han comenzado ya a entrar —gritó un niño con voz jubilosa, abriéndose

paso entre los jaleadores.

Aprovechando el momento, Clémence se zafó del brazo que la apresaba y salió huyendo.

—¡Aprende a guardar tu turno o terminarás flotando en el foso! —escuchó que alguien chilló a sus espaldas.

Cuando se hubo alejado de allí lo suficiente, se sentó sobre una rocalla y fue entonces cuando se percató de que frente a la puerta se habían formado dos largas hileras: la una, con gente a caballo o en carros; la otra, con los que iban a pie.

Con la cabeza gacha y manteniendo una prudencial distancia, siguió la serpenteante cadena humana hasta colocarse al final. Y allí aguardó pacientemente junto a los que, como ella, nada tenían. Salvo hambre, eso sí, y cuánta. Era eso en lo único que aventajaban a los de enfrente; a esos afortunados que podían atravesar sentados la puerta de Saint-Denis.



30

Un «tú, recogida»

Recorrió los oscuros pasillos del hospicio de Sainte-Catherine en busca de la sala del agua. Hubo de atravesar dos claustros y un jardín asilvestrado para hallarla junto a las cocinas. En cuanto abrió la puerta le golpeó en la cara el mismo tufo a humedad que cuando, en los días de tormenta, extendían la colada frente a la chimenea del refectorio. Después, uno llevaba pegado al cuerpo ese desagradable olor. «La fragancia del gato mojado», como lo había denominado el hermano Silvanus. «Si no has visto un gato da igual, Clémence. Da igual gato que gallina: mojados repugnan del mismo modo».

Asomó la cabeza por la puerta de la sala del agua y pidió permiso para entrar.

—¡Deprisa, maldita, que nos congelamos! —gritó una mujer que estaba metida con otra en una cuba de madera tomando un baño.

El cuarto parecía una caverna. Penetraba poca luz por la claraboya y eran los velones colocados en las lamparillas los que proporcionaban una macilenta claridad a la estancia. Sobre el fuego de la chimenea, el agua de dos calderos borboteaba. Costaba respirar. El humo y el vapor oprimían el pecho; ahogaban.

—¿A qué esperas? Vamos, desnúdate —ordenó una catherine con los brazos arremangados puestos en jarras.

Clémence se desprendió con desgana de la maloliente capa de monje que la cubría y la puso dentro de un cesto. La catherine, al verla, aguzó la vista.

—Pero, por todos los santos del cielo, ¿se puede saber qué es ese bulto que llevas tan atado al cuerpo?

Las mujeres de la cuba, que andaban peleando por un trozo de jabón, enmudecieron y se la quedaron mirando pasmadas.

—Es mi libro de horas. Me lo amarré bien fuerte al cuerpo para evitar que me lo robaran. Es lo único que tengo.

—Dios santo. Qué es lo que a estos ojos le quedarán aún por ver —replicó la monja, negando con la cabeza.

—¡Ni los ingleses te hubieran arrebatado esa cosa, muchacha! —añadió una de las mujeres de la cuba, riendo y dando una palmotada al agua. Al salpicar a la otra, comenzó, de nuevo, la trifulca.

Mientras ella se esforzaba inútilmente en liberar el libro de las ataduras, la catherine fue hacia la chimenea y retornó con una navaja.

—Deja que te ayude, anda, que estos nudos resecos no hay quien los mueva.

Clémence, tras una pequeña indecisión, retiró las manos y se dejó ayudar.

—Ya que estáis con la navaja, hermana, cortadnos a nosotras otro pedazo de jabón —dijo una de las que se bañaban.

La monja negó chasqueando la lengua.

—Después de la tabarra que me habéis dado con vuestras peleas… Solo hay que ver cómo habéis puesto el suelo, ni que fuerais dos niñas. Vamos, las dos fuera del agua, ¡ya!

La hermana catherine dijo a Clémence que no se preocupara, que su libro de horas quedaría a buen resguardo en el depósito y allí lo recuperaría cuando se marchara. Tranquilizada por sus palabras, terminó de quitarse la ropa y se metió en la cuba, que ya se hallaba despejada. El agua estaba caliente y en ella flotaban romero y menta. Sumergió el cuerpo hasta que el agua le rozó la barbilla y, al percibir el fresco olor a hierbas, se vio de nuevo en la botica frente a Gentille-Julie. Cuánto echaba de menos el olor a tomillo de su hábito, sus manos venosas, esos ojos que, más que mirar, acariciaban. Un jarro de agua caliente volcado sin aviso sobre su cabeza le hizo dar un alarido. La catherine comenzó a frotarla con un paño áspero sin la menor compasión.

—¡Tienes mugre acumulada de tres siglos, criatura! ¿Se puede saber dónde has estado metida?

Ella no dijo nada. Se limitó a bajar la cabeza, a apretar los labios con cada refriega, a cerrar muy fuerte los ojos con cada estirón.

—Cuando estáis así de sucias, si os dejamos bañaros solas salís del agua tal cual entráis.

El agua pronto se tornó turbia; la piel, arrugada. Mohína, miró por el rabillo del ojo aquel paño que ya no era blanco, sino un simple rebujo gris. Aquella mujer le había restregado tan fuerte que temió morir allí mismo desollada.

Salió del agua, se secó y se puso ropa limpia. Se olió las manos; después, el cabello. Manzanilla, menta, olor a bosque… ¡Virgen santísima! ¡Madre de Nuestro Señor! Hubiera puesto a la catherine

en una hornacina; le habría besado los pies con toda su devoción. Ahora se sentía como nueva.

Esa fue la primera vez que tomó un baño y también la primera que pudo descansar sobre una cama, aunque demasiado blanda para su gusto; sus huesos estaban habituados a los rígidos jergones de la abadía. Le costó conciliar el sueño. Su cuerpo no solo estaba habituado a la dureza, sino también a la soledad, y en aquel lugar formaba parte de un rebaño que roncaba, tosía, protestaba y peleaba. En cualquier caso, no cabía duda de que era muy afortunada, pues tenía un techo seguro y estaba libre de los peligros de la ciudad.

Rezó mucho. Desde que nadie se lo imponía, lo hacía de buena gana y con frecuencia. Es lo que tenía la soledad. Le acostumbraba a una a hablar con Dios; a veces, con los muertos; a menudo, consigo misma. Comenzó su plegaria dando gracias a Dios por haberla protegido durante su larga andadura, por haberse cruzado en el camino con aquella mujer que tan buen consejo le dio, y por la enorme generosidad de aquellas monjas, aunque fueran muy diferentes a las suyas. Al acordarse de sus hermanas de Saint-Sulpice lloró en silencio. Recordó la primera vez que subió al campanario de la mano de Marguerite, las tardes que pasó en la cocina comiéndose con los ojos las obleas que horneaba Marie-Louise, la paciencia que tenía su Gentille-Julie cuando Bellefleur le pisoteaba las hortalizas. Se tapó un poco más con la manta para que no se oyera su llanto y se sintió caer por un agujero sin fondo; por un estrecho abismo que le iba raspando la piel al pasar. Pidió a Dios por todos ellos y rezando estaba cuando una voz ronca procedente de la calle le hizo dar un respingo en la cama.

—¡Despertad, dormidos, y que Dios perdone vuestras faltas! Los muertos os lloran. Orad por sus almas cuando oigáis la campana.

Un tolón-tolón resonó en el silencio de la madrugada.

Al poco rato, la misma cantinela.

—¿Qué es eso? —preguntó Clémence, asustada, a una de las mujeres con la que compartía la cama.

—¡Duérmete! El pregonero del cementerio, quién va a ser. Es peor que una muela podrida —respondió entre gruñidos su compañera y después le dio la espalda.

Clémence no concilió el sueño en toda la noche. Estaba aún despierta cuando se abrió la puerta de par en par y apareció una de las hermanas catherines haciendo sonar una campanilla. La que estaba al lado de ella estiró los brazos y dio una patada a la manta.

—¡Condenadas campanas, campanillas y cascabeles! —dijo, rascándose la pelambrera—. ¡En esta maldita ciudad no saben hacer nada sin armar ruido!

La catherine, con su insistencia, hizo que se levantaran y que se cuadrasen delante de las camas. Allí fue asignándoles, una a una, las labores del día: tú, cocina; tú, huerto; tú, letrinas; tú, enfermos; tú, dormitorios; tú, chimeneas; tú…, tú…, tú… Cuando llegó a Clémence, le lanzó un «tú, recogida». Al escucharla, la compañera de cama le dio un codazo y soltó una carcajada.

—Quizá mañana tengas más suerte y te toque, como a mí, limpiar letrinas.

Otra mujer, que también había compartido cama con ellas dos, se acercó y le preguntó qué era lo que le había caído en suerte.

—Recogida…, me ha dicho recogida —respondió Clémence encogiéndose de hombros.

—Dios bendito, que Saint-Denis te acompañe todo el día. Pobre, pobrecita mía. Mira que tocarte un «tú, recogida». Con esa carita…



31

El Comecarne

La catherine hizo un último repaso al caballo. Revisó de nuevo la embocadura, ciñó un poco más las riendas y comprobó que estaba bien sujeto el varal que lo unía al carro. El carro no levantaba más de cuatro palmos del suelo, y Clémence hubo de poner en él un fardo de telas, un manojo de sogas, unos sacos vacíos y la vasija de barro que la cocinera, advirtiendo que quemaba, había dejado en sus manos. La hermana catherine se colgó del cuello una bolsita de cuero cerrada con un cordel, parecida a las que utilizaban los monjes para guardar los pigmentos. Luego ofreció otra igual a Clémence.

—No la pierdas o mucho lo lamentarás.

Tirando la una de las riendas y la otra siguiendo sus pasos, atravesaron la puerta de carros y accedieron a la calle, dejando atrás los oscuros muros del hospicio de Sainte-Catherine.

El frío les golpeó la cara y, al avanzar, Clémence sintió como si afilados aguijones le traspasaran las plantas de los pies. El suelo estaba gélido y cubierto de una pátina brillante. De buena gana se hubiera subido a ese carro maltrecho en lugar de ir andando. Preguntó a la monja si había llovido, pero ella dijo que no, que era

tan solo la humedad que exhalaba el río y se extendía por la ciudad como una lengua blanca.

—Llevamos el Sena metido en los huesos —añadió—. Acostúmbrate a su compañía si piensas quedarte aquí.

Pero ella no tenía que acostumbrarse al frío, pues ya lo estaba. La abadía siempre fue un lugar helado y mortificante. Cuando el viento no azotaba de frente, lo hacía traicioneramente por la espalda. Los escalofríos, el castañeteo de dientes, las mejillas peladas, las toses y los dedos enrojecidos por los sabañones fueron en Saint-Sulpice tan habituales como el mismísimo rezo. Se miró las manos. No tardarían en aparecer las odiosas rojeces. Las hermanas solían untarle un bálsamo hecho a base de cebolla cruda, miel y sal. Aunque ella conocía la mejor solución para combatir los sabañones. Lo había descubierto siendo niña, mientras jugaba, por simple y pura casualidad. Sabía que tan solo tenía que dejar a un caracol arrastrarse por sus dedos. Su baba era infalible. Fulminaba la rojez y la hinchazón en poco tiempo.

Aunque era temprano y el frío resultaba fastidioso, había ya gente en la calle. Nada más salir se cruzaron con un clérigo, con el aguador y con varios hombres armados luciendo estandarte. Un poco más adelante, la catherine retuvo al caballo para dejar paso a un rebaño de ovejas que avanzaba a golpe de vara.

—Día de mercado —dijo, meneando la cabeza—. Vamos, que dentro de poco no va a haber quien dé un paso.

Al cruzarse con la gente, Clémence se dio cuenta de la simpatía que generaban las catherines.

—¡Dios os bendiga, hermana! —gritó un hombre, quitándose el sombrero.

—Que Saint-Denis os proteja —se escuchó desde lo alto de una ventana.

—Que tengáis una breve recogida —voceó alguien desde el otro lado de la calle.

Unos chiquillos comenzaron a dar brincos alrededor del carro.

—¡Dejadnos subir! —gritaban una y otra vez—. ¡Queremos ir al Comecarne! ¡Al Comecarne, hermana catherine! Dejadnos ir.

La monja los espantó a manotadas y ellos huyeron haciendo muecas y riendo con escándalo. Clémence preguntó qué era aquello que gritaban.

—Niñadas. Se referían al cementerio. Hay quien lo llama así, el Comecarne.

Ella abrió desmesuradamente los ojos.

—Es por su tierra, sí. Es tan buena que enseguida deja los huesos pelados como si nunca hubieran estado cubiertos de carne. —Clémence hizo un gesto de repugnancia—. El desenterrador saca de las fosas los huesos y los va apilando bajo el techo de las galerías. Hay millares de osamentas. Aunque coloca los huesos con habilidad, como si estuviera levantando un muro con ellos, cualquier día la techumbre se nos va a venir abajo, ya lo verás.

—¿Y es allí a donde vamos ahora?, ¿al… Comecarne ese, hermana?

—Comecarne, Comecarne… Por Dios, pero qué pronto se aprenden las maldades. El cementerio de los Santos Inocentes, muchacha. Hay que hablar siempre con respeto cuando hay muertos de por medio.

Clémence miró a la catherine de reojo. Dudó si volver a preguntar, pero al fin se decidió.

—Y para qué…

—Para qué, qué.

—Que para qué vamos allí, al cementerio ese.

—¿No te lo han dicho? Tenemos que dejar a Renée su comida, que andará hambrienta; luego he de hablar con el pregonero.

—¿Hambrienta? —masculló, contrariada—… El pregonero, decís… —añadió después entornando los ojos—. ¿El de «Despertad, dormidos, que los muertos os lloran»?

—¡Ese mismo! Y basta ya de charlas, muchacha, que cuando lleguemos el caldo de la pobre Renée va a estar más frío que la tumba en la que está encerrada.

Arrugó la cara al escucharla, preguntándose si la monja no estaría un poco loca. Cómo alguien encerrado en una tumba iba a estar hambriento. No se atrevió a abrir la boca hasta que llegaron al muro del cementerio. Lo recorrieron hasta alcanzar un monumental arco de piedra en el que figuraba, en grandes letras labradas, MEMENTO MORI, recordando así, a todo aquel que lo cruzaba, según dijo la catherine, que tarde o temprano la muerte nos ha de llegar, que nadie se libra de ella. Miró alrededor y sintió un escalofrío. En la extensa llanura se veía tierra amontonada por todas partes, cruces de hierro, losas, carretas, hombres que cavaban, perros que olisqueaban. Había mujeres llorando, clérigos por aquí y por allá. El descampado estaba todo él, por los cuatro costados, rodeado por una galería porticada. La catherine dejó enganchado el caballo a una argolla y ordenó a Clémence que cogiera la vasija y la siguiera. Menos mal. Ya no quemaba.

Atravesaron juntas la sombría galería. Los comerciantes habían desplegado sus tenderetes y voceaban a vivos y a muertos las

cualidades de sus productos. Tenían en sus puestos las biblias mejor encuadernadas, la fruta más tersa, el vino más regio, los jubones mejor bordados, los pasteles de codorniz más crujientes, las botas más resistentes al agua. En una esquina, un mendigo prometía poemas de amor a cambio de limosna. «¡Escuchad, escuchadme! —decía con entusiasmo—. Echad algo a mi gorro y os contaré por qué el beso es pariente del exceso y también su mejor mensajero». En la otra, una joven animaba a que la siguiesen hasta la rue Chapon. «¡Allí el vino no está aguado! —gritaba—. Es dulce; tan dulce, señores, como las mujeres de la taberna Pomme Verte».

Estaba Clémence ensimismada contemplando las cintas, guirnaldas y brillantes abalorios de uno de los puestos, cuando unas voces le hicieron girar la cabeza hacia el camposanto.

—¡Al ladrón, al ladrón de huesos, cogedle! —Un hombre corría perseguido por otros tres.

—Todos los días lo mismo —se lamentó la catherine—. Cuando no son los perros los que hurgan en las fosas, son esos pobres diablos. Las noches comienzan a ser frías y algo tienen que echar al fuego para calentar a sus hijos.

Una pequeña construcción de piedra se elevaba sobre unos cuantos peldaños en ese extremo del cementerio. En su tejadillo había un ángel con una cruz de hierro en la mano. Era la tumba de un rico burgués. La mandó levantar para evitar que los perros orinasen sobre sus restos cuando muriera, o se pasearan con su fémur entre los dientes por toda la ciudad.

—Ya ves, hija mía, como si tales cosas importasen. Una vez muerto, qué más dará.

Al final de la galería, las paredes comenzaban a estar decoradas. El color, las figuras, los paisajes, todo parecía haber sido esbozado por una mente fúnebre, por un pincel siniestro. Clémence leyó la primera inscripción que encontró: TODO VIVO CAE EN MI TRAMPA. Al escucharla, la catherine se detuvo.

—Pero ¿sabes leer? —preguntó con cara de asombro.

—Claro —contestó Clémence, tan resuelta como si le hubieran preguntado si respiraba.

La hermana hizo el amago de añadir algo, pero Clémence se le adelantó mascullando la siguiente frase que encontró.

—¿Y qué quiere decir que el más rico solo tiene una mortaja?

—Pues, hija mía, qué va a ser, que con la muerte el rico se queda sin nada. Aquí deja todo lo que tiene y solo lleva consigo a la otra vida la mortaja que lo envuelve. La ceniza a todos nos iguala. Pero, dime, cómo es que sabes leer, cómo es que entiendes latín.

Clémence se quedó callada. Bajó la mirada.

El Señor nos habla en latín y en latín se le responde.

Los ojos se le humedecieron al recordar las palabras de la abadesa. Cuánto la había hecho sufrir con las tediosas lecciones de latín y cuánto la echaba de menos.

La catherine vio su cara. No insistió. Le dio un golpecito en el hombro y la condujo hasta otra de las pinturas de la pared. Clémence se quedó boquiabierta.

—*Eram quod es, eris quod sum* —leyó la monja—. «Yo era lo que tú eres; tú serás lo que yo soy». Eso es lo que le dice la muerte a los que están vivos. Esos esqueletos representan a la muerte y, como ves, animan a los vivos para que se dejen llevar por ella, para que bailen su danza macabra.

—¡Son tan repulsivos, hermana! —exclamó Clémence sin despegar la mirada de aquellos seres de ojos huecos y abdomen abierto en canal.

Siguieron después hasta el final de la galería y, justo antes de llegar a la iglesia del cementerio, se detuvieron ante un pequeño habitáculo que lindaba con ella, no mucho más grande que la tumba del rico burgués que acababan de ver. Por techo no tenía tejado, sino un entramado de vigas de madera en cuyos huecos se habían apilado cientos de calaveras. La catherine se detuvo ante una ventana protegida por gruesos barrotes herrumbrosos.

—Renée, Renée, estamos aquí —susurró a través de la ventana.

Dos manos huesudas se asieron de repente a los barrotes y apareció una cara consumida. Clémence dio un grito. Era como si la danza macabra hubiera cobrado vida.

—No te asustes, que es Renée —dijo la catherine, posando la vasija en un pequeño agujero libre de barras.

Las manos huesudas arrastraron la comida hacia el interior. Después se volvió a asomar la mujer desgreñada por la ventana.

—Esta es nueva, ¿verdad? —preguntó a la catherine, sin dejar de mirar a Clémence—. Y dime, niña, ¿cómo te llamas?

Clémence no articuló palabra.

—Vaya, han debido de comerle la lengua a la chiquilla.

—¿No ves que la asustas, Renée? La joven es nueva en la ciudad. No temas. Habla, muchacha, que siempre se ha de ser educada.

—Clémence… Me llamo Clémence —afirmó ella con la mirada baja.

La catherine vio al pregonero a lo lejos cruzando el descampado. Lo llamó.

—No me oye. Espérame aquí, que no tardaré —dijo mirando hacia otro lado y desapareció.

—Así que te llamas Clémence…, pues mira tú que no conocía a ninguna —añadió la desgreñada rascándose la cabellera —¿Has visto el mar, Clémence?… ¿No? Vaya. Yo sí. Pues mira, te diré que tus ojos son como el mar, igualitos, igualitos al mar cuando la luna se pega en él una zambullida.

La enclaustrada comenzó a toser. Se apartó de la cara las greñas pardas. Tenía la piel cetrina, surcada de hondas arrugas.

—No sé si sabrás que los ojos nos dicen todo. Hablan del pasado, muestran el presente y revelan el futuro. Solo hace falta saberlos leer… A ver, a ver, ponte cerca y mírame. —La mujer movió la mano, indicando a Clémence que se le acercara un poco más—. Veamos qué nos descubren tus bellos ojos, hija mía.

Clémence la miró pasmada, pero sin moverse del sitio. Temía que aquellas manos huesudas salieran de entre los barrotes y la arrastrasen como a la vasija. Después desvió la vista en busca de la catherine. Había que ver lo que tardaba. Volvió a cruzar la mirada con la desgreñada.

—Yo en tus ojos puedo ver tres cosas. La primera…, el dolor de la pérdida. Una pérdida que te desgarra por dentro como si hubiera acontecido hoy mismo. Tienes la herida en carne viva, muchacha; lo veo, lo siento. Pobre, pobre niña. —Chasqueó la lengua con pesar.

Al decir esto, Clemence se restregó las manos por la pelliza que la cubría. Carraspeó nerviosa.

—La segunda cosa que veo es tristeza; se te aproxima. —Volvió a chasquear la lengua—. Es la tristeza que nos destroza el corazón

cuando un amigo nos traiciona. La tristeza del desengaño y de la decepción. Lamento decirte que pronto te habrá de llegar.

Al oírla dio un paso atrás. Ya tenía bastante. No quería que aquella grotesca mujer la dijera lo desgraciada que era y que lo iba a ser más.

—No, no te vayas, niña, que no he terminado aún. No todo lo que veo es malo. En tus ojos también se refleja algo bueno, una luz que resplandece. Sí, sí, veo que hallarás…

La catherine apareció de repente y Clémence sintió como si una mano la rescatara de despeñarse por un precipicio. La monja tenía la respiración agitada y cogió algo de aire para poder hablar.

—He tenido que perseguirle por todo el camposanto, qué barbaridad. El pregonero, al fin, me ha dado la lista. Ya nos podemos marchar.

—Espera, espera un poco, catherine, no tengas tanta prisa, que no he concluido. Le estaba diciendo a la muchacha la tercera cosa que he visto. Sus ojos me han dicho que…

—Oh no, Renée, haz el favor de no comenzar con tus adivinaciones, que tenemos por delante una larga recogida.

La catherine se despidió de ella con prisas. Clémence la siguió y al mirar hacia atrás vio que Renée permanecía aún agarrada a los barrotes.

—¡No todo lo que vi era malo, muchacha! No todo lo era, ¡créeme!

El gentío la ocultó; sus gritos se diluyeron entre los pasteles más crujientes, las biblias mejor encuadernadas y las botas más resistentes al agua. Cuando salieron del cementerio, la catherine le reveló que Renée no estaba presa, sino que se había enclaustrado por propia voluntad. Y no, claro que no estaba loca, qué cosas decía.

Su encierro era solo una penitencia, una resignada penitencia para el perdón de sus pecados y los de los demás. Hacía ya diez años que había renunciado a la vida y, por eso, antes de ser encerrada recibió la extremaunción. Se celebró después la más bella misa de *réquiem* y no quedó una sola campana que no se balancease por ella en toda la ciudad.

—El amor redime, niña, y ella lo hace todo por amor. Amor a Dios. Amor al prójimo.

A pesar de las palabras de la catherine, Clémence no entendía como alguien en su sano juicio podía vivir de ese modo por propio deseo, sin más compañía que la que le proporcionaban los muertos del cementerio.

—Se cuenta que Dios ha recompensado su sacrificio con el don de la adivinación. Pero yo creo que, en realidad, son tan solo habladurías. Es el modo que tiene Renée de contentar a los que se le acercan y entablar algo de conversación. Está tan sola…

La monja palmeó el lomo del caballo, desató las riendas de la argolla y tiró de ellas.

—Aunque suele mantenerse bien lúcida, a veces pierde un poco la cordura y grita a los muertos para que dejen de roncar y ella pueda dormir. Pobre alma solitaria. Qué penitencia la suya.



32

¡Cuerpo al carro!

Para realizar la primera recogida tuvieron que andar un buen rato. No habría creído Clémence que corría el Sena bajo sus pies si no fuera porque la catherine se lo aseguró con vehemencia. Por mucho que miraba, no había rastro ni de río ni de puente. Parecían estar caminando por cualquier otra calle de París. Casas altas y abigarradas a ambos lados, tenderetes, carros, caballos, gentío.

—De verdad que, aunque no lo parezca, es así. El río discurre por abajo, y estamos ahora en la mitad del puente. Cuando lleguemos a la casa de la esquina, estaremos ya en la isla.

—¿Isla? ¿Y qué es una isla? —preguntó extrañada Clémence.

—¡Madre de Dios! Sabes latín y me preguntas qué es una isla… Pues es un trozo de tierra rodeada por todas partes de agua. La nuestra se llama Île de la Cité y está unida a la ciudad por cuatro puentes. Uno de ellos es este, el Pont au Change, y deberemos cruzar hoy otro más llamado el Pont Saint-Michel.

Para que se hiciera una idea, le dijo que imaginara que en medio del río Sena había un trozo de tierra alargado en forma de barco. Sí, podía decirse que la isla era algo parecido a un barco varado en el

centro del río. Clémence entornó los ojos y sonrió al hacerse una idea.

—Y en ese barco —explicó la catherine—, se guardan los tesoros de la ciudad. La iglesia de Notre-Dame, cuyas torres tocan los cielos; los jardines del rey y la Sainte-Chapelle, ay, sí, la Sainte-Chapelle. ¿La has visto? ¿No? Pues has de verla. En ella se custodian las más valiosas reliquias. —La monja suspiró—. En dónde mejor iba a estar la corona de espinas de nuestro señor Jesucristo —añadió y se santiguó tres veces seguidas—. Sí, en dónde mejor.

Recorrieron la hermosa isla-barco, cruzaron el Pont Saint-Michel y se adentraron por la bulliciosa barriada pegada al Sena. Solo algunos tramos seguían empedrados. La mayoría eran callejuelas con suelo de tierra, algunas embarradas, otras encharcadas, plagadas de oscuros recovecos. Al pie de las fachadas se acumulaban montones de basura de los que asomaban ratas tan grandes como conejos. En cuanto alguien se aproximaba, en lugar de huir, sacaban dientes y se erizaban.

Anduvieron un poco más y fueron a dar a una calle más ancha en la que entraba algo más la luz.

—Rue des Agustins —dijo la catherine mirando la lista que el pregonero del cementerio le había entregado—. Sí, parece que hemos llegado.

Junto a una casa que había al final de la calle, vieron a un hombre haciendo señas con la mano.

—Ahí están. Vayamos. —La catherine tiró del caballo.

Cuando llegaron, el hombre que las había reclamado tomó la palabra. Los que lo acompañaban se dispersaron.

—Dios os bendiga, hermana catherine.

—Dios os guarde también… Decidme, buen hombre, ¿dónde está?

—Dentro.

—¿Es reciente?

—Quizá no —respondió encogiéndose de hombros—. Vivía solo. Nos alertaron los maullidos de los gatos.

La catherine abrió la bolsita de cuero que llevaba colgada. Metió el dedo. Lo sacó pringado de una pasta verde que se restregó por debajo de la nariz.

—A qué esperas, ahora tú —ordenó a Clémence. Ella abrió su propio saquito y la imitó—. Sin miedo. Un poco más. Es mejor que sobre a que falte, que no sabemos lo que nos vamos a encontrar.

Al hacerlo, dio un respingo. Sintió de inmediato un frío pegajoso y tan helador que incluso le quemaba la nariz por dentro. Comenzaron a llorarle los ojos. Picaba. Cuánto picaba aquel mejunje.

—En poco pasa. No temas. Es tan solo menta macerada en vino y especias, y alguna cosilla más que no merece ni mención.

Pasaron a la casa. El hombre aguardó fuera. La estancia era tan pequeña que nada más entrar se toparon con el cuerpo, tirado boca abajo sobre el suelo de tierra. Encima de la espalda del hombre había un gato recostado. El esmirriado animal ni siquiera se inmutó al verlas.

—Ayúdame a darle la vuelta—dijo la catherine, ahuyentado al gato —. ¿Me has oído? Vamos, que yo tiro de aquí y tú de las piernas.

Al ponerlo boca arriba, Clémence vio sus pétreos ojos. Los mismos ojos de piedra que había visto en la iglesia, en la sala capitular, sobre el suelo de las celdas. Al recordar a sus propios muertos, le temblaron las manos, se tapó la cara y sollozó.

—Tranquila. Ya verás. Todos los muertos son iguales. El alma es lo que nos distingue y cuando uno muere se va. Recemos porque la suya haya llegado bien a su destino.

La catherine entrecruzó los dedos de las manos y se mantuvo de rodillas junto al cuerpo. Animó a Clémence a que recitara con ella un *pater noster* y ambas completaron el rezo acompañadas de los ronroneos del gato, que no quería separarse de su amo. Cuando concluyeron, fueron al carro y volvieron provistas de cuerdas y trapos. Tras desnudar al hombre y meter sus ropas en un saco, lo envolvieron en la tela que habían extendido en el suelo. Una atadura en los pies, otra en la cabeza, y salieron de nuevo las dos hasta el carro. La catherine hizo sonar la campana.

—¡Cuerpo listo, cuerpo al carro! ¡Qué Dios bendiga su alma y la de aquel que nos socorra en la recogida!

Dos hombres entraron con ellas en la casa y salieron al poco con el muerto en brazos. Lo colocaron con rudeza sobre el carro.

—¡Dios os bendiga, hermana catherine, por cuidar de su cuerpo y rezar por su alma! —dijo uno de los hombres al despedirse.

—¡Que la Virgen Santísima recompense en el cielo vuestra generosa ayuda! —respondió ella mientras se santiguaba.

A ese muerto le siguieron otros tres en la misma margen izquierda del río. Una mujer acuchillada en la rue de la Harpe, un anciano tirado dos calles más allá y un mendigo que había pasado la noche al raso en la rue des Cordeliers. La hermana catherine se enfadaba mucho cuando hallaban los cuerpos desnudos.

—La gente es peor que las aves que sobrevuelan los patíbulos, hija mía. Dejan a los muertos como si fueran recién nacidos, sin

nada. Nos hemos quejado al preboste para que alerte al cuerpo de guardia.

El preboste de París había concedido a las catherines la gracia de que se quedaran con las pertenencias obtenidas durante la recogida. Ellas lavaban la ropa, remendaban calzas y parcheaban zapatos, y ponían todo a la venta en un puesto de la Place de Grève, menos alguna que otra prenda que reservaban para las jóvenes hospedadas en Sainte-Catherine. Con lo que obtenían de la venta, compraban trigo, especias, huevos y algo de carne para fortalecer a sus refugiadas y a los enfermos que a veces cuidaban.

Antes de volver a entrar en la isla-barco, tuvieron que hacer la más dura de las recogidas. Hubieron de caminar hasta otro de los puentes, el de menor envergadura, llamado el Petit-Pont. Dejaron el caballo y el carro a pie de río y descendieron por el terraplén que conducía al agua. Previamente se embadurnaron a conciencia con el ardiente ungüento, pero esta vez no solo se lo restregaron por los bajos de la nariz, sino también por la barbilla y el cuello.

—Deja la bolsita abierta, sin atar, como hago yo, que toda ayuda es poca cuando el muerto es de agua.

Alguien desde lo alto del puente dio un grito para indicarles el lugar exacto donde se hallaba. El ahogado había sido pescado en el río desde una barcaza en la madrugada. Clémence se tapó la boca al ver el cuerpo deforme, henchido y esa piel tan azulada, salvajemente mordisqueada por las carpas y hecha tirones. Parecía un animal grotesco venido del más allá. Esta vez el ungüento no fue suficiente y Clémence se apartó, le dieron náuseas, dobló el cuerpo y vomitó. El intenso y repulsivo olor a pez podrido que se le había colocado por la nariz no la dejaba en paz. Cuando al poco se calmó

y pudo retornar, la catherine había despejado ya los hierbajos y restos de líquenes que tenía enredados el muerto, había extendido la tela a su lado y rezado al Señor para que descansase su alma en paz. Mandó que Clémence subiera hasta el carro y tocara la campana. En ese caso necesitaban unos brazos fuertes no solo para colocar al muerto en el carro, sino también para cubrirlo con la mortaja. El resto del camino lo realizaron calladas y taciturnas. Qué abatida, agotada y asqueada se sentía; le dolían los pies, los ojos, el cuello, el alma. Se detuvieron ante el Châtelet, que, según dijo la monja, era la última de las paradas. Ella ya había visto por la mañana, antes de cruzar el río, ese lúgubre edificio. Le provocaba al mirarlo un respingo por toda la espalda. Alzó la vista. Miró de nuevo sus torres picudas, sus muros negros, sus bajos enmohecidos. Parecía un castillo; un castillo maldito dentro de la ciudad.

—¿No puedo esperaros aquí, hermana? —preguntó tan esperanzada como exhausta.

La monja negó con la cabeza. Le dijo que no temiera, que nada peor que el ahogado podía hallarse en su interior. Traspasaron la puerta. Dejaron el carro y sus bultos en un sucio patio que olía a estiércol. Cogieron telas y cuerdas. Siguieron al teniente de guardia que iba delante de ellas, arrastrando con pereza los pies.

—¿Qué preso tenemos hoy? —le preguntó la catherine.

—Preso, no; presos, hermana, y cómo van a ser, de paja. Los otros nos duran más —respondió él sin mirarlas.

La catherine contó a Clémence, mientras seguían al desganado guardián, que en el Châtelet había dos tipos de presos. Los pobres presos de paja, que estaban encerrados en las mazmorras y si no se morían de hambre lo hacían de frío o de melancolía, y los presos de

espuela, que cumplían su castigo en las celdas altas, situadas en las torretas. Dormían sobre un lecho seco, libre de pulgas y de ratas. Comían como señores, tres veces al día, pues ellos mismos se lo costeaban.

—A veces se escuchan los cánticos desde la calle. Mientras los presos de paja se lamentan en los sótanos y gritan con desesperación, los de espuela disfrutan de una buena borrachera allí arriba con los guardias. El dinero ahora los diferencia, pero la ceniza, muchacha, tarde o temprano los igualará. La paja será espuela; la espuela no será más que paja.

Al salir del Châtelet volvieron al cementerio. Clémence pensó en Renée. En sus manos arrastrando la vasija, en sus ojos hundidos y en sus voces. Qué es lo que le gritaría aquella mujer.

El cielo comenzaba a entristecerse. La catherine dirigió el carro por el descampado y frenó al caballo a la altura de una cruz alta de piedra cubierta de verdín, colocada sobre un pedestal. En ella se indicaba que era la cruz de las catherines. A sus pies abríase en el suelo una negra fosa en la que solo se depositaban los cuerpos recogidos por las monjas. Allí se amontonaban los que morían solos, sin tener quien los amortajara, rezara, velara, llorara y sepultara. La catherine tocó la campana del carro para reclamar a los sepultureros, que se asomaron enseguida por un extremo de la galería.

—¿Muchos, hermana? —preguntó uno de ellos desde lejos, mientras se acercaban.

—Hoy pocos. Siete. Los dos últimos, del Châtelet.

Entre gruñidos y blasfemias, los sepultureros fueron lanzando uno a uno los cuerpos al negro agujero hasta dejar el carro vacío.

Clémence estaba tan cansada que, de buena gana, se hubiera sentado en el suelo mientras tanto a esperar. Pero temió hacerlo. A ver si iba a posarse sobre un hueso o sobre una tumba entreabierta o a caer en una de las muchas zanjas cavadas alrededor sin que nadie se enterara. Esperó de pie, entumecida. La impaciencia le mordía las tripas. La catherine, mientras, rezaba, pero ella ya no tenía ni siquiera fuerzas para acompañarla. Tampoco ganas. Ver tanta muerte le había dejado con el corazón del tamaño de una nuez. Solo deseaba volver al hospicio, quitarse las botas embarradas y la ropa que olía a muerto, y dormir. Tan solo eso pedía. Dormir.

Pero no, no durmió. Esa noche apenas descansó. En cuanto cerraba los ojos veía al ahogado, a la mujer acuchillada, al mendigo solitario, al gato recostado sobre su amo, a los presos agarrados a los barrotes suplicando algo de comer. Se arropó un poco más. La compañera de cama gruñó entre ronquidos, y Clémence, dándole la espalda, intentó no pensar.

Entraba por la ventana la claridad de la luna. Una claridad tibia del color de la plata.

Pigmento de plata, fíjate bien, Clémence: sal, mercurio, cola de pescado, y luego algo de miel para dar flexibilidad.

Se le anegaron los ojos de lágrimas. Se levantó despacio de la cama. Dio unos pasos y se acodó en la ventana. Miró al cielo. Qué inmensa luna. Cómo brillaba.

Libros, iluminadores, las más grandes bibliotecas. No. Allí no había nada de eso. Solo miseria. Solo penurias.

Sonrió con amargura y retornó a la cama. Apretó fuerte los ojos. Quería dormir, quería olvidar.

París, la rosa del mundo, decían. Qué tontería; qué sabrían ellos.

Rosa, quizá sí, pero marchita. Una rosa que olía a muerto.



33

Todo el mundo lo sabe. ¿Tú no?

—Alguien me dijo que Dios hizo débil al hombre para que necesitara a los demás y no viviera en soledad —afirmó Clémence mientras raspaba una zanahoria.

Una mujer, a la que también esa mañana le había tocado un «tú, cocina» y andaba a su lado removiendo un gran caldero, la miró extrañada.

—Sí, sí, como te cuento, me explicó que Dios, en lugar de cubrirnos con pelaje como a los animales, nos tapó los huesos con una fina capa de piel, y que en vez de fauces nos dio una boca con dientes pequeños y en lugar de garras nos puso manos. ¿Lo entiendes? No quiso que fuéramos fuertes para que tuviéramos que cuidarnos los unos a los otros… ¿Me estás escuchando, Paulette?

Paulette, removiendo el caldero, asintió con resignación.

—Anda, Clémence —respondió riendo—, ya que el Señor, como dices, no te ha dado garras, sino manos, úsalas y pásame el cesto de las verduras.

Su compañera la miró pensativa. Luego dijo:

—A lo mejor, lo que ocurrió, niña, es que Dios estaba escasito de garras y de colmillos cuando nos hizo, o muy cansado, vete tú a

saber. —La mujer cogió una cucharada del caldo, sopló y sorbió ruidosamente—. Ay, si hubiera pillado yo una de esas garras de las que hablas… A más de uno, bien te lo digo, a más de uno lo hubiera partido en dos, empezando por mi marido, sin ir más lejos, el muy canalla, ¡mal nacido!, ¡hijo de la gran perra! —Lanzó un escupitajo al cajón al que iban arrojando las peladuras—. Es que es pensar en él y me arden, me arden las tripas, niña, es que me requeman.

No importaba lo que dijera Paulette. El *pater* Oliverius nunca hablaba sin fundamento. Claro que nadie podía sobrevivir solo. Siempre se necesitaba de la ayuda de los demás. A ver qué hubiera sido de ella si las catherines no le hubieran echado una mano cuando llegó a París. Posiblemente, en ese momento sería uno de los cuerpos hallados en la recogida; uno de esos tristes bultos lanzados a la fosa común. El Comecarne habría comenzado ya a pelarle los huesos sin compasión. Seguro. No le cabía duda.

Habían pasado ya tres días y, tal como advirtieron las monjas al acogerla, en dos más tendría que dejar el hospicio. Por eso no podía perder tiempo. Tenía que encontrar un nuevo sitio a donde ir. Tras mucho quejarse del malnacido de su marido y de la mala vida que sufrió hasta que se fue a los infiernos, Paulette le habló de la Place de Grève. Era allí donde tenía que ir Clémence si quería conseguir trabajo. Para encontrar la plaza debía llegar hasta el Châtelet, torcer a la izquierda y seguir el curso del río. Se hallaba junto al Sena, no tenía pérdida, pues la plaza lindaba con el puerto. Al concluir sus tareas en la cocina, Clémence se puso en camino hacia allí.

Dejó atrás la prisión y cruzó la rue de la Savonnerie. Los aromas que salían por las ventanas del taller de jabones le hicieron olvidar, en un instante, el apestoso olor que desprendían los alrededores del

Châtelet. ¡Pobres presos! Si tan mal olía a sus puertas, no quería ni pensar cómo sería estar mascando ese terrible hedor día y noche en las negras mazmorras.

La siguiente calle ancha debía de ser ya la de Saint-Martin. Tenía que cruzarla para poder llegar a la plaza, pero se encontró con que un denso tumulto la taponaba. Todo París parecía haberse concentrado a lo largo de esa calle. Se acercó e intentó saber qué era lo que ocurría, pero nadie respondió a sus preguntas. Al rato, sintió que alguien tiraba de su manga y al volverse vio a su lado un niño, flacucho y pelón. A Clémence le recordó a aquel jilguero hambriento que, de niña, encontró atrapado entre las zarzas del huerto y que después tanto cuidó.

—Es la procesión, la procesión para pedir a Dios por el Rey Loco —le aclaró el Jilguero—. Hay mucha gente y no veo nada, ¿me alzas?

Ella lo miró con pena y, tras pensarlo un instante, le alzó.

—Sigo sin ver nada, solo hay cabezas —se lamentó el niño—. ¿Me dejas…? ¿Me dejas sentarme en tus hombros para que pueda ver algo más?

Antes de que Clémence pudiera abrir la boca, ya se había retorcido, trepado por su espalda y sentado a horcajadas sobre sus hombros.

—¡Mira, mira, ahí viene la cruz! —le dijo entusiasmado, mientras Clémence le sujetaba las piernas flacas—. Detrás veo a los clérigos… y las velas, hay muchas… cientos.

Clémence intentó auparse un poco para ver ella, pero, aun así, seguía ciega.

—Uf, un hombre sangra por la espalda. Cómo debe de doler. Yo nunca me golpearía a mí mismo. Y ¿tú?, ¿lo harías tú?

La gente que se amontonaba en la calle rezaba, se santiguaba, gemía y lloraba mientras avanzaba esa procesión que Clémence no lograba ver, pero que iba imaginando gracias a los comentarios de aquel Jilguero que no dejaba de parlotear y de martirizarle los hombros. Al cabo de un rato, las lamentaciones del gentío se tornaron en risas, aplausos y en un escandaloso griterío. Sonaron flautas, tambores, cientos de campanas redoblaron al unísono. La ciudad tembló.

—Cuando sea rico, lo primero que voy a hacer es comprarme un tambor, igualito a ese que viene por ahí.

La gente comenzó a aplaudir con efusión. El Jilguero intentó auparse aún más sobre los hombros de Clémence y ella se tambaleó.

—¡Ya se ven, se ven las banderas! —gritó, nervioso—. La de color rojo con los cuchillos es la de los carniceros, es la que más me gusta, pero tarda. Primero vienen los panaderos. ¡Ahí están! ¡Ahí están!

Detrás de los panaderos desfilaron los curtidores, tras ellos los pañeros y los alfareros. Cuando estaban pasando los albañiles, Clémence posó la carga en el suelo.

—Ya no puedo más. ¿Es que esto no va a tener fin? —suspiró. Se mordisqueó los labios mirando a ambos lados—. Tengo que llegar como sea a la Place de Grève.

El Jilguero dijo que se olvidara, que no se podía pasar hasta que desfilara el último de los gremios. No sabía cuántos quedaban, no, pero sí que aún había para rato. Cuando pasaran los carniceros, los

de la bandera roja con los cuchillos, todos les seguirían hasta la iglesia de Notre-Dame. Entonces sí que podrían cruzar. Clémence se lamentó. Debía retornar al hospicio antes de que las catherines cerrasen las puertas. El Jilguero torció la boca. La miró con los ojos entrecerrados. Luego una sonrisa le iluminó el rostro.

—Yo conozco la forma de llegar a donde quieres sin que los guardias nos corten el paso. Te llevo. Sígueme.

Clémence, no muy convencida, fue tras él. Esquivando a la gente, llegaron hasta el otro extremo de la calle, junto al puente.

—¿No ves que también es imposible pasar por aquí? El puente está tan lleno como toda la calle. No nos dejarán seguir —dijo Clémence con desaliento.

—¿Quién te ha dicho que cruzaremos por arriba? Nos libraremos de todos por el agua —respondió él con un guiño.

Dios bendito, esa criatura estaba tan loca como ese rey por el que tanto rogaban. Estaba ya dándose la vuelta cuando el Jilguero dio un brinco y se puso, de nuevo, delante de ella. Sacó pecho. Si hubiera tenido plumas, las habría ahuecado. Habría aleteado.

—Hay barcas debaaajo del puente, ¿no ves que las dejan ahí para ver la procesión? Solo hay que subirse a uuuna, remar un poooco y ya está uno al otro lado. ¿No es eso lo que quieres?

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Quieres… quieres que cojamos una barca que no es nuestra? ¿Qué pretendes? ¿Que nos encierren en el Châtelet? Además, yo no sé remar.

El Jilguero le dijo que claro que podían cogerla, que la gente bebía tanto durante el desfile que no sabía luego ni dónde había dejado la barca. Y lo de remar no era problema. Él tampoco sabía.

Ella dudó un poco, pero al final fue tras él. Cuando tenía casi los pies en la barca, volvió a vacilar y le preguntó si aquello era seguro, porque ella no solo no sabía remar, sino tampoco nadar. Él le respondió que no se preocupara, que él tampoco sabía y que, para eso, precisamente, estaban las barcas, para los que, como ellos dos, no sabían nadar.

El trayecto fue corto, tenía razón el Jilguero. Unas cuantas paladas bajo el puente y cuando quisieron darse cuenta la muchedumbre había quedado ya a sus espaldas. Clémence le pellizcó la mejilla, al contemplar, satisfecha, la facilidad con la que habían burlado a los guardias. Bajaron a hurtadillas de la barca y comenzaron a andar siguiendo el curso del río. Apareció ante sus ojos el molino, girando con pereza la gran rueda de madera que iba batiendo las aguas; después las barcazas amontonadas en el puerto; las grúas colocadas al pie del río; el trasiego de gente y de bultos.

—¿Y para qué vas a la plaza? —le preguntó el Jilguero lanzando una piedra al agua.

—A buscar la lonja de contratación. Tú no sabrás dónde está, claro.

—Todo el mundo sabe dónde está la lonja de contratación, ¿tú no?

La plaza era inmensa. Su suelo era de arenilla y se levantaban nubecillas de polvareda al paso de los carros y de los caballos. Junto al embarcadero se amontonaban troncos, heno, barricas, piedras. Olía a pescado, a madera mojada, a podrido, a humedad. Había un constante trajín. Un ir y venir incesante de gente cargando aquí, descargando allá. Los unos daban órdenes a gritos, los otros las cumplían. Todo estaba en movimiento y, aunque se escuchaba la

música a lo lejos, a nadie parecía importarle ni la procesión, ni el festín, ni si el rey estaba cuerdo o muy loco.

—¿Qué es aquello? —preguntó asqueada, posando la mirada en el centro de la plaza.

—Nada. Robó. Le cortaron las manos, luego lo ahorcaron. Ayer mismo. Yo lo vi —aseguró orgulloso el Jilguero—, y mis amigos también. Seguimos al carro desde el Châtelet tirándole piedras. Él gritaba: «¡Yo no he robado, yo no he hecho nada, soltadme!».

Ella ni escuchaba las palabras del Jilguero ni contemplaba sus aspavientos, porque solo podía ver la soga, aquella maldita soga atada a la viga; y la sandalia, la vieja sandalia mecida por el viento. Se le llenaron los ojos de lágrimas y apartó la vista.

El niño tiró de ella. «Ya queda poco», le dijo, y la arrastró hasta la lonja. La lonja era un hervidero de gente. En un extremo se voceaban los precios de las mercancías; en el otro, un viejo subido a un altillo de madera gritaba a los cuatro vientos los trabajos disponibles en la ciudad. Un tupido corrillo de hombres y mujeres escuchaba con atención. Clémence se aproximó a ellos. Su acompañante la siguió.

—¡Una pañera para la rue du Temple!, ¡dos peones para las porquerizas de la rue de Seine!, ¡un curtidor para Montmartre!, ¡tres albañiles y un cantero para Saint-Honoré!

Algunos, al escuchar al viejo voceador, se precipitaron hacia otros dos hombres que, sentados a una mesa, iban realizando, al parecer, la selección.

—¡Una costurera para la rue Saint-André! —se escuchó al rato— ¡dos aguadores y tres carpinteros para la Conciergerie!, ¡tres pescadores para el Port de Grève!…

Clémence escuchaba muy atenta, deseando ser ella la que pudiera salir corriendo a la mesa de al lado.

—Han dicho costurera —dijo el Jilguero dándole un codazo.

—Ya, pero yo no sé coser.

—Y qué es lo que sabes hacer, ¿qué es lo que buscas?

—Sé cuidar libros. Limpiarlos y decorarlos, preparar plumas, hacer pigmentos… Eso es lo que sé hacer.

—Qué cosas más raras. De eso, aquí no hay.

—¿Y tú como lo sabes?

—Vengo mucho, y nunca, nunca, nunca el viejo ha gritado eso. Pide herreros o alfareros o pescadores o cocineras… —Se rascó la cabeza y entrecerró los ojos—. Qué pena. Ayer pidió mujeres para lavar cabezas. ¿Tú sabes hacerlo? Podemos esperar. Igual hoy piden más. Hay muchas damas que peinar en la ciudad. Creo que les hacen trenzas y les ponen flores y bolitas blancas y cosas de esas para parecer bellas. ¡Puaj!

—Basta, basta de trenzas. Y de los libros, ¿qué?, ¿qué hay de los libros? —preguntó ella exasperada—. Me habían dicho que en París los hay por millares y que son muchos los talleres en los que los copian.

—Ah, bueno, sí, quizá… Pero eso no está a este lado.

—¿Que no está a este lado? ¿Qué quieres decir?

—Que no está a este lado del ríooo.

—¿Y se puede saber dónde?

—Al otro lado, cruzando el Sena. Todo el mundo lo sabe. ¿Tú no?

El Jilguero le advirtió de que en la Place de Grève de libros nada. Tenía que atravesar el río, cruzar la isla y pasar al otro lado, buscar el barrio de los estudiantes, ese en el que hablaban tan raro, como

en misa, vamos. Allí había libros, muchísimos libros, y sitios en los que tenían plumas y pinceles y la gente sabía escribir y leer y cosas de esas. Él no sabía. Sus amigos tampoco. Nadie que él conociera lo hacía, pero daba igual. Para qué iban a querer libros. Para qué.

—Yo lo que más deseo en el mundo es un tambor —dijo con solemnidad.

El Jilguero empezó a desfilar muy tieso alrededor de ella, moviendo los brazos de arriba a abajo acompasadamente.

—Tendré un tambor. Y de los grandes. De esos que suenan muy fuerte.

Comenzó a dar vueltas y más vueltas alrededor de Clémence.

—¡Rataplán!, ¡rataplán!, ¡rataplán! —No paraba de reír y de tamborilear.

Ella, mientras tanto, miraba al otro lado del río, con los ojos tan brillantes como dos candelas.



34

El barrio de los libros

Con la vista enturbiada por las lágrimas, Clémence salió huyendo del barrio de los estudiantes como alma que lleva el diablo. Mientras bajaba a toda prisa la empinada cuesta de la Montagne de Sainte-Geneviève, se preguntaba cómo podía haber sido tan ingenua. Cuánta razón tenía la *mater* abadesa, ahora lo sabía. Solía decir que las esperanzas vanas son propias de los necios y que los sueños les dan alas a los insensatos. Y eso era ella. Una necia. Una insensata obsesionada por hacer realidad un sueño inalcanzable. Se había empeñado en retar al viento, en tocar los cielos con la punta de los dedos. Y Dios la había castigado por su soberbia, por pretender ser lo que no era, lo que nunca podría llegar a ser. Tan solo era una insignificante muchacha, vestida con las ropas remendadas de una muerta. Uno más entre los muchos desgraciados que deambulaban por París. Nada la diferenciaba de los mendigos tumbados a la puerta de las iglesias, de los ladronzuelos que corrían entre los puestos del mercado, de las mujeres que arreaban el ganado, de los muertos solitarios que las catherines echaban al carro. «Qué te habías pensado, Clémence», se decía con rabia, aguantando los

gemidos mientras marchaba calle abajo. «Pero qué es lo que te habías pensado —se repetía—. Serás estúpida, serás loca, serás…».

Si no hubiera sido por el Jilguero, Clémence habría tardado en dar con aquel barrio situado al otro lado de la ciudad. Él la condujo hasta la isla-barco y recorrieron a toda prisa sus torcidas y apretadas callejuelas. Le dijo que cruzarían el río por el Petit-Pont y, al oír eso, Clémence sintió frío. Le vino a la cabeza el ahogado…, sus carnes…, su olor. Dejaron atrás el bullicioso puente, y con él los relinchos, los carros, los gritos de los aguadores y vendedores de velas. La isla quedó a sus espaldas y el Jilguero no dejó de andar hasta llegar a una calle muy recta que parecía no tener fin.

—Ya hemos llegado a la rue Saint-Jacques y aquí te dejo —le dijo rascándose la cabeza pelona—. Esos libros que buscas están por aquí, y por ahí, y por allí también, sí —afirmó, apuntando con el dedo hacia otro lado—, e incluso un poco más allá, hasta lo más alto de la calle.

—¿Es que no vas a venir conmigo? Pensé que iríamos los dos juntos —preguntó algo aturdida Clémence, que ya se había habituado a su compañía.

—No, yo no voy —respondió con rotundidad—. Este barrio no me gusta nada. Los libros no se comen y yo tengo hambre. Todo el mundo tiene hambre a estas horas, ¿tú no?

Sin que Clémence pudiera apenas darle las gracias, el Jilguero alzó el vuelo y desapareció. Ella no estaba hambrienta, pero sí sedienta de libros, y tal y como le había anunciado su amigo, en esa calle y en las aledañas, al fin, los halló.

Con el mismo embeleso con el que contempló por vez primera el *scriptorium,* así se quedó Clémence admirando el contenido de cada

puesto ambulante con el que se topaba. Ya no ofrecían pastel de verduras, ni guirnaldas ni gruesas calzas, sino atriles, bruñidores, plumas y tinteros. ¡Qué barbaridad!, ¡cuántos tinteros! Se paraba a cada poco. Tocaba. Preguntaba precios, aunque no tuviera una triste moneda con la que pagar. Los expositores de las tiendas que daban a la calle olían al cuero viejo de los libros, a madera y hierbas, a los efluvios ácidos y metálicos que desprendían los tarros de aglutinantes y pigmentos. Un poco más adelante, vio un anuncio de hierro que colgaba de una casa anunciando copias e iluminación, y se apresuró hacia allí corriendo. En la Place de Grève no había encontrado trabajo, pero estaba segura de que en un lugar así lo hallaría. No le dejaron ni siquiera que se asomase por la puerta. En la rue de Cluny tuvo algo más de suerte. Llegó a entrar, pero, en cuanto se percataron de su presencia entre la clientela, se apresuraron a hacerla salir. Quiso pensar que encontraría gente más afable, más dispuesta a escucharla y que le darían un trabajo, por pequeño y humilde que fuera. No le importaba lo insignificante de la tarea. Así empezó en el *scriptorium.* Barriendo, ahuyentando roedores, limpiando las vidrieras, restregando las cazoletas de los pigmentos. Luego vino el resto. Alcanzó la dicha, la bendita gloria.

Se movió por el barrio nerviosa, sin saber dónde entrar, a quién demonios preguntar. Un vendedor de cuadernillos le dijo que el taller que más aprendices tenía era uno que estaba en lo más alto de la Montagne de Sainte-Geneviève, la calle empinada que estaba un poco más adelante. Hacia allí fue.

Subió la cuesta con la cabeza adelantada, la espalda doblada, la lengua afuera y los tobillos dándole tirones. Dios bendito, no le extrañaba una pizca que, en lugar de calle, aquel sitio recibiese el

nombre de montaña. El taller debía de estar en lo alto, en la penúltima de las casas, pues de su fachada sobresalía lo que parecía un cartel. Copistas de Sainte-Geneviève, leyó entusiasmada. Abrió la puerta, sonaron unos alegres cascabeles, entró. A los cuatro costados del habitáculo las paredes estaban forradas de libros. Se amontonaban también cuadernillos y algunos paquetes de pergaminos. El olor le resultó tan familiar que se estremeció. Un arco daba paso a otra sala. «¡Adelante!», se escuchó a su través, y ella, cautelosa, se acercó. Al entrar, se quedó pasmada. De nuevo ante sus ojos pupitres, atriles, cabezas gachas, aquellas hermosas plumas con su armonioso vaivén. Pensó entonces que todas las calamidades que había padecido en su viaje hasta llegar a París habían valido la pena, no le cabía ni un granito de duda. Olvidó el frío, las negras noches a la intemperie, los aullidos de los lobos, el hambre y la sed; el miedo, sus heridas, la feroz compañía de la soledad; las veces que se vio obligada a ocultarse, a agitar la calabaza de leprosa para ahuyentar al enemigo, lo mucho que lloró, tiritó, maldijo, rogó. Pero todo eso había pasado ya, y ante sus ojos estaba su presente, su futuro. Su hermoso sueño hecho realidad.

La dulce visión duró una exhalación. Una voz ronca la sacó del edén.

—Que quieres trabajo, dices, ¿aquí? —Clémence se tranquilizó al ver que aquel hombre, en lugar de echarla como en los otros talleres, la escuchó.

—De cualquier cosa, señor. Sé leer y escribir.

—Vaya, vaya, la dama sabe leer y escribir, qué os habéis creído —gritó el hombre volviéndose hacia los demás. Se escucharon risas—. Y ¿sabe la dama hacer algo más?

—Bueno… —dijo titubeante—. Puedo rayar el papel, preparar los pigmentos y aplicarlos después.

Se escucharon murmullos, después algunas carcajadas, y ella se sonrojó.

—Dios bendito, y ¿cómo sabe la dama hacer tales cosas?

—Los monjes. Me lo han enseñado los monjes, señor.

Las pocas cabezas que se mantenían gachas sobre los pupitres se levantaron airadas. Se oyeron nuevamente risas, carraspeos, y ella se ruborizó aún más.

—Claro, los monjes, qué preguntas tengo —dijo aquel hombre, dándose una palmotada en la frente—. Habrán sido… ¿los monjes de Saint-Germain, quizá?

—No, señor, no. No sé quiénes son. Los míos eran los de Saint-Sulpice.

—Virgen Santísima —dijo el hombre cruzando los dedos—, haber empezado por ahí. ¿Lo habéis oído? —volvió a girarse de nuevo—. Claro, se lo han enseñado unos monjes, los monjes de Saint-Sulpice.

—Sí señor, esos —musitó Clémence.

Cuando alcanzó la ribera del Sena, el corazón de Clemence latía desbocado. Sin embargo, lo sentía hueco, como si alguien hubiera hundido en él un cucharón y se lo hubiera vaciado por completo. Se sentó junto al río y se quedó allí, mirando, pero sin ver. No vio las barcazas. Tampoco a los patos dando mordidas al agua, ni a los pescadores desarrapados, ni a las mujeres que canturreaban lavando la ropa en un saliente. Solo veía los terribles ojos centelleantes, los labios enjutos salivando ira, las miradas socarronas; tan solo escuchaba las risas hirientes mientras la echaban a empujones del taller. ¡Maldita pordiosera!, ¡embustera!

Vete a otro lado con tus locuras. ¡Fuera! Este no es lugar para ti. Y ella, despavorida, corrió calle abajo huyendo de los gritos. ¡Llora, llora, desvergonzada! Más te vale ir a la rue Chapon a buscar trabajo. Igual te encuentras a tus amigos los monjes desahogándose con la Grosse Margot.

Comenzó un viento fresco que despertó las tranquilas aguas del Sena. El río estaba ya desierto, hasta los patos se habían escondido en su guarida. Sonaron campanas y Clémence se levantó. No tenía ganas de volver al hospicio, pero qué otra cosa podía hacer. Cruzó el puente; caminó tan despacio como si arrastrase cadenas. Se fue fijando en la poca gente con la que se cruzaba. Sus caras, sus gestos, su andar. Quizá también fueran personas desgraciadas, tan desgraciadas como lo era ella. Posiblemente era así como se había de vivir, como se tenían que ir sobrellevando los días, las horas, sin esperar nada bueno, sin anhelar que se cumplieran los sueños. La vida consistía tan solo en eso. En seguir respirando, en tener un pedazo de pan que echarse a la boca y un jergón seco sobre el que dormir.

Junto al Châtelet coincidió con una catherine que volvía de la recogida e iba camino del cementerio. Le acompañaba una muchacha de ojos tan tristes como los de un cordero. Se cruzó la mirada con ella y Clémence sintió su cansancio, su hartazgo, su desolación, y se le llenaron de nuevo los ojos de lágrimas. Corrió hacia el hospicio. Al entrar por el portón, una de las monjas se apresuró hacia ella.

—Por todos los santos, ¿se puede saber dónde has estado? Te llevamos buscando todo el día.

Clémence la miró derrotada. Se sentía tan cansada que, aunque quiso responder, su boca se resistió.

—Nos vamos, que tienes trabajo. Recoge tus cosas.

Eso le llevó bien poco. Fue deprisa al depósito a recuperar lo único que tenía: su pequeño libro de horas.



35

Hermanas de sangre

Cuando la catherine la abandonó esa tarde en las puertas del Hôtel de Dieu, Clémence pensó que su destino estaba escrito con tinta indeleble y que por mucho que ella se resistiera le iba a dar igual. Quiso Dios que naciera en una abadía, que fuese criada por monjas y que, habiendo llegado a París, volvieran a ser ellas las que una vez más la protegieran. Y en dónde iba ella a encontrar trabajo si no era en un lugar llamado la Casa de Dios. Por mucho que cerrara los ojos para no verle y se tapara las orejas para no escucharle, Él tiraba con fuerza y la llevaba de vuelta al redil. Lo mejor que podía hacer era rendirse ante ese Dios tozudo que no la dejaba en paz.

Fue Nicolette, la joven con la que había de compartir un pequeño cuarto situado en los sótanos, quien le aclaró que, a pesar de su nombre, el Hôtel de Dieu no era, ni mucho menos, una abadía, sino el lugar en donde se cuidaba a enfermos.

—Ahí arriba —dijo Nicolette alzando la vista—, no se reza, no. Ponen emplastes, bajan la fiebre, hacen sangrías, pero ¿rezos?, por todos los santos, pero qué cosas dices. Las únicas que rezan son ellas, las agustinas. Nosotras bastante tenemos con lo que tenemos, solo nos faltaba tener también que rezar.

Mientras la escuchaba, se acercó al ventanuco y vio el río. Qué cerca que estaba. Posiblemente las aguas del Sena llegaban hasta los muros del Hôtel de Dieu. La humedad, que traspasaba las paredes y las enmohecía, se metía en los huesos.

—Desde aquí se escucha hasta la respiración de las carpas. Y cuando el río se deshiela, ya lo verás, a veces te despiertan los crujidos. Parece que el Sena se te cuela dentro.

Nicolette le hizo hueco en el jergón sin dejar ni un minuto de hablar. Le adelantó lo duro que era el trabajo en la lavandería, que había cientos y cientos de sábanas que lavar, que era ese el peor trabajo del mundo y solo tenía que fijarse en sus manos para comprobarlo; así se quedaban después de tres años lavando y relavando, pero a ella ya le quedaba menos, mucho menos, estaba segura de que pronto la subirían a la sala, se lo habían dicho alguna vez: «Paciencia, Nicolette. Ten paciencia, que ya te queda menos». Y así estaba, esperando. Arriba sí que vivían bien, no se deslomaban. Por mucho que se quejaran las asistentas de sala, aquello no tenía ni punto de comparación. Que sí, que sí, que no paraban, era cierto. Que si ahora les daban de comer, que si luego les lavaban la cara, que si los acompañaban a las letrinas o les frotaban la piel con ungüentos. ¡Menudo trabajo! Igualito pero que igualito al de las lavanderas, que andaban siempre dobladas en dos, con la piel de las manos cayéndoseles a cachos, como si fueran leprosas; oía bien, sí, unas leprosas encerradas en ese agujero en el que no se podía ni respirar.

Clémence trabajó tan pegada a Nicolette como si fueran una y no dos. La imitaba en todo. Ella le enseñó lo que debía saber. El modo en el que se había de remover el agua de los calderos para no sufrir

quemaduras, la mejor forma de extraer las sábanas del agua sin que tocasen el suelo y se volvieran a manchar, cómo había que estirarlas y doblarlas para que no quedaran arrugadas y cómo curarse y vendarse las manos por la noche para calmar el dolor provocado por el agua caliente y el jabón. En pocos días, sabía ya que el jugo de uvas verdes era lo mejor para las manchas rebeldes; también eran efectivos la pasta de ceniza y el jabón de aceite de oliva y laurel. Para librar a las sábanas de sus manchones de orines, sudores y sangre reseca, la clave estaba en la temperatura del agua. Si los calderos no humeaban y el agua no burbujeaba lo suficiente, no había nada que hacer y las sábanas salían igual de pringosas que entraban.

Cuando la *magistrae* pasaba revista en la lavandería siempre gritaba lo mismo: «¡Estas sábanas, muchachas, tienen que quedar como si tuvieran que cubrir al Niño Jesús en su cuna! ¡Igual de blancas! ¡Igual!». Y Clémence, como el resto de las lavanderas, se pasaba el día hirviendo, enjabonando, enjuagando, removiendo el agua a paladas, retorciendo las telas hasta que los dedos de las manos le reventaban del dolor. Después, tendía las sábanas y, cuando estaban secas y bien aireadas, las doblaba en cuatro, las apilaba en las carretillas y ya estaban listas para que se las llevasen a la primera planta.

Algunas veces, las sábanas precisaban de algún remiendo y había que llevarlas hasta el piso superior para que las monjas las mandaran a zurcir. Nicolette y Clémence se ofrecían las primeras para subir el cesto. Si les daban permiso para hacerlo, a Nicolette siempre le temblaba el párpado derecho. Cuando eso ocurría, terminaba tapándose el ojo con una mano hasta que el aleteo se

calmaba. Siempre le ocurría al ponerse nerviosa. Según ella, le pasaba desde que una vecina de su madre les hizo un maleficio. A partir de entonces, la leche de la vaca se les agrió y a ella el párpado le temblaba cuando le venía en gana.

A Clémence le gustaba aventurarse por los pisos altos del Hôtel de Dieu, guiada por su inseparable Nicolette. Ella le previno acerca de las monjas de negro, que eran las que más mandaban y, además, a la mínima zurraban. Como iban cubiertas con un capuchón de lana, las llamaban las hijas del capuchón. Siempre era mejor dirigirse a las hijas blancas, las monjas que iban vestidas de pies a cabeza de ese color. Eran más dulces, sumisas, y ni siquiera por la noche descuidaban a los enfermos.

Con el pretexto de llevar arriba las sábanas necesitadas de remiendo o aduciendo cualquier otro motivo que pudieran inventar, Clémence y Nicolette se escapaban de la lavandería y comenzaban a husmear por las salas de la planta superior. Nicolette le fue descubriendo todos los rincones del vasto edificio. Le mostró la nave en la que se concentraban los enfermos más graves. «Están tan mal —le advirtió— que no comparten cama y las monjas les dan la mejor de las comidas. Mientras que al resto les sirven arenques, a ellos les ofrecen un buen bacalao y, a veces, incluso merluza». También exploraron la sala contigua, la de Saint-Thomas, en la que se cuidaba a los peregrinos que llegaban a París. Las monjas atendían sus pies hinchados, torturados por las ampollas, les curaban las llagas purulentas o les frotaban la piel cansada con vinagre y sal y después les daban buenos caldos que les alegraban la vida. Le llamó la atención la bulliciosa sala contigua, la de Saint-Denis. En las concurridas camas, los enfermos se peleaban, se insultaban,

discutían por tener un pedazo más de almohada. Había un ruido infernal que solo se amortiguaba cuando hacían su entrada las sombrías monjas del capuchón.

Pasó un mes, pasaron dos, y a pesar del duro trabajo se sentía afortunada por estar allí y tener junto a ella a alguien como Nicolette, y Nicolette, a su vez, estaba deslumbrada con Clémence, porque era la única persona que conocía que tuviera un libro propio y supiera leer. Todas las noches, por cansadas que estuvieran, encendían el velón y le leía un fragmento del libro de horas que le habían obsequiado los monjes.

—Vayamos a la última de las páginas, Clémence, y vuelve a leerme la parte donde pone tu nombre, por favor, venga, vuélvemelo a leer —le rogaba Nicolette con el mismo entusiasmo noche tras noche.

Siempre atendía a sus súplicas y terminaba la lectura con el colofón: «Este libro de horas pertenece a Clémence de Saint-Sulpice y ha sido iluminado por su propia mano. Que la Virgen María oriente su pincel y la mantenga eternamente protegida bajo su divino manto».

—Somos amigas, ¿verdad, Clémence?

—Pues, claro.

—¿Y yo soy la mejor que has tenido?

—La verdad, Nicolette, no he tenido otra más que tú, así que…, oh, no, no, espera, espera un momento…, pobre, pobre Bellefleur, ella también lo fue. Claro, ella también.

—Qué cosas dices. Las amigas de cuatro patas no cuentan, Clémence.

Ella tomó el libro de horas y, abriéndolo de nuevo por la última de las páginas, comenzó a hacer que leía.

—Y que la Virgen María proteja a Clémence de Saint-Sulpice y, por su puesto, a Nicolette del Hôtel de Dieu —carraspeó, para aguantarse la risa—, que es, sin duda alguna, su mejor y única amiga, y las mantenga por siempre unidas como hermanas de sangre que son.

—Hermanas de sangre— repitió Nicolette, entusiasmada—, eso es.

Cuando terminó su lectura inventada, cerró con tanto ímpetu el libro de horas que Nicolette dio un brinco. Las dos se miraron muy serias y después, al unísono, rompieron a reír.



36

La más antigua soy yo

Después de que la hora tercia pasara, la *magistrae* abrió la puerta de la lavandería para hacer su rutinaria inspección y todas se quedaron calladas y bajaron la vista. La ávida inspectora echó un vistazo a los calderos, al fuego, a los cubos de ceniza, a los trozos de jabón acumulados en los cestos; olfateó la ropa seca y también la que aún colgaba de las cuerdas. Negó con la cabeza al descubrir sábanas mal dobladas y, poco después, dio un alarido al encontrarse con resquicios de suciedad en las telas.

—¡Abrid las ventanas de par en par o vais a tener que lavar todo de nuevo! ¡Inútiles! ¡Que sois unas inútiles! Aquí dentro se puede mascar el olor a leña.

Tras mucho regañar y protestar, la *magistrae* pasó a un pequeño compartimento de la lavandería, en el que Clémence y su amiga andaban doblando algunas prendas de ropa.

—A ver, ¿cómo vais vosotras dos? Necesitan todo esto para la siguiente misa en Saint-Séverin, hay que darse prisa.

Nicolette contestó que los manteles del altar estaban ya blanqueados, también los paños de los cálices, y lavadas y planchadas las casullas y las estolas.

—Bien, entonces podéis volver al lavado de sábanas, ¡rápido!

Las dos, sumisas, dejaron lo que tenían entre manos y se encaminaron hacia la puerta.

—Mejor, tú no —rectificó la *magistrae*, reteniendo a Clémence por el brazo—. Tú sígueme, que andamos cortas arriba. A partir de ahora, trabajarás en la sala.

Al escuchar esto, Nicolette se giró atónita.

—Creo, *magistrae*, que os equivocáis de persona. La más antigua soy yo, Nicolette. Soy yo la que ha de subir a la sala.

La *magistrae* apretó los labios. Enrojeció.

—Que me equivoco has dicho, que yo me e-qui-vo-co —le dijo, subiendo el mentón.

El párpado de Nicolette comenzó a temblar y se tuvo que echar la mano al ojo.

—Vas a lavar sábanas hasta que se te caigan al suelo los dedos de las manos, mira si me equivoco. ¡Vosotras! —gritó, dirigiéndose al resto de las lavanderas—. ¿Se puede saber por qué estáis con los brazos caídos? ¿Acaso tenéis poco trabajo? Si es poco, me lo decís que os mando más. ¡Menudo rebaño de remolonas!

Después de unas cuantas regañinas, la *magistrae* despareció por la puerta seguida de Clémence. Nicolette se fue hasta los calderos y comenzó a dar empujones a las sábanas con tanto arrojo como si hubiera de hundirlas hasta lo más hondo de los infiernos.

Cuando esa noche Clémence retornó al cuarto, Nicolette estaba ya acostada. Preguntó si estaba despierta, aunque sabía que sí. Al entrar, la había visto ladearse hacia la pared.

—Quería que supieses que te he echado de menos y que pedí a la *magistrae* que me devolviera a la lavandería si no podíamos trabajar

juntas arriba. Como no me hizo caso, hablé luego con una de las hijas blancas.

Su amiga no se giró.

—No veas el trabajo que me costó lograr que me hiciera caso. Arriba no se para ni un momento. Le dije que mi amiga Nicolette era la que tenía que estar allí y que, por lo que más quisiera, convenciera a la jefa de sala para que nos cambiaran.

Ante el silencio de su compañera, Clémence apagó la vela y se acostó a su lado.

Nicolette se mantuvo esquiva los días siguientes. Apenas se veían y, cuando Clémence retornaba al cuarto, ella siempre estaba igual: encogida, girada hacia la pared, simulando estar ya dormida. Una mañana, al despertarse, pareció ser la de antes. Se levantó más risueña, algo habladora. Clémence la abrazó.

—Espero, Nicolette, que pronto seas tú la que trabajes en la sala, ya lo verás, seguro que la *magistrae* recapacita.

Ella se la quedó mirando fijamente.

—De eso estoy segura, Clémence, estaré trabajando allí arriba mucho antes de lo que tú te imaginas.

Dicho esto, se echó la mano al ojo, que no dejaba de parpadear.



37

¡Ladrona descarada!

Comenzó Clémence esa jornada echando una mano en la enfermería, ayudando a aplicar el bálsamo de los Doce Apóstoles, una masa grisácea hecha a base de incienso, mirra y aceite. Ella creía que el incienso solo se quemaba en las iglesias o se utilizaba para hacer pigmentos, pero no, también servía para ahuyentar los dolores del cuerpo si se frotaba bien por la piel.

Estaba restregando el bálsamo, más por intuición que por estar viendo lo que hacía. No era ni la hora sexta y el cielo cerrado hacía que el día fuera casi como la noche. Apenas entraba luz por las vidrieras y las camas quedaban ocultas en la penumbra.

—Deja eso —le dijo una hermana blanca— y repón el aceite de las lamparillas, que estamos trabajando a ciegas. Me temo que vas a terminar restregándome el bálsamo hasta por las piernas.

Eran muchas las lamparillas que tenían débil la llama, y Clémence las fue apartando, limpiando y rellenando con paciencia. Tras poner a punto unas cuantas, se quedó sin aceite y hubo de ir a buscar más al almacén. Recorrió la galería superior hasta llegar a la escalinata, bajó de planta y atravesó el jardín. El jardín era un retazo de bosque dentro del Hôtel de Dieu. Flores y árboles, en lugar de camas; paz,

en lugar de quejidos y de reclamos; una bocanada de aire limpio que hacía olvidar el opresivo y rancio olor de la enfermedad. Respiró hondo y miró hacia el cielo. Se veía triste y plomizo como si alguien hubiera untado a las nubes el bálsamo apostólico. Quitó la vista de los sucios nubarrones al verse sorprendida por un barullo que procedía del fondo del jardín. Tres niños aparecieron dando saltos por detrás de los setos. Iban armados con largas estacas que utilizaban a modo de espadas.

—¡Rendíos, deponed el arma! —soltó uno de ellos, fingiendo una ronca voz de hombre.

—¡Nunca, nunca ante vos! —le respondió su adversario, encaramado en una piedra.

—Dejádmelo a mí, mi señor, yo le daré su merecido.

—Dos contra uno, ¡seréis cobardes! Acabaré con los dos de un solo mandoble. ¡Con los dos!

Clémence entornó los ojos. No se lo podía creer, era él. Aquel que luchaba tan aguerrido… Quién iba a ser sino su Jilguero. No había nadie más altanero. Se apresuró hacia allí dispuesta a poner orden entre tanto vocerío.

— ¡Santa María!, ¡callaos! ¿Acaso no sabéis que aquí no podéis entrar? Este no es sitio de juegos, sino de calma y de reposo. ¡Cerrad la boca y marchaos!

Al decir esto se avergonzó. Era como si la *mater* abadesa la hubiera poseído, se hubiera adueñado de sus labios. Cuántas veces habría soportado de niña la retahíla aquella de que en el claustro ni se corre, ni se ríe, ni se juega; cuántos castigos por quebrantar el silencio de la abadía. Suavizó el semblante. Por nada del mundo quería parecerse a ella. Les rogó que no gritaran y que abandonaran

el Hôtel de Dieu en silencio y sin que los vieran. Los tres chiquillos la miraron embobados, manteniendo las estacas plantadas en tierra.

—¿Me estáis escuchando? —insistió al verlos como estatuas —. Tenéis que iros antes de que os vean las hermanas del capuchón, que os van a sacar de aquí a palos.

El Jilguero, que al parecer era el que lideraba la escuálida banda de las estacas, dio un paso hacia ella y tomó la palabra.

—No tenemos que marcharnos —afirmó bravucón— porque nosotros vivimos aquí.

Clémence alzó las cejas. Después sonrió.

—Anda, anda, no mientas, que en el Hôtel de Dieu no viven niños.

El Jilguero sacó pecho. Se ahuecó.

—Todo el mundo sabe que en el Hôtel de Dieu viven niños, ¿tú no?

Le contó que, de los tres, él era el único que había nacido allí, en los sótanos. Era huérfano de paritorio. Al de la derecha lo abandonaron dentro de un cesto y se lo encontró una noche la hermana portera chillando como si fuese un puerco apaleado. Al decir esto, los tres rieron a carcajadas, dejando al descubierto su dentadura mellada. El de la izquierda sí que tenía madre, sí. Era hijo de una de las lavanderas y le permitían compartir cama con los expósitos.

—Y ¿las estacas? ¿No tenéis otra forma de entreteneros menos ruidosa?

—Íbamos a ahuyentar a los perros que se han escondido bajo las camas. Nos han llamado las hermanas para que los saquemos del Hôtel de Dieu.

Alguien gritó desde el piso de arriba y ellos levantaron las cabezas.

—¿Se puede saber qué hacéis ahí? ¡Deprisa, que el reparto va a empezar y esos perros sarnosos se nos van a lanzar a la comida!

Sin mediar palabra, los tres chiquillos corrieron como alma perseguida por mil y un demonios, y Clémence se quedó de nuevo a solas. Poco después, escuchó correteos, golpetazos y el aullido lastimero de los perros. Se mordió los labios. Pobres animales. Más fortuna habrían tenido si en lugar de entrar allí hubieran ido a las tumbas del cementerio a robarles a los muertos sus huesos.

No había ni rastro de la banda de las estacas cuando llegó a la planta de arriba. Los carros de comida habían hecho ya su entrada y el olor que desprendían los calderos humeantes hacía salivar. Tenía tanta hambre que hubiera relamido el caldero, la carretilla y hasta la nubecilla que se escapaba cada vez que la cocinera alzaba la tapa para servir la ración.

Se escuchó un golpe seco seguido de risotadas. Un hombre sentado en el suelo se estaba frotando el brazo con gesto de dolor.

—¡Uno menos! —se oyó decir entre risas y palmas a un enfermo de una de las camas—. Ahora más anchos estamos y a más tocamos, ¡que repartan, que repartan!

—¡El que no calle, ayuna! —amenazó una de las hermanas blancas empuñando un cucharón— ¡Vosotros dos, hacedle hueco de nuevo en la cama o no comeréis hasta mañana! Y tú, muchacha, trae, trae aquí una de esas lámparas.

Clémence se la dio.

—Todas las luminarias están ya a punto. Y ahora, ¿qué queréis que haga, hermana?

Ella le respondió que fuera a la sala Saint-Denis, que debía de estar igual de sombría. Clémence cogió la jarra de aceite y hacia allí fue, agradecida por dejar a sus espaldas el trasiego de cazuelas, los vapores olorosos y los gritos de los encamados.

—¡Santo Dios! ¿A dónde vas tan deprisa? Casi te vierto el aceite por encima —le dijo Clémence a Nicolette al toparse con ella en la galería.

Su amiga la miró contrariada. El ojo comenzó a parpadear y se lo ocultó con la mano.

—¿Vienes a por sábanas? Puedo ayudarte si lo necesitas.

Nicolette esquivó su mirada y huyó de allí sin decirle nada.

Cuando se disponía Clémence a entrar en la otra sala, alguien le dio el alto con brusquedad. Al volverse, vio avanzando por la galería a la gobernanta, acompañada de una hermana del capuchón.

—¡Vergüenza! ¡Pero qué vergüenza! —exclamó con acritud cuando estaba ya a su lado— Estas cosas son las que manchan nuestra reputación, ¡estas!

La gobernanta enganchó a Clémence por el brazo y la arrastró hacia la balaustrada.

—A ver, confiesa, mal parida, a cuál de los enfermos se lo has robado.

—Eso, a cuál, a cuál —insistió la del capuchón.

Ella, desconcertada, negó con la cabeza. No entendía nada. Abrió desmesuradamente los ojos al ver su libro de horas en poder de la gobernanta.

—Quizá se haya hecho con una llave de la *povillerie* —rumió la una.

—No se habrá atrevido a tanto —añadió la otra.

—¿Qué no? Estas son capaces de hacer cualquier cosa. Vamos, ladronzuela —insistió la gobernanta—, confiesa tu falta. ¿Es eso? ¿Lo has cogido del depósito?

Al escuchar tales reproches, Clémence comenzó a negarlo todo, a proclamar su inocencia, a suplicar que la creyeran pues ese libro que mostraban era suyo. Les habló atropelladamente de los monjes, de su regalo, de que ella misma fue quien dibujó las flores, las cruces, las aves, todo. Pero sus palabras, en lugar de calmar los ánimos, eran como ramas secas arrojadas a un fuego hambriento.

—¡El colofón, hermanas, mirad, el colofón! —rogó esperanzada—, por favor, leedlo y comprobaréis que no miento. Mi nombre está escrito.

Ante la cara de extrañeza que pusieron las dos mujeres cuando ella mencionó el colofón, les dijo que estaba en la última de las páginas y que indicaba la persona a la que el libro pertenecía. Les pidió que lo buscaran y así sabrían la verdad.

—Este libro de horas pertenece a Clémence de Saint-Sulpice, eso dice —recitó animosa—, y ha sido iluminado por su propia mano. Miradlo, hermanas, por favor, miradlo.

Como no hacían nada, se hincó de rodillas ante ellas y les volvió a suplicar. Al ver que la gobernanta, al fin, accedía a abrirlo, suspiró aliviada. Pronto acabaría ese absurdo malentendido, esa injusta acusación.

—Y ahora…, ahora nos dirás que no, que no has sido tú la que has arrancado la última de las páginas. Claro, precisamente, la hoja en la que, como dices, figura el nombre de su dueño. ¡Menuda casualidad!, ¿verdad?

Clémence se levantó deprisa. Miró con espanto el libro y se le escapó un sollozo al ver aquella hoja tan vilmente arrancada. La contempló en silencio, llena de rabia y de dolor.

Vuelve, vuelve a leerme la parte en la que pone tu nombre, por favor, por favor, Clémence.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Las amigas de cuatro patas no cuentan… Eso, eso es lo que somos, hermanas de sangre, Clémence.

Recordó a Renée, tras los barrotes de su celda en el cementerio de los Santos Inocentes. «La segunda cosa que veo en tus ojos —le advirtió aquel día— es tristeza. La tristeza que nos arruga el corazón cuando un amigo nos traiciona». Estaba en lo cierto, cómo, cómo dolía la traición…

—Gobernanta, miradle la cara, ya afloja, seguro que ahora confiesa.

Al escucharla, Clémence volvió en sí.

—No confesaré un pecado que no he cometido. Os repito que este libro es mío —dijo con pesar—, mío y de nadie más.

—¡Ladrona descarada! —chilló ofuscada la gobernanta y después la abofeteó.

—Si no confiesas por las buenas, lo vas a hacer por las malas —añadió la del capuchón haciendo gala del cinto de cuero que se había desabrochado y lucía, amenazante, en la mano.

Estaba Clémence tan concentrada en evitar los golpes, y las dos monjas en arrancarle una confesión, que ninguna de las tres se dio cuenta de que una elegante dama, con rostro inquieto, recorría deprisa la galería en dirección a ellas. Una anciana, que le seguía el paso con dificultad, dijo sin resuello:

—No os entrometáis en asuntos ajenos, Christine, que os conozco.

Y ella, con dulce firmeza, le respondió que, precisamente porque bien la conocía, sabía que no podía evitar hacerlo.

—Queridas señoras, disculpadme. Os lo ruego —dijo la dama cuando se aproximó a ellas—, ¿podríais decirme cuál ha sido su falta?

La gobernanta y la del capuchón se miraron contrariadas. Clémence recorrió con la mirada a la dama. Si alguien le hubiera dicho que la reina de Francia se había detenido frente a ella, lo habría creído con una fe absoluta.

—Intuyo que grave ha de ser para merecer ser azotada aquí mismo y de tal modo.

La gobernanta, sin poder disimular su enojo por la interrupción, le dio una explicación de todo lo ocurrido y se lamentó de que una casa tan reputada como el Hôtel de Dieu hubiera abierto sus puertas a un ser tan despreciable como esa muchacha. ¡Ladrona, que no era más que una ladrona!

—… la desvergüenza le llega a tal punto —dijo para terminar— que no solo afirma que el libro es suyo, señora, sino que fue ella la que lo llenó de colores y de flores. Ya lo veis, no solo es una ratera, sino una falsaria que nos ha tomado por necias.

Tan cierto como que a un negro bubón le sigue una muerte pronta, Clémence dio por sentado que tales palabras habrían hecho mella en la dama. En lugar de dos acusadoras, tendría ahora una tercera y, además, de mucha mejor condición. Estaba perdida. Seguro que esa extraña con porte de reina haría llamar a la guardia y la encerrarían en las mazmorras del Châtelet, y allí, allí mismo

acabaría sus días, junto al resto de los presos de paja. Ese sería su fin, el fin de Clémence de Saint-Sulpice.

Pero, ante su sorpresa, lejos de secundar la refriega, la dama le preguntó con mucho sosiego si era verdad que el libro era suyo y ella, con los ojos llenos de lágrimas, contestó que sí.

—Es todo lo que poseo, señora, y le han arrancado una hoja. La última —añadió con un sollozo—, la hoja en la que figuraba mi nombre… —Los labios le temblaron—. Han arrancado el colofón.

Al escuchar esto, los ojos dulces que la observaban se abrieron de par en par. Un brazo se extendió hacia la gobernanta y esta no tuvo más remedio que entregarle el libro. A Clémence le asombró la delicadeza con la que la dama acarició sus tapas de cuero, el interés con el que luego lo abrió y lo revisó. La contempló mientras pasaba cada hoja y vio que tan pronto levantaba las cejas como fruncía el ceño o sonreía o se movía en busca de un poco más de luz.

—Singular ejemplar —dijo al fin—… y muy, muy curiosa combinación de tonalidades… Nunca había visto algo así. Es indiscutible que transforma el rezo en un acto de alegría y gozo. —La dama sonrió.

Clavó los ojos en los de Clémence. La recorrió de arriba abajo con tanta curiosidad como si el ave fénix se hubiera posado sobre la balaustrada.

—¿Dices que has sido tú quien lo ha iluminado?

La gobernanta y la del capuchón volvieron a cruzarse las miradas. Clémence asintió sonrojada.

—Podrás decirme, entonces, ¿cómo has conseguido dotar de brillo a estos tonos?

Al acercarse un poco más a ella para observar la página que le indicaba, se estremeció. Se quedó paralizada al descubrir restos de tinta en los dedos de la dama. Los mismos dedos manchados del *pater,* de Silvanus, de Gervais, de Maurice, de Casimir, de ella misma cuando trabajaba en el *scriptorium.*

Es el sello que nos identifica: dolor de espalda y manos manchadas de tinta. Vete acostumbrando, Clémence.

—¿Lo veis, señora? Mudita se os ha quedado. ¡Qué va a saber esta infeliz de esas cosas! ¡Qué podíais esperar de esta desdichada!

Clémence levantó la vista del libro.

—Añadí más clara de huevo, eso fue lo que hice, señora. Y aquí utilicé más polvo de azafrán, que siempre funciona para que el amarillo reluzca más.

El rostro de la dama no mostraba otra cosa que complacencia, lo que terminó de desconcertar a Clémence.

—¿Aplicaste tú misma los pigmentos? —Ante la sorpresa de Clémence, siguió insistiendo con la misma amabilidad.

—Sí, señora. En todo el libro. No os miento. Os lo juro. Es cierto.

—No te hacen falta juramentos —le respondió ella con una lenta inclinación de cabeza—. Tu boca no miente y tus ojos tampoco.

Un hombre, haciendo aspavientos, irrumpió en la galería.

—Pero, queridísima señora, queridísima señora de Pizan, nadie me advirtió de vuestra presencia. Espero que no llevéis aquí mucho tiempo…

—No os apuréis, señor provisor. Se puede decir que casi acabamos de llegar.

—Sabed que el Hôtel de Dieu estará siempre en deuda con vos por vuestra generosa donación. Gozáis de un corazón como el de

vuestro padre. Ay, que en paz descanse. Cuántos, cuántos donativos recibimos del ilustre astrólogo. Nos llegó el carro esta mañana, a primera hora. Magníficas mantas, señora. Pero, por favor, no os quedéis aquí y acompañadme a mi gabinete, os lo ruego.

El provisor, con elogios, se la llevó de allí y la anciana que la acompañaba les siguió. Cuando se alejaban los tres por la galería, la dama detuvo la marcha y se giró.

—Señoras, os ruego que no la castiguéis. No ha cometido falta alguna. El libro es suyo.

Clémence no apartó la mirada de ella hasta que dobló la esquina y desapareció.

—¿Y ahora…, y ahora qué hacemos? —preguntó la hermana del capuchón con gesto compungido.

—Y ahora qué hacemos y ahora qué hacemos —masculló la gobernanta imitándola —¡Pues qué vamos a hacer, hermana! No pensaréis que una dama, por muchas mantas que nos traiga, va a venir a decirme a mí cómo tengo que hacer mi trabajo. Pueden irse ella y todos los suyos de vuelta a…, a…, dónde era…, ¿a Roma?, no, no, a Bolonia, eso, de vuelta a la maldita Bolonia, de la que nunca debieron salir.

—Por supuesto, gobernanta. Eso, eso mismito estaba pensando yo. Que quién le ha dado a la dama vela en este entierro.

38

Devorando los cielos

Tommaso di Benvenuto de Pizzano nunca mostró demasiado interés por proseguir con la tradición familiar de elaborar ricos caldos. Sus tierras, situadas al sur de Bolonia, eran muy fértiles; las uvas que colgaban de las vides merecían halagos en toda la región; sus vinos estaban presentes en las mesas de nobles, clérigos y ricos burgueses. Pero él no sentía inclinación alguna por podas y deshojes, prensados o fermentaciones. Más que en la tierra, estaba siempre con la vista y la mente vagando por las alturas, devorando los cielos con inquietud. Su obsesión le llevó a estudiar astrología en la Universidad de Bolonia, la mejor de todas en esa rama del saber, donde también se doctoró en medicina. Y tras ser un aventajado alumno, sobresalió luego como maestro al convertirse en un experto astrólogo y médico. A pesar de ello, no dejó el campo, pues qué mejor lugar para la sana crianza de sus hijos. Eso sí, decidió ceder el cultivo de sus tierras a los campesinos más pobres de alrededor para evitar las malas hierbas y que las viñas centenarias, tan amadas por su familia durante generaciones, se echaran a perder. Aunque Tommaso nunca les exigió nada a cambio, los campesinos siempre le estuvieron agradecidos por su generosidad y le solían recompensar

con un par de barricas de vino de cada cosecha y con panes y dulces recién horneados. Si el astrólogo necesitaba un arreglo en la casa, ir a la ciudad, reparar el cercado o hacer limpieza del tiro de las chimeneas, allí estaban ellos dispuestos a facilitar la vida al dueño de esas tierras que les daban de comer.

Se escucharon voces y Tommaso asomó la cabeza por encima de los libros que tenía apilados sobre la mesa de su gabinete, situado en la planta baja de la casa solariega. Poco espacio tenía para escribir con sus tablas astronómicas abiertas sobre su escritorio, el astrolabio y el ábaco, las cartas astrales. Llevaba todo el día absorto en sus cálculos matemáticos, ultimando el horóscopo que se traía entre manos.

La puerta que daba al jardín estaba abierta de par en par y a lo lejos se divisaban labriegos cargados con cestos. Ya andaban atareados con la recogida de la uva y el viento traía hasta Tommaso el dulce aroma del fruto maduro calentado por el sol. En el jardín estaba sentada su esposa, Octavia, cosiendo bajo una lona que le proporcionaba sombra; a sus pies, sobre una manta, jugaba la pequeña Cristina, que se afanaba en hacer sonar un palo con cascabeles; vio también a sus dos hijos dando brincos, como si fueran a caballo y pelearan entre sí. Tommaso se restregó los ojos. Dejó la pluma. Se acodó sobre la mesa y los contempló ensimismado.

Llevaba semanas sumido en sus pensamientos. Había recibido dos ofertas para prestar servicios en cortes extranjeras. Llegó primero la propuesta del rey de Francia y, ante su sorpresa, poco después recibió otra desde Hungría. Las dos misivas no escatimaban en halagos hacia su persona, valorando sus sobrados conocimientos en

medicina y, sobre todo, en astronomía y astrología. Su fama había traspasado fronteras y ambos monarcas querían beneficiarse de su formación boloñesa y de su dilatada experiencia al servicio de la República Veneciana, para la que había trabajado combatiendo los últimos coletazos de la pestilencia.

—¡Aghinolfo! ¡Paolo! —gritó su mujer, y Tommaso dio un respingo —. ¡Parad de una vez!, que vuestro padre trabaja y ¡mirad, mirad la polvareda que estáis levantando! ¡Me vais a ahogar a la niña, me vais a ensuciar el bordado!

Su esposa no quería ni oír hablar de cambios. No quería dejar su tierra. Por eso Tommaso la mantuvo al margen de sus cavilaciones y reflexionó sobre el asunto con otros compañeros con los que impartía docencia en la Universidad de Bolonia. Las dos alternativas eran atrayentes porque, según comentaba Tommaso, no se trataba solo de gobernantes hábiles y, al parecer, justos, sino también de amantes de las artes, el conocimiento y el saber científico. El rey francés, Carlos V de Valois, no en vano conocido como el Sabio, mostraba extraordinarias cualidades intelectuales y poseía un gran interés por todo lo relacionado con las letras y las ciencias. Había formado, incluso, una escuela de astrólogos y contaba con la más espléndida de las bibliotecas. Luis I, el rey húngaro, no se quedaba rezagado, pues era aplaudido no solo por su experiencia militar, sino también a causa de su marcada inclinación por la cultura y la educación de su pueblo, lo que le había llevado a fundar una universidad en la ciudad de Pécs.

Octavia volvió a regañar a los niños porque al pasar corriendo junto a ella habían estado a punto de volcar la jarra de agua que había sobre la mesa. Ellos, al escuchar a su madre, se mostraron

mansos por unos instantes. Pero, tras cruzar sus miradas y reír entre dientes, se alejaron arrastrando los pies y dejando una nube de polvo tras de sí.

—¡Ludovica, Ludovica! —gritó Octavia con desesperación.

Una mujer, presurosa, acudió a su llamada.

—Llevaos a aquellos dos. ¡Por nuestro santo Petronio!, dadles un buen baño, a ver si se calman.

—¿Me llevo también a la niña?

—No, haceos primero con ellos, que bastante tenéis. Luego ya os encargareis de ella.

—*Per tutti i santi*, esta niña sí que es buena, ¿verdad, Cristina?

La niña hizo sonar los cascabeles y sonrió.

Tommaso se levantó y se asomó al jardín. Llamó a su esposa.

—Tengo que hablar con vos— le dijo, y ella dejó el bordado sobre su silla.

—Mejor, llevaos también a la niña, Ludovica, y preparad a los tres para el almuerzo, que tengo que hablar con el señor.

Octavia entró en el gabinete. Se quedó callada mirando a su esposo.

—Habéis tomado ya una decisión —le dijo con pesar.

Él asintió y ambos, sin dejar de mirarse, tomaron asiento frente al ventanal.

39

Olor a pez

Qué desapacible era esa ciudad, por todos los cielos. Por mucho que se estiraba de la ropa no lograba taparse lo suficiente para burlar el frío. Un ofuscado viento otoñal se le metía por todas partes. Aterida, callejeaba sin rumbo, con el cuerpo entumecido y ambas manos escondidas dentro de las mangas. Al cruzar el puente, Clémence divisó las barcazas cargadas de sábanas saliendo del embarcadero del Hôtel de Dieu. Las vio deslizarse lentamente sobre el agua, en dirección a la Île aux Vaches, un solitario trozo de tierra en medio del río en el que tendían la ropa aprovechando las jornadas ventosas y sin lluvia. Más de una vez había ido hasta allí con Nicolette. Era un trabajo duro porque las sábanas mojadas pesaban como si se llevase a cuestas un caballo. Algunas se caían al agua y debían ser rescatadas antes de que se fueran al fondo. Cuántas sábanas se habría tragado el Sena. Cuántas.

Sintió unas terribles ganas de llorar cuando pensó en todo lo que había acontecido esa misma mañana. Qué injusticia. La humillación, la rabia y la desazón eran tan grandes que no se las podía sacar de dentro. Era como tener la pena amordazada en el pecho. La habían arrojado a la calle como si fuera uno de esos perros hambrientos

agazapados bajo las camas del Hôtel de Dieu. A la gobernanta no le hizo falta la banda de las estacas para sacarla de allí, claro que no. Le bastaron unas cuantas voces, un par de empujones, una mirada furiosa y una llamada a la portera para que se la llevasen casi a volandas. «¡Quitad de mi presencia a esta ladrona!», gritaba. Qué enfadada estaba consigo misma por haber sido incapaz de conservar su libro de horas, de defender su inocencia. Tan solo aquella dama la creyó. Nunca, nunca más volvería a ver su libro. ¡Nunca más!

La calle estaba atestada y fue avanzando con dificultad. Se dejó arrastrar como una rama llevada por la corriente. Todo le daba igual. Le irritaban las grotescas risas, las voces de los curtidores, la música que salía de la taberna, el zureo de las palomas que se cobijaban en los huecos de las fachadas, el berrinche de un niño que a nadie parecía importar. Se tapó la boca y la nariz con la mano para evitar tragarse el hedor que emanaba de las aguas negras que corrían por la canaleta.

La gente se apelotonaba al llegar a la esquina. Unos blasfemaban, otros daban codazos. Al parecer un carro se había quedado atrapado en el barro y el gentío comenzaba a ponerse nervioso al no poder avanzar. Se apartó del barullo. Sabía que los empujones iban siempre seguidos de insultos, los insultos de golpes y los golpes de arrestos. Huyó como pudo. Bastante había tenido ya. Solo le faltaba verse envuelta en una pelea callejera y terminar siendo enjaulada por los guardias. Ya había sido suficiente con ser acusada en falso. Haber sido culpada de robarse a sí misma era, desde luego, la más absurda ridiculez.

Con muchas dificultades llegó hasta la Place de Grève y se alegró al estar en un espacio abierto en el que poder respirar. Dio una

bocanada de aire fresco y miró a su alrededor. Había una enorme hoguera encendida en el centro y fue hacia allí. Un clérigo, subido a un cajón, voceaba palabras con vehemencia. Hablaba a los presentes de lujuria, de petulancia, de la mala avaricia y de la inutilidad de atesorar riquezas. A los unos les recriminaba cubrirse con unas túnicas tan cortas que cuando se agachaban les dejaban al descubierto las nalgas; a las otras, llevar sobre sus cabezas ostentosos tocados que parecían los cuernos de un buey; a todos ellos, ese afán desmedido de lucir abalorios, cubrirse de pieles y llenar los arcones de sus casas hasta hacerlos reventar.

—¡Arrepentíos y echad, echad a la hoguera! ¡Acabad con vuestras vanidades! —gritaba apuntando a la gente con el dedo—. ¡Quemadlas, quemadlas ya para obtener vuestra salvación!

Los presentes asentían, se santiguaban. Las mujeres se desprendían de lazos y adornos, escarcelas y cinturones; los hombres hacían lo mismo con naipes, guantes y capas. Allí quien más y quien menos tenía algo que arrojar. Hasta los más pequeños lanzaban al fuego cintas de colores. Clémence no tenía nada. Qué podía ella arrojar. Una bota rota…, sus viejas ropas de muerta…, sus muchos dolores y pesares… Ay, si ella se deshiciese sus miserias. Estaba segura de que la humareda haría toser a los ángeles.

Huyó hacia el puerto y se sentó sobre unos sacos apilados en la lonja. Olía a heno mojado y a pescado, pero ni siquiera le importó. Puso la vista en la otra vereda del río y recordó, con mirada vacía, el día en el que supo, por boca del Jilguero, que era allí en donde se hallaban los libros. Sí, allí estaban y ella los encontró. Volvió a pensar en su libro de horas; volvió a ver los ojos brillantes de los monjes cuando se lo entregaron. *Queríamos darte algo, Clémence,*

un obsequio de parte de todos… solo le falta la decoración y de eso has de encargarte tú… Sintió la sal de sus lágrimas en la boca. Ya no podría leerlo nunca más; tampoco oler sus hojas; recorrer con el dedo el contorno de las flores y de los picos de las garzas; besar el rostro de la Virgen cuando terminaba de rezar. *Dondequiera que te lleve la vida, nosotros estaremos contigo, solo tendrás que abrir tu libro de horas. Solo tendrás que abrirlo, Clémence.* Era como haberlos perdido por segunda vez. Nunca había estado tan alejada de ellos. Jamás.

Se quedó allí sentada un buen rato hasta que las campanas la sacaron de sus recuerdos. Estaba oscureciendo. No tardaría en llegar la noche y ella no podía perder tiempo. Le aterraba que dieran el toque de queda, se apagasen las antorchas y no tuviera sitio en el que estar. Como si fuera una loba hambrienta, la noche se lo tragaría todo. Ya no habría casas, ni calles, ni puentes, ni río, ni torres. Tan solo ella, que también sería comida por la negrura. Se levantó de un salto. ¡Las catherines! Eso era, tenía que ir con ellas; eran las únicas que podían darle refugio.

Cuando llegó al hospicio se quedó desolada al ver el portalón cerrado y el paño rojo atado a los barrotes del ventanuco. Aún a sabiendas de que estaban al completo, dio repetidos golpes con la aldaba. Una, dos, tres, y muchas veces más, a cada cual más desesperada. Fue en vano. Nadie abrió. Pidió a Dios que retuviera la noche un poco más, lo suficiente hasta que pudiera encontrar un lugar seguro en el que dormir. Pero, por mucho que preguntó, anduvo y rogó, no consiguió que la aceptaran en ningún sitio y no le quedó más remedio que ocultarse en una de las barcas amarradas cerca del Petit-Pont.

Allí pasó la noche, arropada por redes de pescador bajo un trozo de lona vieja. Y qué lentas transcurrieron las horas. Aunque se sentía agotada, fue incapaz de dormir. La barca se mecía, el agua chocaba con el puente, el viento movía los juncos. Todo sonaba de forma aterradora. Todo le acechaba. Se mordió los labios, se abrazó a sí misma al escuchar unos terribles aullidos cercanos. ¿Y si la olían los perros? ¿Y si se subían a la barca y la hacían zozobrar? Podían morderle o ladrar y dejarla al descubierto. Atraerían a los guardias nocturnos o a cualquier malhechor. Estaba perdida. Maldijo a Nicolette y a su estúpida hermandad de sangre; a la gobernanta, por su insensata obcecación. ¡Mujer desalmada! No tenía piedad. Arrojarla de ese modo del Hôtel de Dieu sabiendo que no tenía a dónde ir.

Sintió las piernas heladas, se tapó un poco más con los restos exiguos de tela, se arrebujó bajo las redes. ¡Ásperas y malolientes redes! Todo era una terrible pesadilla o acaso una broma macabra de Dios. Pero qué tenía Él contra alguien tan insignificante como ella. Debería haber hecho caso al *pater* Oliverius cuando aquel malvado subió al campanario. En lugar de esconderse como una rata, debió cerrar los ojos y, sin pensarlo dos veces, saltar. Más le hubiera valido hacer eso. Cerrar fuerte los ojos y ¡saltar!, ¡saltar!, ¡saltar!…

Con la llegada del día, sonaron de nuevo las campanas. Se quitó deprisa las redes de encima y salió de la barca con sigilo. Necesitaba comer algo. Beber. Era preciso hacerse con alguna moneda. Había visto muchas veces desde las ventanas del Hôtel de Dieu a los mendigos pidiendo a los pies de la iglesia de Notre-Dame. Ganan más que nosotras en la lavandería, le había dicho Nicolette. Con la

esperanza de conseguir alguna limosna, se encaminó hacia allí confiando en la bondad de los feligreses.

Alzó la vista y se quedó embelesada contemplando la hermosa iglesia. Siempre que la tenía delante, el tiempo se detenía. Se quedaba paralizada mirando a las alturas, pensando que si el cielo tenía un pórtico debía de ser tal que así. El *pater* Oliverius le dijo una vez que en este mundo había muchas cosas bellas, pero que muy pocas llegaban a ser sublimes. «Lo bello se contempla con gusto —le aclaró—, pero lo sublime va más allá porque conmueve, le toca a uno muy adentro». Y Notre-Dame a Clémence le provocaba un dulce sobrecogimiento. Siempre le daban ganas de llorar cuando estaba a sus pies.

Las campanas no dejaban de atosigar con el insistente repiqueteo y las palomas aleteaban como si hubieran perdido la cordura. Pronto comenzaría la misa más madrugadora y Clémence se acercó a la escalinata. Había ya más de una decena de desarrapados. Le pareció ver un hueco en lo alto y subió animada las escaleras, pero cuando se disponía a sentarse un puntapié se lo impidió. Se dio cuenta de que cada cual defendía su sitio con uñas y dientes, con ojos rabiosos, y era toda una temeridad adentrarse en un terreno que ya había sido conquistado por alguien más audaz.

Bajó de nuevo las escaleras y se acomodó en el extremo último del primer peldaño. Nadie dijo nada y allí se colocó, sobre la rugosa y gélida piedra. El frío la recorrió por entero, de pies a cabeza. Bienaventurados los que podían taparse con una manta. Recordó la hoguera de la Place de Grève, y las capas y gorros desperdiciados, ardiendo entre los leños. Y ellos, mientras, allí sentados, sin sentir los pies ni poder doblar los dedos de las manos.

Hizo lo que vio a los demás. Extendió el brazo, ofreció la palma de la mano, ladeó un poco la cabeza y comenzó a repetir lo que oía: «Que Dios os lo recompense en la otra vida», «Gracias por vuestra caridad», «Que la Virgen os otorgue larga vida», «Que el santísimo mártir no se separe nunca de vos». Le llevó todo el día conseguir lo suficiente para poder comprar en el mercado un vaso de vino caliente con el que intentar aplacar el frío y un par de manzanas con las que acallar las tripas. Eso fue todo. Oscureció. Se fue a la barca. Se acomodó entre las redes y se tapó con la lona. Ni siquiera advirtió el fétido y salado olor. Esta vez, durmió.

Al despertar a la siguiente mañana, notó que las mejillas le ardían. Le dolía la cabeza como si la tuviera apoyada sobre un yunque y un herrero se la estuviera martilleando. A pesar del frío, sentía un intenso ardor dentro. Decidió cruzar al otro lado del río, probar suerte en el barrio de los estudiantes. Al final del Petit-Pont vio una manta bajo la carreta de un aguador. Miró a ambos lados. No había nadie. Se agachó deprisa y la agarró. Intentó correr, pero no pudo. Sus piernas flaqueaban. Comenzó a tambalearse y tuvo que parar para recobrar el aliento. Después, arropándose con ella, huyó.

Anduvo mendigando hasta que la quemazón que sentía en la frente le hizo resguardarse en la iglesia de Saint-Séverin. Estaba vacía, pues aún no había dado comienzo el oficio. Todo era silencio y negrura. Decidió sentarse allí dentro, en el suelo, muy cerca de la entrada, el mejor lugar para pedir limosna tras la misa. Había llegado la primera y esta vez nadie le arrebataría el sitio. Se quedó con la espalda apoyada en la pared, con las piernas encogidas y la cara reposada sobre las rodillas. Le reconfortó el olor a incienso. Era como estar en la abadía, sentada frente al altar, entre las hermanas.

«Os echo tanto de menos…», dijo entre dientes. Se recostó un poco más. Tosió y, al hacerlo, gimió. «Tráeme algo de la botica, Gentille-Jullie. Me quema el cuello, me duele … Ayuda, ayúdame, por favor», musitó. Cerró los ojos.

¿Qué hacéis aquí? ¡Marchaos! No, no nos vamos. Nos han llamado las hermanas del capuchón. Se ha metido una cabra debajo de las camas y tenemos que sacarla a palos. De eso nada. Bajad esas estacas. La cabra es mi amiga y se llama Bellefleur. ¿Tu amiga, dices? Las amigas de cuatro patas no cuentan, Clémence. ¿No ves que yo soy tu única amiga? Calla, Nicolette y dime, qué, qué es eso que tienes en la mano. Nada, no es nada, tan solo una hoja… ¿Una hoja? Es una hoja de mi libro de horas. La hoja del colofón, ¡te odio, Nicolette! No me puedes odiar, Clémence. La he arrancado para darle de comer a tu cabra, que tiene hambre. Las cabras no se comen las hojas de los libros, solo las hojas del huerto. Todo el mundo sabe que las cabras se comen los libros, ¿tú no?… Jilguero, dime… ¿qué… qué es lo que me está pa-san-do? Mis pies. Ya no tengo pies. Tranquila, es el Comecarne. Cuando tiene hambre, roe y roe hasta que alcanza las rodillas. Catherine, vámonos de aquí. Te lo ruego. No podemos irnos, Clémence. Tenemos que hacer la última de las recogidas en la abadía de Saint-Sulpice. Está en la lista del pregonero. No hermana, yo no entro, os espero aquí. No temas, niña, que nada hay peor que un muerto de agua. Sí, hermana, hay cosas mucho peor. Yo lo sé… y están ahí. El agua de la fuente se está desbordando y está encharcando el claustro. ¿Lo ves, Clémence?… Yo no he sido, yo no he sido, creedme, hermana catherine, soy inocente. ¿Por qué lloras? La abadesa me castigará. La gobernanta le ha dicho que soy culpable y ella lo creerá. No te

castigará, Clémence. No puede hacerlo. ¿No ves que la abadesa está ahí tumbada, en el carro, junto al resto?… ¿En el carro? En el carro no, catherine. No digáis eso. Os lo ruego. En el carro no. Ellos no… no… no… Ellos en el carro no.

Clémence entreabrió los ojos. El corazón le palpitaba con fiereza. Le pesaban los párpados. Solo alcanzó a ver manchones a su alrededor. Alzó el brazo. Por caridad, una limosna…Volvió a cerrar los ojos y se dejó de nuevo caer sobre la fría losa.

—Ludovica, esperad, esperad un momento. ¿No es esa…? ¿No es esa la joven?

—¿Qué joven?

—La del Hôtel de Dieu; la del libro… Hija mía, ¿estás bien? Dios mío, le arde la frente… A ver, muchacha, intenta ponerte en pie, que yo te ayudo. Vamos. Arriba… Nada, no puede. Ludovica, id a por Bernard. Que venga, que venga rápido Bernard.

—¡*Per tutti i santi*! ¿No estaréis pensando llevarla a casa, Christine…? ¿Y si tiene algo contagioso? ¿Habéis visto cómo huele? Apesta a pez muerto. A saber en dónde ha estado esta criatura metida.

—De poco os sirven los rezos y vuestras reliquias si luego no le prestáis ayuda al desamparado, Ludovica. No hagáis conjeturas y dad aviso también a *monsieur* Durand. Decidle que le necesitamos en casa. ¡Rápido!

Ludovica chasqueó la lengua y salió de la iglesia hablando sola y negando con la cabeza.

—Por favor, caballero, ¿seríais tan gentil de ayudarme a llevar a esta joven hasta el banco?

El hombre se quedó mirando el suelo y arrugó la cara al ver a Clémence encogida sobre sí misma como un gusano. Titubeó. La que lo acompañaba le dio un codazo.

—Es la mujer que escribe —le susurró al oído—, haced lo que os pide.

Tras dejar a Clémence recostada en el banco, el hombre se despidió. Al salir de la iglesia, inclinó la cabeza sobre su acompañante:

—¿Estáis segura de que era ella?

—Sí, sí, segura. Sin duda era Christine de Pizan.



40

Dulce despertar

Siempre había creído que, cuando su hora llegara, la vieja de la guadaña la agarraría con las zarpas y la arrastraría hasta el infierno para que expiara sus culpas junto al resto de los pecadores. Cuántas veces la habrá amenazado la *mater* abadesa con llamas, calderos hirviendo, cadenas irrompibles y dolor, mucho dolor. El pecado solo trae sufrimiento, decía. Pero allí estaba ella, en los cielos, recostada sobre un mullido almohadón, tapada por una manta que parecía estar hecha de pétalos de rosa y una sábana de un blanco cegador que olía a heno fresco. Sus manos, sus brazos, su ropa, toda ella olía del mismo modo. La muerte había barrido su mugre y el hedor a pez. Recordaba haber pasado la noche entre redes, en una barca que se balanceaba. Quizá se volcó mientras dormía, eso debió de ser. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo al imaginarse henchida, deformada, mordisqueada por las carpas, como aquel ahogado horrendo que recogieron a los pies del Petit-Pont.

Se quedó embelesada al ver el ramo de flores que se perfilaba al contraluz. Qué belleza. Desprendía tanta paz… La misma que, al contemplarlo, sentía ella dentro del corazón. Cuando se iba a incorporar, la puerta, de repente, se abrió. Una desconocida, con el

cabello del mismo color que las brillantes calabazas del huerto de Gentille-Julie, se apresuró hacia ella.

—Criatura, ¡qué alegría!, al fin estás despierta. Pero qué malita que has estado, hija mía —se lamentó—. Temíamos por tu vida, pero, mírate. —Le pellizcó con ambas manos las mejillas—. Un milagro. Ay, pero cuánto hemos rezado por ti. Pero, dime, niña, quién eres, cómo te llamas, ¿estás bien?

Clémence se quedó atónita. Volvió a mirar nerviosa a su alrededor, está vez escrutándolo todo. La cama, su ropa, la ventana, las flores, la chimenea. Había, sí, una chimenea al fondo y un sofisticado arcón. Descubrió un crucifijo en la pared y la imagen de una Virgen orante a su lado.

—Entonces no estoy muerta, ¿dónde estoy?

—¿Muerta? Espera, espera, que muerta estaré yo si no aviso ya mismo a Ludovica. Tengo que ir a buscarla. Ay, Dios, cuando se lo digamos a la señora, la alegría que se va a llevar…

Al poco, volvió acompañada.

—Ya os lo dije. Mirad, mirad el color de sus mejillas.

Aún le ardía la cara a Clémence de los pellizcos entusiastas que le acababa de dar. Se quedó mirando a la anciana que había llegado y entornó los ojos. Le resultaba familiar. Hizo memoria… ¿No era la que estaba junto a aquella dama…?

—¡*Per tutti i santi*! Llevamos cinco largos días rezando por tu alma. Parece que *monsieur* Durand, con la ayuda de nuestro Señor, acertó con sus remedios. Y dinos, dinos quién eres, *ragazza.* Cómo, cómo te llamas.

Ella les susurró un Clémence.

—Vaaaya… —exclamó la de los apretones en las mejillas—, nunca lo hubiera imaginado —sonrió—. Mientras dormías yo intentaba adivinar tu nombre y siempre te vi cara de llamarte Véronique.

—¿Quieres dejar de decir tonterías, Émilie? —Y Émilie se calló—. Ya ves que te lavamos como pudimos —aclaró la anciana dirigiéndose, esta vez, a Clémence—. Solo Dios sabe cómo estabas. Pero el cabello no te lo pudimos tocar, claro, y lo tienes como un nido de golondrinas. Lo que necesitas para terminar de espabilar es agua y jabón. Hay que adecentarte antes de que regrese la señora.

Cuando desapareció y la dejó en manos de Émilie, Clémence le preguntó por qué hablaba tan raro la tal Ludovica, pues parecía que, en lugar de hablar, cantaba. Y ella, riendo, le respondió que no era francesa y que, por muchos años que llevara allí (toda una eternidad), no lograba quitarse de encima el alegre acento de su tierra.

—Ya lo verás. En ocasiones se la oye gritar y no se la entiende. La señora la regaña, pues quiere que hable siempre en francés, y Ludovica dale que dale, que es más terca que una mula. «Siamo bolognesi, Cristina. Siamo bolognesi». Siempre con la misma cantinela…

Cuando Clémence iba a preguntarle acerca de su señora, pues la curiosidad le reconcomía, irrumpió en la estancia un robusto joven tirando de una cubeta con ruedas.

—Ponla ahí, Bernard, delante de la chimenea. Y ayúdame a traer agua caliente de la cocina. No tardamos, Clémence. Ay, mira que llamarte Clémence —movió la cabeza con pesar. —No me hago a la idea. ¡Clémence! ¡Clémence! Pero en qué estaría pensando quien te eligió ese nombre… Algún aprieto tendría.

Los dos aguadores hicieron unos cuantos viajes y, al fin, llenaron la cuba. Émilie pidió a Bernard que saliera de la alcoba y ayudó a Clémence a levantarse y meterse en el agua. «Esencia de flores —le aclaró mientras vertía el contenido de un frasco—. Esto te reconfortará». Y en efecto, la reconfortó. «Sublime», pensó. La misma felicidad que ponerse a los pies de la iglesia de Notre-Dame y mirar hacia arriba.

Mientras Émilie, de forma caótica, hacía a Clémence preguntas y más preguntas sin darle apenas tiempo para contestar, le frotó el cuerpo y le lavó con mimo su enredado cabello. Pero qué diferencia con su primer baño, aquel que tan rudamente recibió a su llegada a París. Aquella catherine de manos ásperas dejó su cuerpo lleno de arañazos. Ahora, sin embargo, esa muchacha le preguntaba a cada poco si le hacía daño, si le daba tirones o si sentía el agua fría. El baño fue placentero y dio para mucho. Vaya cómo hablaba Émilie. Le contó el lamentable estado en el que la encontraron.

—¿En la iglesia de Saint-Séverin?

—Que sí, que sí, que te digo que fue allí donde se tropezaron contigo.

Clémence se encogió de hombros. No recordaba nada, y mucho menos que Bernard, el mozo que llevó la cuba para el baño, la hubiera tenido que trasladar en brazos hasta la casa.

—Pobre, cuánto siento que haya tenido que cargar conmigo.

Mientras la enjabonaba, le dijo Émilie que vaya disgusto el de su señora cuando *monsieur* Durand le comentó que no pasaría de esa noche si no lograban bajarle la calentura, y también habló de los gritos de alegría que dieron al pie de la cama cuando le tocaron la

frente y estaba ya fría. Le aclaró que Ludovica no veía bien su acomodo en la alcoba de Marie, la hija de la señora.

—¿Era esa, de verdad, su cama?

—Sí. Todo lo que allí había era de ella; lo dejó tal cual cuando les abandonó.

—Dios santo, está muerta —exclamó Clémence, mirando sombría el hermoso vestido que Émilie había dejado extendido sobre la cama. Quizá su sino fuera ir cubierta con ropas de difunta, ya fuera de mendiga o de damisela.

—De muerta nada, Clémence, hija mía, que la niña está tan ricamente en el convento de Poissy. Ya ves, que se nos hizo monja. Santa, que es una santa.

—¿Monja?, Oh, no, pero cuánto lo siento… —dijo Clémence consternada.

—No hay que sentir nada, que se fue porque quiso y está tan feliz.

Pero qué barbaridad. Clémence no podía creer que algo así pudiera hacerse con gusto, por propia voluntad. Ni por todo el oro del universo elegiría ella encerrarse de por vida para rezar y rezar.

—… y eso que la señora se lo quiso quitar de la cabeza. Pero Marie no tiene inclinación por los libros como su madre, no, solo devoción por Nuestro Señor Jesucristo.

Al escuchar la palabra libros, Clémence sintió el mismo cosquilleo que cuando, siendo niña, le trepaban en el huerto las hormigas por los pies.

—¿Sabes que me encontré con tu señora en el Hôtel de Dieu? —se aventuró a decir Clémence, mirando a Émilie de reojo.

—Ya, algo me ha contado Ludovica.

—Pude ver, entonces, que tenía tinta en los dedos. ¿Eso cómo puede ser?

—¿Que cómo puede ser? —preguntó la otra muy seria—. Ay, Señor, lo raro es que pueda mantenerlos sin nada de tinta. Se pasa horas y horas sin salir de su estudio, escribiendo y escribiendo —al escuchar esto, Clémence sintió de nuevo a las hormigas rascándole por dentro—, y si no está con la pluma en la mano, lee y relee.

Émilie ayudó a Clémence a salir del agua y a secarse el cuerpo. Después, la cubrió con un manto y comenzó a desenredarle el cabello.

—Nunca tiene bastante, y yo, la verdad, no entiendo qué puede ver en esos viejos libros que huelen a vaca vieja. No sé leer, pero, si supiera, te juro por este pelo mío con el que me ha castigado Dios que no estaría todo el día perdiendo el tiempo con ellos.

Mientras le cepillaba, alabó el color de su cabello y se lamentó de lo mucho que ella había tenido que sufrir por el suyo. Insultos, pedradas, tirones y hasta escupitajos. Hija del demonio le habían llamado, tal cual lo oía. Pero qué culpa tenía ella de tener el cabello anaranjado. Clémence, viéndola tan animada, volvió a mencionar a la señora para reconducir la conversación.

—Ludovica piensa que la señora se empeña en hacer cosas de hombres —añadió Émilie bajando la voz— y que eso solo nos va a llevar a la ruina, sí, a todos nosotros a la ruina.

Por momentos, en Clémence iba creciendo el deseo de volverse a encontrar con ella. Aquello era lo más venturoso que podía haberla ocurrido.

—… la verdad es que cosas normales no hace, no. Dime tú qué mujer escribe libros, a ver, pues ninguna. Me ha dicho Ludovica que

ya de niña era un pez nadando contracorriente, pero que por mucha agua que le viniera encima no había quien la detuviese. Ay, perdona, criatura mía, te he dado un buen tirón, ¿a que sí?, te cepillaré con más cuidado.

—No importa, sigue, sigue —respondió ansiosa, temiendo que nuevamente se fuera por las ramas.

—Pues eso, que Ludovica se queja mucho de todo. Que si más valía que la señora tuviera en la mano una aguja en lugar de la pluma; que si mucho más nos valdría que se casase de nuevo y olvidase a Étienne… —Suspiró—. Dice que seguir queriéndole de ese modo ya no es amor, sino insensatez.

Hizo el amago de preguntarle algo, pero Émilie no le daba tregua.

—Larga, larga mucho Ludovica por esa boquita que tiene, sí.

A Clémence se le escapó al oír esto una sonrisa.

—Pues mira tú que, esta mañana, cuando la señora se iba a la corte, va y me dice misteriosa: «Émilie, Émilie, mira ese libro que lleva en la mano la señora. Seguro que por él la reina le da una fortuna».

Émilie se rascó con énfasis el pelo calabaza.

—En qué quedamos entonces, Lu-do-vi-ca, ¿ruina o fortuna? —añadió como si la tuviera delante y le estuviera regañando.

Clémence enarcó las cejas y Émilie prosiguió cepillándole el cabello.

—Esa mujer me deja hecha un lío, hija mía. Entonces vamos a ver, ¿está bien o está mal que la señora escriba?



41

Haciendo descubrimientos

La abadía de Saint-Sulpice olía siempre a crudo invierno, aunque fuera primavera y las ramas del jardín estuvieran llenas de brotes; el hospicio de Sainte-Catherine, a caldo rancio, fuera lo que fuere lo que se estuviese cociendo en los fogones; el Hôtel de Dieu, a ungüentos, cebollas y sábanas orinadas. En aquella casa, sin embargo, rezumaba un aroma sutil y único que llevó a Clémence a preguntar a Émilie si era así como olían todas las casas de París, porque era esa la primera vez, la verdad, que había entrado en una. Le respondió que la dulce fragancia procedía de las pomaderas que estaban colocadas por todas partes. Clémence pegó la nariz a una de ellas. Un aroma perfumado y refrescante se escapaba por la superficie calada de aquel extraño recipiente esférico. «A la señora le gusta que coloquemos jengibre, canela y cardamomo —aclaró Émilie—, pero puedes meter cualquier cosa y es cuestión de añadir un poco de aceite a lo que pongas».

Émilie llevó a Clémence por toda la casa, aunque, poco antes, ella había podido oír a Ludovica que no saliera de la alcoba hasta que llegara Christine. Al fin y al cabo, era una completa desconocida y a saber de qué calaña estaba hecha. A ver si se le iban a antojar los

candelabros de plata, que la señora pecaba de confiada. Eso fue lo que escuchó Clémence con la oreja pegada a la puerta. Pero, en cuanto Ludovica abandonó la casa, a Émilie le faltó tiempo para ir a buscarla.

Estaban en la planta superior, dijo. Se asomaron ambas desde una de las enormes ventanas con vidrieras emplomadas que llenaban de luz el corredor. Era cálido y comunicaba con todas las estancias de la casa.

—Abajo tenemos el jardín, que tanto le gusta a la señora, la caballeriza y nuestras camas. También un cuarto en desuso, repleto de muebles y cosas inservibles. Ludovica duerme aquí arriba, junto a la señora. La crio y nunca se ha separado de ella.

Clémence, alzándose de puntillas, como si así pudiera lograr ver más allá de los muros de la casa y sobrevolar los tejados, le preguntó que en qué parte de París estaban, y ella dijo que en la rue Saint-Honoré, muy cerca del castillo del Louvre. Si era hermosa la casa por dentro, ya vería cómo apabullaba por fuera. Era un regalo que le hizo el rey Carlos V, que en paz descansase, al padre de la señora.

—Ah, y entonces ¿vive aquí su padre con ella?

—Qué va. El señor falleció. Las desgracias siempre vienen cogiditas de la mano. Primero murió el rey, al que tanto apreciaba la señora, luego su padre y para colmo él, su esposo. Con lo que ella quería a su Étienne… —suspiró Émilie—. La señora cayó enferma. No salía de su cuarto. Creímos que perdería la cabeza. Ni siquiera los niños la animaban, pero, en fin, hasta el corazón más dañado, al final, sana.

Además de Marie, la hija monja, Christine tenía un varón, Jean, que había partido hacía unos años con uno de los vástagos del conde de Salisbury a Inglaterra para formarse en la corte del rey Ricardo. Pero había que ver cómo cambiaban las cosas. El conde había muerto, el rey había caído y el trono estaba en manos de un usurpador, un tal Enrique IV. Y atrapado en esa corte de locos estaba el hijo de la señora sin que, de momento, a pesar de los esfuerzos de ella, le hubieran permitido el retorno.

—El joven es igualito a su padre —precisó Émilie con entusiasmo —. Ludovica dice que para hacer sus ojos Dios renunció a un pedazo de cielo. Y es que, no me negarás, Clémence, que los hay con suerte. Unos nacen ricos y hermosos, y otros más pobres que las ratas y con el pelo naranja. —Clémence sonrió al verla arrugar la cara—. Cuando me quejo, Ludovica insiste en que no me lamente, que la muerte, al fin y al cabo, como reza en el cementerio de los Inocentes, a todos nos iguala. «Y a mí que más me da, Ludovica —le respondo yo—, que cuando entre en el cielo me encuentre a todos con sus bolsas vacías y el pelo calabaza. No es consuelo, Ludovica, no es ningún consuelo».

Entre risas, Clémence siguió descubriendo la casa.

—Como ves, le gustan las flores a la señora. Flores por aquí, flores por allá.

Ella asintió al darse cuenta de que el motivo de todas las telas tejidas que cubrían las paredes era el mismo.

—Su esposo, que Dios lo tenga en su gloria, colgó en el comedor un tapiz de una batalla, no tengo ni idea de cuál…, sí, a saber cuál, hija mía. Pero, imagínatelo, mucho caballo, mucha espada, mucha sangre. La señora decía que bastante tenemos con la guerra de

ahora, que va y viene a cada poco como viento caprichoso, como para venir haciendo gala de las pasadas. Sí, eso le dijo con esos ojos dulzones que parecen sacados de un tarro de miel y él nos mandó descolgar el tapiz de inmediato. Te digo una cosa, hubiera caminado sobre brasas si se lo hubiera pedido ella. Yo quiero un hombre así, Clémence, que me mire como él miraba a la señora, y no uno de esos zopencos que vuelven a casa tambaleándose y te muelen a palos en cuanto te descuidas.

La llevó a la cocina, asomaron la cabeza por las alcobas, por la sala en la que recibían a las visitas, por el comedor, pero hubo una puerta en la que se detuvo Émilie y no la abrió.

—Aquí está el estudio de la señora, Clémence —le dijo con un susurro a pesar de que estaban solas—. Es lo único que no te puedo mostrar. Nadie entra. Ni siquiera Ludovica. Solo lo hago yo y para limpiar —añadió alzando la barbilla con evidente orgullo—, pero cuando ella me lo pide, faltaría más. Está lleno de libros por todos lados. En las paredes, por los suelos, en los atriles. Lleno de trastos, como la Place de Grève cuando descargan las barcas.

—¿Ni siquiera puedes abrirme la puerta un poquito, Émilie? —rogó ella esperanzada.

—Que no, que no, que si algo sagrado hay en esta casa es ese lugar. Intentar pasar el paño ahí dentro es un auténtico suplicio. Me tiene dicho que, cuando quite el polvo, levante los papeles con cuidado, mira así —y Émilie alzó el brazo con lentitud exagerada—, con la otra, paso el paño —e hizo que lo pasaba— y después, lo que tengo en vilo lo vuelvo a posar en el mismo sitio en el que estaba, ni un poco más allá ni un poco más acá.

Clémence sintió un irresistible deseo de no hacerle caso, bajar el picaporte de esa puerta y entrar a husmear.

—La primera vez que limpié el estudio, ¡ay, Dios mío!, le descoloqué los cuadernillos, le mezclé papeles, y no sabes, hija mía, la que se armó. Desde entonces, sigo siempre los tres pasos: alzar, pasar paño, volver a bajar. Desde la regañina aprendí bien la lección.

Terminaron su recorrido en la cocina, pues Émilie tenía que ayudar a preparar la cena.

—En cuanto se oiga a Ludovica cruzando por el jardín, corres a la alcoba, niña, que no quiero líos.

No había conocido a nadie tan charlatán como Émilie. Llegó a pensar que no andaba muy cuerda cuando le contó que la señora nació en una ciudad lejana que no tenía las calles empedradas o de tierra, sino de agua.

—Qué cosas dices, Émilie, cómo se va a poder andar sobre el agua —le respondió Clémence entre risas— Eso es algo que tan solo pasa en la Biblia.

—No seas burra, niña, que no se va andando, se va en barca. Me ha dicho Ludovica que allí uno se descuida, abre la ventana o una puerta y, ¡plaf!, derecho al agua. Figúrate que todas las mañanas pescan a los borrachos que plantaron mal el pie y no pudieron llegar a casa…

Estaba Clémence escuchándola con ojos de lechuza, preguntándose si podía ser cierto que existiera un lugar con calles de agua, cuando Émilie se quedó callada y estiró la oreja hacia la ventana.

—¡A la alcoba, niña, corriendo a la alcoba! —le dijo con ojos de espanto—. Que tenemos aquí a Ludovica.

Y ella, con el corazón palpitante, como si se hubiera atrevido a tocar una de las reliquias de la Sainte-Chapelle, salió corriendo mientras la otra gritaba:

—¡Ni se te ocurra contarle que te he sacado!, ¿me oyes?, ¡ni se te ocurra, niña!, ¡ni se te ocurra!



42

Addio, amico mio

A Octavia, la esposa de Tommaso de Pizzano, le dolió en el alma, según dijo, tener que vender los muebles, llenar de ropa los arcones para la partida, cerrar postigos y despedirse de su casa boloñesa. Aunque lloraba a escondidas, Ludovica conocía bien a su señora y sabía de su hondo pesar. «No molestéis a vuestra madre —decía a los niños—, que anda muy atareada con la mudanza. Habéis de ser buenos y colaborar».

El señor Tommaso había estado ausente durante dos años y había retornado de París para llevar a cabo el traslado de toda la familia a la ciudad francesa. Antes de irse a la corte de los Valois, dejó contratado un preceptor para que su esposa e hijos, y también Ludovica, la única del servicio que había de acompañarlos, aprendieran la nueva lengua. Octavia se abanicaba cada vez que tomaba la lección; Paolo y Aghinolfo andaban siempre enredando mientras les explicaban los verbos, por lo que poco aprendieron de su maestro, y Ludovica clamaba al cielo con los ojos llorosos, quejándose a todas horas de que *la lingua francese era un inferno*. La que parecía disfrutar con los nuevos sonidos era la pequeña Cristina, que anduvo siempre bien atenta a los labios del profesor.

Con solo cuatro años fue la única de la familia capaz de dar la bienvenida en un más que correcto francés a aquel desconocido que se le acercaba y que era su padre, según le decían. Tommaso la escuchó con cara de asombro. No cabía duda de que esa niña tenía el sol en el signo de Leo, al igual que él. De sus tres hijos, era la que más se le asemejaba, pese a ser mujer; solo había que ver la viveza que desprendía su mirada. Las estrellas le anunciaron que sería un varón; que amaría la ciencia, los libros, el saber. Cuando tras el prolongado parto comprobó que era una hembra, se quedó aturdido y le dijo a su esposa que lo sentía, pero que no sabía en qué demonios había errado. Repasó y repasó después sus mediciones, pero no fue capaz de hallar en dónde estaba el fallo. Al verla ahora, a tan corta edad, pronunciando palabras en lengua extraña, se le escapó de la boca un «No estaban, Dios mío, los astros tan desencaminados», cosa que ninguno de los presentes entendió.

Durante su estancia en París, Tommaso labró una estrecha relación con el rey Carlos V, quien con frecuencia le llamaba su amado amigo, su leal consejero. Le animó a que llevara a la corte a su familia, prometiendo que nada les faltaría, pues la diligencia de un buen rey no permitía que el hogar de sus amigos quedara desatendido. Era un rey generoso. Le había asignado cien francos al mes y una renta anual de veinte libras parisis que le proporcionaría una propiedad en Orsonville, muy próxima al castillo de Beauté, la residencia campestre preferida por el rey. Siempre le quería tener cerca, dijo a Octavia. Si estaba en París, él también permanecía allí. Si el rey se marchaba al campo, él lo seguía. Por eso el buen rey le proporcionó casa cerca de donde tenía él su regia residencia. Tommaso se emocionó al recordar el día en el que le obsequió dos

manuscritos de astrología en lengua hebrea. «Una auténtica joya del saber, Octavia. Una reliquia», le decía entusiasmado. El rey, aparte de generoso, era amante de la paz; erudito, prudente, nada irreflexivo. Adoraba la ciencia, perseguía el saber. Había trasladado al Louvre, su residencia habitual, la centenaria biblioteca de Saint Louis, y la había ampliado tan ávidamente que contaba ya con más de un millar de ejemplares. Contenía de todo: crónicas históricas, mapas del cielo, poemarios, biblias, enciclopedias, libros de cánticos, baladas, obras filosóficas, todo lo que se pudiera imaginar y más. Octavia se conmovió cuando su esposo dijo que entre las joyas de la biblioteca del rey estaba el tratado de anatomía que su padre, Mondino de Luzzi, había escrito. Como sabio rey que era, tenía conocimiento, pues así se lo dijo, de que había sido el primero en examinar un cadáver por dentro para poder luego explicar, por escrito y con dibujos, la disposición y el tamaño de los órganos dentro del cuerpo.

—Como veis, querida esposa, los astros me guiaron bien para que eligiera al rey de Francia. Asentarnos allí, creedme, será beneficioso para toda la familia, aunque al principio resulte pesaroso.

Le indicó que sus hijos podrían cursar los estudios que desearan en la Universidad de París. Ella al escucharle relajó el gesto. Se quedó pensativa.

—Será ventajoso para los niños, sí. Y a Cristina le concertaréis un buen casamiento, Tommaso. Echaréis mano de vuestros muchos contactos en la corte y lo haréis, prometedme que lo haréis.

El astrólogo dijo que sí y la abrazó.

—Todos echaremos de menos Bolonia —le susurró Tommaso—, pero volveremos, querida, volveremos. La tierra de uno se lleva

siempre en el corazón y no se puede mantener alejada mucho tiempo.

La partida resultó muy triste. Los campesinos se colocaron en hilera en el camino de cipreses para despedir a la familia y los niños sacaron la cabeza por la ventanilla del carruaje para despedirse de sus amigos. Cristina también se intentaba hacer hueco entre ellos para poder verlos. «Addio, amico mio, addio!», repetían los hijos de Tommaso a los que les despedían a ambos lados del sendero.

El viaje fue largo y tedioso, pero el recibimiento que les ofrecieron a su llegada a París, a principios del mes de diciembre, siempre habría de permanecer en la memoria de todos los Pizzano. Madre e hijos lucieron sus vestiduras lombardas, ricas en ornamentos y adornos, para ser acogidos, con gran gozo, por el rey, Carlos V y su esposa, Juana de Borbón, en su castillo del Louvre. La pequeña Cristina fue la que se mostró más intimidada. No dejaba de mirar a todos lados. A los estandartes y tapices que colgaban del techo y de las paredes, a los candelabros brillantes, a esa alfombra mullida en la que se le hundían los pies al andar, a los guardias armados que flanqueaban las puertas.

—Y esta debe de ser la pequeña Christine —afirmó el rey con una sonrisa al ver a los tres hijos de su querido astrólogo.

Ella, al escucharle, miró al suelo. Su madre, que la tenía cogida de la mano, se la apretó disimuladamente, y entonces la niña flexionó las rodillas y bajando un poco la cabeza dijo: «Pour vous servir, votre majesté*».*

Cristina debió de caerle en gracia al monarca, porque días después indicó a Tommaso que no solo le proporcionaría un instructor para los dos varones, sino también para su hija.

El astrólogo besó, agradecido, la mano de su rey.



43

Encuentro con la dama

Al fin llegó. Clémence había ansiado el reencuentro durante todo el día y, ahora que sabía que la señora había retornado, sintió un gran desasosiego. Al verla tan preocupada, Émilie le preguntó si estaba bien y ella respondió que sí, aunque, en realidad, no lo estaba. Temía que la dama le hiciera abandonar la casa en cuanto la viera sana. Después de todo, ya no habría motivo alguno para que se quedara. La siguió, cabizbaja, por el largo pasillo. Tenía las manos tan húmedas que se las iba secando con disimulo en el vestido.

—¡Qué cara! —le dijo Émilie rascándose la caballera—. Muchacha, parece que te llevo a la mismísima horca de Montfaucon. —Ella se esforzó en cambiar el semblante—. Así me gusta, que como te vean de esa guisa…, mira, mira tú, que te vuelven a meter en la cama…

Vaya, quizá fuese ese el modo para que no la echaran, pensó Clémence, proseguir débil, enferma, necesitada. Se acordó de sus artimañas para evitar las lecciones de latín. ¡Qué aburridas que eran! Cuántas veces se habría colocado sobre la frente paños calientes antes de quejarse, ante las hermanas, de que su cabeza reventaba. Podía fingir ahora algún mal. Eso, un dolor fuerte en el pecho, oh…, no, no, mejor un desvanecimiento, que siempre impresionaba. Pero,

qué va, ya era demasiado tarde para andar con argucias. En nada tendría a la dama frente a sí.

—Espera aquí, junto al fuego, que voy a avisar a la señora —afirmó Émilie señalándole que entrara—. Iba de gala para ver a la reina y quería ponerse cómoda antes de encontrarse contigo. No es amiga de lujos. Odia los brillos —susurró con misterio, como si le revelara un gran secreto— y también los collares y esas pieles que parecen recién sacadas de una cacería y que tanto alegran a otras.

Obediente, se quedó aguardando en el centro de la estancia. Le costaba quedarse quieta y, al poco, dado que tardaban, comenzó a deambular.

Observó todo. La jofaina, el reloj de arena, la pequeña estatua ecuestre y la pulida bandeja que había sobre la mesa. Al acercarse se pudo ver reflejada. Vaya peinado absurdo que le había hecho Émilie.

—A tu edad las jóvenes tienen largas cabelleras, y mírate tú, con estos mechones que se me escapan de los dedos —le había dicho mientras la peinaba.

¡Ay, si la hubiera visto cuando se tenía que cubrir la cabeza con el viejo gorro del *pater* Oliverius! Qué es lo que habría pensado entonces Émilie.

Vio el retrato de un hombre colgado de la pared del fondo y fue a contemplarlo más de cerca. Pero qué apuesto era. No dudó de que fuera Étienne, el marido de la señora. Émilie le había hablado de él y era cierto lo que decía, no fantaseaba. Según le había contado, acompañó al rey de viaje, cayó enfermo y nunca más volvió.

El picaporte se movió y se apartó de un brinco del retrato.

Entró la dama y ella sintió que le estallaba el corazón. Se ruborizó. ¿Se habría dado cuenta de que estaba curioseando? Quizá sí, pero al verla sonreír se sintió aliviada.

Qué diferente de la imagen que de ella recordaba. Libre de las vestiduras oscuras y del tocado cubriéndole la cabeza, le pareció mucho más joven. Llevaba puesto un traje sobrio, sin ningún adorno, que se ceñía al cuerpo como si se tratara de una segunda piel azulada. Por su sencillez hubiera parecido una novicia, de no ser por el fino cinturón plateado que reposaba con gracia en sus caderas.

Tras darle un abrazo y manifestar su alegría por verla ya recuperada, la dama le invitó a sentarse frente a la chimenea y dijo que qué barbaridad, que parecía como si le hubiesen tomado las medidas en la rue de la Draperie.

Ella no entendió nada y tartamudeó que no comprendía lo que le quería decir.

—Perdona, me refería al traje de Marie, mi hija. Parece confeccionado para ti por nuestra modista. Y no me llames señora, te lo ruego. Soy Christine de Pizan, y puedes llamarme por mi nombre, Christine.

Después le pidió que aproximase su silla un poco más al fuego, pues parecía aterida. Clémence dijo que no tenía frío, que debían de ser los nervios, pues estaba muy inquieta por encontrarse con ella. Quería darle las gracias por acogerla en su casa, por cuidarla de ese modo, y claro estaba, también por haber salido en su defensa sin conocerla, cuando la acusaron del robo en el Hôtel de Dieu. Su amable ayuda no la olvidaba. La dama respondió que no había mérito alguno en ello, pues ayudar al prójimo era el deber de todo

buen cristiano. Su semblante se apenó al recordar el terrible estado en que la hallaron en la iglesia de Saint-Séverin.

—Temimos por ti, querida niña, temimos mucho por ti —repitió varias veces, compungida, con la mano posada en el pecho.

Clémence compartió con ella su angustia por tener que partir a esas horas, cuando ya comenzaba a oscurecer y no tardaría en sonar el toque de queda. Le pidió que, por favor, la dejara quedarse una noche más, tan solo hasta que amaneciera. Podía dormir incluso en el establo, así no estorbaría. La dama pareció sorprendida al escucharla. Cómo iba ella a hacerla marchar en sus circunstancias, afirmó con cara muy seria. El que se hubiese curado no significaba, ni mucho menos, que debiera abandonar su casa. Dada la situación lamentable en la que la hallaron, era de suponer que no tenía cobijo alguno en la ciudad.

Llamaron a la puerta y Ludovica asomó la cabeza preguntando si la cena había de servirse a la misma hora, a lo que Christine respondió que no, que previamente debía hablar con Clémence y que no se preocupara, pues, cuando concluyesen, avisaría. Por la cara que puso la anciana, no debió de parecerle muy bien que la presencia de una extraña alterase de tal modo las costumbres de la casa, pero agachó sumisa la cabeza y se retiró.

La dama, retomando la conversación interrumpida, quiso saber si tenía familiares fuera de París, porque, aunque estuvieran lejos, eso no importaba, se encargaría de llevarla hasta ellos. Y Clémence, apesadumbrada, contestó que no, que no había ningún familiar, ni cerca ni lejos. Estaba completamente sola. Todo lo que había tenido era la abadía de Saint-Sulpice. En ella se crio. Allí había pasado toda su vida.

—¿Una niña criada en una abadía? —preguntó sorprendida la dama.

Ella no se atrevió a contarle la verdad por miedo a que no la considerase digna de vestir las ropas de su hija, de pisar su casa. Echó mano de la falsa historia que le habían relatado las monjas acerca de que había sido abandonada en un cesto a las puertas de la abadía.

Para saciar la curiosidad de la dama habló de las hermanas, de sus lecciones y de cómo le enseñaron a leer y a escribir. A veces, al mencionar a las monjas, se detenía, le temblaba un poco la voz, se quedaba pensativa antes de poder proseguir. La dama, cada vez más inclinada hacia delante sobre su asiento, asentía asombrada, la escuchaba sin parpadear. A Clémence le sorprendió que su vida pudiera tener el más mínimo interés para alguien como ella.

Al ser preguntada por el libro de horas, le habló del *scriptorium* y le desveló que fue allí donde lo decoró. Al mencionar a los monjes y contarle lo mucho que había aprendido de ellos, los ojos se le llenaron de lágrimas y enmudeció. Después, ante el asombro de la dama, se tapó el rostro con ambas manos y rompió a llorar.

Christine se levantó rápido y fue a su lado. Intentó averiguar qué era lo que le pasaba, pero Clémence solo negaba con la cabeza, pedía perdón, sollozaba. Se mostraba muy confusa, balbucía sin llegar a decirle nada.

—Tranquila, tranquila, niña —dijo la dama con voz dulce, sin dejar de acariciarla.

Clémence se abandonó en su arrullo.

Estrechada por la dama, sintió la bondad de Gentille-Julie, la complicidad de la hermana Marguerite, la fortaleza del hermano

Silvanus, la seguridad del *pater* Oliverius.

En ese momento, todos ellos la abrazaban.



44

La mayor de las dichas

No merecía que una dama como ella le abriera las puertas de su casa, pues no tenía nada que ofrecer a cambio. Sin la menor duda, Dios era como uno de esos jugadores que lanzan los dados sobre el tablero, dejándolo todo al azar. Era cuestión de que saliera la combinación deseada para ser favorecido por la caprichosa fortuna. Efectivamente, allí estaba ella, donde nunca hubiera podido imaginarlo. Acogida en el hogar de una dama bondadosa y, por lo que ya había escuchado, tan generosa como extraordinaria. Al parecer se pasaba el día entre libros, escribiendo. En la biblioteca de la abadía nunca vio libros cuya autoría perteneciera a una mujer, y ahora estaba en casa de una que sí que escribía y que llevaba sus obras incluso a la reina, quien también las leía. Los dados lanzados al vuelo por la mano de Dios no pudieron caer en posición más favorable. No le importaba el tiempo que pudiera permanecer allí, con ella, pues haber tenido la oportunidad de conocerla era la mayor de las dichas.

Cuánto deseaba que la casa despertara y se pusiera al fin en movimiento. Christine le había dicho que por la mañana le mostraría

su estudio y algunos de sus libros, le hablaría, incluso, de la obra que estaba escribiendo.

Durante la cena, se sintió intimidada no solo por la presencia de la dama y de Ludovica, sino por todo lo que había sobre la fastuosa mesa. Los brillantes cuchillos de plata, las copas de cristal, los platos de cerámica decorada, el mantel con tan finas bordaduras. No sabía qué hacer, cómo manejar todo aquello sin quedar ante los ojos de su anfitriona como una tosca campesina, indigna de estar sentada junto a ella. Pero Christine, con su mirada serena, le susurró la palabra calma y con un leve movimiento de cabeza invitó a que la imitara. Clémence se aventuraba a levantar la copa cuando la dama lo hacía y se atrevía a cortar la carne solo cuando veía que ella la cortaba. Los ojos escrutadores de Ludovica no le quitaban la vista de encima y, cada vez que cortaba o sorbía, no paraba de negar con la cabeza.

—Yo asumiré la parte que me corresponde, pero a vos, Ludovica, os compete pulirla.

Ludovica comenzó a toser nerviosa. Alzó la copa y bebió. Cuando se hubo calmado la carraspera, contestó que quizá fuera ya tarde para lograr lo que su señora pretendía, pues los buenos usos habían de adquirirse a edad muy tierna. Estaba claro que era fácil enderezar el tallo caído de una flor, pero resultaba casi imposible luchar contra la torcedura de un tronco.

La dama la miró con ojos desbordantes de condescendencia.

—Ay, mi querida Ludovica, que habría hecho mi madre sin vos. Dejó en vuestras manos gran parte de mi instrucción, y ahora os ruego que tratéis a Clémence con la misma paciencia y exigencia que empleasteis conmigo. Es joven. No habréis de luchar contra un tronco torcido, sino contra un fino tallo maleable.

Cuando Émilie al fin abrió la puerta de la alcoba esa mañana, Clémence llevaba ya un buen rato lavada, vestida y moviéndose de un extremo a otro roída por la impaciencia.

—Después de daros el desayuno, ha dicho la señora que os ajuste algún vestido del arcón, los que sean de vuestro agrado.

A Clémence le extrañó que Émilie, que hasta entonces la había tratado con una cercana naturalidad, se dirigiera a ella de forma tan respetuosa y distante. Preguntó por qué lo hacía, y ella respondió que eran órdenes de Ludovica. Le había dicho que a partir de ese momento guardara el debido respeto, pues, por deseo expreso de la señora, su invitada había de ser tratada como un miembro más de la familia. Tales palabras hicieron que Clémence se ruborizara.

—Me dijo tu señora durante la cena que hoy, a primera hora, entraría en su estudio —dijo Clémence—. Quizá hayas entendido mal, Émilie, y lo de los vestidos debamos hacerlo una vez que acabe con ella.

—Qué va —dijo Émilie rascándose el pelo calabaza—, si la señora no está en la casa.

Al escucharla, a Clémence se le cayó el techo de la alcoba encima. No podía ser. Tenía tantas ganas de volver a verla…

—Ha tenido que salir a no sé dónde y a no sé qué. Solo sé que iba con prisas. Ha dicho, Ludovica, «poneos la capa y acompañadme, que hay algo que no puede esperar». Y han salido las dos a primera hora, ligeritas, como si llegasen tarde al rosario de la catedral.

Émilie volvió a rascarse la cabeza, esta vez con cara pensativa.

—Y mirad que es raro eso… Es la primera vez que la señora sale a estas horas…

Clémence no podía ocultar la decepción.

—Durante la mañana no se la puede molestar… Tiene que estar ardiendo la casa para que abramos la puerta del estudio. Dice la señora que la inspiración es como un hilo finísimo que si tiras un poco de él se rompe. Pues hoy poco le ha importado que la hilacha se rompa o no, porque han salido las dos como almas perseguidas por Lucifer, que os lo digo yo.

Resignada a que el encuentro con Christine hubiera sido pospuesto, Clémence se tragó la decepción como un trozo de pan duro y se propuso aprovechar el rato que había de pasar con Émilie para sonsacarle todo lo que supiera sobre su señora. Mientras duró el desayuno y la posterior prueba de los vestidos, Clémence pudo enterarse de algunas cosas. Supo que llegó a París siendo muy niña, con tan solo cuatro años. Su padre, al que la propia Émilie conoció hacía unos años, menudo caballero que era el señor, fue traído desde Bolonia por el rey para que fuera su astrólogo y consejero. No, no era el Rey Loco del que Clémence había oído hablar, claro que no, sino el anterior, el muy sabio Carlos V. Para que no chocara mucho en la corte, cambiaron el apellido Pizzano por el de Pizan, que sonaba menos italiano o más francés, como se quisiera ver, precisó Émilie entre risas.

—Ya veis, Clémence, fue así de fácil, como os lo cuento. Desde entonces la señora ya no fue la pequeña Cristina, sino Christine, y no de Pizzano, sino de Pizan. Ludovica me dijo que ni por todo el oro del mundo hubiera cambiado una sola letra de su apellido. Nació siendo Ludovica Marangoni y se moriría siendo una Ma-ran-go-niii. Pero, claro, ella no era la hija del astrólogo del rey y a quién le iba a importar cómo demonios se llamase.

Sabía todas esas cosas porque se las había contado Ludovica, por supuesto. Según ella, la señora se crio, junto con sus dos hermanos, como si fuera una princesa. Acompañaban los tres a su padre a palacio y correteaban por los jardines del Louvre con el Delfín.

¿Que quién era el Delfín? Pues quién iba a ser: el príncipe heredero de la Corona, pero ¡dónde había estado metida para no saber quién era el Delfín, por Dios! Pues sí, mientras el rey y el señor hablaban de sus cosas, los niños o jugueteaban o recibían instrucción. Durante años compartieron, incluso, preceptor.

Estaban recogiendo, entre risas, los vestidos extendidos sobre la cama, cuando, de repente, escucharon la voz de Christine a sus espaldas. Ella y Ludovica entraron en la alcoba. Clémence, al ver a la dama, sintió que el corazón le trepaba hasta la garganta.

—Toma, Clémence —le dijo haciéndole entrega de un bulto envuelto en tela—. Pero ¿se puede saber a qué esperas? Vamos, ábrelo.

Ella lo abrió y al ver en sus manos, de nuevo, su libro de horas no pudo contenerse. Se abalanzó sobre Christine y la abrazó tan fuerte que hubo de pedirle perdón.

—No puedo creerlo. Pensé que nunca volvería a verlo. Nunca —logró decir, una vez que se apaciguó.

—Tengo los pies hinchados como dos pellejos de vino —se quejó Ludovica—. Lo que hemos tenido que danzar para conseguirlo.

—No estaba ya en el Hôtel de Dieu —precisó Christine— y hubimos de dar, es cierto, alguna que otra vuelta hasta hallarlo.

Clémence, con el libro apretado contra el pecho, miró a ambas con ojos llenos de gratitud.

—Eso no es todo… —dijo Christine adelantando la mano que mantenía oculta a su espalda.

Cuando Clémence vio la hoja del colofón no pudo reprimir un grito espantoso.

—*Per tutti i santi,* así que un fino tallo maleable —dijo lastimeramente Ludovica—. Que el Señor me dé fuerzas para enderezarlo; por favor, que nuestro Señor sea benevolente y me las dé.



45

El estudio de Christine

Al traspasar la puerta, Clémence se llevó una gran decepción. En lugar de encontrarse con libros, se topó con unos estantes llenos de extraños artilugios que no sabía para qué servían. Vio relojes marcando lunas y soles; balanzas parecidas a las usadas para preparar bálsamos; frascos muy estrechos y reglas torcidas; curiosas esferas dentro de esferas que, según le explicó Christine, mostraban el viaje del Sol alrededor de la Tierra. Extraños utensilios todos ellos que permitieron a su padre entender el presente y predecir el futuro. Teniendo en cuenta la disposición del cosmos y las órbitas planetarias, fijaba la fecha propicia para que el rey concertase matrimonio, iniciase batalla, burlase la pestilencia o desconfiara del más íntimo de sus amigos. «Todo en la vida viene marcado por las estrellas —decía Tommaso, el padre de Christine. Y repetía con frecuencia—: Los cuerpos celestes marcan nuestra existencia terrenal. Aunque solo Dios conoce el futuro, el cosmos nos permite predecirlo».

Escorpio era una constelación descomunal que ocupaba dos zonas del zodíaco: sus pinzas, la una, y su cuerpo y aguijón, la otra. También dijo Christine que Mercurio dominaba a poetas y filósofos;

que Virgo llevaba consigo la abundancia y la virtud. Estaba hablando a Clémence de tales cosas cuando descorrió la gruesa cortina de terciopelo negro que tenía a su diestra y el ordenado espacio astrológico dio paso, entonces, al caótico y maravilloso mundo de los libros.

Tuvo que cerrar los ojos Clémence y respirar profundamente para saborear el olor. ¡Cuánto lo había echado de menos! Cuero, hierba seca, madera mojada… Todo estaba allí. Bien reposado. Christine dijo que entrara y ella, boquiabierta, lo hizo. Se sintió en un instante de nuevo entre sus monjes.

Acostumbrada como estaba a la oscuridad del *scriptorium*, cuya débil iluminación procedía de las velas, le sorprendió la luminosidad que entraba por los ventanales. Las vidrieras no daban al patio interior, como el resto de la mansión, sino a la ciudad, con sus campanarios, tejados salpicados de verdín y chimeneas humeantes. La claridad iluminaba la sala, formando hermosos claroscuros de los que asomaban libros y más libros. Los había en los estantes, sobre los arcones y mesas, en los armarios enrejados, apilados por el suelo. Algunos parecían esforzarse para no caer. Christine hubo de advertir de que anduviera muy atenta, no fuera a tropezar con ellos. Comprendió, entonces, la desesperación de Émilie cuando intentaba mantener libre de polvo ese lugar.

—Parece que todo está desordenado, pero no. Cada columna de libros obedece a un tema sobre el que ando estudiando. Ahí tengo, por ejemplo, a los griegos; allí a los historiadores; aquellos otros, sobre la mesa, poetas franceses, y los de al lado, documentación sobre mi querido y sabio rey Carlos V.

Le dijo que estaba escribiendo la biografía de ese magnífico monarca por encargo de su propio hermano, el duque de Borgoña, quien deseaba que se recordase eternamente su prudencia, sabiduría y ecuanimidad, y que tal encomienda había puesto a muchos en contra de ella.

Clémence la siguió, sin dejar de mirarlo todo. Tarros llenos de plumas, tinteros plateados, cuadernillos sobre la mesa, hojas con tachones, marcadores, libros abiertos por aquí y más allá. Pero qué bello desorden.

—Aquí es donde trabajo —afirmó la dama deteniéndose ante una hermosa cátedra de madera—. Son muchas las horas que paso escribiendo o leyendo. Como ves, he tenido que adaptar la dura silla a mis necesidades —añadió haciendo gala de los gruesos cojines aterciopelados que cubrían el asiento—. Todo es poco para aliviar el dolor de los huesos.

«Dos dedos escriben, todo el cuerpo se resiente», se dijo para sí misma Clémence. Cuántas veces habría visto a los monjes haciendo estiramientos de brazos, chasqueando los nudillos, balanceando la cabeza con gesto de dolor. «Ay, hermanos, lo que daría por veros de nuevo; por tener la oportunidad de contaros todo esto».



46

La luna ilumina a todos por igual

En una de las muchas dependencias del castillo del Louvre tomaban sus lecciones los hijos del astrólogo del rey. Hacía tiempo que habían dejado de ser la familia Pizzano y los conocían como los Pizan. Al padre ya casi nadie le llamaba Tommaso, sino Thomas. Octavia se negó en rotundo a aceptar tal cambio. Bastante era con que los parisinos les hubieran reducido el apellido para estar también variando nombres. Lo de la niña, a la que todos llamaban la *petite* Christine, era distinto. Que la tomaran por francesa le había de beneficiar, decía su madre, de cara a concertarle un buen enlace. Y escuchándola hablar, nadie hubiera dicho que nació a espaldas de la Piazza San Marco, en Venecia. Parecía más bien, haber sido parida en la rue Saint-Jacques.

Sus hermanos, sin embargo, se seguían expresando torpemente con un marcado acento italiano, por mucho que el preceptor elegido por el mismo rey intentara corregirles con desesperación. Si los dos alumnos varones no tenían inclinación alguna por aprender, Christine era todo lo contrario. Parecía un animal sediento de saber. Mientras los unos corrían por los jardines en los momentos de solaz, persiguiendo a los pavos reales traídos por el monarca desde tierras

asiáticas, la otra siempre andaba sentada al pie de un árbol leyendo las *Fábulas* de Esopo o cualquier otro libro que le hubiera prestado el preceptor. En uno de esos descansos, alguien asomó la cabeza por encima del seto y la interrumpió.

—¿Qué hace una damisela en lugar tan apartado? —le preguntó una voz amable.

—Leer —contestó ella, levantando un poco el libro del regazo.

—Y ¿qué es lo que leéis, si me permitís la indiscreción?

—Leo cómo Perseo logró cortarle la cabeza a la malvada Medusa, sin que ella le convirtiera antes en piedra.

—Ese Perseo era muy listo, y vos, por lo que parece, también. Debéis de ser la hija del astrólogo, si no me equivoco.

Ella dijo que sí, que era Christine, Christine de Pizan.

—Y aquellos que van corriendo por ahí y que tanto gritan…

—Mis hermanos, señor —adujo ella mostrando resignación.

—Y ¿no les gustan los libros?

Negó con la cabeza.

—Los odian. Dice el preceptor que les pican como si tuvieran la sarna.

El extraño rio. Le dijo, entonces, que solo a ella la dejaría entrar allí arriba. Alzó el brazo y señaló lo más alto del castillo.

—¿Al gabinete de mi padre? —preguntó ella extrañada.

—No, más a la derecha, me refiero a la antigua halconería. Allí guarda todos sus libros el rey. Más de un millar.

A Christine se le iluminaron los ojos. Se levantó de un salto.

—Tranquila, tranquila, que primero he de pedirle permiso al rey, pero estoy seguro de que me lo dará. No negará ese privilegio a la hija de su muy querido consejero.

La niña se quedó boquiabierta mirando la torre. Cuando bajó la mirada, el hombre ya se alejaba.

—Y vos, ¿cómo os llamáis? —preguntó a voces.

Él se giró.

—Gilles Malet, el bibliotecario del rey. Para serviros, mi pequeña damisela.

A Octavia no le gustó que el monarca le diera permiso a su hija para usar, cuantas veces quisiera, la biblioteca. «No es propio, no es propio», repetía a su esposo, quien parecía no entender su indignación.

—Primero, se le ocurrió lo de instruirla como a sus hermanos, y por si fuera eso poco, le permite ahora leer sus libros. Dice la niña que la biblioteca tiene más altura que nuestra casa, que al libro más viejo lo tienen encadenado como si fuera un preso y hay sillas con cojines para sentarse a leer. El rey la malcría, Tommaso, el rey nos la malcría, y vos, no me canso de repetirlo, también. Tengo que atarla para que se siente con Ludovica y conmigo a coser. Le aburren los hilos, me ha dicho. ¿Os lo podéis creer?

A diferencia de su esposa, Tommaso aplaudía los progresos de su hija, celebraba su interés por las ciencias, su pasión por la lectura. Hizo que su instrucción no solo fuera en francés, sino también en latín, y él mismo se encargó de educarla en italiano, echando mano de los libros traídos de Bolonia. A diferencia de lo que pensaba su esposa, él decía que no creía que el estudio pudiera corromper a su hija, ni mucho menos. Todos estaban equivocados al pensar que el intelecto de una mujer no podía alcanzar la sabiduría. Qué errados

andaban. No se daban cuenta de que la luna ilumina a todos por igual.

Christine pasaba muchas horas en el estudio que su padre tenía en casa. No solo contenía astrolabios, escuadras, cuadrantes, esferas doradas, relojes y mapas estelares, sino también valiosos manuscritos y libros repletos de poemas e historias de hombres heroicos y extraordinarios seres mitológicos. El rincón preferido de la niña era una acogedora torreta a la que se accedía desde el estudio, por medio de una estrecha escalera de caracol. Ella misma ayudó a su padre a bautizarla. Hicieron una lista con nombres, más de una decena, y entre risas optaron por llamar al sitio la Torre Celestia. Allí, sentada en mullidos cojines puestos en el suelo, Christine pasó horas leyendo a Homero. Junto a su padre, recitaba en italiano frases de Dante y de Petrarca. Leían en latín pasajes de la Biblia, y en los ratos de esparcimiento Tommaso se sentaba con los pies en alto, apoyados en la repisa de la ventana y le hablaba de las estrellas, de la oscuridad e infinitud del cosmos, de la importancia del planeta Tierra, de que la causa de la terrible pestilencia había sido la fatídica conjunción de Marte, Júpiter y Saturno. A medida que Christine crecía, más eran las ansias por aprender. Tommaso compartía con ella muchas de las cosas que sabía. También le hablaba del rey y le ponía como ejemplo de buena gobernanza. Le decía que antes de tomar cualquier decisión, le consultaba. Y él debía preguntar al cielo el día y la hora para poner la primera piedra de la nueva muralla o saber el motivo de las fiebres humorales del monarca. Él rey le preguntaba si la preñez de la reina llegaría a término, si la misiva recibida de la corte extranjera traía verdad o engaño, si habría hambruna o prosperidad, si el cisma de la Iglesia, gobernada por

dos papas, uno en Roma, el otro en Avignon, era el anuncio de la llegada del Anticristo.

—Todo lo que aquí pasa nos viene determinado desde ahí arriba —le decía mirando el cielo, sentados ambos en la Torre Celestia—. Todo, absolutamente todo, hija mía.



47

Retorno al taller

Ludovica tenía la cara de un brillante color rojo, como las zarzamoras antes de alcanzar la maduración. Se detuvo a mitad de la trabajosa cuesta para recuperar el resuello y se secó la frente con un pañuelo.

—Mejor hubiera sido que Bernard nos hubiese acercado en carruaje, Christine. Es un martirio subir hasta aquí a pie, bien lo sabéis. Además, por este barrio, siempre andan haciendo de las suyas los estudiantes. ¡Vaya lobos! Me han dicho que el otro día dejaron a un pobre hombre molido a palos.

Christine se quejó del desenfreno de los universitarios y de la horrenda imagen que daban de la ciudad.

—Y ¿acaso pasa algo? —prosiguió Ludovica enfurruñada—. Pues nada de nada. Campan a sus anchas, siempre bajo el amparo de la universidad.

Se lamentó la dama por haber decidido ir andando hasta allí. El día era hermoso y su cuerpo precisaba desentumecerse tras pasar tantas horas escribiendo, pero eso no justificaba, según reconoció, el esfuerzo que había exigido a Ludovica y se disculpó por ello.

Después de hacerlo, giró la cabeza hacia atrás, al echar de menos a Clémence.

—Por san Gil, no me dirás que tú también estás cansada —dijo al verla detenida unos pasos más atrás—. A Ludovica le disculpa la edad, a ti no.

No era el cansancio lo que la detuvo, sino la zozobra que le produjo el darse cuenta de que el taller al que se dirigían para recomponer su libro de horas no era otro que aquel del que había sido arrojada de modo tan humillante y burlesco. Al llegar ante la puerta del taller situado al final de la Montagne de Sainte-Geneviève, sintió un pellizco en el estómago.

—Os lo ruego, Christine, esperad un momento…Tomad el libro de horas, que no me dejarán pasar ahí. Me volverán a insultar… Se reirán de nuevo de mí.

El semblante de Christine no podía reflejar mayor desconcierto. Se retiraron de la puerta y Clémence le explicó, entonces, el desagradable desencuentro que tuvo lugar cuando buscó trabajo tras esa puerta. Christine, mirándola muy seria, le dijo que uno no podía dejarse abatir.

—La humillación ha de servirte, querida, para reforzar tu coraje y determinación. ¿Acaso crees que a mí siempre me han recompensado mi trabajo justamente?, ¿que desde un principio mis obras fueron valoradas? No, Clémence, créeme que no ha sido así, y si alguien sabe de burlas y de humillación soy yo.

Ludovica asintió compungida.

—Algunos siguen diciendo que mis libros fueron escritos por algún erudito; otros, admitiendo que yo soy la autora, se dedican a criticar

jocosamente mi estilo; los hay que me tachan de simple copista, de que solo transcribo lo que otros ya han escrito.

Clémence la miraba absorta, sintiéndose cada vez peor por su propia cobardía.

—En una ocasión me invitaron a un banquete para que lo amenizara con la lectura de algunas de mis baladas. Al finalizar, me pagaron menos que al bufón que también intervino en la fiesta. Sí, sí, no invento nada. Así fue. Tardé todo un año en acabar aquellas rimas y así me lo valoraron, así.

Al escucharla Ludovica suspiró.

—¿Me sentí humillada? —prosiguió diciendo la dama, y puso la mano sobre el hombro de Clémence—. Pues sí, francamente humillada, y muy tocada en mi orgullo, sin duda. Pero ese y muchos desaires más, lejos de llevarme a guardar la pluma, me hicieron esforzarme más para acallar las chanzas y los insultos. Así que, querida mía, no me pongas excusas vanas. Toma tu libro de horas, levanta esa barbilla y entremos las tres ahora mismo en el taller.

Las mejillas de Clémence ardían. Tomó de nuevo el libro. Se sentía muy avergonzada por carecer del arrojo que demostraba esa mujer. Entró al taller. Al descorrerse la cortinilla, alzó la vista y se le heló la sangre al ver aparecer al mismo hombre que la había arrojado de allí tan vilmente. Recordó su boca salivosa mientras la humillaba.

—Querida señora, no os esperábamos hasta la semana que viene. Aún no están copiados todos vuestros ejemplares, estamos próximos a terminar.

Pensó Clémence que qué lejos estaba esa corrección de los malos modos que había empleado con ella.

Christine respondió que no era ese el motivo de la visita, sino otro bien distinto y dirigió la mirada hacia Clémence. El hombre pareció percatarse entonces de su presencia y ella, sin saber qué hacer, agarró con más fuerza su libro de horas.

—Supongo, señora, que esta linda damisela que os acompaña es vuestra hija.

—No, ella está en Poissy, pero para el caso como si lo fuera —respondió con frialdad.

A petición de Christine, fue la propia Clémence quien dio cumplida cuenta del trabajo que debía realizarse con el libro, y, al examinar la hoja arrancada, el hombre bromeó preguntando con sorna si algún hambriento se la había intentado comer a mordiscos. Como fuera que ninguna de las tres esbozó la más mínima sonrisa, carraspeó y aseguró, esta vez con serio semblante, que quedaría como nueva, no en vano estaban las señoras ante el mejor taller de la ciudad. Apenas había terminado la frase cuando Christine le preguntó si estaba dentro el maestro iluminador y, al saber que así era, bordeó decidida el mostrador de la tienda, alzó la cortinilla que daba al taller y desapareció.

Salieron al rato del establecimiento. Mientras descendían la cuesta, Christine le dijo a Clémence que todos los días Bernard la acompañaría hasta allí y que, cuando concluyera con el maestro, la llevaría de vuelta a casa.

—¿Ir hasta allí? ¿Terminar con el maestro? —preguntó ella extrañada.

—Sí, eso he dicho, Clémence.

Christine y Ludovica cruzaron, entonces, una mirada. Ambas sonrieron.

—No hay mejor sitio en todo París para que aprendas lo que puede saberse sobre iluminación.



48

El purgatorio de los libros

Decía Plinio que no había libro, por malo que fuera, que no tuviese alguna cosa buena. Christine de Pizan no estaba de acuerdo con él. Había algunos tan injuriosos que mejor hubiera sido no ser escritos jamás. Eso es lo que dijo cuando Clémence preguntó por los que estaban amontonados en el suelo al fondo del estudio y de cuyas páginas sobresalían numerosas cintas negras.

—Eso es el purgatorio de los libros. Voy acumulando en él todo aquello que leo y me irrita.

Clémence se quedó perpleja. Había leído muchos libros en la biblioteca del *scriptorium,* pero ninguno le había causado la animadversión a la que ella se refería. Todos habían sido placenteros y cautivadores, y así se lo dijo. Y la dama respondió que la mayoría de las veces los libros eran provechosos, pero que había un buen puñado de ellos que, en lugar de instruir y deleitar, lo que provocaban, lamentablemente, era todo lo contrario, malos hábitos e indignación. Cuando eso ocurría, marcaba con cintas las páginas que consideraba deleznables y dejaba el libro allí retirado, purgando sus culpas. Al decir esto, Christine sonrió.

Según ella, se habían de rechazar los libros que incurrían en falsedades y que no contribuían al cultivo de las cualidades morales. Había que huir siempre de las groserías de estilo y de argumentación; de esos libros que, en lugar de mejorarnos, nos envilecen. Era en los serios y valiosos, sin embargo, en los que uno debía centrarse. Aunque fueran complicados de entendimiento, el tiempo dedicado a ellos no sería en vano. A Clémence le vino a la mente el *pater* Oliverius. Cuántas veces habría insistido en que dejase a un lado las lecturas fáciles y se afanara en las que resultaban laboriosas.

—Pero no quiero que me malinterpretes, querida. Yo no anhelo que todos los libros sean un Homero, un Tucídides o un Séneca.

Del tal Séneca le había leído algunas cosas el *pater*. Del resto, Clémence no tenía ni idea de quiénes eran. Temió que la dama le preguntara algo al respecto que dejara su ignorancia al descubierto. Pero no lo hizo.

—… Y no es que yo retire al purgatorio todo lo que no es de mi agrado, sino tan solo aquello que vilipendia sin motivo y que intenta confundir con mentiras y groserías.

Christine se acuclilló, rebuscó entre los libros amontonados y tomó uno de ellos.

—Ven, acércate más. Quiero que veas esto… Hete aquí a Ovidio y su *Arte de amar*. Más le hubiera valido llamarlo el *Arte del gran engaño*. No hace más que enseñar a los hombres cómo embaucar con artimañas a las mujeres para obtener lo que él llama amor.

Los ojos grises de Clémence brillaron aún más. A ella nadie le había revelado nada de ese tipo de amor, sino tan solo del amor que

se le debe a Dios. Se acercó a la dama para poder verlo más de cerca.

—Ten por seguro que un hombre que actúe según este libro nunca amará por mucho que se le ame. Yo siempre he procurado mantenerlo bien alejado de mi hijo, Jean. Solo espero que el amor que él dispense a su dama, cuando la encuentre, sea puro y cortés.

Ya sabía Clémence, por boca de Émilie, que la mayor preocupación de la señora era hacerlo retornar de Inglaterra, donde lo tenían retenido tras el derrocamiento del monarca. Había ido allí con un amigo, a formarse como caballero en la corte inglesa. Dominaba la monta, las justas, la espada, en fin, tenía todo lo que se había de tener. Pero, ahora, cuánto sufría la señora cada vez que llegaban noticias de que los afines al rey derrocado estaban siendo arrestados y ajusticiados.

Christine abrió el libro por una de las páginas marcadas. Leyó para sí. Negó con la cabeza. Siguió buscando sin dejar de hablar a Clémence.

—Ovidio, que al parecer carecía de atributos físicos para la conquista —precisó Christine mientras rebuscaba—, deseó a muchas mujeres y, como no las consiguió, se dedicó con despecho a difamarlas. Pobre hombre… Si hubiera empleado tanto esfuerzo en hacer gala de otras cualidades, hubiera podido llegar a enamorar a alguna.

Se detuvo, de nuevo, en uno de los párrafos señalados y comenzó a leer en voz alta:

—«Si te niega los besos, dáselos contra su voluntad; ella acaso resista al principio y te llame malvado; pero, aunque resista, desea caer vencida. Evita que los hurtos hechos a sus lindos labios la

lastimen y que la oigas quejarse, con razón, de tu dureza. El que logra sus besos, si no se apodera de lo demás merece por mentecato perder aquello que ya ha conseguido».

Christine alzó la vista y se quejó de que el autor alentase de tal modo imponerse por la fuerza en materia de amores. Tras negar con la cabeza, prosiguió.

—«… Aunque diga que la has poseído con violencia, no te importe: esta violencia gusta a las mujeres. Quieren que se les arranque por la fuerza lo que desean conceder».

Cerró con enfado el libro.

—Ya lo ves, y a esto lo llama arte, yo me pregunto el arte de qué. No será del buen amor. Ten por seguro que no.

La dama hizo el amago de coger otro libro, pero se detuvo y pidió a Clémence que fuera ella misma la que eligiera uno.

—Veamos qué tenemos aquí. *De secretis mulierum*, de Alberto Magno. Buena elección, Clémence. Que fuera escrito por un obispo no lo salva del purgatorio. Es una antología de la mentira. Lee tú misma esta vez, te lo ruego.

Ella se alegró de que le diera participación en la lectura, de que la dama mostrara confianza suficiente para compartir ese peculiar rincón de su estudio. Comenzó a leer, con avidez, lo que le indicaba.

—«Las mujeres están llenas de veneno». —Al decir esto, enarcó las cejas y, con mirada interrogativa, se quedó mirando a Christine. La dama le indicó que continuase—. «Las mujeres están llenas de veneno en el tiempo de su menstruación» —leyó con mayor ahínco Clémence—. «Envenenan a animales con la mirada, infectan a los niños en sus cunas, ensucian el más limpio de los espejos y

cuandoquiera que los hombres tienen contacto sexual con ellas, se convierten en leprosos y a veces en tumorosos enfermos».

Alzó la vista sorprendida. Ella creía que todo lo que contenían los libros era cierto. Pero ¿sería posible que aquellas acusaciones fueran verdad?

—… «Y porque un demonio no puede ser evitado a menos que sea conocido» —tomó la palabra Christine—. «Aquellos que quieran evitarlo deben abstenerse de este coito impuro y de muchas otras cosas que son enseñadas aquí».

Con un suspiro devolvió el libro al purgatorio.

Estaba intentando Clémence digerir lo que acababa de leer cuando Christine afirmó que eran muchas las cosas falsas que se decían de la mujer. Para Aristóteles no era más que un hombre defectuoso o incompleto; para Platón, el castigo que se le daba al hombre tras la reencarnación por haber sido injusto durante su anterior vida; y hasta Santo Tomás, virtuoso y venerado hombre de Iglesia, las había calificado alguna vez como defectuosas y mal nacidas.

Después, se alejó del purgatorio, se sentó en su cátedra. Clémence tomó asiento a su lado. Se acodó en la mesa mientras la escuchaba.

—… Otros nos tachan de soberbias y orgullosas, de lengua venenosa, de ser derrochadoras, cotorras incansables, ignorantes, peligrosas y siempre infieles. Esa es, querida niña, la concepción que de *nosotras* se tiene en esos libros que has visto, y como fueron escritos por hombres ilustres se admiten sus ideas como dogmas de fe. Nadie las discute y se divulgan por los maestros en las escuelas y por los clérigos desde lo alto del púlpito.

Afirmó, con pesar, que Dios no había podido crear un ser tan abyecto como *ellos* decían y que se oponía a admitir que las mujeres fuesen la vasija que contiene el poso de todos los vicios. Los peores males que podían llegar a hacer las mujeres poco daño causaban. Ellas no mataban a la gente, no dejaban heridos o mutilados en los campos de batalla, no fomentaban la traición y los crímenes, no incendiaban los hogares o desheredaban. Tampoco robaban la plata o el oro ni iban saqueando aldeas, ducados o imperios.

Al escucharla, Clémence pensó en los bárbaros que asaltaron la abadía. Tenía razón. Dudaba mucho de que aquella desatada crueldad y feroz violencia hubiera podido ser causada por mujer alguna.

—Sí, daños escasos causan incluso las peores —continuó Christine — y una sola no ha de bastar para sentar regla general y señalarnos a todas. No se puede condenar al fuego porque algunos se quemen ni al agua porque otros se ahoguen.

Christine guardó silencio. Ordenó los cuadernillos que tenía desperdigados por la mesa, metió la pluma en su estuche de madera. Después, se levantó y se acercó con desgana al ventanal. Se quedó callada, contemplando la ciudad. Clémence no sabía qué hacer. Decidió levantarse e ir junto a ella. Hacía días que no paraba de llover. De los tejados resbalaba de forma incesante el agua, formando tupidas cortinas blanquecinas. Pobres palomas. Cómo se acurrucaban en las cornisas.

La dama, al sentir a Clémence a su lado, la agarró por el hombro.

—Nunca has de avergonzarte de lo que eres. Por muy clarividentes y doctos que sean los que han escrito esos libros, no hay que otorgarles credibilidad alguna.

Cambió el semblante y la dama le habló, entonces, de la obra que llevaba tiempo escribiendo. Trataba de un lugar en el que todas las mujeres, dignas y honradas, fuera cual fuese su edad o condición, encontraran un refugio seguro. *La ciudad de las damas* se llamaba. Allí, en ese hermoso recinto amurallado, cimentado con tanta sabiduría como bondad y virtud, se ensalzarían las brillantes cualidades de las mujeres ilustres y su semblanza sería la mejor defensa frente a las injustas falsedades que se divulgaban contra todas ellas.

Clémence escuchaba encandilada. Ni un rayo caído a sus pies la hubiera hecho pestañear.

Quién pudiera ser como ella, pensaba. Quién pudiera habitar esa ciudad de las damas.



49

Las manos siempre bajas

—Una damisela no hace tanto ruido al andar. Se debe uno mover con delicadeza. ¿Has visto los cisnes del Sena, que parecen acariciar el agua a su paso? Así, así es como debes hacerlo. Cada vez que te muevas, acuérdate del cisne. Métetelo en esa cabeza, Clémence. ¡Cisne, cisne, cisne! Ni tus pies ni el ropaje deben hacer ruido.

Las lecciones de Ludovica eran un hastío. Ella prefería estar con Christine en su estudio, leyendo y atendiendo a sus explicaciones. Pero la dama había dispuesto que una parte del tiempo fuera instruida por su muy querida aya. De nada le serviría aprender de los mejores iluminadores o engullir como engullía los libros de su estudio, si se comportaba luego como una torpe y ruda aldeana.

—Esa cabeza un poco más baja, Clémence, que pareces un ciervo en una cacería. Vamos, un poco más inclinada…

Clémence la bajó.

—¡*Per tutti i santi*!, no tanto, que parece ahora que estés rezando. Un poco menos, un poco menos… Así, mantenla así… Camina. Ve hasta el final. Después, das la vuelta. A ver si esta vez no tropiezas con las faldas.

Ludovica le hacía caminar, sentarse y levantarse, coger el cuchillo, alzar la copa, conversar. Insistía en que el habla de una dama tenía que ser pausado, dulce y de bello tono. Las palabras no debían ir acompañadas de movimientos bruscos, especialmente de las manos, que debían permanecer siempre bajas, pegaditas al vestido, sin estorbar. Las carcajadas, absolutamente prohibidas; las risas, nunca efusivas y siempre con causa; las sonrisas, contadas, que cuántos malentendidos podían llegar a generar con los caballeros. A los extraños se les había de recibir con cautela, guardando la debida distancia, con mirada serena y mostrando siempre seguridad. La sobriedad, siempre en su justa medida, claro, para no pecar de rudeza o de una acritud injustificada.

—¿Me estás escuchando, Clémence? —preguntó indignada Ludovica al verla mirando por la ventana.

—Claro que sí, Ludovica, claro que sí… Me estabais hablando de los extraños —respondió ella, sin dejar de mirar al jardín—. De cómo tratarlos… Con cautela, sí, con mucha cautela…

Giró la cabeza y miró muy seria a Ludovica, poniendo cara de hacer memoria.

—Decíais, sí, eso era, que no hay que darles… ni agua.

—¿Ni agua?, pero ¡quién te ha dicho eso, criatura! ¿Ves cómo no me escuchabas? Para el extraño te recomendaba la cautela. Solo te he mencionado el agua para decirte que te muevas en silencio, como el cisne, por Dios —afirmó Ludovica echándose las manos a la cabeza.

—¡Esas manos, Ludovica! Se habla sin la ayuda de las manos. Las manos, ya lo sabéis, siempre bajas.

Su instructora chasqueó la lengua. Negó con la cabeza con cara de resignación.

—Dios bendito, niña. Haré de ti una damisela, tan distinguida como si hubieras nacido en un *palazzo;* como si fueras *figlia de una regina, o di un grande signore.*

Clémence frunció la cara.

—Pero ¡qué te he dicho de los gestos! —se quejó Ludovica, esta vez enfadada.

—Es que cuando habláis de ese modo, Ludovica, no os entiendo nada, y mirad que lo intento, pero nada.

—Te decía que haré de ti una señora, como si hubieras nacido en un palacio, niña, pero, cuando uno no entiende, basta con adelantar levemente la barbilla… así…, ¿lo ves?, para que el otro repita, pero nunca se ha de arrugar la cara. ¿Acaso has visto a alguna dama con el rostro como si estuviera mordiendo un limón?

Fue mucho el tiempo que Clémence tuvo que compartir con Ludovica y eso le permitió darse cuenta de que en esa mujer tenía Christine la más sincera fidelidad. Su cariño era, sin duda, el más longevo, no en vano fue la primera que la tomó en sus brazos cuando nació. Fue ella la que la cuidó en la infancia, la acompañó en la juventud, la vistió de novia, la asistió en sus partos. Cuando perdió a su amado Étienne, Christine cayó en una melancolía prolongada que hizo temer a Ludovica lo peor. Pero después de meses de encierro, de días y más días encamada, sin desear ver a nadie, sin apenas comer, una mañana se la encontraron envuelta en una manta, sentada en el jardín con un libro en las manos. Y, a partir de ese día, todo cambió. El gabinete del astrólogo se

transformó en su estudio; los libros guardados en los arcones del desván se desempolvaron y volvieron a ver la luz.

Ludovica decía que cuando Christine estuvo a punto de naufragar fueron los libros los que la sacaron a flote, pero temía que ahora fueran esos mismos libros los que la arrastrasen hasta el abismo como una pesada ancla atada a sus pies. Rezaba todas las noches para que el Señor le hiciera recobrar la sensatez. Le pedía que, por favor, su señora se comportase como cualquier otra dama, dedicada a llevar su casa, cuidar de su familia, cultivar sus amistades y velar por su noble posición.

—¿Te ha contado lo molestos que siguen por el encargo que le hicieron? —preguntó Ludovica a Clémence con semblante preocupado—. Ha pasado tiempo y el asunto sigue dando que hablar. Dios bendito, una mujer escribiendo la biografía del rey padre, no se lo van a perdonar. Y mira que se lo he dicho: «Si os empeñáis en escribir, dedicaos al menos a las baladas, que no hacen mal a nadie», pero nada, no escucha, es tan tozuda como el señor Tommaso, que en paz descanse. Qué digo, lo es, más, mucho más que su padre. Pero un hombre se puede permitir la tozudez; una mujer, no.

Si eso preocupaba a Ludovica, no quería ni imaginar Clémence cómo se tomaría que Christine estuviera escribiendo las cosas que estaba escribiendo. Si la anciana hubiera tenido noticia de *La ciudad de las damas* y lo que en ese libro su señora decía, habrían tenido que llamar con premura a *monsieur* Durand para reanimarla y rescatarla del vahído. Pero tal cosa no ocurriría, no. Nadie entraba en el estudio, nadie leía sus libros, nadie conocía sus escritos. Era

terreno vedado, salvo para Clémence. Y eso la hacía sentirse halagada, distinguida, inmensamente feliz.

Según Ludovica, Christine debía ser más cautelosa, intentar pasar desapercibida. Una mujer no podía ir pisando las callosidades de los hombres de iglesia ni las de los maestros de la Universidad de París. Qué locura, qué insensatez la suya querer escribir como ellos. Estaba en boca de todos y eso solo le podía acarrear problemas. Por qué se obcecaba, Dios bendito, en ser tan diferente a las demás. En qué había fallado ella al cuidarla durante la infancia; en qué habían errado sus padres durante su educación. Lo que tenía que hacer era dejarse de escrituras, olvidarse de los libros y volverse a casar, cuántas veces se lo habría dicho. Diez, cien, ¿un millar? Esa y no otra era la solución. Y pretendientes no le faltaban. Habían revoloteado en torno a ella como grajos hambrientos desde el mismo día en que se conoció la triste fortuna de Étienne. Un hombre le daría la seguridad que precisaba, la ataría en corto, la colocaría en su sitio, sería su protector.

—Le dije: «Como no os andéis con cuidado, acabaréis como la pobre Marguerite Porete: ardiendo en la Place de Grève por escribir lo que no debía». —Ludovica suspiró—. Y ¿qué crees que me contestó ella, Clémence? «Pero qué cosas me decís, Ludovica, pero qué cosas. Porete era una mística y los suyos otros tiempos. Han pasado casi cien años. Os ruego que no me comparéis».

Clémence seguía la plática con los ojos cada vez más abiertos y el corazón más encogido.

—Yo contesté que sí, que cien años, pero que a Porete la llevó a la hoguera un solo libro y que me dijera cuántos llevaba escritos ella.

No sabía Clémence que a la gente se la pudiera quemar por escribir libros. Pensaba que tal cosa solo sucedía con las brujas. La abadesa le narró cómo durante su juventud fue testigo de la quema de una de ellas por robar a un niño de su cuna y cocerlo en un caldero hasta que la carne se le desprendió de los huesos. Esa historia terrible hizo que Clémence tuviera pesadillas durante muchas noches y que no pudiera dormir del espanto que sentía.

Estaba tan preocupada Ludovica por su señora que había hecho recientemente una promesa en su beneficio. Hacer una promesa, según aclaró, consistía en ofrecer algo a Dios que supusiese un sacrificio propio para pedirle algo a cambio en recompensa.

—¿Acaso no se hacían promesas en la abadía? —preguntó Ludovica asombrada.

Ella negó con la cabeza. En la abadía no hacían falta promesas de esas. Todo allí era un perpetuo y costoso sacrificio.

Ludovica adujo que, en una ocasión, por la salud del rey, prometió subir de rodillas cada domingo la escalinata de Notre-Dame, y es que, en su último brote de locura, le había dado al desequilibrado monarca por desenvainar la espada y dar con ella a diestro y siniestro.

—Ya ves, con lo protector y prudente que era su padre, el sabio Carlos V, y lo rematadamente loco que está él. A veces, no recuerda ni su nombre ni que es rey.

—Y por Christine ¿qué es lo que habéis prometido? —preguntó intrigada Clémence.

—Ay, hija mía, lo que mayor sacrificio me supone. Me deprenderé de todas mis reliquias, sí, de todas ellas sin excepción, has oído bien, con tal de que ella deje de escribir.

Clémence, al escucharla, negó con la cabeza.

—Que se deje de excentricidades, hija mía, es lo que pido, y que se comporte como cualquier mujer.



50

La Rumorosa

Sin duda alguna, la reliquia que más veneraba Ludovica era el rubio mechón de la Virgen María. Cada vez que lo contemplaba se deshacía en sollozos. Al verla de tal modo, Clémence recordó a la *mater* abadesa. Cómo se quedaba extasiada adorando aquella oblea manchada de sangre que presidía el altar.

Ludovica le mostró el venerable mechón junto al resto de sus tesoros esa misma mañana, una vez, eso sí, que se hubo lavado bien las manos, rezado y santiguado con reiteración. Sobre una tela verdinegra colocó temblorosa y como si le quemaran los dedos el divino cabello de la Santa *Madonna*, que parecía estar hecho de finas y resplandecientes hebras del más puro oro. Clémence hizo el amago de acariciarlo, pero ella se lo impidió. Tras el mechón, la anciana colocó una cuerda amarilleada a su lado con la advertencia de que había pertenecido al arpa con la que santa Cecilia interpretó suaves y celestiales melodías. A la cuerda le siguió el diente del apóstol Santiago y, al diente, una astilla de la cuna del Niño Jesús. La astilla dio paso a la uña de san Agustín y la negruzca uña a una piedra, pequeña y bien pulida que había formado parte del rosario

con el que el papa Clemente VI había rezado cada noche, allá por Avignon.

Clémence miraba todo aquello con los ojos bien abiertos, preguntándose cómo se habrían apañado para conseguir de la Virgen su brillante y santo mechón.

—Puede que pronto tenga en mis manos uno de los clavos de la Cruz de Cristo, hija mía —afirmó Ludovica sin disimular su agitación.

Mirando hacia la puerta, dijo, bajando la voz, que todo eso lo había conseguido gracias a la Rumorosa. Christine no quería ni oír hablar de ella, precisó volviendo a bajar la voz. Y es que, para la dama, la discreción era la madre de todas las virtudes y aquella mujer, había de reconocerse, tenía de todo menos discreción. Era, según la señora, frívola y casquivana, alcahueta y calumniadora, en suma, una persona de la que uno se debía mantener alejado. Cizañera era, dijo Ludovica, pero una cizañera que siempre la había tratado bien. ¡*Per tutti i santi*!, qué reliquias hubiera podido conseguir sin su mediación. Se hubiera tenido que contentar, como el resto de los mortales, con agolparse en la calle y mirar, entre codazos y gritos, las que eran exhibidas por los clérigos desde lo alto de la fachada de la Sainte-Chapelle.

Pero la Rumorosa no solo era de gran utilidad por su más que probada habilidad en conseguir reliquias de mercaderes, clérigos y peregrinos, sino porque conocía lo que sucedía, se urdía, se ocultaba o se hablaba en París. Se pegaba a los corrillos y tumultos; se abría paso en los puestos de los mercados; se hacía hueco en los bancos de la iglesia y entre la gente acodada en los puentes. Escuchaba al curtidor y al carnicero, al aguador, a las vecinas deslenguadas, a los estudiantes. De cualquiera podía obtener jugosa información. No

había nada que se escapase a sus oídos, ni tampoco secreto que pudiera mantener guardado en la boca. Si se enteraba de algo se conocía al poco de norte a sur, de este a oeste. Surcaba el Sena, recorría plazas y embarcaderos, atravesaba ventanas y puertas. Todo el que reclamaba sus servicios sabía bien dónde hallarla. Aunque volaba como el viento por toda la ciudad, siempre hacía un alto para quien la necesitara. Todos los días del año, a la hora tercia, al pie del Châtelet. Allí estaba. No había día que faltara, lloviera o tronara.

Era la Rumorosa la que mantenía a Ludovica al tanto de lo que se hablaba de la señora. A través de ella tenía noticia de quiénes la ridiculizaban, salían en su defensa, la criticaban o la respetaban. Tendría, sí, muchas cosas malas, reconoció Ludovica, pero la Rumorosa era más lo que le daba que lo que le quitaba. Tenía razón, entonces, el *pater* Oliverius, pensó Clémence. Decía el buen monje que, al igual que nadie es bueno por completo, porque la perfección está en Dios y Dios solo hay uno, no se es malo por entero, porque de ser así no habría un solo diablo, sino más de un millar.

El día que Clémence conoció a la Rumorosa le causó, además de una desagradable impresión, una cierta desazón. El encuentro tuvo lugar una desapacible mañana de otoño, mientras acompañaba a Ludovica a la rue du Foin, a recoger un encargo hecho por Christine. A la dama solo le gustaban las plumas de oca que se vendían en una pequeña tienda llamada La Bonne Oie. Tenían la curvatura perfecta; la firmeza exacta. Se negaba a escribir con otras que no fueran las que allí se vendían. Le estaba señalando Ludovica la oca de hierro que colgaba de una de las fachadas cuando apareció entre el gentío una mujer estrafalaria, con un tocado que tenía dos protuberancias

enormes que parecían los cuernos de un buey recubiertos de gasa. Escuchó de los labios de Ludovica la palabra Rumorosa y Clémence se puso en guardia al saber lo mucho que esa mujer desgradaba a Christine. Sintió el deseo de salir huyendo, pues no quería hacer nada que ofendiera a la dama, pero qué podía hacer si la anciana se paraba y conversaba.

—¡Mi querida, queridísima Ludovica! Bien hallada —gritó la de la cornamenta—. No lo creeréis, pero ahora mismito estaba yo pensando en vos. Me decía dónde, pero dónde andará mi Ludovica, cuánto ha que no la veo, ni en misa ni en el mercado ni por el Châtelet…, y eso con la de asuntos que nos traemos nosotras entre manos.

Ludovica, al escucharla, enrojeció y rogó, mirando a ambos lados, que no chillara. Unas mujeres cargadas con cestos cuchichearon e hicieron gestos de desprecio al pasar por su lado. La Rumorosa negó con la cornamenta.

—Ya lo veis, Ludovica, son simples verduleras y me miran de forma altiva como si ellas fueran señoras y yo la escoria que retiran de sus letrinas. Ya me necesitarán, yaaa, y entonces sus mofas se convertirán en sollozos y en súplicas.

Un golpe de viento hizo que la Rumorosa se tuviera que echar las manos a la toca. Se la enderezó y soltó una carcajada que hizo que sus carnes temblequearan. Comenzó a quejarse del tiempo parisino y, después, de lo mucho que había tenido que andar al estar cortado el acceso al Pont Notre-Dame. Aquella extraña mujer reunía todo lo que le había dicho la anciana que una dama no debía poseer. Su voz era aguda, como una flauta desafinada; sus brazos parecían las

aspas de un molino; su risa resultaba estridente, inoportuna y fastidiosa.

La Rumorosa saludó efusivamente a un hombre que pasó a su lado montado en un carro. El hombre, sin embargo, la ignoró.

—¡Menudo desagradecido! Bien que me buscó para pedirme ayuda… Quería un elixir para aumentar su virilidad, ya veis —dijo torciendo la boca—. Como si ese fuese el remedio para que su señora deje de encamarse con el tintorero de la rue…

—Bueno, bueno… —cortó en seco Ludovica, mirando con apuro a Clémence—, dejaos de elixires y de chismorreos, que no, que no tenemos tiempo para cuentos.

—No me habéis dicho, Ludovica, quién es esta damisela que hoy os acompaña. Pero qué bellos ojos que tiene la damita, bien grandecitos, sí, y espabilados, pero…, diablos…, ¿se puede saber de qué color son? —preguntó aguzando la vista con las narices arrugadas y acercándose tanto que Clémence hubo de dar un paso atrás.

También Renée, la enclaustrada, cuando la vio a través del ventanuco en el cementerio de los Inocentes alabó sus ojos. Igual no fueran horribles, tal y como le dio a entender la abadesa cuando siendo niña dijo que los tenía color panzaburro. ¿Y si la monja no tuviera razón? Quién sabía, quizá la engañó.

—Pero qué más os da, Rumorosa, de qué color tenga la joven los ojos. Ya sean grises o verdes o amarillos os ha de dar igual, por Dios. Dejaos, dejaos de historias y apartaos. No nos podemos entretener.

La Rumorosa se mantuvo inamovible, cerrándoles el paso. Insistió en saber quién era la damisela. Ludovica titubeó.

—Sobrina… Es la sobrina de mi señora —dijo mirando de reojo a Clémence y a ella le sorprendió que hubiera osado emparentarla con Christine.

—Y la sobrina… tendrá nombre, digo yo. Por Dios, Ludovica, que esto parece un interrogatorio de los guardas del Châtelet —añadió la Rumorosa ahogada por la risa—, que me falta poneros los grilletes.

—Callad, callad, que menudo alboroto estáis armando… La niña se llama Clémence.

—Niña, niña… es mucho decir, que yo ya la veo en edad casadera… —adujo la otra recorriéndola de arriba abajo—. Y, vamos a ver, ¿la niña acaso es muda? —añadió muy altanera—. Porque no ha despegado los labios ni para decir cómo se llama…

Ludovica respondió que la joven hablaba cuando debía y con quien debía, como era propio de su posición y de su buena educación.

—Ya veo, ya… —murmuró la Rumorosa, y se mordisqueó los labios —. Pues… bueno…, ya sabéis que nadie mejor que yo para hallarle un buen pretendiente. Decídselo, decídselo a su tía… Puedo hacer hasta que un príncipe bese a la joven los pies…

La Rumorosa volvió a carcajearse sin medida y no hubo parte de su cuerpo que permaneciera quieto. A Clémence le pareció que esa mujer tenía el porte de los rudos taberneros que hacían rodar sus toneles hasta los puestos del mercado y luego ofrecían con alboroto una jarra de buen vino. En efecto, era como ver a uno de esos taberneros de abultadas barrigas, pero ataviado de mujer y luciendo astas.

Un sonido estrepitoso se escuchó a sus espaldas. Clémence giró la cabeza y vio cómo avanzaba raudo hacia ellas un muchacho,

sentado a ras del suelo sobre una tabla con ruedas. Se impulsaba con dos gruesos palos terminados en almohadillas que empleaba a modo de remos. La gente, al verlo, se iba apartando de un salto para no ser atropellada. Frenó en seco ante ellas tirando de una palanquilla.

—¡Madre, madre! —dijo a la Rumorosa—. Os traigo pescadito fresco, muy fresco, vivito y coleando. Arrojé el anzuelo y no os imagináis lo que pesqué.

Clémence miró sobre la tabla. Allí no veía ningún pescado. Tan solo estaba el muchacho, sentado, con las piernas entrecruzadas.

—Lo he pillado a las puertas de la Conciergerie. Un escándalo. No os lo vais a creer. Os van a pagar con oro la primicia.

A la madre se le iluminaron los ojos y comenzó a dar palmadas, nerviosa, con sus bastas manos de tabernero.

—Os tengo, os tengo que dejar —dijo apresuradamente haciendo un giño al hijo para que la siguiera—. ¡Espero veros pronto! —gritó mientras se alejaban—. ¡Y a vos, damiselita, también!

Y fue visto y no visto. Cuando se quisieron dar cuenta, la Rumorosa iba calle abajo y a su lado el muchacho dando enérgicas remadas al empedrado.

—¿Por qué va ahí subido, Ludovica? —preguntó Clémence mirándolos anonadada.

Ella respondió que la Rumorosa, su madre, se dejó la puerta abierta de casa cuando salió a comadrear por el vecindario. Un puerco despistado se separó de la piara que iba al mercado, entró, se acercó a la cuna y le mordió los pies.

Clémence se tapó la boca con ambas manos.

—Horrible, sí. La criatura tiene los pies tan deformes que no se sabe si son de animal o de humano. Dice Christine que el Señor castigó a la Rumorosa por los muchos males que provoca su afilada lengua, pero que parece ser que de poco le sirvió la lección.

Ludovica se detuvo bajo el cartel de la oca de hierro columpiada por el viento. Miró de soslayo hacia el cielo.

—Nubes barbadas, viento a carretadas —masculló.

Abrió la puerta y entró en el oscuro establecimiento. Clémence levantó la vista hacia el cielo. Después también entró.



51

Diente de perro

Amor. Obediencia. Perseverancia.

Esas tres cualidades eran las que hacían falta para llegar a ser un buen iluminador. Eran las palabras más repetidas por maese Thierry, a cuyo cargo estaba el taller de la Montagne de Sainte-Geneviève.

«Amor por el arte». Decía que solo con pasión se logra hacer cosas excepcionales.

«Obediencia al maestro». Era preciso ponerse cuanto antes bajo su abrigo, seguir sus consejos y separarse de él lo más tarde posible, a poder ser.

«Perseverancia». Mucha perseverancia en lo que se emprende. No se puede alcanzar la cima de la montaña sin sudor, coraje y determinación.

Clémence pronto le demostró al maestro que no le faltaba ninguna de esas tres exigencias. Tenía un amor inconmensurable por los libros. Si a algo estaba habituada era a la obediencia, pues qué otra cosa había hecho en la abadía más que obedecer. Y qué decir de la perseverancia… Tampoco le era ajena. Sin su constancia y obstinación no habría podido trabajar con los monjes en el *scriptorium.*

Cada vez que entraba en el taller sentía la misma emoción del primer día. Habían pasado meses, pero le seguían sudando las manos, se le aceleraba el corazón, sus ojos brillaban como dos cantos rodados recién sacados del agua. Nadie la llamaba por su nombre. Allí dentro era, tan solo, la pupila. La pupila de Christine de Pizan, una de las más distinguidas clientas del establecimiento. Cada vez que escribía una obra, era ese el taller en el que se hacían las copias de sus libros. Eran cientos los encargos. Ejemplares para la reina Isabeau, para los duques, para nobles cultos y damas caprichosas, para casas reales extranjeras, bibliotecas, libreros… No solo copiaban sus escritos, también los ilustraban. Eran más de una decena los iluminadores que a veces estaban enfrascados en su decoración. Al ver sobre las mesas del taller las obras de Christine, Clémence no podía evitar sentirse especial. Por vez primera, hasta privilegiada. En cierto modo, incluso superior. Copiaban lo que ella había tenido la oportunidad de escuchar con antelación, directamente de los labios de su autora.

Cada vez que volvía a casa, Clémence ansiaba que diese la hora de la cena para que Christine saliese de su estudio y poder así contarle todo lo que había hecho en el taller. Ludovica le reprendía, recordándole desesperada que a la mesa, ¡*per tutti i santi*!*,* uno no se sienta a parlotear atropelladamente. Pero Christine, más benévola y deseosa de conocer los avances de la pupila, dejaba que hablase.

—… y hoy me ha insistido maese Thierry en que una cosa es decorar y otra bien distinta, ilustrar.

Ludovica miraba a la una y a la otra con resignación.

—… Dice que no tengo que olvidar que la decoración tiene solo un fin estético, pero que la ilustración está relacionada con el texto

escrito y ha de servir para su comprensión. Me ha hecho leer varias páginas y luego detenerme en los esbozos que tienen preparados… Me gustaría que los vieseis, Christine, son maravillosos… Incluso me ha mostrado un caligrama. Con él se cerrará el libro.

Ludovica preguntó qué era un caligrama y Clémence, satisfecha porque la anciana mostrase interés por lo que contaba, explicó que se trataba de un dibujo que estaba hecho, en lugar de con trazos, con palabras.

—Era una hermosa garza, Ludovica, picoteando el suelo. Todo el contorno estaba hecho con las palabras de un poema. El pico estaba formado por esta frase: «Quien ama como yo está girando en la Rueda de la Fortuna». ¿Qué os parece?

Ludovica forzó una sonrisa y siguió sorbiendo la sopa.

Cuando no era Clémence quién contaba lo que había hecho, era la propia Christine la que indagaba. Entonces, la pupila no paraba de hablar.

—He tenido que dibujar una letra inicial figurada. Sí, sí, figurada, Christine —afirmaba Clémence orgullosa, a sabiendas de que eso le gustaría a la dama—. Me ha dicho maese Thierry: «¡Pupila, poneos ahora mismo con una eme, y que tenga motivos vegetales y animales! ¡A ver qué nos hacéis!». Y lo he hecho, claro que lo he hecho.

Christine la escuchaba con dulce mirada.

—… Puse enredaderas trepando por las patas de la eme y pájaros en sus ángulos. El maese me dio una palmada y me dijo al verlo: «Mañana, pupila, os ponéis a practicar con las letras enclavadas».

Daba igual que tuviera que ejercitar letras desnudas u ornamentadas. Que tuviera que raspar, enyesar, barnizar o encolar,

clasificar cuadernillos, numerar hojas, traer esto de aquí para allá. El estar allí era un regalo del santísimo cielo y Clémence bien que lo aprovechaba.

Si algo le costó fue aprender a dorar con las finas láminas de oro. En la abadía los monjes utilizaban algo más sencillo. Aplicaban el dorado mojando el pincel en purpurina. Pero tener que manipular esas finas láminas que, en cuanto se tocaban, se arrugaban, le costó a Clémence más de un disgusto. Hasta la respiración las echaba a perder. Maese Thierry le recomendó taparse boca y nariz con un paño. Y así lo hizo. Se cubrió el rostro. Solo se le veían los ojos. De ese modo, evitaba que su respiración arrugase las laminillas. Hasta que controló el manejo del finísimo oro no se atrevió a destaparse la cara.

Tras algunos intentos frustrados, logró completar el dorado satisfactoriamente. Preparaba primero el papel, untándolo con la mezcla que le pasaba el maese, hecha a base de yeso, bolo, blanco de plomo y ocre. Lo único que tenía que hacer era templar el preparado con cola de animal. Lo dejaba secar y, justo antes de colocar el pan de oro, humedecía un poco el papel con aglutinante, pero había de hacerse en la medida justa, y eso era lo complicado. Si ponía en exceso, era la ruina. Si pecaba por defecto, las láminas de oro no se adherían. Hubo de practicar mucho para dar con la proporción. Una vez colocada la lámina de oro, solo había que cubrirla con una tela, apretar y luego bruñir, bruñir, bruñir… Cuanto más se bruñía, el dorado más refulgía. Parecía como si un sol se hubiese colado en el papel. Hasta quemaba los ojos su brillantez. Cuando logró aplicar el dorado correctamente, maese Thierry la llamó a su mesa y le regaló un bruñidor:

—No hay nada como bruñir con un diente de perro. Todos estos —dijo mirando alrededor— prefieren usar piedra de ágata. Pero, pupila, diente, hay que usar diente y si puede ser, de perro. Es lo mejor.

Ella agradeció el obsequio con una amplia sonrisa. Sabía que era la forma que maese Thierry tenía de premiarla.

Sí, regalándole ese bruñidor la estaba premiando por su amor a la iluminación, por su obediencia a sus instrucciones y por su tozuda, constante e inagotable perseverancia.



52

El concurso de poemas

Christine no mostraba interés alguno por el torneo que se estaba celebrando en los alrededores de la abadía de Saint-Germain-des-Prés. La ciudad se había engalanado. Banderas y blasones ondeaban desde la Porte Saint-Martin a la de Saint-Jacques, desde la Bastille hasta el Louvre. Frescas flores y tapices embellecían las fachadas más nobles. Se escuchaban los gritos de los pregoneros anunciando el orden de las contiendas, la apertura de los palcos, los banquetes que seguirían a los combates en cada una de las siete jornadas. Lucía un sol jubiloso que llenaba de brillos la ciudad; hacía que los campanarios parecieran más elevados; las plazas, incluso más anchas. París era como una joven lozana, con el cabello bien trenzado y la cara recién lavada.

A diferencia de su señora, quien engullida por libros y papeles permanecía ajena al alegre festejo de la ciudad, Émilie se mostraba inquieta y exaltada. En cuanto llegaba a sus oídos el ajetreo callejero, dejaba de fregar el suelo, de limpiar el polvo, de rellenar los aguamaniles y, fuera lo que fuese lo que tuviera entre manos, se la veía salir corriendo como si hubiera llegado el anunciado día del fin de todos los tiempos. Abría la ventana y, con medio cuerpo

doblado hacia fuera, aplaudía el paso de flautas, tambores y cornamusas, jinetes y juglares. Llamaba al resto de la casa para que lo vieran y todos se apiñaban a su lado y se quedaban boquiabiertos como ella. Cuando la algarabía se acallaba, volvía a sus quehaceres rutinarios, dando, eso sí, puntapiés a todo aquello con lo que se topaba.

—Quién pudiera ir al torneo, quién pudiera estar allí —se lamentaba— … A ver, a ver… —dijo a Clémence rascándose el pelo calabaza—, y digo, y digo yo, ¿por qué no le decís a la señora que deseáis ir al torneo? Eso, podéis decidle que os morís por verlo. Quizá quiera complaceros, quién sabe, y me deje ir también a mí.

Pero qué latosa estaba Émilie, por todos los ángeles del cielo. No dejó de perseguirla por la casa con la palabra torneo siempre en los labios. ¡Torneo! ¡Torneo! ¡Torneo! En cuanto se cruzaban, la misma cantinela: que hablase con la señora; que no habría ocasión nueva hasta el próximo Pentecostés; que se diera prisa, por las espinas de la Santa Corona, o acaso no veía que los días pasaban y, cuando se quisieran dar cuenta, los corceles, los caballeros y todos los puestos habrían volado ya. En uno de sus asaltos, le reconoció a Clémence que, la verdad, la competición era lo que menos la entusiasmaba. Menos que un saco de avellanas roído por los ratones. No hacía falta ser muy lista para saber que ninguno de esos caballeros la tomaría como dueña de la competición. Por eso le daban igual sus bravuconadas, porque lo que en realidad la volvía loca era la feria que se montaba a espaldas del graderío, con sus fanfarrias, bailes, bufonadas y juegos de malabares. Eso, eso sí que era prodigioso, y no las galopadas. Se lanzaban cuchillos con los ojos tapados y había quien escupía fuego. Oía bien, había dicho fuego. Hombres que

lanzaban por la boca llamaradas sin quemarse, como si fueran dragones. Pero sin duda, lo que más añoraba era volver a dar un buen mordisco a las manzanas, uhm…, esas dulces manzanas rodeadas de costra crujiente, clavadas en palos, que se vendían al pie de las gradas. Émilie, al hablar de ellas, se relamió.

Pero no era ella la única que en esos días estaba interesada en el torneo. A Ludovica también se la notaba ansiosa por ir, y no por su propia conveniencia, sino por la de su señora. Pedía a Christine que recapacitara y que no rehusara la invitación de la corte a ocupar grada, pues el luto había justificado sus repetidas ausencias, pero, esta vez, su falta podía tomarse ya como un desplante o descortesía que se le podría echar en cara.

Dijera lo que dijese su buena aya, Christine parecía tener las cosas claras. Se oponía a esas batallas simuladas en las que los caballeros se jugaban la vida por nada. Cuántas desgracias se habían visto, cuántas, a pesar de las lanzas sin punta y de no tener filo la espada. No encontraba ningún placer en contemplar cómo se quebraban los huesos o se saltaban unos a otro los dientes cuando tenían buen tino y hacían blanco en el yelmo. Ponían tanto ahínco en descabalgar al adversario que, en lugar de entretenimiento, aquello parecía la más sucia de las batallas.

—Los aplausos los dejo, querida Ludovica, para esas damas que pasan todo el año soñando con que venza en el torneo el caballero que lleva su prenda atada a la lanza. Yo no tengo tiempo para devaneos.

Con tal frase Christine dejó zanjada la cuestión. Y, aunque los labios de Ludovica no se despegaron, sus ojos cabizbajos parecían

querer decir «Pero por qué, por qué habéis de llevar la contraria siempre. Decidme por qué».

Clémence sintió cierto alivio al pensar que Émilie, al fin, dejaría de atosigarla. Aunque no podía negar que, a pesar de su fastidiosa insistencia, había generado en ella curiosidad por ver a esos aguerridos hombres torneando. Pero olvidó de inmediato ese festejo, en cuanto Christine le contó que habría otra competición en la ciudad que no se libraría a caballo y con lanza, sino con pluma y papel: el concurso de poesía convocado por el duque de Orleans, hermano del rey. Y tal cosa le pareció mucho, pero que muchísimo más divertida que asistir a batallas de mentira. No había ni el más leve parangón.

Ella nunca había oído hablar de ese duque, aunque, por su puesto, sí del rey Carlos VI, al que todos llamaban el Rey Loco. También sabía que su esposa era la reina Isabeau de…, ¿de dónde? Ese nombre se le resistía. No había vez que se acordara de él.

—De Baviera, Isabeau de Baviera es la esposa de nuestro rey —aclaró Christine.

Le reveló la dama que, dada la voluble salud del monarca, era su esposa quien regentaba el reino, ayudada por su cuñado, el duque de Orleans. Este tenía un gran señorío y sus arcas estaban siempre llenas. Le obsesionaba acaparar propiedades y eran innumerables los castillos y casas que poseía por toda Francia. Le gustaba en demasía celebrar fiestas y banquetes multitudinarios, lo que le granjeaba muchas críticas por los gravosas gabelas y confiscaciones que eso requería, pero tenía a su favor su inclinación por las artes y las letras, a las que siempre apoyaba. Hacía acopio de cientos de libros traídos de todas partes para ampliar su biblioteca. No conseguiría

tener nunca una como la de su padre, el difunto rey Carlos V, en el castillo del Louvre, claro que no, pero tenía el propósito de no quedarse atrás. Adquirió en la margen derecha del río una descomunal mansión deshabitada, el Hôtel de Bohême, e hizo que la acondicionaran no solo con la intención de instalar en ella su biblioteca, sino de crear un lugar único en París dedicado a las letras, un espacio que sirviera de conversación, discusión y lectura, y que fuera la envidia de todas las cortes extranjeras. Embelleció el edificio con nobles maderas y mármoles y carísimos tapices traídos de las tierras de su querida esposa milanesa, Valentina Visconti. Lo abrió, después, no solo a nobles, altos cargos y escritores, sino también a la gente mundana que tuviera el buen gusto de querer escuchar y aprender. El duque recordaba a menudo las palabras que tantas veces repitiera su padre y las hizo figurar sobre la entrada del Hôtel de Bohême: «Pueblo sin cultura, pueblo sin alma».

Y era, precisamente, en ese Hôtel de Bohême donde tendría lugar, por el día de la Asunción, el mentado concurso poético. En esta ocasión, había sido la esposa del duque la que había elegido el *incipit* del poema, es decir, el verso con el que todos los concursantes habrían de comenzar, y que no era otro que «En tierras lejanas, un corazón aguarda silencioso mi retorno».

Christine leyó parte del poema que estaba escribiendo. Hablaba de nostalgia y de amor perdido, y se repetía con frecuencia la palabra añoranza al final de cada verso. A Clémence le pareció delicioso, dando por seguro que no habría nadie que lo aventajara, y preguntó que cuál sería el premio que ganaría la dama. Según Émilie, en el torneo se obtenía el caballo del perdedor.

Sonrió la dama al escucharla y respondió que el que venciera obtendría un buen puñado de libras parisis, pero que lo importante no era ser ganador, sino merecer serlo por haber creado algo digno de respeto y admiración. De hecho, si ella fuera la premiada, lo donaría todo al hospicio de Saint-Lazare, pues eran muchos los apuros por los que pasaban los hermanos para dar cobijo decente a tantos leprosos.

Prometió la dama que podría asistir con ella al concurso poético, por supuesto, y también al resto de los encuentros que tuviesen lugar en el Hôtel de Bohême. Confesó que, al principio, hubo una gran resistencia a que ella participara en los coloquios literarios, a pesar de las numerosas obras que tenía ya a sus espaldas. Los hombres doctos que allí se reunían no estaban dispuestos a escuchar las opiniones que pudiera tener una mujer sobre historia, literatura y filosofía, ¡pero a dónde se iba a llegar! Abanderó la oposición Gontier Col, tesorero del rey, y fue tal la inquina con la que arremetió que, llegada a los oídos de Valentina Visconti la ofensa dirigida a una veneciana, ofreció un ultimátum a su esposo, el duque: o se daba entrada a Pizzano en el selecto corrillo de los eruditos del Hôtel de Bohême o, *per la sua terra milanese* que convertía el sitio en un muladar. El duque no osó llevarle la contraria y Gontier no tuvo otro remedio que quedarse mudo, más mudo que un conejo asomando temeroso las orejas por la madriguera.

Reconoció Christine que, aun así, seguía soportando de vez en cuando ademanes faltosos y menosprecios cuando se reunían, pero que, ante la infamia, se pedía a sí misma mucha calma, pues se había dado cuenta de que lo que más irritaba a un grosero es que su

oponente mantuviera la templanza y no se dejase arrastrar por la grosería.

La dama suspiró y le aconsejó que siempre tuviera presente lo que habían leído juntas la noche pasada, ¿lo recordaba?: «Per aspera ad astra». Cómo no se iba ella a acordar si se grababa a fuego lento cada palabra que Christine pronunciaba. Según decía, no hay sendero en la vida que esté libre de esos molestos guijarros que se clavan en la planta del pie al andar. Como había sentenciado Séneca, el filósofo predilecto de la dama, áspero es el camino que conduce a las estrellas. Y por lo que acababa de contarle, ciertamente, sedoso, sedoso, el camino no parecía que fuera.



53

Una lengua vil

Su segundo encuentro con la Rumorosa se produjo entre el gentío del Petit-Pont y le costó un buen rato librarse de ella. Esa mujer era más irritante que una mosca, que nunca deja de zumbar alrededor.

Como siempre, volvía del taller acompañada de Bernard, el sirviente gigantón de Christine. Él era el que se ocupaba de atender la caballeriza y la bodega de la casa, de mantener vivo el fuego de las chimeneas, de limpiar el jardín cuando se lo comía la madreselva. Y desde la llegada de Clémence, también se le encomendó acompañarla al taller de iluminación de la Montagne de Sainte-Geneviève. Ella lo consideraba por completo innecesario, acostumbrada como estaba a vagar sola y sin ataduras, pero Ludovica le había dicho que una dama debía pasear siempre acompañada. Ya no era una desarrapada. Tampoco una campesina o una simple burguesa, sino una damisela perteneciente a la casa de Pizan.

Por mucho que Clémence, durante el trayecto, intentaba entablar conversación con el Gigantón, él se mantenía siempre mudo, como si hilar dos palabras seguidas le costara más que partir troncos. Utilizaba siempre como respuesta un sí o un no y caminaba

levemente rezagado. Si ella lo esperaba para tenerlo completamente al lado, se resistía y aminoraba el paso, permaneciendo un poco atrás, como buen sirviente que era. Cuando ese día la Rumorosa se les cruzó en medio del puente y comenzó con su desafinado parloteo a martirizarles los oídos, Bernard, prudentemente, se apartó un poco más y esperó. Clémence le suplicó con la mirada que volviera de inmediato a su lado y la rescatara de las garras de aquella espantosa mujer, pero él, al parecer, no se enteraba de nada. Tenía la vista y el olfato puestos, por lo que se veía, en el tenderete de al lado, en el que se mostraban olorosos pasteles de carne y huevos duros sumergidos en un líquido viscoso dentro de grandes tarros transparentes. A Clémence le recordaron las bolas de nieve que formaba de niña para lanzárselas a las hermanas cuando pasaban por el claustro. En una ocasión, una de las bolas se desmoronó en la nariz de la *mater* abadesa y fue castigada a sostener una en la palma de la mano hasta que la nieve se hizo agua.

—… Y decidme ¿cómo está vuestra tía? —preguntó la Rumorosa a la vez que se recolocaba su torcida cornamenta.

—¡Al rico, al rico pastel de carne! ¡Solo aquí estaréis seguros de que coméis puerco y no rata! ¡Por cada tres huevos duros, regalamos medio más! ¡Anímense, anímense! —gritó el vendedor ambulante, tan alto como si le tuvieran que escuchar desde la puerta de Saint-Denis.

La Rumorosa miró ceñuda al vendedor, que tan estruendosamente gritaba a su lado. Repitió su pregunta al no haber obtenido respuesta alguna.

—Bien…, mi tía está bien, gracias, señora —contestó al fin con reticencia Clémence, pesarosa por tener que seguir con el embuste

de Ludovica acerca del parentesco que la ligaba a Christine.

—¿Señora me decís? Podéis llamarme Rumorosa, mi hermosa damisela. Así me llaman todos, aunque, la verdad, he de deciros que yo… rumores… ni uno. Siempre cuento verdades y esta boquita es más discreta que una tumba. Que una tiene que cuidar de su reputación… Huy, ¡bien me venía a mí uno de esos adornos! —exclamó la Rumorosa, comiéndose con los ojos todo lo que se exhibía en una carretilla.

Echó el alto al vendedor.

—Os cambio ese pañuelo, el azul brillante, ese, ese, por… —rebuscó en su bolsa con dedos ansiosos— … mil demonios, dónde ésta…, aquí, aquí lo tengo, por este tónico de pimienta, el más efectivo. Con él no os picarán los mosquitos en esa cabeza pelona de recién parido que tenéis —dijo desgañitada y agitó el frasquito ante las narices del vendedor.

El hombre la miró con desdén y apartó de su vista el frasquito de un manotazo.

—Mejor os lo vaciáis en la boca. A ver si, con un poco de suerte, os quedáis muda y no volvéis a hablar.

—Esperad, esperad, damisela, no os vayáis, por Dios, que aún no he acabado con vos —dijo la Rumorosa dando la espalda al vendedor y agarrándole el brazo a Clémence.

Ella suspiró al ver frustrado su intento de fuga.

—Vamos a ver, necesito que me digáis algo… Se comenta por ahí… que vuestra tía no asistió al torneo porque le visitó el noble señor de Valencourt…, ¿es eso verdad?

Al escucharla, Clémence frunció el ceño.

— … Hay quien dice —carraspeó la de la cornamenta— que sus baladas de amor no las escribió para su difunto esposo, qué va, sino… —volvió a carraspear— para él… ¿Fue para él o para otro? ¿Qué me decís vos, que tan bien la conocéis?…

La cara de Clémence se arrugó un poco más.

—… Por lo visto, el susodicho caballero la visita con frecuencia…

Pero de qué le estaba hablando esa mujer, por todos los ángeles del cielo. El corazón se le escapaba del pecho y Clémence comenzó a llamar a voces a Bernard. Si la viera vociferar de ese modo Ludovica la mataría, después de tantas lecciones sobre las buenas maneras.

—¿Es que no me vais a decir nada, damisela? Confiad en mí y en mi total discreción. No hay nada malo en dejarse cortejar…

Cada vez más indignada, Clémence no paraba de negar con la cabeza.

—Ya les he dicho a los que tales cosas comentan, que yo creo que la veneciana tiene otros intereses, que estos ojitos míos la han visto muy amigable con ese escritor… ¡demonios!, ¿cómo se llama?, qué cabeza la mía… Deschamps, eso es, si mal no recuerdo, de nombre Eustache. A ver si resulta que nuestra dulce viuda nos está jugando en dos partidas a la vez…

La Rumorosa, al decir esto, rompió en carcajadas.

—Pero bueno, cada cual es libre de encamarse con quien le dé la gana. Y si no, ya veis a la reina, a la que no la detiene ni el parentesco…

Volvió a reír desenfrenada.

A Clémence le ardían las mejillas. Sentía que el corazón le estallaba. Cómo podía tener tan engañada esa mujer a Ludovica. Se

había dejado engatusar por una colección de reliquias. A saber, si todas ellas falsas. Apretó los labios. Titubeó.

—Solo os diré una cosa… —afirmó muy seria restregándose las manos.

—Decid, decid… —insistió la Rumorosa con los ojos tan abiertos como las puertas de Notre-Dame cuando tocan a misa.

Bernard, que ya se había unido a ellas, las miraba con cara de asombro a las dos.

—… Que tenía razón ese hombre —dijo Clémence señalando al vendedor de guirnaldas—. De muy buena gana sería yo misma la que os restregaría el tónico ese por toda vuestra lengua —exclamó apretando los puños—. Sí…, os lo untaría por esa lengua ligera, punzante y mentirosa… ¡Una lengua tan vil como la de la asquerosa serpiente que embaucó a Eva!

Tras decir esto, dio un hondo respiro y se marchó sin atender a las llamadas de la Rumorosa.

Bernard, la siguió, como siempre, en silencio.

—…Una lengua tan vil como la de… —el Gigantón contuvo su risa — … Como la de la asquerosa…, la asquerosa serpiente que embaucó a Eva —dijo a trompicones entre hipidos.

Dios bendito, era esa la primera vez que Clémence escuchaba de sus labios más de dos palabras seguidas. Le miró de reojo, con asombro, sin dar crédito.

—Anda, anda, deja de reír y límpiate esa barba, que parece que te hayan sacudido un saco de polen encima de la cabezota.

—¿Qué? —preguntó él, intentando recobrar la compostura.

—¡Por cada tres huevos duros, regalamos medio más! —dijo ella con tono cantarín imitando al vendedor—, pero… ¿se puede saber

cuántos te has zampado, Bernard?

El Gigantón se restregó la manga por la barba. Después, y hasta que llegaron a casa, no dejaron de hablar y de hablar.



54

Alma de iluminadora

Maese Thierry dio por cumplido el encargo. La pupila había mejorado la técnica del trazado, se había habituado a los nuevos pigmentos y aglutinantes llegados de Flandes, había logrado aplicar el oro como si llevara toda la vida dorando páginas. En fin, ponía tantísima pasión en lo que hacía que era imposible que no lo hiciera bien. Así se lo dijo a Christine de Pizan en la carta que le hizo llegar a través de su aventajada alumna.

—Thierry me confirma lo que ya intuía, que tienes alma de iluminadora —dijo la dama con cara de satisfacción.

Si le hubieran dicho en ese momento que era la mismísima heredera del reino de Francia no le habría hecho tanta ilusión. Ya había recibido alguna que otra alabanza del maestro, pero escuchar eso de los labios de Christine la conmovió. Rememoró entonces aquel día, que lo sentía ya como muy remoto, en el que mostró al *pater* Oliverius el boceto que, con tantísimo esfuerzo, había trazado de la Virgen María. Trabajó en él hasta la extenuación. Noche y día. Cuánto lo alabó el *pater* al verlo. Incluso la alzó en volandas. Le besó la frente. Luego, un poco sonrojado, se disculpó por ello. «¡No puedo creer que hayas logrado hacer esto, de verdad, no puedo

creerlo! —repetía—. Me muero, me muero por ver la cara que ponen los hermanos». Y allá que se fue, corriendo, ilusionado, hacia el *scriptorium*, sin dejar de agitar el papel.

Le comentó a Christine que, según le había dicho maese Thierry, era preciso tener tres cosas para ser un buen iluminador: amor, obediencia y perseverancia. Y Christine, sonriente, adujo que tenía razón, pero habían de concurrir no solo en el bello arte de la iluminación, sino en cualquier otro que se pretendiera dominar.

Clémence abrió, sobre la mesa del estudio, una carpeta de cuero que había llevado del taller.

—Me ha pedido que os muestre estos trabajos. Ha dicho que, aunque ha hablado con vos en repetidas ocasiones sobre mis avances, así podréis comprobar con vuestros propios ojos mi evolución.

La dama se sentó y fue pasando las hojas despacio, con curiosidad. Clémence deseaba que se diera prisa y que llegase al último de los trabajos, el más lucido, por los rojos intensos y los dorados empleados. Pero la dama parecía no tener premura. Observaba con embeleso hasta los más mínimos detalles. Al alcanzar la lámina del pan de oro, lo acarició con delicadeza. Primero con los ojos abiertos. Después, cerrados.

—Terso como el pétalo de una rosa y brillante como el sol, como debe ser— adujo complacida.

—Utilicé este bruñidor —se apresuró a aclarar Clémence—. Me lo regaló maese Thierry. Dice que lo mejor para sacar al oro todo su esplendor es el diente de perro. Que es mejor que cualquier piedra que a uno le puedan vender en la rue Saint-Jacques.

Christine lo movió en el aire haciendo que con él bruñía.

—¡Magnífico regalo, sin duda, querida! —le dijo al devolvérselo—. Pero… yo también tengo algo para ti. Lo llevamos preparando desde hace tiempo, a tus espaldas. Quería que concluyeses en el taller para que lo pudieras ver.

Clémence se quedó mirándola boquiabierta.

—Sígueme —le dijo la dama, tras coger una llave de un pequeño cofre que tenía sobre la mesa.

Ella, intrigada, la siguió.

Nunca había advertido que, en la pared forrada de madera, justo al lado del purgatorio de los libros, hubiera una cerradura. Pasaba absolutamente inadvertida. La dama metió la llave en la ranura y, tras un breve crujido, parte del panel de la pared se transformó en puerta. Al verla abierta, un cosquilleo le recorrió la espalda. Asomó despacio la cabeza.

—La escalera siempre está oscura. Es tan estrecha… Ve con cuidado y recógete el vestido para no tropezar.

La dama se alzó las faldas en el ascenso y ella hizo lo mismo.

Los peldaños de piedra eran reducidos. Se agarró a la áspera soga que hacía las veces de pasamanos. No tuvieron que ascender mucho. Pronto estuvieron arriba. Tras dar unas cuantas vueltas a la estrecha escalera de caracol, ya habían llegado. Christine dejó la lámpara en el suelo. Se quejó de la subida. Cogió un poco de aire.

La pequeña estancia estaba en penumbra. A los cuatro costados había ventanas. Enormes ventanales emplomados. Se mirase a donde se mirase se divisaba la ciudad. Tejados apretados se sucedían hasta la lejanía. El cielo estaba anaranjado. Daba la impresión de que había sido prendido y las llamas estaban agonizando. Clémence se percató de que se encontraba en la

pequeña torreta cuadrada que se veía desde el jardín. La torre que tenía una veleta. Sobre su flecha había una luna y de ella colgaba una pequeña estrella, como si fuera una lágrima.

—Este era el rincón favorito de mi padre. Desde aquí contemplaba todas las noches las estrellas y hacía sus predicciones. Los dos elegimos el nombre de Torre Celestia —dijo Christine con ojos de añoranza.

Ella se estremeció al mostrarle la dama un lugar tan especial.

—No te imaginas cómo estaba de polvo y de telarañas. Émilie lleva semanas lustrando las baldosas y las ventanas. Tuvo que retirar libros y muebles, abrir espacio, ventilar. A Bernard le costó subir por esa estrecha escalera los maderos con los que te hizo la mesa.

Christine tomó la lámpara. La alzó e iluminó una esquina. Fue entonces cuando Clémence vio la mesa a la que se refería. Encima había un jarrón del que sobresalían plumas, un tarro con pinceles, recipientes de barro, raspadores y reglas, un atril…

—Falta tu silla, eso sí.

Le dio un vuelco el corazón. Al escuchar tal cosa, le temblaron las rodillas.

—La está terminando el carpintero. Será un asiento acolchado, como el mío. Una iluminadora, además de amor, obediencia y perseverancia, precisa algo de comodidad, ¿no es cierto? A maese Thierry eso se le olvidó.

Clémence miraba a Christine. Miraba la mesa. Volvía a mirar a Christine sin poder creerlo.

—Yo tengo mi estudio. Aquí tienes la Torre Celestia. Te dará el sosiego que se necesita para trabajar y hacer cosas bellas.

Al mover la dama la lámpara, la mesa fue engullida por la oscuridad. La luz cayó, esta vez de lleno, sobre el rostro de Clémence. Tenía las mejillas enrojecidas como si hubiera estado corriendo bajo el sol. Sus ojos a duras penas lograban retener las lágrimas. Solo fue capaz de dar un paso hacia Christine y, en silencio, sin poder articular ni una sola palabra, la abrazó.

—Cuidado, cuidado, querida mía, que no te quiero quemar —dijo la dama estirando el brazo para apartar la llama de la lámpara.

Clémence siguió abrazada a ella.

La apretó aún más.

Por nada, absolutamente por nada del mundo, la dejaría en ese momento de abrazar



55

Nuestra adorada Valentina

Aunque a Clémence le pareció que superó con creces a todos, Christine de Pizan no ganó el concurso de poemas convocado por el duque de Orleans. A su juicio, nadie igualó su declamación en elegancia, hermosa rima y sensibilidad. Pese a ello, obtuvo el premio un joven poeta que hizo acompañar la lectura de su composición con la suave música de un flautín. Aunque la melodía tapó en ocasiones su quebradiza dicción, y solo a medias se pudo escuchar lo que decía, alzó bien la voz al llegar al final. Cerró el poema repitiendo el *incipit* de «En tierras lejanas, un corazón aguarda silencioso vuestro retorno», añadiendo un historiado «¡Oh, Valentina, Valentina, nuestra adorada Valentina!». Al escucharlo, Christine se inclinó hacia Clémence y dijo:

—Qué barbaridad. Si esto fuese un torneo en lugar de un concurso poético —esbozó una sonrisa— nos habría descabalgado a todos ahora mismo.

Ella la miró sin entender lo que quería decir. La dama se inclinó por segunda vez sobre ella.

—Ha repetido el nombre de la duquesa tres veces seguidas. No llegará a ser un Homero, pero se desenvolverá bien en la corte,

tenlo por seguro. Mira, mira las caras de satisfacción del jurado.

Clémence dirigió la vista al lado del estrado en donde estaban sentados los que juzgaban la competición, elegidos, según le susurró Christine, por el esposo de Valentina, nuestra adorada Valentina. Ahora sí que había entendido su comentario y se lo demostró devolviéndole una mirada pícara.

Los concursantes se sucedieron en el atril. Clémence se sentía entumecida en el asiento. Necesitaba moverse y se recolocó en la silla. Se estiró bien el vestido. Cuánto había sufrido Ludovica hasta que fue seleccionado el que había de ponerse. Sabía la anciana que acudiría mucha gente al Hôtel de Bohême y no serían pocos los que se preguntarían quién era la joven que acompañaba a la poetisa veneciana.

—Sabrán que no es vuestra hija —le dijo a Christine—, pues es bien conocido su ingreso en el convento de Poissy.

Tras mucho quejarse, Ludovica se arremangó, sacó y metió vestidos de los arcones, lavó y planchó. Cuando estuvieron listos, los exhibió extendidos sobre la cama de la alcoba de Marie, la que ahora ocupaba la pupila. Luego, impaciente, preguntó su opinión a Christine y ella a su vez preguntó a Clémence.

—¿Qué te parece este? Ni se pasa de sofisticado ni peca de sencillez.

—El que os guste a vos —respondió ella—, que a mí, la verdad, todos me parecen magníficos. Me da miedo hasta tocarlos…

Si ellas dos hubieran visto el aspecto que tenía en la abadía de Saint-Sulpice. Nada de sayas y hopalandas, corpiños, cofias o finos mantos. Tan solo conoció una burda túnica, que más que túnica

parecía un saco raído al que se le hubieran añadido dos anchas mangas sin gracia.

Fue Émilie quien la acicaló, la perfumó y la peinó para acudir al esperado acontecimiento.

—¡Mil demonios! Estáis con este vestido tan hermosa como la hija de la señora… —exclamó cuando hubo terminado—… Vaya, sois como los gusanos que se convierten en mariposa —añadió, rascándose el encrespado pelo calabaza—. Ay, perdonadme, por Dios, que no quería yo ofenderos con lo de gusano.

Agradeció Clémence su torpe halago con una sonrisa. Tenía tanto miedo de no estar a la altura, de poder avergonzar a Christine al carecer de la belleza, la dulzura, en fin, de todas esas cualidades que seguro poseía su querida hija Marie. Cada vez que vestía alguna de sus prendas estaba con el corazón en ascuas hasta que veía la cara que ponía Christine. Normalmente, la dama, al verla, se limitaba a mirar y sonreír. Otras, asentía complacida y alababa el talle, la calidad de la tela o la largura del vestido. Alguna que otra vez había mostrado su satisfacción por dar uso a todo aquello y que no se echase a perder comido por las insaciables polillas. Clémence la miraba y no lograba entender cómo Marie pudo abandonar a una madre como ella, renunciando a una vida en libertad, a un hogar lleno de libros y en el que siempre se oía el delicioso rasgueo de una pluma sobre el papel. La dama le había dicho que, muy a su pesar, su hija decidió ingresar en el convento, pero que, aun cuando el dolor que le había causado la separación era muy hondo, era un consuelo saber que había obrado por inspiración divina y propia voluntad.

—Si yo tuviera que volver a estar en una abadía, Christine, me moriría. De verdad os lo digo —insistía—, me moriría.

Deseaba que Christine lo supiera. Le aterraba que, algún día, se le pasase por la cabeza enviarla a Poissy para que hiciese compañía a su añorada Marie.

Salieron a pie, seguidas del bueno de Bernard. No quiso la dama que el Gigantón ensillase los caballos. Prefirió ir andando hasta el Hôtel de Bohême. El día era espléndido y, después de tantas horas escribiendo, necesitaba caminar.

Clémence no podía disimular su nerviosismo. Le pesaba el vientre como si se hubiera tragado una piedra. Se preguntaba si lograría acordarse de todo lo que le había dicho Ludovica antes de alcanzar la puerta. Cabeza. Manos. Voz. Sentarse. Levantarse. Escuchar. Subir los peldaños. «¡Atenta a la reverencia, Clémence! ¡Muy atenta, hija mía, muy atenta!».

—Tranquila, no nos separaremos. Tú disfruta del concurso. Relájate y sé solo tú —le dijo Christine en cuanto pusieron un pie en la calle.

Al escuchar su voz, la piedra del vientre se hizo arenilla.

Pasaron junto al puente y se acordó del desagradable encuentro con la Rumorosa. Su semblante se entristeció. Llevaba días queriendo contarle lo que allí había ocurrido. La dama había de saberlo, pero no, no había encontrado el momento adecuado aún. Siempre estaba tan ocupada en su estudio… y cuando no lo estaba había alguien rondando alrededor. De repente, hizo su aparición el hijo de la Rumorosa. Se les cruzó avanzando a ras del suelo como alma perseguida por los ingleses. Impulsaba su carretilla con sus dos palos, luchando contra el irregular empedrado.

—Pobre muchacho —dijo Christine al verlo—. Me encoge el corazón… Un día se quedó atrapado en el barro y le hallaron casi muerto de frío al anochecer en una calle solitaria. Dónde andaría su madre, dónde… —se lamentó.

Vio entonces ella la ocasión que andaba buscando desde hacía días. Aprovechando el comentario de Christine, se decidió y habló. Le contó el encuentro en el puente, las maledicentes palabras de la Rumorosa, sus insinuaciones absurdas y, en fin, su propia reacción. No sabía si su respuesta había sido la correcta o sus palabras, por el contrario, inapropiadas o desmedidas. La reconcomía que, por su imprudencia, hubiera perjudicado a Christine. No sabía si esa despreciable mujer podía tomarse la revancha con ellas. Y mira que le había insistido Ludovica en eso de la prudencia, del sosiego, de la contención… Pero ella, al oír decir tales cosas, sintió que el cuerpo le hervía, que le estallaba allí mismo el corazón.

Christine la escuchó atentamente, pero, para su sorpresa, no se mostró enfadada por lo que, al parecer, de ella se decía. Conservó la calma y su mirada siguió siendo mansa. No perdió en lo más mínimo la terneza que le era habitual.

—La calumnia, si se mira bien —dijo de forma pausada—, es una jabalina que mata lo mismo a quien la lanza que a quien está en la diana. Pero, a veces, la herida es mayor para el que apunta que para el que se pretende herir.

Se quedó en silencio. Con la mirada perdida.

Instó luego a Clémence a que se mantuviera alejada de personas como esa mujer, pues no había más fea y vil costumbre que la de difamar a los demás y buscar su deshonra.

—No, no hay que juntarse con tales personas, hija mía, porque, ya se sabe, que quien anda con lobos, como ellos aúlla.

Se sintió aliviada al no reprocharle la dama su proceder. Según dijo, se había de procurar siempre ser respetuoso con los demás y guardar la debida compostura, pero adujo, también, que era comprensible enardecerse ante la difamación y muy legítimo y, de buen corazón, intentar acallar las habladurías.

—Esa Rumorosa, pero qué terrible que es —dijo finalmente, pareciendo querer dejar zanjada la cuestión—. Cosa que oye, cosa que rumia y ventila por todo París. Si quieres que algo llegue hasta el último rincón de la ciudad, solo tienes que susurrárselo en la oreja y rogarle que guarde discreción.

Se iban acercando al destino. Clémence se interesó por saber si estaba intranquila por su participación en el concurso, y ella lo negó.

—Como diría Ludovica, ¡esto es *puro e dolce divertimento*! —exclamó sonriendo.

En las inmediaciones del Hôtel de Bohême se cruzaron con un grupo de hombres, cubiertos todo ellos con una túnica negra que llevaba cosida una cruz blanca de ocho puntas. Clémence se los quedó mirando.

—¿Por qué van todos iguales? —preguntó, girando la cabeza para verlos mejor.

—¿A qué te refieres? —respondió Christine, que en ese momento estaba mirando pensativa hacia otro lado.

—A los hombres de la capa y de la estrella blanca.

Ella le dijo que se trataba de los caballeros de la Orden Hospitalaria.

—¿Orden? —Era esa la primera vez que escuchaba tal palabra.

La dama adoptó el gesto paciente que siempre mostraba en el estudio cuando la instruía sobre cualquier tema.

—Una orden es como una hermandad o una cofradía. Se agrupa la gente para lograr un fin común. Se puede decir que todos son uno, pues se protegen entre sí al defender un mismo ideal. Forman…, cómo te diría yo…, una gran familia. Atacar a uno de sus miembros es como atacar a toda la Orden. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Ella balanceó la cabeza en señal de duda y Christine prosiguió.

—Veamos. Sin ir más lejos, los hombres que has visto, los hospitalarios, se dedican a cuidar a peregrinos y enfermos, dar alimento a los pobres y procurarles refugio. Ese es su fin común.

—Ya, ya veo… Ahora lo comprendo —afirmó Clémence, entrecerrando los ojos, y dio las gracias por la aclaración.

Se detuvieron al llegar ante el imponente edificio, de ventanas descomunales y bellas balconadas enrejadas. La gente se agolpaba ante su puerta. Una puerta tan alta que parecía hecha para que, al pasar, no se golpease un gigante en la cabeza. PUEBLO SIN CULTURA, PUEBLO SIN ALMA, figuraba tallado sobre ella.

—Hete aquí el rincón predilecto del duque de Orleans, dedicado al arte y al saber.

Un lacayo, al ver a la dama, les abrió paso entre el gentío.

—Me aterra olvidarme, Christine, de todo lo que me ha dicho Ludovica: lo que debo y lo que no debo hacer —susurró Clémence mientras avanzaban, con la cara tan tensa como si tuviera los pies al borde de un oscuro precipicio.

—No te apures, querida mía —respondió la dama—. Solo has de procurar una cosa… —Ella la miró intrigada, acongojada por añadir a

la lista algo más que debiera recordar—.Tan solo has de evitar bostezar, dar cabezadas o dormitar.

Clémence negó con contundencia:

—No, no, por Dios, no haré tal cosa, Christine, tenedlo por seguro.

—No lo des por seguro, criatura mía, que no sabes lo tediosos que pueden llegar a ser nuestros poemas… Mucho más efectivos que tomarte una humeante tisana de valeriana.



56

Los Cuervos

Como un ratón al pie de una fortaleza, así se sintió en el Hôtel de Bohême. Allí todo era descomunalmente alto, ancho, robusto, lujoso, retocado. Mirase a donde mirase, se cruzaba con algo digno de admiración. Hasta ese día pensaba que nada debía de igualar en la ciudad a la elegante casa que poseía Christine de Pizan, pero, al entrar en el territorio de los Orleans, fue consciente, por vez primera, de que existía un mundo aparte, absolutamente ajeno y desconocido, desbordante de riqueza y poderío. Sobrenatural. Antes de partir, Émilie le había dicho que se codearía con los que escupían escudos de oro y orinaban en letrinas de plata, y ella, incrédula, había pensado que se trataba, como siempre, de una de sus muchas exageraciones.

El suelo de mármol brillaba tanto que parecía estar mojado. Temió resbalar y prefirió pisar con tiento para evitar caerse y ser el hazmerreír. Había a ambos lados candelabros tan altos que parecían árboles. Cientos de velas blancas surgían entre el simulado ramaje de forja. Estatuas desnudas, cuadros, colgaduras. Todo parecía cobrar brillo a su paso. Al fondo, una escalera alfombrada se

presentó, desafiante, ante sus ojos. Escuchó en su interior la voz firme de Ludovica.

—Para una dama, una escalera no es una escalera, sino una traba. Hay que salvarla con elegancia, destreza y mucha atención. Si no estás atenta, te enredarás con el traje, tropezarás y harás un ridículo espantoso, créelo.

Christine comenzó a subir. Ella la siguió. Antes de hacerlo, se recogió el vestido tal y como Ludovica le había enseñado. Cuantas veces le habría gritado: «¡Así no, Clémence, que lo agarras como si se tratara de una hoz!». Una vez hubo llegado arriba, dejó caer la tela con igual suavidad. Suspiró. Era hermoso el traje de Marie, pero pesaba como si lo hubieran tejido con hilos de plomo.

Le asombró el gentío que se acumulaba al final de la escalinata en una antesala que, por el olor, la transportó a la botica de la abadía. A esos días en los que ayudaba a su añorada Gentille-Julie a colgar ramos boca abajo para que se secasen. Ay, si la viera ahora allí, vestida de tal guisa…

—¿Habrá sitio para tantísima gente? —quiso saber Clémence.

Christine afirmó que la Chambre Valois, pues así se llamaba, era muy amplia y costaba, incluso, completarla. Normalmente, en sus encuentros literarios, estaba prácticamente vacía, pues era poco el interés que despertaban los coloquios apasionados con los que ellos se entretenían. Pero el concurso, oh, no, el concurso era un mundo aparte. Un esperado acontecimiento social que todos ansiaban y no, precisamente, por querer ser testigos de las poéticas composiciones.

Entre un gentío que parloteaba sin cesar, la dama le fue adelantando a Clémence lo que iba a encontrarse cuando el ujier les diera paso. La sala tenía un estrado rodeado de hileras de asientos

dispuestos en forma de U. Cada cual había de ocupar silla de acuerdo con su condición. Los asientos carmesíes, de alto respaldo, estaban reservados para los literatos, maestros y cualquiera que estuviera ligado a las artes en general; los añiles, para la nobleza y el clero; las sillas sin tapizado, para burgueses, que debían compartirlas, muy a su disgusto, con los, siempre inquietos, estudiantes de la universidad; para el resto eran las balconadas que se asomaban desde la primera planta. Lo llamaban la gallera, por el alboroto que allí se armaba.

Intentó hacerse una componenda. Que san Benito la protegiese. Pero qué complicado era todo aquello. Hasta elegir asiento era una arriesgada aventura que requería de instrucción.

—Y los duques, ¿dónde se sientan los duques?

—En los dos tronos que están colocados en el estrado —contestó la dama—, pero en contadas ocasiones se los ve por aquí.

Un hombre de pelo cano se acercó a ellas. Saludó con mucha cortesía a Christine y ella pareció alegrarse del encuentro. Por lo que se dijeron, llevaban mucho sin verse. Un año. Podían ser dos. Pero cómo corría el tiempo. En efecto, pasaba volando, arrastrándolo todo sin compasión. El caballero, tras quejarse del barullo, preguntó por sus hijos y ella indicó que Jean seguía en Inglaterra y Marie en Poissy. Cuando iba a presentarle a Clémence, se quedó con la palabra en la boca, pues una voz cercana reclamó al caballero y, disculpándose, este las abandonó diciendo que se verían dentro. Varias damas rodearon entonces a Christine. Se interesaron por el poema que presentaba, por saber el número de poetas participantes, por el premio que se otorgaba, por los duques: «¿Vendrían o… ¿qué pensaba?». Se contaba que el rey había tenido

otro de sus ataques. Tuvo que ser perseguido por sus ayudas de cámara mientras corría desnudo por los pasillos del Louvre. Había algunos que le habían visto asomado a la ventana, agitando los brazos pidiendo ayuda. «¡Me matan! ¡Me matan!», al parecer gritaba. Pero qué fatalidad, qué desdicha la suya. La suya y la de todo el reino, esa era la verdad.

—El duque anda manejando los asuntos urgentes, y la duquesa, consolando a su prima, la reina, como buenamente puede. Todo indica que, una vez más, tampoco vendrán —aclaró una de las damas.

—Con las ganas que teníamos todas de ver de cerca las joyas de la duquesa —añadió otra—. Ya podía, ya, haber dejado el rey sus locuras para otro momento, que anda que el año no es largo…

Las restantes asintieron con cara de mortuorio.

Se abrieron las puertas. Sonó una campanilla y el corrillo alrededor de Christine se disolvió. Pisadas. Frufrú de trajes. Quejas y algún que otro empujón. Dejándose arrastrar, llegaron hasta el interior.

Clémence se tapó la boca para esconder su exclamación al ver los tapices que colgaban de las paredes, el ornamentado estrado, los asientos tan bien dispuestos, las luminarias. No olía a flores, como en la antesala, sino un poco a rancio, a decir verdad. Adujo la dama que era debido al exceso de cortinajes, alfombras y entelados, que siempre desprendían idéntico olor a viejo, a mueble arrinconado. A ella, esa mezcla de tejidos no le hacía bien. Le provocaba, a veces, una incómoda carraspera que interrumpía su disertación. A su entender, el saber no precisaba de tales lujos. Sospechaba que ni Sócrates ni su discípulo, Platón, se rodearon de tanta parafernalia

para filosofar. Al parecer elegían espacios más íntimos para instruir a sus alumnos. Cuántas veces les bastaría, tan solo, con disfrutar de la frescura de un jardín. El duque, por el contrario, debía de creer que el saber entraba por los ojos, cuando lo que importaba era afinar bien los oídos.

—Más que mirar, resulta mucho más provechoso escuchar —dijo Christine—. Ni te imaginas cuántos hay que, por presunción y engreimiento, aunque son locuaces oradores resultan oyentes funestos.

Cuando hacían las dos el amago de tomar asiento, un caballero, que ya lo había hecho un poco más allá, les echó una mirada fulminante y exclamó a voz en grito, con una de sus cejas exageradamente alzada:

—¡Sabéis, señora du Castel, que los carmesíes están reservados!

Lo dijo de modo tan insolente que los que estaban alrededor volvieron las cabezas y se les quedaron mirando.

—Buen día tengáis, apreciado maestro Gontier —respondió Christine forzando una sonrisa—. Os ruego que me llaméis por mi nombre. Debéis de ser el único en París que lo hacéis así.

—¿Acaso renegáis del linaje de vuestro difunto esposo, señora?

—Bien sabéis que no, pero, dado que como Christine de Pizan firmo todas mis obras, por Christine de Pizan deseo que se me conozca, señor.

—Bueno, bueno… —adujo con gesto desdeñoso Gontier—, como vos gustéis, señora de Pizan, pero os hablaba de los asientos. Esa joven no puede…

—La joven no está invadiendo indebidamente la zona carmesí —interrumpió decidida Christine—, por Dios, no os apuréis. No se

sienta aquí por ser mi acompañante, ni mucho menos, sino por derecho propio. Os presento, caballero, a la iluminadora Clémence de Saint-Sulpice.

Al escucharla, Clémence se sintió morir. El caballero pareció contrariado y, visiblemente enojado, desvió la cabeza hacia otro lado sin añadir nada más.

—No te preocupes —susurró la dama cuando se hubieron sentado —, que de buena gana me enviaría a mí también a la gallera.

Recordó, entonces, lo que le había contado Christine sobre la resistencia de algunos a que formase parte de los elegidos contertulios del Hôtel de Bohême. Miró de nuevo al insolente caballero. Qué hombre más horrendamente turbio y desabrido. Un cuervo, eso es lo que parecía allí encogido. Un cuervo anidando su brillante asiento carmesí.

Llegó otro hombre y se colocó a su lado. Se pusieron a hablar. Cuando giró la cabeza para mirarlas, Dios bendito, a Clémence le dio un vuelco el corazón. Apretó fuerte el brazo de Christine.

—Tranquila, que no tienes alucinaciones, querida mía —dijo muy calmosa la dama—. Son absolutamente idénticos, lo sé. Compartieron claustro materno. Se trata de los hermanos Col. Si no fuera por las cejas, yo tampoco sería capaz de distinguirlos.

Eso era tan extraño como si hubiera en el cielo dos lunas o si París, en lugar de un solo Sena, contase con dos, pensó Clémence. Parecía estar viendo a un hombre conversando con su reflejo.

—Uno es Gontier, el malhumorado que nos ha llamado la atención; el otro su hermano, Pierre, un poco más apocado. Como te decía, yo les diferencio por la ceja. Gontier suele mantener, cuando habla, la

derecha muy levantada. Parece como si se la hubieran enganchado con un anzuelo.

Al escucharla, Clémence rio nerviosa, impactada por descubrir que había personas tan iguales como dos gotas de agua. Intentó quitarse de la cabeza la imagen de los Cuervos, muy juntitos dentro del mismo vientre, y se dispuso a disfrutar de la impresionante sala y de las poesías que estaban por venir. Pero no pudo concentrarse como hubiera querido porque, de vez en cuando, sentía cómo los ojos de aquellos dos hombres se le clavaban como puñales. Le hacían sentir el mismo amargor en boca que provoca un caldo revenido.

Los poetas se sucedieron en la lectura de sus composiciones. Lo hacían desde un hermoso púlpito situado al lado derecho del estrado. Desde allí subidos, sus voces resonaban en toda la sala. Cuando comenzaban se hacía el silencio, todos parecían contener la respiración. Al concluir, los jurados anotaban, los carmesíes y añiles aplaudían delicadamente, los de la gallera se alborotaban. Mostraban el agrado dando golpetazos en el suelo con los pies o palmadas sobre las barandillas de madera. Siempre había alguien en desacuerdo que, en lugar de ovacionar, insultaba o blasfemaba. Las balconadas temblaban al término de cada poema. Daba la impresión de que se iban a desplomar sobre los de abajo. Clémence miró hacia lo alto. Entrecerró un poco los ojos. Le había parecido ver unos cuernos balanceándose, haciéndose hueco entre el apretado grupo de la gallera.

—Eso, eso es lo que pasa por querer dar entrada a la plebe; ahí lo tenemos —exclamó un caballero desde su sillón añil, apuntando con

el brazo hacia la gallera—, no, no se puede con ellos. ¿Cultura para todos? ¡Ja!, ya lo veis.

Cuando le tocó el turno a Christine, a Clémence el corazón le palpitó más fuerte que un tambor desfilando en procesión. Vio cómo la dama subía majestuosa al púlpito. Desconocía cómo sería la duquesa, pero a ella no le hacía falta joya alguna para resplandecer. Colocó sus papeles en el atril y dio comienzo la declamación.

Aunque había tenido la oportunidad de leer el poema en el estudio, le pareció aún mejor al escucharlo en viva voz. Lo único que empañó ese divino momento fue observar la sonrisa desdeñosa de los dos Cuervos mientras Christine intervenía. Todo de ellos le molestó: sus cuchicheos, su postura descuidada, la arrogancia que desprendían cada vez que dirigían la vista hacia el púlpito.

Concluyó Christine y su poema fue recompensado con aplausos efusivos de los carmesíes, de los añiles, del resto de los acomodados alrededor del estrado. También arriba, en la gallera, se la ovacionó. Se pudo escuchar, incluso, algún que otro que gritaba «¡Premio! ¡Vaya el premio para la veneciana!».

Clémence miró de reojo a los dos Cuervos hermanos.

Pero qué dicha. Ahí estaban. Tiesos como pescados en salazón. Al ver sus demudados rostros y sus picos tan cerrados, se le alegró el alma.

57

El camino que marcan las estrellas

La Rueda de la Fortuna fue caprichosa con Christine de Pizan. Lo tuvo todo y todo lo que tenía en poco tiempo desapareció. Primero, sufrió la pérdida del sabio rey, Carlos V, quien tan generosamente siempre les trató. Gracias a él gozó de una dulce infancia, de una provechosa juventud. Eran pocos los que podían ser instruidos en el Louvre, utilizar la biblioteca del rey, jugar con el heredero de la Corona por los jardines que rodeaban el castillo o participar en fiestas y en la recepción de sultanes y emperadores. Con la muerte del amado soberano se abrió la puerta de los infortunios. La situación en la corte se volvió caótica. El heredero era aún menor de edad y debió gobernar mediante sus tíos, los duques de Anjou, Berry y Borgoña, siempre en liza por acaparar el poder. Aunque el padre de Christine siguió prestando sus servicios en la corte, perdió el trato de favor del que siempre gozó. Algunos maledicentes, que deseaban suplantarle en el puesto, cuestionaron sus métodos al no haber predicho la muerte del rey. Poco a poco fue alejado de los duques regentes, perdió sus privilegios y vio recortadas sus retribuciones, que le fueron pagadas mal y tardíamente. Por vez primera, desde su llegada a París, los Pizan hubieron de vigilar sus

gastos y el patrimonio familiar. La marginación que sufrió el astrólogo dejó huella en su salud y, finalmente, falleció, no sin antes llevar luto por sí mismo al revelarle las estrellas la fecha y hora exacta de su muerte. Con su marcha, Christine no solo perdió a un padre, sino a un amigo, a un cómplice, al ser que mejor la comprendía.

Su esposo, Étienne, trabajó en la corte como secretario del nuevo rey, Carlos VI, lo que permitió a la familia recuperar, en cierto modo, su posición. Pero en un viaje a Beauvais para acompañar al monarca, cayó gravemente enfermo y nunca más volvió. El rey padeció también altas fiebres, pero gozó de mayor suerte y se recuperó. Christine recibió el anuncio del terrible suceso con un mensaje lacrado con el sello de la flor de lis. No le entregaron nada de él, ni siquiera le devolvieron su cuerpo, que fue quemado al no tenerse certeza de la naturaleza del mal que le aquejó. Tan solo le llegó de vuelta el corcel con el que partió, bien enjaezado y ensillado. Le habían entrelazado cintas negras en la cola y en la crin, que le hacían parecer uno de los caballos del cementerio. Al verlo a la puerta de su casa, se desmayó.

A Christine le consolaba pensar, según decía al recibir los pésames, que Étienne dejó este mundo como un buen cristiano tras haber recibido el sacramento de la extremaunción. Ya que no pudo velarle ni enterrarle como él hubiera merecido, hizo que en todas las iglesias de la ciudad se rogase por el alma del noble y virtuoso señor Étienne du Castel y que las campanas doblasen por él sin descanso. «Le amaré por siempre, hasta el fin de mis días», repetía. Después se abandonaba al llanto.

Ludovica, al no verla mejorar, le insistía en que debía tomar las riendas de su vida, que no podía dejarse vencer por la desesperación, que tenía dos tiernas criaturas por las que luchar. Y ella sacó fuerzas y se puso al frente de esa nave tan castigada por la tempestad. El rey dejó de pagarle los honorarios que le debía a su esposo; aparecieron desconocidos que esgrimían tener derechos sobre sus bienes; las tierras arrendadas, tan fructíferas en otra época, dejaron de generar beneficios. Fue tal la situación que hubo de pedir prestado y gastar lo que tenía en entablar procesos y defenderse frente a los que se promovían contra ella. Su madre, Octavia, partió junto con sus dos hermanos hacia Bolonia con el fin de intentar sacar algún rédito de sus posesiones.

—¡Dios bendito!, estoy harta de vagar por el palacio de justicia sin que me hagan caso; de obtener respuestas dilatorias; de la burla de esas gentes llenas de grasa y de vino que me miran con altivez e indiferencia —se quejaba ante Ludovica, que era el pañuelo en el que secaba todas sus lágrimas—, y ahora, según me contáis, un sargento ha irrumpido en nuestra casa y ha descolgado tapices, se ha llevado mis cuadros y los dos manuscritos hebreos que el rey regaló a mi padre. ¡Eso es lo que más me duele! Miserables, no respetan nada. ¡Ni siquiera esperan a que los tribunales den una solución! Me dan por vencida, Ludovica, por vencida sin haberme escuchado, sin perder el tiempo en juzgar mi caso.

De sobresalto en sobresalto, sobreviviendo como pudo, pasó Christine cuatro años de muchas carencias. La situación se alivió al recibir desde Bolonia cantidades remitidas por sus hermanos, que habían logrado vender algunas tierras y retomado el mando de las viejas viñas. Encontró entonces paz en su ajetreada existencia,

sosiego y cierta despreocupación por los gastos. Llegaron hasta ella, como antaño, los ecos del latín y de las ciencias, de la retórica y del pensamiento filosófico. Pasó muchas horas dedicada al estudio en la misma casa que un día le obsequiara el rey a su padre y que, ahora, con la ayuda recibida de Bolonia, estaba en posición de poder conservar. Se metió en el antiguo gabinete del astrólogo y se dedicó al estudio, ese hábito que había regido parte de su vida. Se lanzó al camino al que su propia naturaleza y su destino la dirigían. Releyó a algunos autores, completó lecturas inacabadas, asumió el análisis profundo de obras nuevas y tuvo acceso a manuscritos facilitados por su amigo Gilles Malet, que a pesar de los años transcurridos seguía estando al mando de la biblioteca real.

La lectura y el laborioso estudio la condujeron después a tomar la pluma. Al principio lo hizo por pura distracción, por puro desahogo. Era una forma de comunicación con su amado Étienne, de expresar el dolor de su ausencia, la añoranza por lo perdido, el recuerdo de un amor fiel y recíproco, según decía. Luego, ante la sorpresa de Ludovica, adujo que, si Deschamps se ganaba la vida con sus escritos, por qué no iba a hacerlo ella. Estaba cansada de depender siempre de otro. Primero del padre, luego del marido, ahora de los hermanos que le facilitaban la subsistencia. Quería ser la dueña de su vida, vivir de su pluma, hacer lo que más quería. Cuando tuvo escritas cien baladas, dispuso que hiciesen copias y, valiéndose de los contactos que tenía en la corte, las entregó a la reina, a nobles conocidos, a duques y condesas. Sus melancólicos poemas fueron solo el inicio. Su prolífica pluma y su perseverancia lograron el resto.

—Toma, Christine, la azada de tu inteligencia —le decía su padre— y ¡cava!, ¡cava!, cava con fuerza una gran zanja, siguiendo el camino

que te marcan las estrellas. Demuestra a todos que eres Pizzano. *A tutti, a tutti mia figlia!*



58

El nuevo encargo

A través del hueco de la escalera que daba a la Torre Celestia, Clémence escuchó su llamada. Christine evitaba subir a buscarla. Decía que con calzas otro gallo hubiera cantado, pero que arrastrando tanta tela tras de sí no estaba en condiciones de andar sorteando tan empinado vericueto. Más valía que la joven bajara a que ella ascendiera.

Cuando llegó abajo, la dama estaba sentada de nuevo ante su mesa. Levantó la cabeza de los papeles al sentirla cerca.

—Te he llamado porque quería hacerte un nuevo encargo. Acabo de concluir esta obra y necesito que la decores antes de pedir al taller que hagan las copias.

Fue toda una sorpresa que quisiera depositar tal confianza en ella. Una cosa era hacer ilustraciones aisladas, de cuando en cuando, y otra bien distinta tener la responsabilidad de encargarse de la decoración íntegra que habría de seguirse después en el taller. La turbó la idea de defraudar las expectativas de la dama.

—¿*El cuento de la rosa*? —preguntó extrañada, leyendo la primera de las páginas—. Pero… Christine, ¿no estabais escribiendo *La ciudad de las damas*?

—Claro, Clémence, y con esa labor prosigo. No pensarás, querida mía, que Roma se levantó en dos días. Llevo mucho tiempo trabajando en esa obra y me temo que aún me queda un buen trecho para concluirla… Pero, volviendo a nuestro cuento, cuando lo hayas decorado, lo llevaremos al taller de maese Thierry. Te ruego que la decoración sea algo fresco y delicado. No abuses de lo floral. El título no ha de llevarte a engaños.

Clémence enarcó las cejas. Cómo no abusar de vegetación si de rosas iba el cuento, señaló. Pero la dama le aclaró que la rosa no era solo una flor, sino un símbolo que representaba a la mujer y le citó lo dicho por un tal Catón: «La mujer se parece a una rosa, pues su belleza, agradable de mirar, esconde el pinchazo de sus espinas».

Tal cosa no la convencía. ¿Acaso ese Catón podía decir que Christine tuviera espinas? La suavidad de los pétalos de la rosa, seguro que sí. Su elegancia, también. Hasta su olor lo tenía. Ante las dudas manifestadas por Clémence, la dama le advirtió de que eran muchos los libros que identificaban a la rosa con la mujer. En los religiosos, la rosa era belleza, renacimiento, virginidad; en los profanos se identificaba con la figura de la mujer y con el amor carnal.

Rememoró, entonces, lo que en su día le insistió el *pater* Oliverius sobre la correcta elección de los elementos decorativos, pues no era baladí el optar por una hoja de acanto en lugar de una de helecho. La primera simbolizaba la inmortalidad del alma; la segunda, la humildad, creía recordar.

—¿Y no sería mejor ir directamente a lo que se quiere decir? Por qué hablar de rosa cuando se pretende hablar de mujer. Creo que no habría que andar con tanto embuste…

—¿Embustes? No son embustes, querida… Los libros son como el universo, todo un misterio. Nada es lo que parece. Se suele contar a medias, jugar con símbolos, desafiar al lector para que trabaje la mente.

Se entusiasmó la dama hablándole de las muchas alegorías y personificaciones que ella utilizaba, del uso de metáforas y símiles. No entendía gran cosa Clémence, pero decía que sí con la cabeza, embelesada por todo lo que esa mujer demostraba saber.

—En definitiva, los símbolos, como te digo, a veces pretenden enseñar al que no sabe facilitando la comprensión. En otros casos son un mero juego e imponen al lector la tarea de la interpretación, e incluso puede que el autor solo busque con ellos la belleza y nada más.

La dama amontonó los papeles, dando, al parecer, por terminada su interesante lección.

—Cuando comiences con tu trabajo, recuerda lo que te he dicho. Lee el texto con atención, sin prisa. Mal se decora lo que no se entiende. Asimila su simbología, y una vez que lo hayas hecho, ¡pinta!

Le pareció a Clémence estar frente a Oliverius. Cuántas cosas tenía en común con esa mujer su añorado *pater*. Él le había dicho que no debía coger el pincel con frivolidad, pues debía tener como fin instruir con la imagen y el color, ayudando así al texto escrito en su función. Le aconsejó, al igual que la dama, que nunca se precipitase al hacerlo, que leyese y releyese antes de ilustrar. No hay que parar hasta que uno descubre la verdadera esencia de las palabras que se desean representar, decía el monje, pues solo entonces se está en disposición de reflejar el espíritu de lo que está

escrito. «El iluminador está al servicio del escribano, no lo olvides nunca —había asegurado más de una vez ante la mesa de los pigmentos—. El que pretende lucirse más que el texto fracasa estrepitosamente. Si quieres ser la estrella que más brilla en el firmamento, olvida todo esto y dedícate a otra cosa, Clémence».

Christine bajó la tapa del tintero. Recogió las plumas.

—Estoy segura de que conseguirás algo muy bello. Mi letra y tus adornos deleitarán a muchas rosas —afirmó dulcemente.

—¿Rosas? Mujeres es entonces lo que queréis decir —respondió Clémence resabiada.

—Te estaba poniendo a prueba —adujo ella con gesto cómplice—. Pero, la verdad, es que espero que nuestro trabajo no solo sea del agrado de las rosas, sino también de los abejorros que tanto se esfuerzan en conseguir su preciado néctar.

Era tarde. Le ordenó que subiese a apagar las velas de la Torre Celestia. Clémence había dado apenas un par de pasos cuando se detuvo y se dio media vuelta.

—Lo de los abejorros era una de esas metáforas, ¿no es cierto?

Poco después, a través del hueco de la escalera, llegó hasta el estudio la voz alegre de Clémence.

—¡El néctar! ¡Christine! No solo los abejorros, ¡creo que el néctar también lo era!

59

El cuento de la rosa

Esa noche durmió a trompicones. Difícil era conciliar el sueño tras el encargo que le hizo Christine.

Seguía negro el cielo. No amanecía. La luna resplandecía tanto como las bandejas de plata cuando las pulía Émilie. No aguantaba más y Clémence se levantó. Teniendo tanto por hacer era una pérdida de tiempo absurda estar allí acostada, dando vueltas y más vueltas en la cama. Se vistió deprisa. Cogió del arcón sus babuchas. Se las había tejido con lana muy gruesa Ludovica. Un día llegó a la alcoba con un papel en una mano y una piedra de grafito en la otra. Puso el papel sobre el suelo. «¡Descálzate y pisa!», ordenó. «En el estudio y en la Torre Celestia —dijo la anciana—. Se os van a quedar los pies como carámbanos, así que lana, pies de lana es lo que las dos necesitáis, hija mía». Clémence pisó sobre el papel, tal y como le dijo la testaruda mujer. Y se quedó perpleja al ver cómo Ludovica se dobló en dos, sin dificultad, como si careciera de huesos, marcando con el grafito el mapa de sus pies. A los pocos días le entregó el nuevo calzado lanudo. Babuchas verdes para ella; azules celestes, según dijo, para su señora; cómo no el color de la fidelidad, su preferido. Muy agradecida recibió el obsequio. «Bendita

seas, Ludovica —le dijo Clémence—. No puede haber nada más, pero que nada más calentito».

Calzada, en esa noche de desvelo, con sus gruesos y silenciosos pies de lana, se desplazó sigilosa por la casa. Entró en el estudio. Subió a la Torre Celestia. Encendió las velas, no sin antes correr todas las cortinas. Si no lo hubiera hecho, la torre hubiera relucido en la noche como brillante antorcha en medio de la negrura, y desde el último incendio en la ciudad se habían prohibido las velas tras el toque de queda para evitar más tragedias.

Cogió *El cuento de la rosa*. Lo leyó de corrido, sentada a su mesa. Después se levantó. Anduvo pensativa, de un extremo a otro de la torre. Palabras e imágenes se agolpaban en su cabeza. Se sentó de nuevo. Volvió al principio. Comenzó a leerlo otra vez. Despacio. En esta ocasión, en voz alta, como si estuviera en el púlpito del Hôtel de Bohême.

El cuento estaba dirigido tanto a los nobles caballeros y amantes educados en la cortesía, como a las damas de renombre, doncellas y mujeres que fueran prudentes y honradas. Trataba de un banquete en el que los invitados gozaban de ricos manjares y buena compañía. Durante la cena, no se habló de otra cosa que no fuese del honor, la cortesía y el amor verdadero. A mitad del animado evento hizo su aparición bajo un resplandor que iluminó toda la sala, rodeada de traviesas ninfas, una dama de mucho rango llamada diosa Lealtad. Comparada con la suya, cualquier belleza palidecía. La estancia, por entero, enmudeció, y la asombrosa dama pronunció su discurso en forma de balada.

Mientras leía, Clémence escuchaba el dulce coro de las ninfas, veía el insigne rostro de la diosa Lealtad mientras se dirigía a los atónitos

comensales y les decía que les ofrecía las rosas que con ella llevaba, en nombre del dios Amor, pero que, en adelante, a cambio, habrían de defender el honor de las damas.

—«Quiere Dios que nadie de los presentes acepte recibir la hermosa rosa amorosa, si antes no jura que jamás tolerará difamación o calumnia alguna respecto de una mujer y que protegerá su honra. Aquí y ahora me ha enviado para encomendaros ese fin y tomaros juramento, pues el honor de las damas habréis de defender».

Se recreaba en cada palabra. Las saboreaba una a una.

—«… tenéis que jurar que, hasta la muerte, el honor de las damas habréis de defender» —declamaba con el brazo estirado, teatralizando la lectura.

Si alguien la hubiera visto a esas horas y de ese modo en lo alto de la torre, habría pensado que Clémence estaba rematadamente loca.

Podía oler las rosas de sutil fragancia. Rosas recién cogidas, blancas y bermejas. Y se deleitó, después, imaginando a los caballeros, hincando rodilla en suelo para hacer su juramento:

—«Al buen amor juro y prometo, y a la flor llamada rosa, salvaguardar la fama de cada dama, protegerla en cualquier circunstancia y no difamar jamás a una mujer. Con este fin tomo yo la Orden de la Rosa».

Según se indicaba después, todos los presentes levantaron sus copas y en voz alta pronunciaron el loable, gentil y hermoso juramento. Hecho esto, se fueron poniendo las rosas a modo de adorno. Los unos en los sombreros, los otros en los brazos, los de más allá en el pecho y todos repetían que serían eternamente leales

a su juramento. El banquete se dio por finalizado. Los comensales se despidieron afectuosamente, llevándose consigo prendida su hermosa rosa.

Clémence se acordó entonces de aquellos caballeros llamados hospitalarios, los hombres que lucían la estrella blanca en sus capas. También ellos formaban una orden con un fin común y se defendían, los unos a los otros, como si fueran hermanos.

El cuento no acababa ahí, ni mucho menos, pues, la diosa Lealtad volvía a hacer acto de presencia tras terminarse el banquete, dirigiéndose hacia una de las damas que había acudido a la fiesta y que, en lugar de marcharse, se había entregado al sueño. Tras despertarla, puso en sus manos el pergamino con las bulas de la Orden, encomendándole la tarea de protegerla y de recibir los juramentos de los hombres y de las mujeres que a ella quisieran pertenecer.

—«… Sean jóvenes o viejos, que todos los que lo deseen puedan enrolarse en la Orden, pero que no entre nadie que no quiera cumplir con su cometido» —advirtió la diosa a la dama recién despertada—. «Porque podría causar mucho daño si así ocurriera. Habrán de defender todos ellos un amor sin defecto donde no caben la villanía ni el desprecio. Se podrá estar de acuerdo o no, pero en el amor verdadero solo cabe ser bueno».

El cuento concluía indicando que fue escrito en el día de San Valentín, cuando muchos amantes eligen a sus amadas.

La luz comenzó a colarse entre las cortinas. Clémence se levantó y las descorrió. Los tejados estaban blanquecinos. Brillaban bañados por la humedad. Se quedó absorta contemplando el despertar. A lo

lejos se abrían contraventanas, humeaban chimeneas, sonaban campanas. Qué hermosa era esa ciudad.

No podía quitarse de la cabeza a la diosa Lealtad, deslumbrante embajadora del dios Amor, a las ninfas cantarinas, a los fieles y leales caballeros… Cogió *El cuento de la rosa*. Lo abrazó contra su pecho. Pero qué bella obra había de decorar. Giró sobre sí misma como veleta movida por un viento caprichoso. Se quedó de repente parada al darse cuenta de que la dama de la que hablaba el cuento, a la que se había encomendado el cuidado de la Orden, carecía de nombre. Pues a eso había de ponerle remedio. Se quedó pensativa, dispuesta a encontrárselo. Fue diciendo en voz alta uno tras otro, pero tan pronto como elegía, así de rápido descartaba. Se le iluminaron los ojos. Lo tenía.

—Te bautizo, honorable y digna dama, como la Guardiana, eso es, para mí serás, por siempre, la Guardiana de la Rosa.

Clémence fingió después estar ante ella. Hizo una genuflexión.

—Oh, mi adorable y hermosa Guardiana, elegida por la diosa Lealtad entre todas nosotras para proteger la insigne Orden de la Rosa, ¿me harías el honor de recibir mi juramento?

Mirando al frente, simuló Clémence que aguardaba una respuesta de la honorable dama y, tras haberla recibido, hincó, complacida, la rodilla en el suelo:

—Al buen amor juro y prometo, y a la flor llamada rosa, salvaguardar la fama de cada dama, protegerla en cualquier circunstancia y no difamar jamás a una mujer.

Carraspeó para aclararse la voz, pues la fría noche en vela había hecho mella en su garganta.

—… y con este fin, tomo yo, Clémence de Saint-Sulpice, la Orden de la Rosa.



60

Un libro en boca de todos

A ella le costaba creer que una simple epístola, en la que tan solo se exponía educadamente una opinión, pudiera desencadenar el vendaval en el que se vio envuelta Christine de Pizan.

La culpa de todo la tuvo ese viejo libro, *El romance de la rosa*, escrito hacía más de un siglo. Habían proliferado de nuevo sus copias y sus escandalosas frases iban de boca en boca por toda la ciudad. En París ya no interesaba el funámbulo que se precipitó desde las alturas al apoyar mal el pie sobre la cuerda; ni el águila que voló varias leguas con un niño atrapado en sus garras; tampoco que en el Châtelet mantuvieran el cadáver de un preso en un tonel espolvoreado con cal a la espera de poder ser quemado semanas después por herejía. Nada de eso era comparable con aquel libro que de forma tan preclara hablaba del amor carnal. Sus páginas arremetían contra el santo matrimonio, los franciscanos, los jueces, los esposados, frente a todo amante que profesase, pobre de él, un amor puro y cortés. La mujer era la criatura más irritable, deshonrosa y de mayor malicia que existía, causante de cualquiera de los pesares que pudiera padecer un hombre. Pero qué diferente

manera de tratar a la rosa, pensaba Clémence, que tan respetada era en el cuento que debía decorar por encargo de Christine.

El libro causó gran expectación. Más alboroto que si las gárgolas de la fachada de Notre-Dame hubieran cobrado vida. El pueblo aplaudía jocosamente el atrevimiento del autor, Jean de Meun, por hablar como lo hacía de la concupiscencia, de la carne, de la cópula, de la procreación. Nadie se había atrevido a llamar a cada cosa por su nombre, del modo directo y grosero en que él lo hacía. Poco le importaba si se trataban de las partes más íntimas del hombre o de la mujer. Así que, aunque tan solo fuera por curiosidad o hilaridad, los que tenían dinero se apresuraban a hacerse con un Romance y, al cielo rogaban que les prestasen uno los que no lo tenían. Alguno que otro acabó con sus huesos en las mazmorras por haber intentado hurtar el libro de los puestos del mercado o de algunos de los talleres de la rue Saint-Jacques, en los que se quedaban ciegos de tanto copiar. En fin, quien sabía leer, lo leía y releía. La mayoría, como no podía, se conformaba con sentarse en las plazas y escuchar su lectura de los labios de algún juglar. Ludovica más de una vez volvió a casa escandalizada, con las mejillas aún sonrojadas, al haberle contado la Rumorosa comadreos en torno al libro.

Christine leyó la obra con tanta atención como indignación. Intercaló muchas cintas entre sus páginas. Ninguno de los libros apilados en el purgatorio contaba con tan numerosas marcas negras. Se quejaba del tono de burla y sátira con el que el autor lo despreciaba todo, afirmando que el amor no existía, salvo que por amor se entendiese la satisfacción de los instintos del varón. Invitaba a observar e imitar a la Naturaleza que había creado a todos para todas y a todas para todos. Solo había que ver retozar en

los prados a vacas y toros, a ovejas y carneros. Ahí lo tenían. En fin, cualquier cosa valía para conseguir la rosa, ya fueran mentiras, tretas, ofrendas, asaltos o falsos halagos. Ya no existían Lucrecias, ni Penélopes de Grecia, ni una sola mujer había honrada en la tierra, si un hombre sabía requebrarla bien. Y es que, según el libro, quedaban menos mujeres honestas que aves fénix sobre la tierra. Más fácil era toparse con un cuervo blanco que con una de ellas.

La dama se quejó ante Clémence de que ese hombre, Meun, presentase meras opiniones como si de verdades absolutas se tratasen, como si fueran dogmas de fe. Temía que muchos, sobre todo los más jóvenes e inexpertos, los más manejables, aceptasen sus digresiones como un evangelio inatacable. Estaba claro que muchos seguirían sus recomendaciones de vida disoluta, esa existencia villana repleta de engaños, difamaciones públicas, sospechas e infidelidades.

—El lema de *El romance* es que más vale engañar que ser engañado, y puesto que la naturaleza humana se inclina frecuentemente al mal, me temo, querida Clémence, que su lectura conducirá a muchos a una vida deshonesta.

Mejor hubiera sido que todo lo que pensaba Christine acerca de *El romance* y de su autor no hubiera traspasado la puerta del estudio y que se hubiera limitado a comentar con ella sus desatinos, sus contrasentidos, sus agravios. Pero no, no fue así y, habiendo recibido, al igual que el resto de los que se reunían en el Hôtel de Bohême, un escrito de alabanza hacia Meun y su célebre *Romance* procedente de Jean de Mountreuil, preboste de la ciudad de Lille, no pudo evitar tomar su pluma y contestarle.

Christine confió a Clémence el contenido de su epístola, que iba dirigida, tal y como rezaba en su encabezado, al preboste, señor y maestro, sabio en el comportamiento, amante en el conocimiento e inmerso en el aprendizaje clerical. Le escribía con toda humildad y dentro de los límites de su escaso intelecto para manifestar sus opiniones sobre la obra que él había considerado tan digna de elogio.

Comenzó Christine alabando algunas partes del libro, aquellas en las que se hacía un tratamiento serio de lo que se quería expresar, utilizando términos muy bellos y versos elegantes, llenos de ricas rimas. No cabía duda de que el autor gozaba de una expresión sutil. Sin embargo, y al igual que la obra merecía ciertas alabanzas, otras muchas partes debían ser objeto de reproche. Ciertamente, le hizo saber que no compartía la licencia de Meun en el uso de determinadas palabras, que suponían un agravio contra la noble virtud del pudor; discrepaba de que en la guerra del amor fuera mejor engañar que ser engañado, cuando en temas de amor no podía hablarse de batallas y contrincantes, sino de afecto y respeto, sinceridad y fidelidad mutua. Desaprobaba las exhortaciones engañosas y los recordatorios de las cosas más innobles y consideraba infundadas las ofensas dirigidas a todas las mujeres, así como el engaño y la hipocresía atribuidos al matrimonio. Se quejaba, en fin, del exceso de indecencia, de las palabras destinadas a inflamar las pasiones y de la consideración de que la lujuria no era pecado, sino virtud, lo que era contrario a la ley de Dios.

> Por el amor del Señor, de qué manera puede ser de valor o de buen propósito que acuse, culpe y difame tan excesiva, tan impetuosa y tan mendazmente a las mujeres, afirmando que su comportamiento está lleno de

> perversidad. «¡Huye, huye de la serpiente venenosa!», se dice en *El Romance*, para luego animar a los hombres a que la persiga, con asiduidad y sin desistir. ¿No os parece a vos, ilustre preboste, una total contradicción decir que se huya de lo que se ha de perseguir? «¡Volad, volad, hijos míos, huid de semejante animal!», escribe el alabado Meun. Me pregunto, señor, dónde están los países y reinos que han sido asolados por las graves iniquidades de las mujeres. ¿De qué manera engañan al hombre?, ¿le persiguen hasta su casa?, ¿le obligan? ¿es que se lo llevan, acaso, por la fuerza? Si solo se hiciesen reproches a las mujeres indecentes y malévolas, aconsejando que se huyera de ellas, hubiera sido una enseñanza justa la de ese libro, posiblemente provechosa, pero no cuando se acusa en falso a todas sin excepción.

Sentada frente a ella, Clémence la escuchaba con cara de admiración.

La dama terminaba diciendo que, desde su escasa capacidad y su débil discernimiento, no podía considerar que la obra tuviera la utilidad pretendida, siendo una exhortación clara hacia una vida disoluta.

Mientras calentaba la cera para lacrar la epístola, Clémence preguntó si de verdad creía conveniente llevarle la contraria a ese prior.

La dama dejó escapar una sonrisa.

—Preboste, Clémence, no prior… Y sí…, considero que es mi deber enviársela. Una sola helada, querida, no hace invierno, pero puede servir para recordarnos que el frío, tarde o temprano, nos ha de llegar.



61

La réplica

La respuesta no se hizo esperar. No habían pasado más de tres días cuando se escucharon los insistentes golpes de la aldaba.

Estaban en ese momento descansando en el jardín, al que bajaban para darse un respiro en cuanto las campanas anunciaban la primera de las misas de la mañana. A esas horas, ambas llevaban ya mucho tiempo trabajando en el estudio, pues se levantaban antes del amanecer. A Clémence no le supuso sacrificio alguno habituarse a las recias costumbres de su maestra, porque haberse criado en una abadía le había roto de por vida el sueño, y aunque no tocasen a maitines o a laudes, ella abría los ojos a esas horas como si las campanas repicasen en su oreja.

Émilie solía tener esperándolas, junto al estanque de los nenúfares, un plato con dátiles y nueces y una jarra de agua caliente con jengibre y menta. Cuán necesario resultaba ese breve esparcimiento, tanto para Christine como para su fiel pupila. Ludovica se solía quejar de los largos encierros de su señora en el estudio y no se cansaba de pedirle que tomara más el aire, que comiera, que no madrugara tanto, en definitiva, que se cuidara que, *per tutti i santi,* ya no era una jovenzuela. Según ella, si proseguía

así, acabaría ciega y corcovada por andar a todas horas, medio a oscuras, entre papeles y tintas. Perdería, sin darse cuenta, su hermosura y lozanía, ya, ya lo vería. Bernard las interrumpió para anunciar la llegada de un lacayo que traía consigo una misiva para la señora. El mensajero lucía una llamativa librea y sus botas relucían como si en lugar de estar hechas de cuero fueran de acero pulido. Christine tomó el envío y, cuando el portador se hubo marchado, quitó el lacre y echó un rápido vistazo a la correspondencia. Dijo que no le extrañaba que su epístola hubiera provocado réplica, pero sí que esta procediese de persona ajena al asunto. Ludovica preguntó intrigada que a qué epístola se refería y ella, sin ofrecer respuesta alguna a la anciana, cambió de tema y dio por concluido el descanso matutino.

Retornaron al estudio y allí, a solas, comentó a Clémence que la misiva no la había enviado el propio preboste, sino que estaba escrita por Gontier Col y que no entendía por qué se inmiscuía en un asunto que tan solo a aquel y a ella misma incumbía. Al escuchar el nombre de Gontier, Clémence le preguntó si no era ese señor, acaso, uno de aquellos dos hermanos tan idénticos que encontraron en el Hôtel de Bohême, y la dama respondió que, en efecto, se trataba de uno de ellos, el más arisco. La joven recordó las desafiantes miradas y los cuchicheos de aquellos dos intrigantes Cuervos, que tan acurrucaditos las observaron desde sus asientos carmesíes durante todo el concurso de poemas convocado por el duque de Orleans.

—Escucha, Clémence: «A la prudente, honrada y sabia Christine de Pizan, mujer de alto y exaltado intelecto, digno de honor y de los mejores elogios».

La joven suspiró aliviada al escuchar tan amistosos términos. Temía que aquel lacayo hubiera llevado a la casa malas noticias. Christine, al ver su sonrisa, le advirtió de que no se confiase. Aquello no era muestra de sinceridad y aprecio, sino una pura formalidad.

—«He oído decir de boca de una persona prominente…». El preboste, supongo —precisó Christine—. «… que habéis escrito recientemente una especie de invectiva más o menos contraria a lo que mi maestro, el difunto Jean de Meun, recopiló en su *Romance de la rosa*». Por todos los santos —volvió a puntualizar la dama—, ahora lo que escribo, al parecer, son meras invectivas…

Clémence no se atrevió a interrumpirla para que le aclarase qué era aquello de invectivas, pero adivinó que nada bueno debía de ser por la cara que había puesto la dama.

—«Os esforzáis, señora —continuó leyendo, tras un hondo suspiro —, en reprochar errores a este autor, cuya gloria y reputación viven y vivirán en siglos venideros dados sus elevados méritos. Criticáis su muy extraordinaria obra, repleta de palabras e ideas maravillosas, lo que me causa un gran asombro, mi señora».

Christine negó con la cabeza mascullando las palabras recién leídas:

—«Eminente autor»…, «Extraordinaria obra»… Que me esfuerzo en reprocharle errores, pero…, por Dios. —Luego siguió leyendo—: «En la medida en que os habéis atrevido a acusarle, a corregirle y a reprocharle injustamente muchos defectos, os invito a que os retractéis con premura, a que os retractéis cuanto antes, para evitar males indeseables. De no hacerlo, seré yo el que salga con todas mis armas en defensa de esa obra y de su autor».

La dama recorrió el estudio como corcel encerrado y al que se le queda corta la caballeriza. Cuando se hubo calmado, tomó asiento, tomó un poco de aire, tomó su pluma. Al verla, Clémence decidió desaparecer. Subió a la Torre Celestia, casi de puntillas y, en esta ocasión, fue ella quien no dejó de recorrer, apesadumbrada, el pequeño habitáculo, como un pajarillo enjaulado que por mucho que lo intenta no puede echar a volar.

Pasado un rato, fue reclamada desde el estudio para que bajara. La dama, al parecer, quería compartir con ella la respuesta que había elaborado para el arrogante Gontier.

—«A la muy notable y considerada persona, el maestro Gontier Col, secretario del rey, nuestro Señor; clérigo sutil en el entendimiento filosófico, ágil en la retórica y en la habilidad poética».

La dama alzó la mirada y dijo que ella también sabía adular como un fariseo cuando se lo proponía. Tras esas lisonjas, proseguía la misiva rogando al muy ilustre señor Gontier que no la culpase por expresar, dentro de los límites de su corto ingenio, su justa opinión en relación con *El romance de la rosa*. Puntualizaba, después, que en la epístola remitida al señor preboste solo había pretendido verter una opinión sincera sobre ese libro, como en otras tantas ocasiones había hecho con relación a diferentes obras que ambos habían leído y comentado con la mejor de las intenciones. Y dado el interés que Gontier Col había mostrado en el asunto, al ser él quien había tomado la pluma para responderla, había de repetir, una vez más, que algunas partes de *El romance de la rosa* eran, ciertamente, dignas de alabanza, ya que el autor gozaba de hermosa y fina escritura, pero que otras partes merecían el más rotundo reproche,

como ya había expuesto sin acritud alguna ante el estimado preboste de Lille.

—«Vos me pedís ahora que recapacite —concluyó Christine—, pero yo os ruego, señor, que reconsideréis también vuestros elogios al libro y que reflexionéis sobre si son apropiados los pasajes concretos que yo, muy humildemente, reprobé con total confianza ante el preboste, a través de los argumentos que bien conocéis, dado que habéis tomado cartas en el asunto».

Terminaba despidiéndose como su más humilde servidora, Christine de Pizan, amante, como él, del arte, de los libros y de todo el saber.

Si la epístola remitida al preboste causó cierta preocupación en Clémence, la dirigida al muy huraño Gontier Col le produjo gran inquietud. Ludovica hubiera tenido que inhalar sus sales de cuerno de ciervo en el caso de haber tenido noticia de los pormenores de tal correspondencia. La joven no dudaba de las buenas intenciones de la dama al expresar sus opiniones sobre el controvertido libro, pero desconfiaba enormemente de los propósitos de aquellos hombres a los que sus palabras iban dirigidas. Temió que su misiva fuera como la gota que hace desbordar el agua del cántaro.

La dama lo preparó todo para que fuese entregado su mensaje esa misma tarde. Una misiva para Gontier Col y una copia para el señor preboste. Clémence miró aquellos papeles con brillantes ojos de deseo. Sentía ganas de arrebatárselos de las manos, salir corriendo y arrojarlos al Sena para evitar, así, cualquier posible desencuentro.

—No te apures, querida —dijo Christine—, que, con esto, la polémica quedará zanjada.

Ella asintió, aunque temía que el debate solo acabara de empezar.

Cuando hay lobos, lo mejor es no pisar el bosque. Eso era, al menos, lo que el *pater* Oliverius decía, y el monje siempre tenía razón.



62

Habladurías

—Sí, fue eso lo que escuché mientras limpiaba el herrero las pezuñas al caballo, ya os lo he dicho, Ludovica —afirmó Bernard con tono de cansancio—. La llamaron loca vanidosa… y también arrogante…

—Ya sé, ya sé, y desvergonzada —le interrumpió ella, sabedora de lo que iba a volver a escuchar, pues era la segunda vez que le hacía repetir lo que se dijo en aquel corrillo a las puertas de la herrería.

Ludovica se secó la frente con un pañuelo. Abrió la ventana de la galería y el olor terroso del jardín recién regado se coló dentro de la casa.

—Y dime…, ¿estás seguro de que no dijeron nada más de la señora? —insistió Ludovica animándole a que hiciera memoria.

Bernard negó con la cabeza. Al mirar al frente, se percató de que, al entrar con tanta prisa, había dejado un rastro de barro y algo de paja en el corredor. Se disculpó sonrojado por no haberse limpiado las suelas en el raspador del jardín.

—¿Quieres dejarte de barros y de disculpas, Bernard? Eso en absoluto importa ahora. —Él, al escucharla, arqueó las cejas con cara de no poder creer lo que oía.

Sí, que Ludovica no se enfadara cuando le ensuciaban la casa era una auténtica rareza, pensó Clémence, que estaba allí, junto a ellos, sufriendo al ver el interrogatorio al que estaba siendo sometido el Gigantón.

—A ver, a ver, Bernard, concéntrate, hijo mío, ¿se dijo algo…, algo más de la señora que debiéramos saber? Puede que no quieras contárnoslo por pura vergüenza de lo que escuchaste.

Él se rascó la barbilla. Tras unos titubeos dijo que no, que no solo le habían llamado desvergonzada, sino algo más, y preguntó a Ludovica si de verdad deseaba que él repitiera cosa tan grosera. Ella le rogó que lo hiciera. Él balbució algo ininteligible y, bajando, la mirada al suelo dijo:

—Ramera, también la llamaron eso. Esa desvergonzada ramera.

Ludovica se santiguó repetidas veces.

—…Y que merecía una buena somanta… —añadió Bernard—, una buena somanta de palos por atreverse a disputar con hombres como si lo fuera.

—¡Dios bendito! —exclamó Ludovica estrujándose la cara con ambas manos—. Ya, ya decía yo que sus locuras iban a acabar mal…, ¡ayúdanos, ayúdanos, Señor Jesucristo!

Se acercó al taburete que había en el corredor y se sentó. Luego le pidió a Bernard que, por favor, abriera otra de las ventanas, que se ahogaba, deprisa, que se ahogaba.

El hombretón lo hizo y la anciana cerró los ojos, cogió una buena bocanada de aire y los abrió de nuevo para preguntar, con un débil hilo de voz, que si aquellos villanos comentaron algo más. Al ver el aturdimiento de Bernard, Clémence medió.

—Dejadle ya, Ludovica, os lo ruego. ¿No veis que lo estáis atosigando con tanta pregunta? Os ha contado todo lo que ocurrió y, por más que sigáis preguntando, no vais a lograr saber todo lo que se cuenta y se piensa de ella en la ciudad.

Ludovica se giró y la miró con enojo, irguiéndose en el taburete.

—Querida damisela, si tú me hubieras contado los líos en los que se estaba metiendo, posiblemente ahora no estaríamos en el sitio en el que nos hallamos. Me lo debiste decir —la recriminó apuntándola con el dedo— en lugar de andarte con tantos remilgos y se-cre-ti-tos.

La joven enrojeció y desvió la mirada. Después replicó que no se trataba de secretos y que los asuntos de Christine, asuntos de ella eran.

—Yo no puedo traicionar la confianza que ella deposita en mí, aireando las cosas que tiene a bien contarme en su estudio.

—¿Aireando, dices? ¿Olvidas, acaso, niña, que yo la vi nacer, que la he criado, que la quiero tanto como si fuera *mia figlia?* Es lícito que me preocupe por ella, ¡maldita sea! Sufro cuando ella sufre. Solo la deseo *tutto il bene del mondo. Tutto, tutto, tutto…*

Clémence había pasado el suficiente tiempo en esa casa para saber que, cuando Ludovica mezclaba las dos lenguas sin darse cuenta, era porque estaba muy, pero que muy enfadada.

—… y… si hay algo que pueda acarrear problemas a la *mia ragazza,* porque para una vieja *donna* como yo, ella sigue y seguirá siendo mi *piccola* niña, *il mio grande tesoro* —suspiró con amargura —, si hay algo que pueda perjudicarla, al menos, creo que tengo derecho a saberlo, aunque sea solo para intentar ayudarla o consolarla… o a saber Dios qué.

Los ojos de Ludovica se anegaron de lágrimas y Clémence sintió como si le estrujaran las tripas.

—Qué mala cosa esto de hacerse vieja…, *per tutti i santi,* pero qué mala cosa es. En otros tiempos, nada se me ocultaba en esta casa. Y ahora, ya se ve que no soy nada… Soy más insignificante que el pulgón que devora nuestras plantas. A ella le basta contigo para sus confidencias, está visto que así es. Un *vecchio cavallo abbandonato*, eso, eso es lo que ahora soy.

Le dolió profundamente verla así, escuchar tales palabras, pues sabía lo importante que era para Christine, y lo último que deseaba, Virgen Santísima, era levantar un muro entre ambas. A las dos las quería ya con toda su alma.

—Anda, Émilie, acércame la capa —dijo la anciana con voz apagada al verla salir de la cocina.

Cuando la muchacha llegó con ella, se levantó, se la echó por los hombros y se la anudó al cuello con manos temblorosas.

—¿A dónde vais, Ludovica?, ¿queréis que os acompañe? —se ofreció Clémence, preocupada al verla tan abatida.

Pero ella respondió que no, que prefería ir sola. Estaba bien, muy bien. Además, no sabía lo que tardaría. No pararía hasta encontrar a la única persona en todo París capaz de ponerla al tanto de lo que se rumoreaba sobre Christine.

Y desde allí arriba, a través del ventanal de la galería, Clémence la vio cruzar el jardín de la casa a toda prisa. Iba tan rápido como sus torpes piernas se lo permitían.



63

Un gato empeñado en ladrar

No, no eran horas, ni mucho menos, para que aún anduviera sola por la ciudad. El bullicio había dado paso al silencio; la claridad, a una oscuridad capaz de acongojar a cualquiera. Pero qué es lo que hacía que no volvía ya. De haber estado Christine, hacía rato que hubiera mandado a Bernard a ensillar el caballo y salir a por ella. Pero habiéndose marchado al convento de Poissy para visitar a su hija, se habían quedado descabezados en la casa. Nadie parecía atreverse a tomar la iniciativa, sobre todo, conociendo a Ludovica, que podía ponerse furiosa si alguno de ellos ponía un pie en la calle para ir en su busca.

Clémence se retorcía las manos, se asomaba a la calle desde la balconada, preguntaba, a cada poco, si había llegado ya. Pero no, no llegaba. El toque de queda estaba a punto de sonar y estaría, entonces, prohibido andar por la calle. Temió que la arrestaran los guardas, que tuviera que pasar la noche en las mazmorras o, lo que era aún peor, que fuera asaltada por algún malhechor agazapado en la negrura.

«Señor, Señor —rogaba para sus adentros—, haz que vuelva pronto y sin un rasguño, por lo que más quieras, Señor».

Esta vez, sí. Debía de ser ella. Se asomó corriendo desde la galería y la vio en el jardín. Se encontraba apoyada en la pared recobrando el resuello antes de subir las escaleras. Cuánto debía haber trotado la pobre, con todo el tiempo que llevaba afuera. Con lo mucho que le costaba a ella ir sorteando obstáculos por esas calles atestadas, que cuando no era un caballo era una maldita rueda. Mucho debía de haber danzado en busca de la Rumorosa, esa lagartija que tan pronto estaba por el Châtelet, tan pronto por el solitario Pré aux Clercs. Su cornamenta podía verse en la barcaza que cruzaba el Sena, en el tumulto de la lonja, en la penumbra de la iglesia o a lomos de una vieja mula abriéndose paso por el Petit-Pont.

Subió jadeante hasta la primera planta. Ludovica olía como si hubiera estado metida en un establo. Clémence vio que tenía prendida en la ropa alguna que otra espiga. La acompañó hasta su alcoba al verla tan alicaída. Después calentó un caldo y se lo dejó en su mesa.

—No tengo hambre, hija mía —dijo la anciana con un hilillo de voz —, pero, igualmente, te lo agradezco.

—No es cuestión de hambre, Ludovica, sino de reponer fuerzas, y esto os hará sentir mejor. Émilie ha cocido tanto la gallina que este caldo reanimaría hasta a los más desahuciados del Hôtel de Dieu.

La joven la dejó sorbiendo. Al poco, volvió para comprobar si se encontraba bien, con la disculpa de tener que recuperar el cuenco. Se había tumbado ya en la cama. Se mostraba derrotada con la cabeza ladeada sobre los almohadones. Por la expresión que tenía, debía de sentirse entre nubes después de haberse dejado el cuerpo y el alma pateando la ciudad.

Era la primera vez que la veía así, tan indefensa. Despojada de sus ropas negras y con la cabeza al descubierto, no parecía ella. Largas hebras plateadas descansaban sobre su hombro. Eran como las crines deslucidas de una vieja yegua. Le recordó tanto a su Gentille-Julie que se estremeció. Cuánto había disfrutado con la monja, ayudándola en el huerto de la abadía. Se vio, de nuevo, junto a ella, tras la faena matutina, intentando limpiarse las manos negras y sacar la tierra que se les había quedado atrapada bajo las uñas. Mantenían las manos en agua caliente rociada con vinagre. Se les quedaban los dedos como dátiles. Cómo se reían luego la una de la otra al vérselos tan feos.

No pudo resistirse y se inclinó sobre la abatida Ludovica para darle un beso. Fue como besar de nuevo, santo cielo, a su querida monja. Encontró el mismo olor entre dulce y rancio. Ese singular aroma que desprenden las flores que, una vez arrancadas, van perdiendo lentamente su prestancia en el jarrón.

—Mañana, sí, será mañana cuando te cuente todo —masculló entre dientes la anciana tras el beso, manteniendo los ojos cerrados. Sus párpados debían de pesarle como dos losas de mármol. Ni siquiera hizo el amago de levantarlos.

—Descansad, Ludovica, no os preocupéis de nada y, ahora, descansad.

Fue al día siguiente cuando la anciana le relató sus andanzas. Siguió el rastro de la Rumorosa por todo París. Tras mucho caminar, alguien le dijo que hacía poco que se había visto a su hijo bajando sobre su tabla por la Montagne de Sainte-Geneviève, tan deprisa como si lo hubiesen lanzado con una catapulta. En el descenso desenfrenado había derribado a una mujer. Pobrecilla. Menuda la

que, al parecer, había armado. Los vecinos lo persiguieron con palos gritando que le iban a matar. Pero él, con su tabla de ruedas, logró dejarlos atrás. Fue por el Pont Saint-Michel donde lo encontró, aun enrojecido y empapado de sudor.

Cuando le preguntó por su madre, respondió, desabrido, que qué iba a saber él por donde andaba, que no era una mujer de rutinas, salvo su parada acostumbrada en el Châtelet a la hora tercia, como todo el mundo sabía. Pero, claro, la hora tercia hacía rato que había pasado, ¿no?, así que solo el demonio sabría por dónde hacía sus correrías. Cuando Ludovica se iba ya, el muchacho la retuvo y se ofreció a intentar hacer memoria si ella se lo recompensaba bien. Tras darle unas monedas, el vástago de la Rumorosa recobró los recuerdos como si se los alumbraran con una antorcha. «Mercado del trigo, horno de la rue du Four y barrio de Saint-Victor», eso dijo. ¿Y el orden que seguiría? Pues no tenía ni idea, que no era su sombra, sino solo su hijo.

No la encontró ni en el mercado, ni en el horno, ni en el barrio. Y temiendo que la Rumorosa hubiera seguido el orden inverso al suyo, alteró en varias ocasiones el recorrido. Estuvo en el horno tres veces; dos fueron las que pasó por el mercado y la última parada decidió hacerla en Saint-Victor. Cuando ya retornaba a casa, vencida por la frustración y el cansancio, le pareció ver su toca de cuernos allá a lo lejos. La tenía a la vista, sí, pero imposible alcanzarla. Cuánto deseó, entonces, tener veinte años menos. Pasó un carro de heno y no dudó en tentar al dueño con unas monedas para que la llevara. Y así pudo reunirse con la Rumorosa, que era más escurridiza que un pez recién sacado del agua.

En cuanto la vio, la de la cornamenta comenzó a excusarse por la tardanza en conseguirle el clavo que le había prometido.

—Está muy demandado y podéis imaginar que se ha encarecido. Los clavos de Cristo eran los que eran. Sagrados, sí, pero escasos, Ludovica, muy escasitos, y eso hace que todo el mundo los quiera. El clavo se lo llevará el mejor postor, aunque ya sabéis que por vos siempre he mostrado flaqueza.

A Ludovica le costó acallar su retahíla, hacerla saber que en ese momento no le interesaba el clavo ni cualquier otra reliquia, por santísima que fuera, sino su señora y lo que en torno a ella se mascullaba. Y la Rumorosa, como era de esperar, estaba al tanto de todo. En efecto, reconoció tener puntual noticia del gran revuelo que se había armado con ese libro, *El romance de la rosa*. Y no podía entender que Ludovica aún no lo hubiera leído, cuando lo tenía tan a mano, en casa de su señora. Le habló del esfuerzo del joven protagonista para alcanzar el rosal y del final, pero qué final, ¿lo conocía?

—…Vaya lo que le costó al joven llegar hasta la rosa, Ludovica. Cuando la tuvo enfrente, apartó las ramas para atrapar el capullo, le cortó la corteza, sí, se la cortó, la corteza, ¿lo entendéis? Y teniendo ya el camino abierto, imaginad lo que le restaba… ¿No lo sabéis? Mujer, qué es lo que le iba a quedar, pues derramar su simiente sobre la rosa, sí, su si-mien-te, ¿qué? ¿qué os parece…? Vaya cara. Si no creéis lo que digo, coged el libro a vuestra señora y lo leéis, que yo no invento nada.

A la Rumorosa se le saltaban las lágrimas de la risa. Le temblaban las magras mejillas.

—No me pongáis esa cara, por todos los demonios, a ver si vais a ser como vuestra señora, que anda que no se ha puesto remilgosa con lo del libro. Ni que hubiera tenido ella a sus dos vástagos por inspiración divina, digo yo; ni que fuera la Virgen María.

Hubo de hacer de tripas corazón para que le siguiera contando. Le reveló después que Christine tenía bien enfadaditos a los señores ilustres de la ciudad, tanto clérigos como laicos; que no se le había ocurrido otra cosa que andar redactando epístolas groseras, con palabras tan burdas que parecían salir de la boca de una tabernera y no de una mujer de su alta posición; y que, ante tales agravios, había tratado de mediar el honorable Gontier Col, rogándole a la buena dama un poco de decoro y de contención. Pero a ella, eso, la había soliviantado aún más, que menudos humores tenía la veneciana, a insolente, decían, no había quien la ganara. Mujer tenía que ser para tener los humores tan alterados y ese ánimo fuera de sí, eso era lo que se oía.

—Está visto —añadió después con ironía— que vuestra señora se nos ha envalentonado. Unos dicen que quiere cambiar la saya por la cota de malla; otros, que es un gato empeñado en ladrar. Ha debido de perder la cordura para atreverse a tanto. Y no es algo que diga yo. Me conocéis de sobra y sabéis que yo solo cuento lo que me cuentan, si me lo pagan bien, va de suyo. No os imaginéis las suelas que hay que destrozar y las ruedas que hay que cambiar en la tabla de mi hijo para pillar bocado. Que la vida es muy canalla, Ludovica, muy, pero que muy canalla. Pero estoy de suerte, amiga mía —añadió después con una sonrisa en los labios—, porque vuestra señora, con su descaro, me lo está poniendo en bandeja de plata, sí,

en bandejita de plata, que todo el mundo me anda reclamando que cuente, que cuente, que qué demonios pasa con la veneciana.

Mientras contaba todo lo que escuchó de la Rumorosa, la anciana sollozaba. Otras veces, se santiguaba con pesar, con los ojos tan hundidos y lechosos como los del pescado que se vendía en la plaza. Porque, si ya le habían parecido preocupantes las ofensas que escuchó Bernard en la herrería, lo que andaba llevando y trayendo la Rumorosa, con su repugnante lengua afilada, era la mayor de las necedades e injustas ofensas. Al fin había abierto los ojos, pensó aliviada Clémence, al verla tan indignada.

—… ay, hijita mía, y eso no es todo. Se va diciendo que Christine actúa así por pura envidia, porque, aunque tuviera más vidas que un felino, sería incapaz de escribir algo tan bueno. Que más valiera que se fuera de una vez por todas a su tierra y dejara de insultar a tan ilustres señores. Virgen Santísima…, hasta el difunto señor Tommaso, que el Espíritu Santo lo tenga bajo su guarda, ha salido a relucir. Le llaman villano, ¡pobre señor mío!, con lo noble y digna persona que era…, y a ella, tan firme y honrada, la vienen tachando ahora, válgame el cielo, de ser la hija de un criminal. Sí, de un criminal.

Clémence rogó a la anciana que se calmase. Que no había de hacer caso de tales calumnias y acusaciones sin sentido.

—Hasta lo del maldito mercurio están utilizando para atacarla, hasta eso —se quejó desconsolada—. Y bien saben todos ellos que nada tuvo que ver el señor Tommaso en el desgraciado envenenamiento.

La anciana se puso la mano en el pecho, como si quisiera retener el corazón para que no se le escapara. El rostro de la joven

mostraba cada vez mayor estupor.

—Sí, sí, de sobra saben, niña, que no fue culpa de su padre, que fue ese torpe ayudante de la corte quien erró en las medidas, a pesar de las instrucciones que le dio el señor. Y ahora…, ahora nos vienen de nuevo con eso. Serán infames, serán odiosos, desenterrar el pasado tan solo para dañarla… Qué desgracia, Clémence…, pero qué desgracia…



64

Un poco de paz

«¡Una lengua maliciosa es más venenosa que la mordedura de una serpiente!», es lo que exclamó Christine cuando, al retornar de Poissy, la pusieron al día de todo lo que se murmuraba acerca de ella en la ciudad.

Nunca la había visto Clémence tan irritada. Aguantó con mesura todo lo que de ella se hablaba, pero cuando Ludovica llegó a lo del mercurio, ardió como la paja. Estaba acostumbrada a que la humillaran, pero que se cuestionase la honorabilidad de su padre, ¡oh no!, por tal cosa no pasaba.

—Cuántas veces os lo habré dicho, Ludovica, que anduvierais con cuidado con esa Rumorosa, que no es de buena ley, que de su lengua avinagrada no se libra ni el más santo. Pero qué vil, qué vil costumbre es esa de andar trayendo y llevando calumnias, cuchicheando maldades en la oreja de todos —se lamentó con pesar.

Se encerró en su estudio todo el día. Permaneció allí horas sin darse tregua, sin bajar al jardín, sin acompañarlas ni en el almuerzo ni en la cena. Clémence no quiso quebrantar su recogimiento y evitó andar entrando y saliendo de la Torre Celestia cuanto pudo. Decidió tomar los cuadernillos, los pinceles y los pigmentos, e irse al jardín.

Allí, junto a la fuente de los nenúfares, trabajó hasta que se quedó casi sin luz. A altas horas de la noche, desde su alcoba, pudo escuchar pasos por el corredor. Christine, al fin, se retiraba.

Al día siguiente, la dama aparentó sosiego. Les manifestó que, tras mucha reflexión, había decidido no hacer caso de los embustes y de las necias calumnias. No quería volver a oír hablar en esa casa de chismorreos, insultos, de lo que se dijera o se dejase de decir. Y en cuanto a lo de su padre, lo importante era que todo el mundo sabía la verdad, por mucho que unos infames pretendiesen mancillarlo con falsedades. Aunque intentara transmitirles tranquilidad, a Clémence no la engañaba. Veía en sus ojos rastros de preocupación, una tristeza disimulada.

Hacía tiempo que Christine no subía a la Torre Celestia, pero ese día sí lo hizo. Dijo que quería supervisar los avances de su pupila, saber si necesitaba más pigmentos, si los pinceles estaban en buen estado. Clémence la miró extrañada, pues solo tenía que haberla llamado, como siempre, para que hubiera bajado. Intuyó que, en esos momentos, su maestra necesitaba estar allí arriba, en el rincón preferido de su padre. Estaba claro que cada uno busca a su manera el modo de mantenerse cerca de los suyos, aunque se hayan ido. Lo sabía bien ella, que no podía dormir sin su libro de horas bajo la almohada. Cuando tenía pesadillas, metía la mano, lo acariciaba y al sentirlo se calmaba.

Se sentaron ambas frente a la ventana. No podía dar crédito a lo que veía. La dama alzó su traje y, como si tal cosa, posó los pies sobre la repisa.

—No te asustes, querida. Solo imito a mi padre. Era así como solía encontrármelo cuando dejaba de interpretar estrellas y descansaba.

Clémence puso también sus pies en alto.

—Como no he tenido padre al que imitar, permitidme que eche mano de las buenas costumbres del vuestro.

Ambas rieron.

—Qué pena me dan esos humos tan negros que afean el cielo —dijo después Christine, mirando tristemente a través de la ventana —; ya sea queriendo, o sin querer, tenemos el don de estropearlo todo, incluso, lo más pulcro, lo más puro…

Recordó lo que le había contado una catherine cuando en una de las recogidas tuvieron que bajar al río a por un ahogado. Le comentó que, hasta que obligaron a los carniceros a hacer los despieces en las afueras de la ciudad, no era raro encontrarse entre los juncos vísceras y restos de piel.

—Sí, había un hedor tan insoportable que, cuando corría el viento, no se podía ni respirar —le confirmó Christine—. Teníamos que taponar ventanas y puertas para que la fetidez no se nos metiera en casa. Más de una vez ayudé a mi padre a sellar esta torre. Había que vernos correr de un lado a otro para ir taponando las ranuras.

Hablando de vísceras y de carniceros salieron a relucir los tintoreros, que también ensuciaban lo suyo, y los tintes las llevaron a acordarse de los pigmentos y de lo bien que les vendría reponer el lapislázuli y el pan de oro. Tras dar un repaso a lo que habían de comprar, se quedaron calladas. Clémence observó que la dama, con la vista perdida en los tejados, recuperaba la cara de preocupación. Estaba segura de que no se quitaba de la cabeza los rumores que andaban revoloteando acerca de ella por la ciudad y aprovechó a decirle que, si había algo que ella pudiera hacer para acabar con las necias murmuraciones, solo tenía que decírselo. Pero, cuánto,

cuánto le gustaría coger aguja y grueso cordel y sellarles los labios. La dama le agradeció el interés que mostraba y le rogó que alejase de la cabeza sus inquietudes. Pero ella respondió que todo se lo debía y que no sabía cuánto le dolían las ofensas que tan injustamente estaba recibiendo.

—La vida es así. Nadie es del gusto de todos y, se quiera o no, siempre hay adversarios, surgen enemigos hasta de debajo de las piedras.

Añadió que, como decía su padre, uno se tiene que lamer las heridas en soledad, porque la flaqueza nunca se ha de dejar al descubierto. La debilidad llama al malvado, porque ante el fuerte se amilana.

—Tropezarás a lo largo de tu camino con gente bondadosa, de muy buen corazón, pero también con personas villanas, de esas que disfrutan haciendo sufrir al prójimo con una crueldad innecesaria.

Al escuchar esto, Clémence bajó la mirada.

—… Lo siento, pero qué torpe he sido, decirte esto a ti, tú que has sufrido tan de cerca la mayor de las barbaries…

La dama, con dulce voz, alabó después su valentía, el coraje y la obstinación que había demostrado frente a todas las adversidades que le había confesado. Cuánto espanto le había causado tener conocimiento de las atrocidades que sufrieron en la abadía.

—Y a pesar de todo eso, conseguiste llegar a París —afirmó orgullosa Christine, como si hablara a su propia hija Marie—. Eres tozuda, querida niña… — terminó diciendo—. A veces…, a veces, me recuerdas tanto a mí…

Escuchar eso de boca de la dama la llenó de dicha. No se habría podido sentir más alabada.

Las voces de Ludovica las hicieron dar un brinco.

—¡Bajad, bajad, tenéis que verlo! ¡Malditos sean!

Las dos se apresuraron hacia la escalera.

—¡Hasta dónde, hasta dónde serán capaces de llegar, malditos sean! ¡Bajad! ¡Bajad!



65

¡A su tierra la veneciana!

Apestaba a estiércol. Hallaron la fachada de la casa embadurnada con excrementos. El hermoso escudo del astrólogo, que había junto al portón de entrada, ni se adivinaba. Su luna, su compás, sus cinco estrellas labradas, pero ¿dónde demonios estaban?

Christine y Clémence se quedaron mudas contemplando la grotesca visión. Quién, quién podía haber hecho algo así, preguntó la joven a su maestra. Ella no dijo nada. Simplemente miraba. La dama, de repente, pareció salir de su turbación y con mucho coraje ordenó a Bernard que corriera rápido al pozo a por agua, vertiera vinagre y restregara, que restregara hasta hacer desaparecer esa inmundicia y el terrible hedor que desprendía. Que lo ayudara Émilie, eso, y que también llamaran a la cocinera, que todos eran pocos. Quería verlos cepillando sin parar, como si les fuere la vida en ello. Debían dejarlo limpio antes de que tocasen a misa y comenzase el trasiego.

Ludovica, mientras tanto, se daba palmadas en el pecho, gimoteaba.

—Ay, Christine, quieren que nos vayamos, eso es lo que quieren, que hay quien va diciendo por ahí que ¡a su tierra la veneciana! Y

aquí lo tenéis. Eran ciertas las habladurías. Más claro, el agua. Y ¿no sería mejor marcharnos? Vuestros hermanos partieron cuando murió vuestro padre, por qué no vais a hacerlo ahora vos.

Ella negó con la cabeza sin apartar la vista del sucio muro. Respondió que no dijera simplezas, que era tan francesa como el que más y nada ni nadie iba a sacarla de su casa. Adujo que fueron solo tres años, los primeros, los que pasó en Bolonia, tierra de la que ni se acordaba, y que en Francia había vivido toda su vida, treinta y tantos iban ya. «Uno no pertenece al sitio en el que nace, sino a aquel en el que se desea descansar eternamente —añadió—. Aquí yacen mis seres queridos y aquí reposaré yo. Francia es mi casa y no dejará de serlo, aunque les pese».

Ludovica, sin quitarle la razón, le pidió que recapacitara, no fueran a ir a mayores las ofensas hacia su persona. Quizá no se tratase de una idea descabellada ausentarse, solo temporalmente, insistió, hasta que el viento adverso amainara.

—Pero qué ilusa que sois, Ludovica —respondió Christine—, pero qué decís. Irnos no cambiaría nada, absolutamente nada. ¿No os dais cuenta de que lo que digo y pienso ofendería a los mismos esté donde esté?

La anciana miró a Clémence con ojos de caballo vencido. Parecía dar por perdida la batalla.

—Y tened por seguro que, si para los parisinos no he dejado de ser veneciana, para los venecianos, milaneses o bolonios no dejaría nunca de ser francesa. Seré extranjera allá a donde vaya.

Se quedó Ludovica dando órdenes al Gigantón, a Émilie y a la cocinera. ¡Más vinagre!, ¡más brío!, ¡más agua!, ¡más deprisa!, ¡cepillad con más gracia, cepillad!

En el estudio, Christine se fue derecha a sus papeles. Releyó fragmentos de la correspondencia que había generado el debate, de la que había guardado una copia. No, no había nada indecoroso, grosero, irrespetuoso de lo que hubiera de arrepentirse, dijo a Clémence. De haberlo hallado, de inmediato hubiera salido corriendo hacia el ofendido a pedirle perdón. Lo único altivo que encontró al repasar esas páginas fue el tono, la respuesta, el ultimátum dado por el arrogante Gontier Col.

—«Os invito… —leyó en voz alta Christine— … a que os retractéis con premura, que os retractéis cuanto antes para evitar males indeseables. De no hacerlo, seré yo el que salga con todas mis armas en defensa de esa obra y de su autor». Está visto cuáles son sus armas: la difamación, el hostigamiento y la humillación. Ya ves que hay algunos que cuando no son capaces de vencer con la razón intentan prevalecer por la fuerza y eso es un error. Pocos argumentos debe de tener para defender ese magnífico libro, si para contrarrestar los míos no recurre a la dialéctica y a la persuasión, sino a intrigas y sucias artimañas.

La dama le confesó que no era esa la primera vez que era objeto de tales acechanzas. No lo sabía nadie, ni siquiera Ludovica, pero tras aceptar el encargo del duque de Borgoña de escribir la biografía de su hermano, el rey Carlos V, recibió un pequeño cofre con un lazo lacrado. En su interior halló un pájaro muerto del que colgaba su epitafio: TANTO QUISO CANTAR EL MIRLO QUE AL ALBA ENMUDECIÓ.

—¿Y qué vais a hacer ahora, Christine?

—No mostrar flaqueza, Clémence. Si se piensan que convirtiendo mi casa en una porqueriza no asistiré a mi cita en el Hôtel de

Bohême, andan bien confundidos. Allí estaré, más puntual que la Tour de l'Horloge.

En efecto, la tertulia literaria se iba a celebrar en la tarde del miércoles y tenía por tema «Dante y la *Divina Comedia*». Habían de intervenir los hermanos Gontier y también Christine. El evento había despertado bastante interés en la universidad, pues era aquella una obra que venían usando los maestros para la enseñanza de la gramática y del arte de la retórica. Se esperaba, por tanto, que la Chambre Valois se llenase de estudiantes y de maestros. Christine llevaba tiempo preparando su intervención, que, como bien sabía, había sido provocada por la duquesa, Valentina Visconti, quien había dicho a los ilustres caballeros, componentes del conocido círculo literario, que no se les ocurriría dejar fuera del análisis de la obra a la única persona de aquel grupo que era capaz de leerla en su lengua vernácula. «La única capaz —recalcó— de apreciar todos los matices buscados por el celebérrimo autor florentino».

—Ay, la duquesa —le dijo Christine a Clémence—, sus intenciones deben de ser buenas, pero cuánto, cuantísimo les ha debido de encolerizar.



66

La nave de los necios

Llegó la tarde del miércoles. Sentada junto a su maestra en uno de los selectos asientos carmesíes de la Chambre Valois, escuchó atentamente lo que decía Gontier Col acerca de aquel curioso libro llamado *Divina Comedia*. Descubrió que versaba sobre un poeta, perdido en una oscura selva, al que se le apareció el alma de un tal Virgilio, también poeta, que prometió sacarlo de allí sano y salvo. Para ello, debían atravesar el tenebroso reino de los muertos. Y fue un terrible viaje, sin duda, pues hubieron de cruzar, primero, el infierno, en donde expiaban sus culpas los pecadores; después, el purgatorio, en el que esperaban su purificación las almas arrepentidas para poder ascender a los cielos. Al fin, arribaron al paraíso, y fue allí donde Beatriz, su amada, tomó las riendas y se encargó de guiarlo a lo largo y ancho de todos los cielos.

Centrada en cada una de las palabras que pronunciaba Gontier, sintió que era ella misma la que se aproximaba al tenebroso río Aqueronte y que aquel barquero infernal le extendía la mano para que fuera su pasajera.

—«¡Oh, vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza!» —exclamó alzando la voz el del púlpito leyendo el libro que tenía

abierto sobre el atril, y todo el mundo siguió sus lecturas y glosas sin ni siquiera pestañear.

Su oratoria fue muy celebrada. Cuando los maestros y estudiantes aplaudían, los de arriba, los situados en la gallera, también lo hacían. Se refirió después el elocuente orador a los nueve círculos del infierno. No había pecador que no contase con el propio. Los había para los no bautizados, los lujuriosos, los herejes, los seductores y traicioneros, a cada cual más opresivo y caluroso que el que lo precedía. Fue una exposición, la suya, llena de ardor e historiadas declamaciones. Y así, tras una exaltada charla, terminó haciendo hincapié en el modo en que las almas soberbias penaban en ese peculiar purgatorio ideado por Dante.

—Los soberbios, esto es, los que se creen lo que no son…

Al decir esto, los ojos aviesos del que hablaba se clavaron en el dulce rostro de Christine de Pizan.

—… Para expiar sus culpas debían cargar sobre sus espaldas con descomunales piedras. El peso los obligaba a caminar encorvados, con la vista puesta en el suelo. Qué ingenioso Dante —añadió con risa maliciosa Gontier—, ¡qué eficaz modo de suplantar en los soberbios la vanidad por la humildad! —añadió levantando la voz y volviendo a mirar a la dama.

Terminó su discurso parafraseando al comentado autor.

—La celebridad —dijo con vehemencia— es como el color de la hierba, que se ve y se va, despojándola de su frescura el mismo que la hizo brotar. Y aquí termino, mi respetado auditorio, con esta sencilla reflexión: toda fama es efímera, como mantiene Dante en su *Divina Comedia*. Es como el viento, ciertamente, que tan pronto arranca árboles como no es capaz de levantar una hoja seca. Esto,

por supuesto, no lo dijo el gran Dante —afirmó riendo socarronamente—, sino que, señores, lo añado yo.

Se escucharon aplausos. Alguno que otro se levantó expresando entusiasmo. Gontier comenzó a recoger los papeles del atril para abandonar el púlpito. Cuando parecía que había dicho todo lo que tenía que decir y ya se marchaba, retrocedió y añadió:

—Perdonadme, perdonadme. Ahora, he de dar paso al próximo interviniente, Christine de Pizan…, que…

Dejando la frase en el aire, con una de sus cejas tan levantadas que parecía querer saltar de su frente, giró la cabeza hacia la dama.

—… bueno o prefiere la ilustre señora que la llame por su verdadero nombre, Cristina de Pi-zza-nooo. Al fin y al cabo, no es francesa, sino nacida en Venecia, y eso, al parecer, ahora —carraspeó forzadamente varias veces— la coloca en ventaja. Está visto que a quien carece de espada, bien le viene un palo.

Hubo risas por arriba y murmuraciones en los asientos más próximos al estrado. Cuando el orador retornaba a su asiento, Clémence advirtió que hizo un gesto disimulado con el dedo hacia la gallera. Acto seguido se dejó oír un vozarrón desde lo alto:

—¡Veamos qué tiene que contarnos! ¡Seguro que es más benevolente con ese florentino que con nuestro glorioso Meun!

El grito fue seguido de otro en su apoyo:

—¿Os pesa, señora, la piedra que lleváis a la espalda?

Al escucharse tal cosa, se produjo un estallido de carcajadas por arriba. Por abajo, algunos rieron también o se dieron codazos o cuchichearon. A Clémence le repugnó que los dos Cuervos levitasen de satisfacción.

—Andad con cuidado, Christine —le susurró al oído antes de que abandonara su asiento—, que aquí pasa algo extraño.

Ella respondió que algunos no sabían hacer nada sin rodearse de fanfarria.

La participación de Christine estuvo salpicada de desagradables sobresaltos. Fue como viajar en carro por un sendero con socavones. Al principio, reinó el silencio y pudo explicar tranquilamente la estructura poética de la obra y repasar muchas de sus alegorías con relativa calma. Clémence suspiró aliviada al ver que sus palabras eran escuchadas con tanta atención. Los rostros de algunos mostraban estupefacción. Se leía en ellos la sorpresa de que una mujer hablase de tal modo, en tono seguro y de manera tan sabia.

Si Gontier se había centrado en la parte del infierno y del purgatorio, ella se recreó con la dedicada al paraíso. De cuántos cielos habló. Dirigiendo la vista a su pupila, mencionó a san Benito y a ella, entonces, le dio un vuelco el corazón. Su maestra bien sabía que era su Regla la que había regido casi toda su vida en la abadía de Saint-Sulpice. El fundador de la Orden benedictina fue colocado por Dante, precisó la dama, en el cielo de Saturno, que es el que reunía a las almas dedicadas a la vida contemplativa. El cielo de Saturno, repitió para sus adentros Clémence. Allí es en dónde debían de estar reunidos, entonces, todos los suyos. Siguió hablando de otros tantos cielos, pues no solo había uno: el de Venus, para los amantes; el de Marte, para los héroes; el de Júpiter, para los justos; el del Sol, para los sabios; el de Mercurio, para los que deseaban la gloria… Pasó luego Christine a comentar las referencias filosóficas que ocultaban las páginas del libro y fue, en ese momento álgido, en

el que tan fluidamente se explicaba, cuando comenzó la chanza. Su pupila observó, muy indignada, que eran los hermanos Col los que capitaneaban la nave de aquellos necios que de vez en cuando interrumpían a su maestra. Las burlas, en efecto, siempre se producían tras haber realizado alguno de ellos una seña hacia la gallera. ¿Es que nadie les paraba?, ¿es que solo se daba cuenta ella de su treta?

La dama mantuvo la compostura como pudo. Se veía que se esforzaba por permanecer concentrada y no perder el hilo de su discurso. Alabó, para terminar, tal y como había hecho previamente su antecesor, el alto valor literario del poeta y dijo que había de tomarse su obra como un modelo de perfección. Si las alabanzas de Gontier habían sido bien acogidas, cuando salieron de los labios de Christine causaron estragos en la sala. «¡Alabáis al extraño y calumniáis al propio!», «¡Instrusa, que sois una intrusa!», «¡Tenéis la boca de miel y el corazón de hiel!», «¡Rueca sin mano no hila, veneciana, y más vale que os dediquéis a hilar!», «¡Dejad la pluma!».

A Clémence se le salía el corazón por la boca. Se le llenaron los ojos de agua al ser testigo de los insultos y de las crueles mofas. Cuánto deseó ir hacia los dos Cuervos, cogerlos del cuello, desplumarlos, y que así enmudeciera de una vez por todas su necia comparsa.

Gontier Col se levantó de su asiento. Tras pedir calma a los de la gallera se dirigió a la dama:

—Ya lo veis. Esto es lo que pasa, señora, cuando una mujer habla a escondidas de cosas que no le son propias y comienza a batallar. Despreciáis lo que ignoráis. Si *El romance de la rosa* os lo hubieran

escrito en vuestra propia lengua, quizá os hubiera alcanzado el intelecto para comprender a nuestro ilustre autor…

Hubo murmuraciones alrededor. Christine, que aún estaba en el estrado, le respondió con firmeza:

—Yo nunca hablo a escondidas, maestro Gontier. Es algo que bien sabéis. Y opinar sin acritud no es batallar. Si hubiera sabido que entendíais que entablábamos contienda hablando de un libro, una de dos, o me hubiera retirado acobardada ante la superioridad de mi adversario, o me hubiera armado adecuadamente para hacer vencer mi opinión, opinión, por lo demás, que no requiere retracto alguno.

En la Chambre Valois no se escuchaba ni la respiración. Los presentes tan pronto miraban al uno como miraban a la otra.

—Os propongo entonces —dijo el altivo Gontier con una mueca grotesca— que os dejéis de epístolas y debatamos, aquí, en público, a las claras, sobre *El romance de la rosa*. El próximo miércoles si lo deseáis y a igual hora.

Una sonrisa cínica apareció en los labios de Gontier.

—Podéis rechazar mi invitación, claro, y disculparos por vuestra soberbia sin necesidad de tener que ir a más —añadió con igual altivez—. Deberíais hacer descansar vuestra espalda de la pesada piedra que soporta —añadió riendo—. Razonable sería que decidierais rehusar el debate en este mismo momento, lo entendería, pues más vale una retirada honrosa que una derrota vergonzosa.

Ella, pensativa, desvió por un instante la mirada hacia el auditorio. Todo el mundo la observaba. Gontier, con actitud despectiva, aguardaba la respuesta.

«Un no. Dadle un no, por lo que más queráis», rogaba Clémence para sus adentros. Al percatarse de cómo le brillaban los ojos a su maestra y como alzaba el mentón hacia el Cuervo, le temblaron las manos. Se temió lo peor.



67

Las alarmantes noticias

Hacía ya tres días que no escampaba. Parecía como si se hubieran abierto las compuertas del firmamento y torrentes venidos de los confines del universo hubieran caído a plomo sobre París. Clémence mantuvo las velas encendidas todo el día en la Torre Celestia, pues esa tormenta inagotable dejó la ciudad inmersa en una grisácea y somnolienta penumbra. Con el pincel detenido en la mano y atrapada la vista en el ventanal, recordó las lecturas de la hermana Pétronille sobre el diluvio universal. Cuánto le había angustiado de niña esa historia de la Biblia. Aun así, siempre pedía que se la repitiera. «Una vez más, hermana, una vez más», rogaba hasta que la monja claudicaba y volvía a recrear con detalle el modo en el que el agua cubrió la faz de la tierra hasta los picos de las montañas más altas, librando al mundo de todo ser viviente. Como siguiera lloviendo de ese modo, se temió que así iban a acabar ellos, arrastrados todos por las aguas del Sena, que no paraba de crecer y de crecer. Siempre pensó, al escuchar a la monja, que Dios fue muy cruel. Cómo es que había preferido salvar leones y reptiles, por todos los santos, antes que poner a resguardo a las personas. Tras esas lecturas, tuvo una pesadilla recurrente que le hacía levantarse

con mucho desasosiego. La recordaba aún bien. Se encontraba dormida y se despertaba al sentir los pies mojados. Veía, espantada, que el agua estaba ya a la altura de su jergón. «¡El diluvio!, ¡el diluvio!», escuchaba gritar a las monjas por la abadía. La corriente se la llevaba consigo, la arrastraba por la galería del claustro, que estaba completamente inundada. Se agarraba, como podía, a una hoja de castaño que pasaba flotando a su lado. Más que una hoja parecía una barquichuela. No estaba vacía. Tenía encima un caracol, enorme, como tres veces la palma de su mano. Daba un salto y se sentaba junto a él. Se inclinaba hacia uno de sus enormes cuernos. «No te preocupes, que ahora remo yo», le susurraba. Sentía un fuerte tirón en la oreja. «¡Ya te he dicho que en el claustro ni se corre, ni se ríe, ni se juega!». Ella contestaba a la *mater* abadesa que no, que no eran juegos, que solo remaba para poder salvarse del diluvio, que era muy, pero que muy universal. Siempre se despertaba en el mismo momento, cuando veía, desconsolada, cómo se iba el arca sin ella. Un Noé, tonsurado y con casulla, le negaba el paso. Le decía que solo había hueco para un animal más y no bastaba cualquiera. Tenía que ser uno de los que se arrastraban. Así que, en ese maldito sueño que tanto se le repetía, ella nunca se salvaba. Solo lo hacía el afortunado caracol.

Mojó el pincel en el pigmento. Volvió a hacerlo para que se impregnara bien. Repasó la última letra capital que le faltaba. Se quejó mientras tanto, entre dientes, del maldito aguacero, de la oscuridad, de ese viento que hacía vibrar las ventanas de la torre, de esa veleta que no paraba de gemir como si la estuvieran matando de hambre en las mazmorras del Châtelet. Por Dios, ¡que se callara ya! Pero no era el aguacero el culpable de su mal humor, ni mucho

menos, porque estaba así desde que volvieron del Hôtel de Bohême. Malhumorada, nerviosa, muy irritable. Desde entonces, andaba, ciertamente, con el alma atormentada, como si se hubiera quedado atrapada, dando vueltas y más vueltas en los círculos del infierno. Pero por qué diablos habría aceptado Christine el ofrecimiento. ¿No había tenido bastante? Si hablando de Dante salió así de injuriada, hasta dónde llegaría la furia cuando mencionase en el próximo encuentro a Meun. Pero nada, por mucho que le había dicho, rogado y advertido a su maestra, había sido como esa lluvia incesante que caía sobre el suelo encharcado. «¡Todo lo que tenéis de sabia, lo tenéis de testaruda!», se le escapó de los labios, pues así de preocupada andaba. De inmediato, se arrepintió de su osadía. La dama no se enfadó y, en lugar de corregirle, simplemente bromeó diciendo que, si eso fuera cierto y su sabiduría fuera equivalente a su tozudez, no sería Christine de Pizan, sino la sibila del monte Parnaso. Le molestó que no la tomara en serio. Mucho más, que hablara de montes y gente que no conocía, cuando ella andaba tan angustiada.

Ludovica ignoraba cómo habían ido las cosas en el Hôtel de Bohême. Cuando llegaron a casa preguntó al respecto y, antes de que Clémence tuviera tiempo de despegar los labios, Christine ya había contestado que cómo iban a ir las cosas: «Pues bien, muy bien, como se esperaba». Era mejor no disgustar a la anciana, le dijo luego a solas en el estudio a su pupila, que ya había tenido bastante, la pobre, con el escarnio del estiércol.

—Además, por nada del mundo, hija mía —añadió con gesto de sufrimiento—, quiero escuchar de nuevo sus lamentaciones y su

tediosa cantinela sobre la conveniencia de «retornare, retornare presto, nella nostra terra».

Clémence notó que, desde entonces, la anciana las miraba pensativa y con algo de recelo. Por la noche vino a verla a su alcoba y la apremió a que hablara, porque eso de que en el Hôtel de Bohême todo fue bien, muy bien, parecía haber salido de la boca de Judas. Al principio, la joven se mostró algo reticente, pero luego sus nervios estallaron y se lo contó todo. Cuando acabó, Ludovica no hacía otra cosa que retorcerse las manos diciendo que eso no podía terminar sin daño. Ella, por su parte, sintió un cierto alivio al compartir su tremenda angustia.

Al día siguiente, al fin escampó. Solo se veían algunos goterones resbalando por esos tejados que brillaban tanto como si los hubieran engrasado. Se escuchaban ya los pájaros, cuyo canto se había enmudecido por el aguacero. La gente, al fin, se atrevía a salir de sus moradas.

Pero si el irritado cielo se había ya sosegado, la tempestad para Ludovica no había hecho más que empezar. Casi le da un ataque cuando Bernard le dijo que alguien, a quien la señora no quería ver ni a cien pies, estaba afuera, en la calle, sentada en el escalón de la puerta. Ludovica enrojeció. Bajó a toda prisa, en compañía de Clémence, a la que avisó por medio de señas sin que la señora, que llevaba días sin levantar la cabeza de sus papeles, se diera cuenta.

—¡Carecéis de vergüenza, Rumorosa! —gritó, tras indicar a Clémence que entornara la puerta—. Después de calumniar y emponzoñar tanto, vaya desfachatez la vuestra atreveros a rondar por esta casa.

La increpada se levantó muy ofendida, diciendo que ella se ganaba la vida de forma muy, pero que muy honrada.

—Yo no trincho nunca el pollo, Ludovica, y de emponzoñar, nada. Y cómo, cómo me duele oír tal cosa de vos —dijo con un fingido lloriqueo—, a quien con tanta consideración he tratado. La mejor de mis compradoras sois, sí, a la que más valiosas reliquias siempre he apartado.

La Rumorosa se llevó una mano al pecho y entristeció la mirada.

—Dejaos de melodramas, Rumorosa, que os conozco, y decidnos, decidnos de una vez por todas qué hacéis aquí.

Ella dijo que estaba muy apenada por las malas formas en las que la última vez se separaron; que se malinterpretaron sus palabras e intenciones; que nunca pretendió criticar a su señora, pues de sobra sabía de su justeza y valía, y, en fin, que solo se limitó a responder con sinceridad a sus cuantiosas preguntas. Y para demostrarle sus buenas intenciones y que por nada del mundo deseaba dejar de ser su conseguidora de reliquias, allí la tenía, para poner en su conocimiento alguna que otra cosa que le convenía saber por el bien de su señora.

—Y no os cobraré nada —dijo con cara de estar orgullosa de su sacrificio—, bueno, solo es por esta vez, no os acostumbréis —precisó de inmediato—, que de algo se ha de vivir.

A la de la cornamenta estaba visto que no se le escapaba nada de lo que pudiera ocurrir, pues sabía, de muy buena fuente, que en la universidad se estaba formando una camarilla de osados, dirigida por Gontier Col, para hacerle pasar un mal trago a la veneciana el próximo miércoles en ese encuentro del Hôtel de Bohême; que, en cuanto recibiesen esos animales la señal, se iba a enterar de lo que

valía un caballo; lo del otro día sería *peccata minuta* en comparación.

—Y eso no es todo… —susurró la Rumorosa, negando con la cabeza.

—Pero ¿es que hay más? —preguntó Ludovica con los ojos que se le salían de la cara.

Sí, claro que lo había. Aún quedaba lo peor, dijo balanceando los cuernos. Su hijo, que Dios le había privado de pies, pero no de orejas, dijo la Rumorosa con gesto de satisfacción, se había enterado en las inmediaciones de Notre-Dame de que a la veneciana se le iban a quitar las ganas de escribir y de hablar de los demás, vamos, que no le iba a quedar ni un dedo sano para sostener la pluma. Eso es lo que dijeron. Con esas palabritas. Así estaba la cosa, que ardía.

—Si yo fuera vuestra señora, Ludovica, no iría a esa cita, que más que cita está claro que es un cepo para darle un buen castigo. Y si es así de bravucona y va, más vale que lleve buenos escuderos que la protejan. Decídselo, decídselo a vuestra tía —añadió mirando esta vez a Clémence—, que de ir desnuda, como recién parida, ni se le ocurra. ¡Escuderos!, que se lleve escuderos, os lo repito, que si no se la van a comer vivita —afirmó con tal ímpetu que hubieron de decirle que bajara un poco la voz.

Ludovica se sentó en el escalón que antes había ocupado la Rumorosa. Clémence, al ver que tenía la cara como la harina, intentó proporcionarle algo de aire abanicándola con las manos. La anciana parecía al punto del desmayo.

—Esto no puede acabar bien —mascullaba con la respiración entrecortada—, ay, hija mía, esto no, no puede acabar bien.



68

La Niña de la Vela

Si Tommaso de Pizan hubiera sabido que la *petite* Christine habría de escribir algún día la biografía de su amado rey, Carlos V, lo habría achacado al influjo de las conjunciones planetarias. Algo tan extraordinario tenía que venir determinado por Mercurio, la posición de Marte y el influjo de la Luna en su carta natal.

Christine era conocida por sus baladas. Sus versos cantaban al amor feliz y al desdichado, a la fidelidad y a la esperanza. Aunque no mencionaba al esposo, en sus versos seguía rezumando la pena, el duelo que aún no había dado por terminado. Ludovica nunca vio con buenos ojos su peligrosa inclinación por la escritura, y así se lo dijo muchas veces, desde la confianza que le proporcionaba el haberla criado. «La pluma es cosa de hombres, tanto como lo son la armadura y las calzas; dejad de haced cosas extrañas que no os traerán más que disgustos», le decía con cara de preocupación.

Al volver del Hôtel d'Artois, residencia del duque de Borgoña, compartió con Ludovica el ofrecimiento que se le había hecho de relatar la vida del difunto rey. Decía no dar crédito a que el noble señor hubiera pensado en su humilde pluma para emprender tan elevado cometido, en lugar, de acudir, como era de esperar, a los

expertos clérigos de Saint-Denis. Hasta entonces, solo había escrito en verso, y ahora tenía ante sí el inmenso reto de abordar una obra en prosa, y no cualquiera. Había de recoger por escrito la vida de un rey.

El duque dijo que no era la suya una decisión que hubiere tomado a la ligera y que bien sabía que levantaría resquemores al distanciarse de lo que venía siendo la tradición, pero que no deseaba, por nada del mundo, que a su hermano le hicieran los canónigos un relato frío y distante, o que cualquier veterano historiador relatara su vida de modo tedioso y con grandilocuencia. Solo ella podía dibujar una semblanza no solo rigurosa, sino, sobre todo, íntima y sentida, sacada tanto de la pluma como del corazón. Sabía el duque del respeto y la fidelidad del astrólogo hacia el soberano y de lo mucho que este confió en él.

—Quién mejor que vos, una Pizan, que incluso habéis estado de niña sentada en su regazo, para dar a conocer su buena gobernanza, su sabiduría y su generosidad. Conocíais al monarca no de oídas, sino de primera mano. Con vuestra atinada pluma ensalzaréis a mi querido hermano y con ello a toda la dinastía de los Valois.

Christine acometió el encargo con pasión. Decía sentir nostalgia mientras escribía, pues el relato de la vida del querido monarca la llevaba derecha a la suya, a un tiempo que fue mejor, no solo para Francia, sino también para su familia, que nunca disfrutó de mayor fortuna. Por aquel entonces nadie faltaba. Aún no estaba mutilada la familia de los Pizan.

Para que se documentase, el duque puso a disposición de Christine su biblioteca, la de su sobrino, el duque de Orleans, y la

del propio rey homenajeado, que permanecía en lo alto del Castillo del Louvre. El sucesor a la Corona, Carlos VI, poco interés puso en ella. Preocupándole más las cacerías, los banquetes y los torneos, los libros no solo no aumentaron, sino que disminuyeron al realizarse, con cargo a ellos, obsequios y donativos. Christine, haciendo uso del amable ofrecimiento, pasó muchas horas acodada en esas bibliotecas, tomando notas de *Las crónicas de Francia*. Y haciéndolo disfrutaba tanto como cuando se sumergía en la lectura durante su tierna infancia y juventud. Dado que siempre anduvo con libros, atrapada bajo la tibia luz amarillenta, sus hermanos la dieron, en su día, el sobrenombre de la Niña de la Vela.

La aceptación del encargo del duque trajo consigo un torrente de recriminaciones hacia Christine. El que una mujer se hubiera atrevido a escribir y vivir de su pluma, como si fuera varón, ya había levantado revuelo entre muchos, pero clamaba al cielo y rasgaba las vestiduras que, sin haber recibido formación universitaria, hubiere aceptado dar cuenta de la vida y obra nada menos que del difunto rey. Se escuchó de todo en el entorno del cabildo catedralicio, en el Collège de Navarre, en los púlpitos de la universidad: ¡Una simple mujer que se cree varón, que baje Saint-Jacques del cielo y lo vea!; ¡la vida de nuestro rey en manos de una ignorante sin formación!; ¡tamaña arrogancia no la han visto los ojos!; ¡pero qué gran desacierto el del duque!; ¡pero qué osadía la de esa mujer!, es como dar a un niño piedra y cincel pensando que puede levantar una catedral.

Aunque le llegaban los ecos de lo que se decía, ella se centró en sus libros. Era mucha la responsabilidad que el duque había depositado sobre sus hombros y juró sudar sangre si era preciso con

tal de no defraudarle. Confesó a Ludovica que le animaba en su empeño la firme voz de su padre: «Toma la azada de tu inteligencia y ¡cava!, ¡cava! ¡cava!».

Una encomienda de tal naturaleza le hizo cambiar el rumbo de su escritura. Decidió dejar atrás el lirismo y centrarse en los temas que, en realidad, preocupaban a Francia, esa amada Francia que andaba tan revuelta. De un lado, por los encontronazos entre los duques, tíos del rey, siempre ansiosos de mayor poderío, y la amenaza constante del invasor inglés; de otro lado, por el enfrentamiento entre los afines al papa romano y al papa francés de Avignon, en esa Iglesia partida en dos. Comenzó así a recopilar material para escribir sobre el buen gobierno, la moral y la educación.

Entre tanto togado, laico y religioso que tenía en contra, Christine tuvo noticias de que una voz ilustre se había manifestado en su defensa. Se trataba de Jean Gerson, el canciller de la Universidad de París, quien, a pesar de su alto rango, seguía ejerciendo con humildad su ministerio parroquial, interpretando el Evangelio cada domingo en cualquier iglesia de la ciudad. En un encuentro en el Collège de Navarre acalló las voces de maestros y estudiantes que acaloradamente proferían ofensas contra la insensata veneciana. El ilustre clérigo, según había llegado a oídos de Christine, alabó sus artes literarias y su profunda preparación, y dijo que había dado muestras sobradas de ser una mujer fuerte y varonil, en otras palabras, una amazona capaz de asumir tareas que correspondían a los hombres.

Christine solo le conocía por sus sermones dominicales y quiso el destino que ambos coincidieran una mañana en el taller de copistas de la Montagne de Sainte-Geneviève. La una alabó los libros del

eminente teólogo, de los que reconoció haber sacado mucho provecho; el otro le mostró sus respetos y destacó el disfrute que sus escritos le habían generado. Una vez en la calle, cuando ya cada uno marchaba por su lado, Gerson la llamó:

—Ignorad el menosprecio y la indiferencia, señora —le dijo con una mirada tan serena y limpia que creyó estar de nuevo ante su padre—. El alma del hombre y de la mujer son similares; ambas prosperan igual con la razón. Confiad en vuestra valía, os lo ruego, que nadie os aparte del camino que os ha marcado Dios.



69

El plan

«Donde hay fe, hay fuerza», eso solía decir Ludovica. Y por eso, en cuanto recobró el ánimo, se fue derecha a la iglesia de Saint-Séverin para hacer una de sus promesas.

La última estuvo destinada a conseguir que volviera Jean, el hijo de Christine, atrapado en la convulsa corte inglesa a la que había acudido para formarse como caballero. A cambio del favor divino, Ludovica, que era de muy buen comer, ofreció a Dios como sacrificio no ingerir durante tres meses cosa alguna que hubiera sufrido muerte si el joven volvía sano y salvo, así que, con todo el dolor de su corazón, hubo de andar rechazando durante noventa largos días los sabrosos asados que preparaba la cocinera. Solo se alimentó de verduras. En lugar del retorno de Jean, lo único que consiguió fue tener el vientre como uno de los odres de vino que colgaban en los ganchos de la bodega.

Esta vez prometió que, si su señora salía airosa del embrollo en el que se había metido, durante un año, cada jueves, sin saltarse ni uno, pero que ni uno solo, cocinaría para llenar las bocas de la leprosería. Prepararía ricos caldos y pan de cebolla y nueces, y hasta pasteles con dátiles, en fin, lo que hiciera falta para alegrar el

corazón y el estómago de esos pobres desdichados. ¡Qué ilusa! Estaba claro que no había presenciado lo ocurrido en el Hôtel de Bohême. Más que cocinar para los leprosos hubiera debido hacer la promesa de dormir abrazada a ellos si quería conseguir el favor divino, pensó Clémence.

A ella no dejaba de rondarle por la cabeza la mueca de desdén que vio en Gontier cuando Christine aceptó su ofrecimiento a participar en el debate sobre *El romance de la rosa*. Los hermanos Col hacía tiempo que andaban sembrando vientos contra su maestra, pero, por lo que se veía, querían cosechar pronto la tempestad. Y la tempestad se auguraba atronadora. Por vez primera, no le faltaba razón a la Rumorosa. Ciertamente, era una locura que Christine se presentase en el Hôtel de Bohême, de nuevo, desarmada y sola. Los dos Cuervos se mostraban arrogantes y vehementes porque la veían desamparada. Estaba segura de que su envalentonamiento se acabaría si apareciese fuerte y con un buen respaldo. Serían entonces como esos perros ladradores que no se atreven a morder, aunque presuman de dientes.

Christine debió de pensar lo mismo, que estaba en clara desventaja y necesitaba a su lado a alguien que atara en corto a los hermanos Col y a su nutrido séquito de impertinentes. Visiblemente decepcionada, comentó a Clémence que la duquesa, su principal valedora, no podría asistir al debate. Al parecer, movida por los celos, había agarrado a sus ocho hijos y partido hacia Milán. Tampoco iría el duque, por supuesto, que andaba galopando a la zaga. Hasta en la reina había incluso pensado su maestra; así de abrupto debía de intuir el choque con Gontier. La soberana había recibido muy gustosa varias de sus obras y siempre se había

mostrado afable y respetuosa con su labor. Incluso había acudido a eventos en el Hôtel de Bohême en los que se leyeron poesías y se habló de libros. Pero no, esta vez ni siquiera le cursaría invitación para asistir al debate porque, estando ausente el duque y el rey teniendo la cabeza nuevamente desbaratada, bastante tenía con mantener la corte en calma.

—Invitad a amigos, Christine —le dijo con tono de ruego Clémence—, dado que Gontier se rodea de los suyos, rodeaos vos de los vuestros también.

Su maestra sonrió tristemente. Contestó que tenía adeptos, pero que el hecho de que algunos la respetaran no significaba que estuvieran dispuestos a dar la cara por ella y, ni mucho menos, enfrentarse a Gontier o a la universidad. Eso, seguro que no.

Quedaban pocos días y Clémence cada vez se sentía más descorazonada. Apenas probaba bocado, apenas podía conciliar el sueño. Comenzó a sentir el resquemor que produce la culpabilidad, el arrepentimiento. Sí, era eso lo que sentía. Le ocurrió lo mismo tras el espantoso asalto a la abadía. Estaba convencida de que todo lo malo que sucedía a su alrededor era culpa suya, que era el modo en el que Dios la castigaba por correr por sus venas la sangre de dos pecadores. Dios la había impuesto esa penitencia, seguro que así era: perder a los que amaba; ver sufrir, padecer, a los que más quería. Qué cruel modo de hacerla expiar sus culpas. El infierno de Dante resultaba más benévolo, sin duda.

Pero esta vez no. Se negaba aceptarlo. No estaba dispuesta a convertir la Torre Celestia en un nuevo campanario en el que esconderse, en el que mantenerse a salvo sin hacer nada mientras los demás caían. Eso no. No volvería a ocurrir. Tenía que hacer algo

y pronto. Los días volaban…, pero qué, qué demonios era lo que ella podía hacer por Christine… Ludovica no paraba de atosigarla. «Habla, habla con ella», le decía. «¡Que no vaya!, ¡que no vaya! Hazla entrar en razón», insistía. Pero Clémence bien sabía que Christine no daría un paso atrás.

La joven se concentró en su trabajo para intentar encontrar un poco de paz. Mezcló pigmentos, marcó contornos, preparó el papel para recibir el pan de oro. Se afanó en la decoración de *El cuento de la rosa* que le había encargado su maestra. Quería hacerlo bien. Más que bien. Sorprenderla. Que se sintiera orgullosa. Darle, así, alguna alegría entre tanta preocupación y desdicha. Aplicó el dorado con sumo cuidado en una de las iniciales. Al poco, bruñó y bruñó hasta conseguir que brillara cegadoramente. Alzó la hoja. Tras contemplar satisfecha el dorado conseguido, comenzó a leer lo escrito por Christine. Qué bella letra tenía y qué hermosas baladas componían el cuento. Lo había leído varias veces, pero lo hizo una vez más. Pasó una hoja, dos, tres. Cuando concluyó, se quedó meditabunda mirando el cuadernillo que formaba el cuento como si fuera esa la primera vez que lo veía. Volvió a hojearlo. Rebuscó. Se centró en un párrafo, luego en otro. Retrocedió. Las manos le temblaban. Se detuvo y sonrió.

—«Sean jóvenes o viejos, que todos los que lo deseen puedan enrolarse en la orden, pero que no entre nadie que no quiera cumplir su cometido» —leyó en voz alta, rumiando despacio cada palabra. Alzó la vista. La posó, de nuevo, sobre el papel—. «… De ahora en adelante el honor de las damas habréis de defender». —Su dedo comenzó a recorrer deprisa las líneas. Se paró en otra balada. Ahí lo tenía. ¡Ahí estaba!—. «Al buen amor juro y prometo, y a la flor

llamada rosa, salvaguardar la fama de cada dama, protegerla en cualquier circunstancia y no difamar jamás a una mujer. Con este fin, tomo yo, la Orden de la Rosa».

Clémence recordó el día en el que se cruzaron en la calle con los hombres de la cruz cosida en la capa. Eran como una hermandad en la que todos sus miembros se protegían, eso era, se protegían, y ¡atacar a uno era como atacar a la orden entera!

Se le abrieron desorbitadamente los ojos. Se levantó de un salto. Comenzó a reír nerviosa.

La llamaron a cenar, pero no bajó. Debía pensar, pensar, ¡pensar!, no dejar de pensar en cómo diablos conseguirlo…, quién la ayudaría…, cuándo y cómo lo haría… Dio mil vueltas por la torre con el cuadernillo en la mano. Ideó. Apuntó. Desechó. Se alegró tantas veces como se desesperó hasta lograr tenerlo todo claro.

Antes de acostarse, hizo un alto en la alcoba de Ludovica.

—¡Despertad, despertad! —dijo zarandeándola hasta que la mujer entreabrió lentamente los ojos.

Adormecida le preguntó que qué hacía, que qué era lo que quería.

—Es sobre Christine —le susurró.

La anciana, al oír esto, retiró la manta y se sentó en la cama.

—¿Has logrado que entre en razón, hija, como te pedí? ¿Qué no vaya al Hôtel de Bohême? —preguntó Ludovica esperanzada.

—No, no. No es eso. Ella se empeña en ir. Pero he encontrado el modo de ayudarla. Tengo un plan y os necesito para que todo salga bien.

—¿Un plan? ¿Que tienes un plan? —preguntó la anciana con tono desconfiado.

—Sí, sí, y os necesito, Ludovica.

Ella se la quedó mirando. Su cara mostraba atisbos de desconcierto y desconfianza. Guardó silencio y Clémence se empezó a impacientar.

—Os ruego que confiéis en mí, Ludovica —dijo juntando las manos —. Os lo ruego…

—Bueno, para confiar en ti habré de saber qué te traes entre manos. Así que, criatura, vamos, explícate.

—Gracias, gracias, Ludovica, qué haría yo sin vos. —Clémence se abalanzó sobre ella para darle un abrazo.

—Quita, quita, muchacha, no levantes las campanas al vuelo, que ya puedes empezar a contar.

—Os contaré, os contaré, no os apuréis, pero decidme, por Dios, ¿podréis conseguirme un alfiler, un alfiler de esos que se prenden las damas en la ropa?

—¿Un alfiler has dicho? ¿Te he oído bien? ¿Piensas ayudarla con un alfiler? —preguntó con cara de extrañeza—. Y para qué.

—Sí, lo ha de llevar prendido en el pecho cuando vaya al Hôtel de Bohême. Tiene que ser un alfiler especial, que la distinga, que se vea bien, Ludovica, que se vea muy bien. Llamativo y en forma de rosa. Esto es importante. En forma de ro-sa.

La anciana se cruzó de brazos.

—Y para qué necesita lucir ella, vamos a ver, el dichoso alfiler.

—La habrá de distinguir, Ludovica, todo el mundo habrá de saber que es ella. Os daré detalles, pero decidme, ¿podéis o no haceros con uno? Uno especial, hermoso, que reluzca…, digno de una, de una…, de una duquesa…, sí, como poco de una duquesa. ¿Seréis capaz de conseguirlo? Sé que es complicado… Yo no tengo dinero

para comprar uno. Confío, ruego, ay, ruego a Dios que vos sí lo tengáis.

Ludovica se quedó meditabunda. Negó con la cabeza.

—El diente del Apóstol Santiago me ha dejado *senza una triste moneta* …, qué contrariedad, Clémence. Me temo que no, que no podré conseguir lo que me pides —se lamentó.

Acaso todo el plan se viniera abajo, pensó Clémence. Era el primer escollo, y nada más comenzar.

—Y dime, ¿es tan importante que lo consiga para poder ayudarla? —preguntó apenada.

Clémence asintió. Ludovica se quedó pensativa.

—Pues… no, no te preocupes —exclamó al poco con determinación—. Ya sé lo que tengo que hacer… Hablaré con Philippa, la mujer del platero. Le comió la envidia cuando le mostré el mechón de la Virgen María. Se lo cambiaré por un alfiler, eso, eso es lo que haré. Su esposo hace filigranas. ¡Iré!, ¡iré a ver a Philippa, Clémence!

Se santiguó después varias veces y pidió, alzando la vista, que le perdonasen en el cielo, pero que no lo hacía ni por codiciosa ni por falta de fe.

—Entonces, Ludovica, poneos manos a la obra, os lo ruego. Mañana mismo, que no hay tiempo.

Ella reclamó que le diera detalles de lo que se proponía hacer, y la joven dijo que descansara y que al día siguiente se lo explicaría todo.

Cuando Clémence se iba, Ludovica la llamó de nuevo a su lado.

—Hay un problema… —le susurró.

—¿Cuál, Ludovica? Decidme cuál.

—Que…, verás…, lo cierto es que Christine no es amiga de adornos. En realidad, odia los ornamentos. ¿Acaso la has visto alguna vez con collares o brazaletes? Pues no. Hay que pelearse con ella para que no vista como una triste beguina. Dime…, ¿cómo vamos a hacer para que se prenda ese día el alfiler en la ropa?

—¿Vamos? Vamos no, Ludovica, sois vos la que tenéis que hacerlo, que yo bastante tengo con ocuparme del resto. Arreglaos como podáis, pero que ese día, por lo que más queráis, no salga de esta casa sin llevar prendido el alfiler.

La anciana asintió, sumisa, con un leve movimiento de cabeza. Se quedó hablando sola. «*Per tutti i santi* —se repetía—. Con lo tozuda que es, *ma che cosa, ma che cosa* puedo decirle yo para que se ponga el maldito alfiler».



70

Los cómplices

Por la mañana salieron con paso decidido. Ludovica con el rubio mechón envuelto en un paño de seda; Clémence repasando mentalmente lo que había de conseguir. Le contó, sin entrar en demasiados detalles, cuál era su objetivo. No quiso ponerla al tanto de todo, porque la conocía bien, y no deseaba aguantar sofocos, quejidos, en fin, que le pusiera en duda su trama para ayudar a Christine. Fueron juntas hasta las proximidades de la iglesia de Saint-Julien-le-Pauvre.

—Ahora hemos de separarnos, que tengo que ir al Hôtel de Dieu.

—¿Al Hôtel de Dieu?, ¿al lugar del que te echaron por robar? ¿para qué? —preguntó Ludovica muy intrigada.

—Me echaron por robarme a mí misma, Ludovica, que el libro de horas era mío, no lo olvidéis —contestó sonriendo, mientras se alejaba de ella diciéndole adiós con la mano.

Antes de ir al Hôtel de Dieu tenía que hacer un alto en otro sitio. No quiso decirle nada a Ludovica para no tener que aguantar mil preguntas. Tras caminar un rato esquivando las carretas que se dirigían al mercado, al fin divisó el MEMENTO MORI que anunciaba la entrada al cementerio. Pasó a la galería porticada del sacrosanto

lugar. Los vendedores armaban el jaleo habitual. Anunciaban velas, cruces y biblias, collares, pasteles de codorniz, vino caliente, incienso…, todo lo que vivos o muertos pudieran necesitar. Se detuvo en un puesto rodeado de humareda. Olía bien. Abrió su bolsa, sacó lo poco que tenía y compró un pedazo de pollo y unas pasas.

Siguió andando por la galería. Dejó atrás la pintura de la danza macabra y la advertencia escrita a los pies del espantoso esqueleto: YO ERA LO QUE TÚ ERES; TÚ SERÁS LO QUE YO SOY. Las grotescas imágenes le hicieron dar un respingo. Apresuró el paso. Llegó al final. Ahí estaba el oscuro habitáculo de la enclaustrada, con sus barrotes y el estrecho ventanuco, tal cual lo recordaba. Dejó en él lo que había comprado.

—Os he traído algo de comida, Renée —susurró.

Como ni escuchó ni vio nada, temió que ya no estuviera. Quizá hubiera muerto; quizá otra ocupara ya su lugar.

De repente aparecieron unas manos huesudas. Detrás, la cabeza desgreñada de Renée.

—Vaya, vaya, yo te conozco, niña —le dijo con la nariz pegada a los barrotes.

—Sí. Estuve aquí…, hace tiempo… con, con una catherine.

—Lo recuerdo. Por lo que parece, te ha ido bien. Retírate un poco para poder verte entera.

Clémence dio un paso atrás.

—Sí, viniste hecha una pordiosera y lo haces ahora como una dama. Bien, bien, me alegro de que la fortuna te haya sido favorable. Gracias por tu comida, por cierto. Ese pollo huele muy bien.

Las dos se quedaron mirándose calladas.

—Que sepas que ella no tenía razón —afirmó la enclaustrada rompiendo el silencio.

—¿Quién?

—Quién va a ser. La abadesa.

A Clémence le dio un vuelco el corazón.

—De tener color panzaburro nada, ya quisieran los burros y sus panzas —añadió la desgreñada.

—Entonces…, entonces es verdad lo que se cuenta, que tenéis el poder de adivinar y lo que me dijisteis aquella vez no fue casualidad —dijo Clémence acercándose al ventanuco.

Renée sonrió.

—Te mueres por saber si lo que has fraguado saldrá bien, por eso has venido.

Ella respondió que sí moviendo lentamente la cabeza.

—Dime: si te dijera que fracasarás, ¿dejarías de hacerlo?

A ella se le anegaron los ojos de lágrimas.

—Tu voluntad es firme. De nada te serviría lo que yo te pudiera decir.

Cuando Clémence se disponía a marcharse, la reclamó a su lado.

—Solo te diré una cosa, niña, bien sencilla: quien no se arriesga… no cruza el mar.

Las entrañas se le encogieron cuando llegó al Hôtel de Dieu. ¿Y si su amiga Nicolette se negaba a ayudarla? Tan solo pensarlo la angustió. Si fue capaz de acusarla del robo del libro de horas, puede que se riera al escuchar lo que le tenía que pedir. También cabía la

posibilidad de que ya no trabajara en la lavandería, que estuviera por cualquier otro sitio de París.

Respiró hondo. Se santiguó. «Por favor, que la portera no me impida el paso», rogó al Señor. Fue ella la última que le dio un empujón al echarla de allí. Pero no, la portera solo abrió la boca para pronunciar cuatro palabras: visitas por la derecha. Ella obedeció, pero en cuanto vio que la mujer dejaba de observarla, cambió de rumbo y trotó hacia la escalera lateral, la que moría en la lavandería.

Le llegó el olor agrio de las sábanas manchadas de orines y excrementos; ese tufo, como a establo mojado, que ya había olvidado. Un vaporcillo irrespirable se colaba a través de la puerta entreabierta. La empujó y asomó la cabeza. Las lavanderas removían con los palos, se secaban la frente, gritaban. Recorrió el sótano con la vista, intentando localizar a Nicolette. Una de las lavanderas se acercó a la puerta al verla:

—¿Buscabais algo? Os habéis confundido de escalera. Como veis, este no es lugar para damiselas, os vais a llevar pegadito a la seda el olor a meado —le dijo entre carcajadas.

A esa lavandera no la conocía. Debía de ser nueva.

—Perdonadme, no ha sido un error, necesito ver a Nicolette.

—¿Nicolette? —inquirió la lavandera con extrañeza—. No, no está.

—Ah, entonces es que trabaja ya arriba, en la enfermería —dijo Clémence, iluminándosele la cara pensando que, al fin, había conseguido su amiga lo que deseaba.

—¡Qué va a estar por arriba! —dijo muerta de la risa la lavandera con las enrojecidas manos puestas en jarra—. A esa desgraciada la hemos mandado al almacén a por ceniza.

Clémence fue en su busca. Cuántas veces habrían ido juntas a esa ratonera a por jabón y cepillos. Hubo de andar poco para cruzarse con su amiga en el vestíbulo.

—Nicolette, ¿es que no te acuerdas de mí? —preguntó Clémence un tanto desilusionada al ver que ella no se detenía.

La muchacha dejó el cubo de ceniza en el suelo. Entrecerró los ojos. Se tapó la boca con ambas manos.

—¡Clémence! ¿Eres tú, Clémence? No puede ser.

Cómo iba a reconocerla con ese hermoso traje; con ese peinado. Si parecía una dama, le dijo temblando. Se quedó luego callada. Se le llenaron de lágrimas los ojos y bajó la vista al suelo.

—Siento lo que hice. No me creerás, pero me arrepiento todos los días. No quería hacerte tanto daño, lo juro, de verdad…

Clémence la cogió de la mano.

—Vamos, Nicolette, no importa. Todos nos equivocamos. Ni te imaginas cuántas veces ando metiendo los pies en el barro, eso me dice Ludovica. Además, las amigas se perdonan los errores. Si no es que no son verdaderas amigas.

—Entonces ¿sigo siendo tu amiga?

Su párpado rebelde comenzó a temblar.

—Claro, y mucho más. Hermanas de sangre, ¿o es que ya no te acuerdas?

Las dos se abrazaron. Nicolette no dejaba de llorar y de darle las gracias.

—Necesito que me ayudes, ¿querrás hacerlo, Nicolette? —dijo Clémence esperanzada—. Alguien a quien quiero mucho está en apuros, y debo ayudarla, pero yo sola no puedo. Te necesito, Nicolette. ¿Puedo contar contigo?

Los ojos de su amiga eran como dos antorchas en la oscuridad.

—¿Que si puedes contar conmigo? Haré lo que quieras, lo que me pidas. Dime, cuenta, ¡qué!, qué debo… Un momento, espera, espera solo un momento, que tengo que dejar la ceniza porque, si no, van a venir hasta aquí a darme una tunda de palos. No, no te muevas, ni se te ocurra hacerlo, ¿me oyes?, que ya, ya mismo vuelvo.

Tomó el cubo y se fue tan deprisa que fue dejando un rastro de polvo tras de sí. Al poco retornó sacudiéndose las manos y con la nariz manchada de gris. Clémence se la llevó al jardín trasero. Se sentaron en la parte calentada por el sol. Las recientes lluvias habían dejado todo salvaje. Aún se veía la tierra encharcada.

—Te necesito. He pensado que te ayude una de tus hermanas. ¿Podría alguna echarte una mano? Tienes tantas… Quizá una de las pequeñas. La que sea más espabilada.

—Espabilada dices… Entonces tiene que ser Neuf.

—¿Neuf?

—¡Aja! Neuf, la llamamos así porque es la novena de los diez que quedamos vivos. Mi madre estaba harta de nunca atinar con su nombre. Siempre gritaba «¡Eleonora!, ¡Paulette!, ¡Aveline!». Y, claro, ella ni caso.

—Bien, bien… —dijo riendo Clémence—, pues necesitamos también a Neuf para que todo vaya como la seda.

Nicolette enarcó las cejas y pidió que le explicara qué es lo que tenían que hacer. Ella se lo contó con todo detalle, de principio a fin. Su amiga, a medida que le contaba, abría más los ojos, reía, asentía con sorpresa, dudaba.

—… Y eso es todo, Nicolette. Te he traído en un papel escrito lo que tenéis que decir tu hermana y tú, para que lo repitáis hasta que

os salga bien.

Su amiga se quedó apesadumbrada.

—Pero, Clémence, ¿es que no te acuerdas? Yo no sé leer. Eras tú la que me leías tu libro de horas cada noche. Siento, siento mucho, entonces, no poderte ayudar.

Clémence se dio un golpe con la palma de la mano en la frente.

—¡Pero seré mentecata! ¡Lo había olvidado!… ¡Vaya, qué contrariedad! No importa, no importa, quedaremos para ensayarlo juntas. Yo os lo iré diciendo, y vosotras lo repetiréis hasta que lo digáis como un padrenuestro.

—¿Y tú crees que nos saldrá bien? ¿La engañaremos? ¿De verdad?

—Sí, y caerá en la red.

Las dos rieron con ganas, como cuando dormían juntas en el inmundo cuartucho del sótano.

Antes de despedirse, Clémence le preguntó si había visto al Jilguero.

—¿Un jilguero? No, desde la tormenta los pájaros apenas se ven.

Ella dijo que no se refería a ningún pájaro, uy, que la perdonara, que era así como llamaba a uno de los niños que vivían en el Hôtel de Dieu. No sabía su nombre, ahora que se daba cuenta. Siempre lo llamó de ese modo, desde que se lo subió sobre los hombros en la procesión.

—Hay unos cuantos, Clémence, como no me digas más…

Le describió cómo era, la ropa que llevaba puesta, su pelo tieso, su cara de diablillo, el desparpajo con el que echaba a los perros del Hôtel de Dieu. Su amiga decía que no, que no sabía de quién hablaba. La verdad era que todos parecían iguales correteando de aquí para allá.

—Siempre anda diciendo: «Todo el mundo lo sabe, ¿tú no?».

—Vaya, no me digas más, haber empezado por ahí —dijo Nicolette palmeándose en la pierna—. ¡Guillaume! Tu jilguerillo es nuestro Guillaume. Menudo truhan que está hecho.

—¿Y sabes dónde puede estar?

Su amiga se quedó pensativa.

—Quizá tengas suerte y puedas encontrarlo en el embarcadero del sótano. Hoy llegaban mercancías. Suelen estar todos por allí husmeando por si en la descarga se cae de los cestos algo de fruta o de pan.

Clémence dijo adiós a su amiga. No quería privarla de más tiempo, a ver si se iba a ganar un castigo. La necesitaba, a ella y también a Neuf. Habían quedado en verse, enfrente mismo, en las escaleras de Notre-Dame, cuando dieran las cuatro. Tenían que aprenderse todo bien.

Bajó al sótano. ¡Vaya! El embarcadero estaba desierto. Sobre las dos barcas solo había cestos vacíos, trapos, remos. Terminó la descarga, maldita fuera. En qué andaría ya ese Guillaume.

Subió las escaleras. Cruzó el jardín pensando por dónde empezar a buscar. Probaría en la lonja. Sí, ese sería un buen comienzo.

¡Ay!, se quejó Clémence al sentir que le había caído algo en la cabeza. Un guijarro. ¿Había sido un guijarro? Pues sí. Escuchó risas y miró hacia arriba. Vio unas pequeñas piernas, metidas entre los barrotes de la balaustrada. Una cabeza se asomó. Luego se escondió. Dios bendito. Parecía él.

—¿Eres el Jil…? ¿Eres Guillaume? —gritó Clémence, con la vista puesta en la primera planta.

—Uhm, puede que sí, puede que no… ¿Y quién pregunta por él? —se escuchó decir entre risas.

—Una amiga. Soy Clémence, la que lo subió a hombros para ver la procesión. Me llevó hasta el barrio de los libros. Trabajé como lavandera aquí, y aquí nos volvimos a ver.

Una cabeza se asomó de nuevo un poco y se volvió a cobijar tras los barrotes de la balaustrada.

—Pues, vaya, no pareces ella… —dijo bajito y carraspeó—. Y dime qué es lo quieres por si lo veo.

—Quería solo preguntarle…, saber solo si Guillaume quería ganarse un tambor. Pero, bueno, lo más probable es que ya tenga uno y para qué va a querer dos.

Al decir esto, Clémence simuló que se marchaba. Las piernas que colgaban desaparecieron de su vista. Una cabeza se asomó.

—¡Espera, espera, no te vayas, que soy yo, que soy yo!

Cuando Clémence quiso darse cuenta, lo tenía allí mismo, plantado frente a ella.

—¿Quieres ganarte un tambor? —le preguntó al niño sin mayores preámbulos.

El niño sacó pecho. Se ahuecó.

—Todo el mundo sabe que yo quiero ganarme un tambor, ¿tú no?

71

El ensayo

El alfiler que consiguió Ludovica era espléndido. Cuando abrió la cajita de madera que lo contenía, a Clémence se le escapó una exhalación. Era de lo más hermoso que había visto en su vida. Tenía el tallo hecho de plata; los pétalos de un vidrio tan rojo que parecían contar con la tersura y la fragancia de una flor verdadera. No era de extrañar, pues para tallar el capullo de la rosa se había utilizado el mismo vidrio con el que se reparaban los vitrales de la Sainte-Chapelle, según dijo Philippa, la mujer del platero. «Vos me dais una reliquia sin igual, yo os entrego un alfiler digno de un trono», adujo cuando hicieron el intercambio. Sin duda, era la insignia más acertada y majestuosa, la más digna para identificar a la Guardiana de la Rosa, pensó Clémence.

Ludovica había cumplido con creces el encargo. ¡Qué maravilloso alfiler había conseguido! Solo le restaba hacer que Christine se lo prendiera para acudir al Hôtel de Bohême. Y eso, conociéndola, estaba por ver, por mucho que el alfiler lo mereciera.

Ella, por su parte, dedicó varios días a ensayar la triquiñuela. Por las mañanas, se centraba en el Jilguero y en su amigo, porque sí, necesitaba que fueran dos para lograr embaucar al hijo de la

Rumorosa. Inspeccionaron los lugares por los que se moverían hasta hallarlo, lo que debían hacer y decir cuando lo encontraran, lo que habían de responder si les preguntaba esto o aquello otro.

El Jilguero se cruzaba de brazos enfurruñado cada vez que Clémence les hacía repetir lo que tenían que decir. «Estamos cansados —se rebelaban los dos niños. Luego decían al unísono, con hartazgo—: Y nos lo sabemos muy bien. No somos asnos. Te crees que somos asnos».

Era por la tarde cuando quedaba con Nicolette. Cuando vio por primera vez a Neuf, chasqueó la lengua.

—¿Seguro que es esta la más espabilada de tus hermanas? —preguntó al ver a la niña tan amodorrada.

—Sí, sí, confía en mí, Clémence. Cuando se anima hay que atarla. Pero, para que se avive, debe tener el estómago lleno y hoy no le ha llegado ni una mísera miga. En mi casa se llena la barriga solo el más rápido, y a nuestra número nueve, si se descuida, no le alcanza nada.

Merodearon por el Châtelet; comprobaron el lugar en el que la Rumorosa siempre recalaba a la hora tercia; ensayaron, una y otra vez, en dónde se colocarían, qué dirían y cómo responderían. Clémence no podía mantenerse quieta. Se mordía las uñas. No paraba de suspirar. ¡Dios bendito!, pero qué mal que lo hacían. «Otra vez, Nicolette. Que así no cuela, que la Rumorosa es una arpía resabiada; si no lo hacéis mejor sospechará. ¡Una vez más! Vamos, ¡una más!». Lo repasaron mil veces. «Que Dios nos ampare», rogaba.

—Saldrá bien —contestaba su amiga—, que siempre salen las cosas mejor cuando aprieta la necesidad.

—Eso espero, eso espero —respondía ella—. Esta noche dormid bien, que mañana es nuestro día. Quedan ya solo tres para el debate en el Hôtel de Bohême. Vamos justitas de tiempo y el embuste ha de correr. Correr como el viento por todo París en boca de la Rumorosa. Debemos hacerlo mañana. Sin falta. Mañana.

Y mañana llegó más pronto de lo que ella deseaba. Clémence madrugó. En realidad, no pudo conciliar el sueño. Quizá echara un par de cabezadas, tan solo eso. Temía que Neuf las descubriera con su ingenuidad, que Nicolette tartamudeara si su párpado comenzaba a temblar, que el Jilguero estuviera tan ansioso por conseguir su tambor que lo echara todo a perder. A veces, cuando practicaban, rompían a reír cuando una menos se lo esperaba. «Virgen Santa, que no haya risas —pedía con fervor—. Que mantengan todos ellos la compostura. Por lo que más quieras, san Benito, te lo ruego».

A primerísima hora, subió a la Torre Celestia y se puso a copiar en un pergamino que sustrajo del estudio el juramento de la Orden de la Rosa. Puso todo su empeño en que la escritura fuera perfecta, un tanto historiada. Cuando hubo terminado se quedó pensando. Necesitaba una rúbrica. Un nombre que sonara bien. Cualquiera que fuera. Daba igual. ¿Pero cuál?… Sonrió. ¡Eso! Por qué no. Utilizaría el nombre del *pater*. Siempre le había parecido distinguido. Escribió a la honorable, no, mejor, a la muy honorable Guardiana de la Rosa, por siempre, para serviros, Oliverius de Alençon. Enrolló el pergamino y lo ató con un lazo que también había tomado prestado del estudio.

Al salir a la calle, lo primero que hizo fue ir al encuentro del Jilguero y de su amigo.

—Toma, este es el juramento y ya sabéis lo que tenéis que hacer. Buscadle por los sitios que os he dicho, y cuando lo encontréis haced lo que hemos acordado. Y tú —advirtió al amigo del Jilguero—, serio, muy serio. Ni codazos ni risitas.

Los dos niños se miraron con una sonrisa. Luego dijeron que sí, que sí, que no hacía falta que se lo repitiera tanto.

—¿Os acordaréis de todo?

El Jilguero asintió y dijo:

—Trabajamos en los establos del señor Oliverius de Alençon; nos ha ordenado que hagamos entrega de esto —alzó el pergamino y lo aireó— porque su lacayo está con calentura y no puede llevarlo; le hemos escuchado hablar con otro caballero; hay una orden; es se-cre-ta; y esto —volvió a mover el pergamino en el aire— es el juramento para entrar en esa or-deeen. «No lo perdáis —nos ha dicho—. No lo perdáis, que es muy valioso».

—¿Cómo se llama la orden?

El Jilguero sacó pecho. Se ahuecó.

—Todo el mundo lo sabe, ¿tú no?

—¡Guillaume! —gritó Clémence con gesto huraño.

—… Vale, vale, no te enfades, se llama la Orden de la Rosa y forman parte de ella ilustres caballeros, que eso se lo hemos escuchado también a nuestro señor.

—¡Y damas!, ¡también hay damas en la orden! —añadió el amigo con cara alegre.

—Ya lo sé que hay damas, no hace falta que tú me lo digas —dijo el Jilguero dando a su amigo un fuerte empujón que casi lo hizo caer al suelo.

—¡Eh, eh, eh! ¡Peleas ni se os ocurra! —gritó Clémence—. A ver si os vais a poner a disputar delante del hijo de la Rumorosa.

Ambos negaron con la cabeza.

—Pues eso —siguió el Jilguero—, todo caballero y dama que se precie in…in…in…

—Ingreeesa —lo ayudó Clémence—. Si no te acuerdas de esa palabra, di simplemente que se mete en la orden, que nos vale igual.

—No, no, que me acuerdo de ingresa. Lo iba a decir, es que no me has dejado acabar. Pero qué prisas…

—¡Y todos defienden el honor de las damas y el de su Guardiana también! —apuntaló el amigo, lo que pareció molestar de nuevo al Jilguero. Esta vez, bajo la atenta mirada de Clémence, se limitó a apretar los puños, pero no lo empujó.

—Está bien, está bien, y no tengáis prisa en soltárselo todo. Es tarde. Marchad. Marchaos ya.

Cuando se alejaban, Clémence les insistió angustiada:

—¡Ni risas ni peleas, por favor, no lo olvidéis!



72

La triquiñuela

Las primeras que habían de intervenir eran Nicolette y su hermana número nueve, quienes se tenían que encargar de la Rumorosa. Clémence las acompañó hasta los alrededores del Châtelet. Llevaba consigo unas rosas y un trozo de pastel de carne que había robado de la cocina antes de salir.

—Toma. Cómete esto, Neuf, que hoy tienes que estar primorosa.

La niña echó mano de la comida y la devoró.

—Traga despacio —le pidió Clémence al verla medio atragantada —, que necesitamos hoy de tu labia.

Nicolette manifestó no estar nerviosa. Al menos, aún no. Más tarde, a saber.

—Si nos sale mal ¿dejarás de ser mi amiga? —preguntó con cara de preocupación.

—No, Nicolette, claro que no. Tú hazlo tal cual lo hemos preparado. Échale arrojo, que me han dicho que quien no arriesga no cruza el mar.

Iban a anunciar la hora tercia y no tardaría en aparecer. Siempre se colocaba junto al muro del Châtelet para hacer sus negocios. Allí comerciaba, murmuraba, criticaba, recibía noticias, las vendía,

llenaba su bolsa desvelando secretos. Todo el mundo sabía que ese era el sitio en el que se la podía encontrar. El resto del día, a saber por dónde diablos pararía.

Se mantenían las tres en guardia, ocultas tras una fuente cercana. Después de haberse zampado el pastel de carne en apenas tres bocados, Neuf estaba muy alborotada. Qué barbaridad, se movía tanto que, en lugar de ser la hija número nueve, parecía ser la siete y la ocho también. «¡Tengo muchas ganas de empezar, tengo ganas de engañarla!», decía riendo con las mejillas completamente sonrojadas.

A Clémence le faltó el aire cuando vio a lo lejos los estrafalarios cuernos.

—¿Estáis preparadas? Por ahí llega. Puntual.

—Sí —contestaron ambas al mismo tiempo.

—¿Dónde tienes las rosas? —inquirió Clémence ansiosa.

—Aquí en el suelo. No te preocupes, que no las voy a olvidar.

Cerca de la entrada al Châtelet había una cruz de piedra sobre un pedestal con la inscripción DOMINE, SALVA NOS. Allí era donde hacia su parada la de la cornamenta. Solía rondar alrededor de la cruz. A veces, incluso, se sentaba en los escalones del pedestal. Del modo que fuere, por allí se dejaba siempre ver.

Se acercaron a la Rumorosa un par de mujeres. Ella gesticulaba, soltaba carcajadas, abría y cerraba su bolsa. Al poco de irse, se le aproximó una joven. Parecía enfadada. Se marchó vociferando, puede incluso que llorara.

—Bien, ahora, ahora es el momento. Está sola. Ya sabéis lo que tenéis que hacer. Si veis que se rodea de gente, esperáis a que el momento sea propicio, ¿entendido?

Nicolette asintió. Se taponó con la palma de la mano el ojo, que no paraba de temblar. «Pobre, ahora sí que está nerviosa», pensó Clémence al verla tan apurada.

—Gracias por hacer esto por mí —le susurró emocionada—. Eres…, eres una buena amiga, Nicolette, la mejor.

Ambas se abrazaron.

«Domine, salva nos… Domine salva nos», mascullaba Clémence mientras observaba cómo se alejaban las dos hermanas hacia la cruz. Neuf no dejaba de girar la cabeza hacia atrás, sonreía, le decía adiós con la mano.

—No te gires, no te gires, mira al frente, Neuf, al frente —mascullaba Clémence, haciéndole señales para que avanzara.

La Rumorosa volvía a estar acompañada. Esta vez era un hombre el que hablaba con ella. Mientras tanto, las hermanas se acomodaron en el pedestal tal y como habían previsto. La mayor, muy seria, se quedó sentada con las rosas sobre el regazo; la pequeña, pero qué demonios hacía la pequeña dando vueltas y más vueltas alrededor de la cruz. ¡Dios bendito!, por qué no se sentaba de una maldita vez. «No debí darle tanto pastel, no debí», se lamentó Clémence. Nicolette la hizo parar de un tirón. «Atentas, atentas, que el hombre se marcha, que se queda sola. Ahora. Ahora. ¡Comenzad!», decía Clémence desde su escondite con el corazón a punto de reventar.

—¿Cuántas… cuántas rosas nos faltan por entregar, Nicolette? —preguntó muy sonriente Neuf.

Nicolette hizo un gesto con la mano para que alzara un poco la voz.

—Te de-cí-a —pronunció esta vez tan alto como si tuviera una hermana sorda— que si nos quedan mu-chas ro-sas por entregar, que estoy cansada, y quiero irme a caaasaaa.

Nicolette se arrastró un poco hacia la derecha. Neuf la imitó.

«Bien —se dijo Clémence al verlas—. Más cerquita, eso, más cerquita, que os oiga, que os oiga».

—Quedan estas cuatro rosas. Y no te quejes, Neuf, que estamos vendiendo tantas rooo-saaas que vamos a poder comprar una capa nueva a madre. De esas tan bonitas que llevan las señoras.

La Rumorosa parecía seguir a lo suyo. Debía de estar contando el dinero de su bolsa.

—¿Y para qué quieren las rosas, Nicolette? No lo entiendo.

—¿Reliquias? ¿Penas de amor? ¿Confidencias? —voceó la Rumorosa agitando su bolsa—. ¿Un elixir, caballero?… ¿No? Vos os lo perdéis y vuestra mujer también.

Las hermanas tuvieron que esperar a que cesaran sus carcajadas para poder proseguir.

—Pero qué simple que eres, Neuf —volvió a la carga Nicolette alzando un poco más la voz—. Si son de la Orden de la Rosa, qué van a necesitar, pues rosas. Pero mira que eres, que eres…, no se van a prender en el pecho amapolas.

A Neuf se le iluminaron los ojos.

—Ay, amapolas. Pues mi flor preferida es la amapola —se le escapó, saliéndose de lo ensayado—, son tan, tan bonitas las amapolas…

La hermana le hizo un guiño para que parara y volviera a lo aprendido. Ella pidió perdón muy bajito y susurró que era verdad, que le gustaba mucho, pero que muchísimo esa flor.

La de los cuernos ni se inmutaba. Nicolette dio un codazo a Neuf y Neuf empezó subir y a bajar los escalones del pedestal dando saltitos sobre una pierna, por la parte más próxima a la Rumorosa.

—Lo que yo no entiendo, Nicolette, es por qué cuando les llevamos las rosas nos dicen «¡Chisss!, ¡chisss!», que no digamos nada, que lo de la Orden de la Rosa es un se-cre-tooo.

Los cuernos de la Rumorosa dieron entonces un bote. Sus ojos se clavaron en Neuf. Después, en su hermana.

—¿Quieres hablar más bajo, Neuf? —dijo Nicolette como si no viera a la Rumorosa—. A ver si te va a escuchar alguien, que si los de la Orden nos dicen «¡Chisss!, ¡chisss!» es por algo. ¿No ves que no lo quieren ir pregonando por ahí?

—Y ¿no se lo podemos decir ni a madre?

—No. ¡Un secreto, es un secreto! Ni se te ocurra.

La Rumorosa dio un par de pasos hacia ellas dos.

—Por eso nos pagan tan bien cuando les llevamos rosas. Nos quedan cuatro, pero me han dicho que cuando no tengamos flores les llevemos rosas de tela, de papel… Al parecer, todas valen.

—Aaah, claro, no tienen que oler bien —dijo Neuf y se sentó de nuevo junto a su hermana.

La Rumorosa bordeó el pedestal. Subió sigilosa los escalones. Se quedó oculta tras la cruz.

—Y baja la voz, Nicolette, que ahora eres tú la que estabas hablando alto.

—¿No ves que estamos solas, Neuf? Podemos decir lo que queramos. Que la mujer esa que había cerca se ha marchado.

Ambas se miraron de reojo. Se taparon después la boca con la mano para retener la risa.

Neuf carraspeó y continuó. Por su cara, parecía que se estaba divirtiendo.

—Y para qué sirve esa Orden, si se puede saber.

—Yo qué sé, Neuf. Solo sé que tiene una Guardiana. La Guardiana de la Rosa, que es la que manda. Luce una bella rosa y los demás también la llevan puesta.

La Rumorosa estiró más el cuello tras la cruz.

—¿Y quién es esa Guardiana, Nicolette? Seguro que es muy bella, como una princesa, seguro que es como una princesa, ¿verdad? ¿Tú la has visto?

—¡Yo qué voy a ver Neuf! ¡Qué tonterías… qué tonterías dices!

Los cuernos cada vez estaban más cerca de ellas.

—Pero tú sabes quién es, me estás mintiendo, Nicolette, lo sé. Dime, dímelo —gimoteó Neuf pataleando—, que te juro…, que te juro que no lo cuento… Si no me lo dices, se lo voy a decir todo a madre.

La Rumorosa salió de detrás de la cruz y se sentó, sigilosa, a sus espaldas, en el último de los escalones del pedestal.

—No sé su nombre, pero… pero… escuché en casa de…

En este punto se atrancó Nicolette y el párpado le comenzó a temblar. Al verla, Neuf susurró muy bajito el nombre de Oliverius de Alençon.

—¿En casa de quién me decías? —volvió a preguntar con un guiño la hermana número nueve.

—En casa de Oliverius de Alençon. Cuando le llevé a ese señor la rosa que había pedido, escuché que verían pronto a la Guardiana… en el Hôtel de Bohême creo que dijo, sí, eso fue lo que oí, que allí iba a debatir esa Guardiana de no sé qué.

Desde la fuente, Clémence vio como la Rumorosa se ponía en pie, cogía su bolsa, bajaba del pedestal deprisa agarrándose los cuernos, daba un paso a un lado, rectificaba y lo daba después al otro. Tras un breve vaivén, ahora derecha, ahora izquierda, salió trotando calle abajo más veloz que una loba. Las dos hermanas, sentadas al pie de la cruz, no paraban de reír.

Clémence dio un suspiro y partió rápido hacia el Petit-Pont, en donde había de reunirse con el Jilguero para que le contara cómo había ido todo. Rezaba porque hubieran hallado al de la tablilla de ruedas, que, a diferencia de su madre, no tenía sitio fijo en el que recalar.

Cerca de Saint-Denis, la Rumorosa se cruzó con su hijo. Parecía medio muerto; el sudor le resbalaba por la frente como si se hubiera ido hasta Poitiers empujando su tabla de ruedas.

—Me he recorrido medio París buscándoos, madre.

—Ya te veo, ya. Parece que te acaban de pescar del Sena, hijo mío.

—¡Escuchadme!, ¡escuchadme!, que os voy a alegrar la existencia. Me he enterado…, me he enterado, madre, de algo que os va a llenar la bolsa…, os vais a poder cubrir con capa de armiño, con esas capas que tanto envidiáis de las damas. Van a faltarnos horas para poder vender el secreto por todo París.

La Rumorosa lo miró con desdén.

—Calma, calma, hijo mío. Respira hondo, que tienes la cara como una ciruela. Y…, vamos a ver…, eso que me quieres decir… ¿no tendrá que ver con una Orden… y con rosas?

El muchacho se quedó boquiabierto. Tan quieto como si lo hubieran sumergido en agua helada. Su madre se ahogaba con sus

propias carcajadas.

—Serás inútil… Cuando tú sales yo regreso, hijo mío. ¡Espabila, anda, espabila! Y a ver si aprendes de mí.

Le contó, orgullosa, lo que había podido sonsacar, con mucha astucia y perspicacia, a dos ingenuas que encontró al pie del Châtelet, que mira que eran taciturnas, que mira que eran apocadas, que mira que fue difícil tirarles de la lengua a esas dos viejas remilgadas. Pero con paciencia y mucha destreza, lo logró. Además, lo consiguió sin necesidad de pagar nada. Esta vez, nada.

El hijo de la Rumorosa parecía abochornado.

—Desde luego, madre, tengo que aprender aún mucho de vos.

Ella le dio la razón con una sonrisa que le abarcaba toda la cara.

—Yo para conseguir que dos lacayos, robustos como bueyes, me diesen el juramento de la Orden, este que tengo aquí en mi bolsa…

La Rumorosa se echó la mano al pecho. Los labios le comenzaron a temblar.

—… he tenido que rodar hasta la Place de Grève, sacar todo lo que llevaba encima y comprarles un tambor. Como lo oís. ¡Por mil demonios, madre! No soltaron el juramento hasta que tuvieron ese maldito tambor. Y no creáis que se conformaron con poco, que tuve que hacerme con el mejor.

73

Hacia el Hôtel de Bohême

Nunca hubo tanta tensión en casa de Christine de Pizan. La maestra apenas hablaba, andaba rebuscando entre papeles, parecía a todas horas ausente, repasando mentalmente su discurso. Ludovica, por su parte, decía que estaba tan mal que el corazón le galopaba incluso estando sentada. Y no mucho mejor se encontraba Clémence, que no dejaba de pedir a sus muertos que intercedieran por Christine. La incertidumbre la carcomía. Nicolette y el Jilguero, con sus respectivos ayudantes, se habían comportado mucho mejor de lo que ella esperaba, pero eso no quería decir que la Rumorosa y su hijo hubieran caído en el entuerto y hubieran propagado la noticia a tiempo.

La dama se vistió con un hermoso traje de seda azul, con las mangas ribeteadas de blanco. Recogió el negro cabello en una redecilla perlada. Todos suspiraron al verla salir de la alcoba. Clémence miró a Ludovica y ella palideció. Era el momento. Tras unos titubeos, rompió a animar a su señora a que se prendiera en ese hermoso vestido algo que le diera un poco de gracia, pues el evento era especial y lo merecía. Ella rehusó, como era de esperar. Contestó que así estaba bien, que ya había hecho un exceso

recogiéndose el cabello con esa lujosa redecilla que le había colocado Émilie. «¡Maldita sea, Émilie, pero qué inoportuna darle esa redecilla, válgame el cielo!», pensó Clémence.

Ludovica no se dio por vencida.

—Yo poseo algo muy especial —le dijo mostrándole la caja en la que guardaba el alfiler—. Hay algo aquí dentro, que tengo… que tengo desde hace mucho tiempo. Fue… fue un regalo… —carraspeó varias veces— un regalo de vuestra querida madre. —Se ruborizó al decir esto. Christine se mostró sorprendida—. Sí, ella me lo dio por mis servicios y… por dejar Bolonia y venir a París… Ponéoslo y seguro, seguro —volvió a carraspear— que os acompañará la fortuna.

La anciana bajó los ojos al suelo mientras Christine abría la caja. Al ver la rosa suspiró y miró tiernamente a Ludovica.

—Nunca os he visto con ello puesto. Es maravilloso.

—Cómo me lo iba a poner —siguió mintiendo, visiblemente avergonzada—, es… es algo digno de una dama y no de una insignificante sirvienta como yo.

—Ni sois insignificante ni una sirvienta, Ludovica. Mi madre tampoco lo consideraba y prueba de ello es esto que me mostráis.

Ludovica se mordió los labios mientras la vio prenderse el alfiler. Cómo brillaba la plata; cómo brillaba la flor. Clémence, al ver como la contemplaba Ludovica, supo que le había dolido en el alma mentir. Cuando su maestra se fue al estudio a recoger los papeles que había de llevarse, Clémence se acercó a la anciana y le dio un beso.

—No os preocupéis. Todos llevamos días mintiendo, pero lo hacemos porque la queremos y deseamos su bien.

Eso no debió de ser suficiente para ella. Con los ojos llenos de lágrimas se fue hacia su alcoba, cabizbaja.

—Me quedaré rezando para que todo salga bien. Es lo único que me queda por hacer.

Émilie llamó a Clémence. La señora deseaba verla en el estudio y hacia allí fue.

—Antes de irnos —le dijo, al tiempo que ponía en orden sus cuadernillos— quería decirte algo… Sé que el otro día sufriste mucho por mí y quiero que, ocurra lo que ocurra hoy, no te atormentes… Yo estoy preparada para lo peor y quiero que tú también lo estés.

Le acarició la mejilla.

—Déjalos que digan lo que quieran, que hagan los aspavientos que deseen. No me afecta y en nada te ha de afectar a ti. Soportaremos las dos con dignidad la granizada que me caiga.

Su pupila dijo que sí, pero que ella no era tan fuerte.

—Lo serás —contestó su maestra.

Suspiró mientras guardaba su pluma en el estuche. Clémence echó de menos no tener ella ese afán por mantener la mesa limpia.

—Llegará un día en el que una mujer hable y se la escuche; en el que una mujer opine y se la respete. Llegará, llegará…, no sé si dentro de un año, cien o mil…, pero al final habrá de llegar el día en el que el hombre no tema escuchar la voz de una mujer.

También así lo esperaba ella.

—Y para tu tranquilidad —dijo mientras abría la puerta—, que sepas que todas tus advertencias y las de Ludovica no caen en saco roto.

En efecto, reconoció que, aunque tozuda, no era insensata. Había pedido a un buen amigo poeta, que asistiría al debate, que saliese

con ellas del Hôtel de Bohême cuando todo acabase. No, no retornarían solas y a pie, como la otra vez. Volverían a caballo y bien acompañadas hasta casa.



74

El debate

Rosas, rosas y más rosas. La Chambre Valois estaba salpicada de rosas. Cuánto disfrutó Clémence al ver la cara de desconcierto de los dos Cuervos. Fijaban tan pronto la vista en el alfiler de Christine como en aquellos que, como ella, lucían en sus ropas idéntica clase de flor. Muchos llevaban consigo rosas verdaderas; otros, elaboradas con tela. Estaban prendidas de las capas, de los sombreros, de los jubones, de las hopalandas y cofias. El gesto de los Col se avinagraba cada vez que uno de esos caballeros o damas mandaba un saludo a la veneciana desde la distancia, o se acercaban, hablaban, le besaban la mano. Gontier alzó la vista a la gallera, que estaba más concurrida que nunca. Tampoco se libraba de rosas.

La extrañeza no fue solo cosa de los hermanos Col. Christine de Pizan notó algo inusual desde el momento mismo en que pisó el Hôtel de Bohême.

—Me miran como si estuviera entrando un unicornio al palacete del duque —dijo a Clémence—. Debe de ser este alfiler. Ya te dije que brillaba demasiado…

Al poco, empezaron a cruzarse con gente que lucía una rosa en su ropa. La dama se mostró aturdida, miraba a unos y otros, pero sin

decir nada. Clémence al ver las rosas sintió tanta felicidad que hubiera entrado dando saltos en la sala. Como se veía, no había secreto en el mundo que la boca de la Rumorosa pudiera guardar.

Pero, de repente, la felicidad de su corazón se tornó en desasosiego cuando un caballero, con rosa en la pechera, rogó a su maestra que le prestara atención un momento, porque lo que no había podido jurar con pluma lo debía hacer en viva voz, aunque sabía que otros muchos habían enviado el juramento a su casa.

Christine enarcó las cejas. Miró a Clémence y esta sintió que el corazón se le detenía allí mismo.

—Al buen amor juro y prometo, y a la flor llamada rosa —dijo aquel caballero bajando la cabeza en señal de respeto—, salvaguardar la fama de cada dama, protegerla en cualquier circunstancia y no difamar jamás a una mujer. Con este fin, tomo yo la Orden de la Rosa.

Christine miró a Clemence con cara de asombro. Al amable caballero le correspondió con una leve inclinación de cabeza. En ese momento, la pupila cerró los ojos. Deseó con todas sus fuerzas que el mármol se quebrara bajo sus pies y se la tragara allí mismo la tierra.

La dama observó la gente que iba entrando a la sala. Algunos, como el caballero que las acababa de dejar, portaban rosa. Giró, perpleja, la cabeza hacia Clémence. Ella enrojeció.

—Os pido perdón, Christine…, sí, sí, os ruego que me perdonéis, pero estaba desesperada, muy desesperada. Tomé el juramento de vuestro cuento, sí…, y lo de la orden también. Os juro que pensé y pensé, pero no vi un modo de ayudaros que no fuera este…, os lo juro, os lo juro, creedme, os lo juro por la abadía de Saint-Sulpice.

Su maestra cambió el gesto de estupor por risas.

—No me lo puedo creer —repetía—, cómo se te ha podido ocurrir tal cosa, tal insensatez, por Dios bendito, Clémence.

Ella le preguntó si, entonces, no estaba enfadada. La dama negó con la cabeza con cara de no salir del asombro.

—Veo que tienes mucho que contarme, damisela…, pero ahora tenemos que entrar. No hay mayor descortesía que llegar tarde a una cita.

Christine, tras avanzar un poco, se detuvo en seco.

—Y el alfiler…

Clémence se ruborizó.

—Es que…, vos sois la Guardiana, la Guardiana de la Rosa.

—¿La Guardiana?… Eso no está en mi cuento.

—Lo tuve que añadir yo —dijo un tanto avergonzada Clémence—. Es que… la orden sin una Guardiana de poco me servía.

Su maestra negó con la cabeza con gesto dulce. Acarició su alfiler. Respiró hondo y entraron. La Chambre Valois parecía una constelación con tantas velas encendidas. Un jardín con tanta flor. Nunca estuvo más hermosa. Nunca olió mejor.

—En vista de todo lo que has urdido, quizá debieras dejar de ser mi iluminadora —dijo su maestra en un susurro mientras se dirigían a los asientos.

Su pupila sintió una punzada en el pecho. Bajó la mirada. Deseó morir en ese mismo instante. Qué iba a hacer sin ella, qué es lo que podría hacer…

—Sí. Porque… —prosiguió diciendo Christine—, dada esa imaginación que te ronda por la cabeza, me pregunto si no sería mejor que sustituyeses pincel por pluma.

Clémence respiró aliviada.

—No, eso, nunca. No cambiaría por nada del mundo mis pinceles y pigmentos.

Ocuparon sus puestos en los asientos carmesíes.

Todos los ojos de la Chambre Valois estaban puestos en ellas dos.

Todos. Sin excepción.



75

Que el mundo se cubra de rosas

Desde su tierna infancia, Clémence aprendió que el silencio estaba relacionado con la humildad. Según la Regla de San Benito, manteniéndose calladas, las hermanas estaban en mejor disposición para escuchar a Dios. Y es que su voz no podía percibirse en medio del ruido; se necesitaba sosiego, quietud. El silencio, como tantas veces repitieran, primero las hermanas, luego los monjes en el *scriptorium*, era una fuente de armonía y de paz, tanto interior como exterior.

Silencio, hubo silencio. Un hermoso silencio reinó entre los asistentes de la Chambre Valois aquella tarde de miércoles. Y ese silencio hizo que la voz de Christine luciera con esplendor. Cierto es que, al principio, hubo algún intento por parte de los hermanos Col de encender la hoguera. Se dejaron oír algunas groseras voces desde los asientos ocupados por los estudiantes y maestros, pero, de inmediato, fueron acalladas por algunas rosas, que no parecían estar dispuestas a consentir el más mínimo oprobio hacia su Guardiana.

En la gallera, también hubo conatos de desorden incitados por los dos iracundos hermanos, pero los patanes que los protagonizaron

salieron mal parados, pues fueron arrastrados hasta el exterior por algunas rosas, las más fornidas de todas. Los llevaron en volandas sin mucho esfuerzo, como si en lugar de hombres cargasen con gorrioncillos famélicos. Vio satisfecha Clémence cómo las ofensas fueron acalladas y cómo las voces injuriosas desaparecieron de la sala. A los hermanos Col se les fue avinagrando el gesto. A Clémence, sin embargo, las pupilas se le engrandecieron, las mejillas le quemaban cada vez más. Giró la cara hacia su maestra y la encontró mirándola con ojos tiernos.

Tras sus habituales cuchicheos, los Col sustituyeron su ceño por gestos amables hacia Christine y los suyos. Pero qué falsos que eran, pensó Clémence. Recordó las palabras de su maestra. La debilidad llama al malvado, ante el fuerte se amilana. Estaba claro que así era. Estaban amilanados.

El estrado se encontraba preparado. Se habían colocado dos atriles enfrentados. En el de la izquierda se situó el Cuervo; en el de la derecha, la Guardiana. Comenzó el debate tomando la palabra el primero, el muy ilustre Gontier Col, secretario del rey, hombre de iglesia, tal y como fue previamente presentado. Muy solemne comenzó diciendo que la divina Escritura nos ordena que reprendamos y enmendemos al amigo en privado cuando lo veamos desviarse o cometer un error, y en el caso de no querer mejorar, que lo corrijamos en público.

—Os profeso un afecto leal, muy leal por vuestros méritos y virtudes —dijo Gontier, bien alto, posando su mirada en la Guardiana y luego en las rosas más próximas al estrado—, porque virtudes tenéis, es evidente, a pesar de ser mujer. Por ello, por el afecto que os tengo —Christine sonrió al escucharlo; Clémence se enardeció por

dentro—, por ese afecto, os exhorté por escrito, en privado, a que corrigierais vuestra postura sobre *El romance de la rosa*. Disculpé vuestras temerarias opiniones pensando que no eran fruto de la presunción, y preferí creer que, por el contrario, eran palabras simplemente imprudentes, consecuencia de la ignorancia. No me podréis discutir, señora mía, que no gozáis de la instrucción y sabiduría de aquellos a los que criticáis.

—Cierto es lo que decís —respondió Christine tomando la palabra —, pero por muy débil que sea para soportar la carga de oponerme a tan célebre autor y a todos los que tan enérgicamente lo defienden, mi limitada inteligencia e instrucción, como decís, ha querido y quiere dedicarse a debatir, humildemente, sobre el libro que nos reúne en este insigne Hôtel de Bohême. Me disculpo, de antemano, por carecer del lenguaje bello y la elocuencia que vos poseéis. Imposible es estar a vuestra altura. Me recriminái mi falta de instrucción y de saber, al menos, el que no iguale a la sabiduría que poseía vuestro querido Meun. Y, es cierto que él, como vos, me superáis largamente en todo. Ambos tuvisteis la oportunidad de aprender de ilustres maestros como los que hoy están aquí. Sois afortunados; lo fue él y lo habéis sido vos. Yo nací con cuerpo de mujer y eso me ha privado, como al resto de las mujeres, de vuestro privilegio, sí, lo oís bien, porque, para el que se le niega, la educación merece tal consideración. Lo que sé, poco o mucho, se lo debo a un padre que no hizo distingos entre hijos, ya fueran hembra o varón; me enseñó; me proporcionó libros; me instruyó en filosofía, retórica, latín. Me animó. Fueron, no obstante, simples migajas de su saber, nada comparable con vuestras posibilidades de formación. Así que, disculpadme, pero habré de enfrentarme a vuestra

sapiencia con mis limitadas armas. No os quepa la menor duda de que si la costumbre fuera mandar a las hembras a la escuela y luego a nuestra muy distinguida universidad, tal y como se hace con los varones, nada nos diferenciaría, y no podríais recriminarme, aquí y ahora, mi falta de instrucción. Debatiríamos en igualdad. Así que vuestro argumento, que solo ha pretendido subestimarme, tan solo pone en evidencia que, hoy, sois vos el caballo herrado, y yo el caballo, mejor dicho, la yegua —se escucharon risas en la sala—, la yegua que ha de correr descalza. Sin duda, vos cabalgáis, señor mío, con evidente ventaja.

Se volvieron a escuchar risas, esta vez más altas. La cara de Gontier Col enrojeció.

Si el Cuervo defendió al excelso autor y a su obra con vehemencia, Christine respondió que, aunque nadie podía negar la elocuencia de Meun, su obra carecía de utilidad, y alegó que pudo haber logrado lo que quería por medio de un lenguaje más refinado, sin esas exhortaciones tan engañosas e innobles, lo que habría atraído a los amantes elegantes y honorables, así como a cualquier persona virtuosa. Pero, no, en la obra las mentiras se mezclaban con las verdades, que quedaban escondidas y palidecían.

Clémence la escuchaba llena de admiración. No debía de haber una mujer como ella en todo el reino de Francia. Ninguna con su sabiduría, valentía y generosidad.

—… Por todo esto, afirmo, estimado señor, a vos y a los que como vos alaban *El romance de la rosa,* que a mi entender no es digno de alabanza. No merece ser coronado con laurel, como pretendéis, sino, a mi juicio, envuelto en un sudario, porque no es, como decís, espejo de la buena vida y ejemplo para todos. Fomenta el vicio, la

vida disoluta, la doctrina del engaño y la difamación pública. En definitiva, es una fuente de desvergüenza para muchos. Y como sabéis, la naturaleza humana está intrínsecamente inclinada al mal; no necesita que nadie le señale de qué pie cojea para caminar más erguido.

Gontier, cada vez que intervenía Christine, se mostraba más acalorado. La ceja la mantenía empinada, al filo de desaparecer.

—Os ruego mujer de gran ingenio, que conservéis el honor que habéis adquirido por vuestro intelecto y las afinadas habilidades lingüísticas. Si la gente os ha alabado por haber disparado una pequeña bala de cañón sobre las torres de Notre-Dame, no os pongáis por ello a prueba intentando alcanzar la luna con una flecha. Tened cuidado, tenedlo. No vayáis a ser como el cuervo, que porque la gente alabó su canto se puso a cantar más fuerte de lo que era su costumbre y dejó caer el bocado.

Ella adujo que nunca tuvo la presunción de disparar alto y que consideraba que su condición y sus conocimientos no eran grandes. No había nada más, excepto el amor al estudio y la vida solitaria, que era, precisamente, lo que le había permitido obtener florecillas del jardín, en lugar de ser capaz, por la debilidad de su entendimiento, de subir a los altos árboles y recoger los sabrosos frutos del saber. Y reconocía, no temía decirlo, que quizá muchos hubieran alabado su obra no tanto por su calidad y sabiduría, sino por la novedad de haber salido de la mano de una mujer.

—Sea como fuere, si de algo puede tachárseme no es, precisamente, del pecado de la presunción. Nadie hay más consciente que yo de mis limitaciones; de la cortedad de mis conocimientos comparados con el de muchos otros, como el de vos.

Insistió Gontier en la nobleza de la obra comentada, el admirable ingenio del autor y su útil enseñanza. Jean de Meun era, según dijo, docto en la santa teología, filósofo profundo, sabio excelente. Su gloria y reputación vivirían por siempre. Las páginas de su libro estaban repletas de ideas extraordinarias.

La Guardiana se reafirmó en que el libro vilipendiaba a todas las mujeres e instigaba a conductas perversas que fomentaban la vida disoluta, lo que no se podía tolerar. Si el *Arte de amar* de Ovidio merecía reproches, *El romance* los doblaba. Gontier dio un fuerte golpe que hizo temblar el atril. Se escucharon cuchicheos, risas, protestas.

Clémence percibió que los argumentos expresados por el Cuervo no sacudían en lo más mínimo las convicciones de su maestra, no parecían nublar sus pensamientos, hacerla dudar en lo más mínimo. Permanecía segura, inmutable, elocuente. Afirmó que le encantaban los libros hermosos, perspicaces y bien escritos; los buscaba y los leía con gusto, por muy rudimentaria que fuera su comprensión, y, dicho esto, añadió que si no le gustaba *El romance de la rosa* era, simple y enteramente, porque era una exhortación al mal, a la indecencia, que inspiraba todo menos el bien en los corazones de las personas que lo leían.

—¡La envidia os roe! —esputó con desdén Gontier—. Es solo la envidia la que os hace ver el *Romance* del modo en el que lo veis. Qué gran pena querer escribir como los doctos y ser incapaz de conseguirlo. Intuyo que debe de ser una gran frustración para una… para una simple mujer como vos. Ahora…, ahora lo entiendo, señora du Castel… —sonrió con desdén—, escuchándoos ahora entiendo, sí, que vuestro pobre esposo viajara tanto; debió de ser todo un

descanso marcharse para no volver. ¡Su alma sin duda hallaría en Beauvais la paz que nunca pudo encontrar estando con vos!

Gontier la miró con ojos que parecían brasas.

—A ver si vais a ser como aquella ramera griega que, como nos informa Cicerón, se atrevió a escribir contra un filósofo tan grande como Teofrasto.

Nada más pronunciar tales cosas, el Cuervo pareció aturdido, como si lo acabado de decir se le hubiera escapado del pico. Todo un bullicio se armó en la sala. Christine le miró con enorme tristeza. Las rosas comenzaron a proferir gritos en defensa de las mujeres y de su Guardiana. El orador palideció. Le temblaron las manos.

Cuando se recobró la calma, se escuchó el crujido de la puerta. Un caballero con toga y birrete caminó hacia los asientos carmesíes y se sentó en el reservado al canciller de la Universidad de París. Christine clavó la mirada en aquellos ojos, serenos y limpios, que tanto le recordaban a su padre. Al ver la rosa que tenía prendida en la capa, le sonrió. Se giró después hacia su adversario y dijo:

—Mi muy ilustre…, mi muy ilustre Gontier Col. Vuestras palabras son la evidencia de lo que mantengo. Vos, como el *Romance*, culpáis a la mujer de todo mal que sufre el varón; a mí, en particular, del que por la voluntad de Dios hubo de sufrir mi querido esposo… Adoráis un libro que mal ejemplo da. Me acabáis de citar a Teofrasto para insultarme. Parece que os habéis estudiado bien los consejos de vuestro querido Meun. ¡Ay, si hubiese creído a Teofrasto, nunca me habría casado! Él no considera prudente al hombre que toma esposa, sea bella o fea, pobre o rica, pues ese hombre llevará una vida penosa, llena de trabajos y fatigas, de disputas por el orgullo de las necias mujeres —añadió Christine, con la vista puesta en sus

papeles—. Sí, vuestro honorable Meun niega, en efecto, que exista una sola mujer honrada en la tierra y asegura que jamás se defendió una sola mujer ante quien se propuso tomarla. No hay término medio, incluso ellas se ofrecen cuando les faltan pretendientes. Eso, eso mantiene. Tales lindezas son escritas por vuestro predilecto autor, mi señor. Se recrea en la malicia de toda mujer, en sus ardides, en sus defectos. Nadie puede amar sin que la mujer le atormente, le aflija, y afirma que hallar una mujer buena es como buscar una de esas aves raras de la tierra. ¿Qué ejemplo pone, maestro Gontier? ¿Lo recordáis? Ah, sí, nos habla del ave fénix y del cisne negro. ¿Estoy en lo cierto? Hay muchos pasajes insidiosos en el libro que vos alabáis, ciertamente. Lo que cuento es un mero esbozo, porque hay tanto reprobable que necesitaríamos pernoctar hoy y mañana, y pasado mañana, para poder analizar todo lo nefasto que contiene.

Volvió a mirar los papeles.

—«Si encuentras una mujer casta, ve a arrodillarte al templo». ¿No es eso lo que también se dice, citando a Juvenal?… «Amigo, guárdate de caer en los lazos todopoderosos de la mujer, pues destruyen todo con sus artes».

Se escucharon murmuraciones por la sala.

—Negaréis que vuestro autor habla después de las adúlteras y de los pobres cornudos, o de que todas las mujeres son, serán o fueron rameras de hecho o de voluntad, pues, aunque se logre evitar la acción, nadie puede evitar la voluntad. ¿Sabéis lo que sostiene después? Ni con palizas ni injurias se les puede cambiar el corazón… ¿Queréis que siga leyendo a Meun?

El Cuervo y Christine se miraron fijamente, sin pestañear.

—Oh, mi noble señor Gontier Col, decidme si, después de escuchar aquí en alto tales afirmaciones del autor, seguís manteniendo ante todos los presentes que esta obra está repleta de ideas extraordinarias.

En la sala se escucharon algunas voces contra Meun y en apoyo de la Guardiana. Ella, entonces, giró la mirada hacia los asistentes.

—Esa mujer de la que habla Meun es vuestra esposa, vuestra hija, vuestra madre, vuestra prometida —dijo señalando a los caballeros más cercanos de la sala, tuvieran o no rosa.

Todo el mundo la observaba tan callado que, si hubiera caído al suelo una moneda, habría resonado como una campanada.

—Sois vosotras —dijo luego, señalándolas a ellas—, cada una de vosotras, damas, damiselas, mujeres de toda clase y condición. Sois vosotras, y también yo, las mujeres de las que tan cruelmente habla el celebérrimo Meun.

Hubo aplausos en apoyo de la voz de la Guardiana. Gontier no dejaba de mirar nervioso a todos lados.

Instó después Christine a todas las mujeres a que no se obstinasen en defender ideas frívolas o poco razonables ni recurriesen a actos o lenguaje escandalosos, tan poco apropiados para una mujer.

—… Que las jóvenes se comporten con pudor y discreción; que las viudas sean humildes de carácter, pero tengan arrojo frente a las dificultades…

Clémence la observaba con un nudo en la garganta. Cuántas ganas tenía de abrazarla. Pero, cuántas.

—… A todas vosotras, os repito, a todas, sin excepción, mujeres de alta, media y baja condición, que nunca os falte conciencia y

lucidez para defender vuestro honor contra todos. Veréis cómo los hombres os acusan de los peores defectos, pero quitadles la máscara y ¡que nuestras brillantes cualidades demuestren la falsedad de los ataques! De los ataques de ese libro y de tantos otros que lo precedieron, de tantos otros que lo han seguido y lo seguirán. Si las mujeres hubiésemos escrito los libros —añadió alzando un poco más la voz—, cuán distintos hubieran sido los hechos que se nos habrían contado. ¡Cuántas mujeres valerosas, sabias y prudentes habrían salido a la palestra y no habrían quedado sepultadas en el más ingrato de los olvidos!

Animó a todas a preservar su honor y su fama, a huir del insensato amor proclamado por Meun, de sus placenteros juegos que siempre terminan en perjuicio de ellas. «Huid, queridas amigas —les dijo—, de los labios y sonrisas que esconden envenenados dardos que os han de doler».

—¡Apuraos gustosas en el saber y cultivad vuestros méritos, que los tenéis, pese a lo que otros dicen, los tenéis! Y a vosotros, nobles caballeros, dignos varones, armados con vuestras rosas, no decaigáis en vuestro loable empeño de defender la dignidad de la mujer. Habréis de respetar con gentileza a cada dama como si de vuestra propia amada se tratara.

Muchas rosas se pusieron en pie al escucharla y ovacionaron a Christine.

—Doy gracias a Dios por vuestro valioso esfuerzo —dijo ella, finalmente, cuando se callaron—. Solo espero, solo deseo, desde lo más hondo de mi corazón, que allá a donde miremos una rosa se convierta en una docena, una docena en un centenar, un centenar en un millar. ¡Hagamos que el mundo se cubra de rosas!



76

Un caballo sin jinete

Cada vez que su esposo Étienne se marchaba de viaje, Christine entristecía. Pero, en esa ocasión, era distinto. Su marcha nunca le había provocado tal desazón. Le dijo a Ludovica que de buena gana le hubiera amarrado al árbol del jardín para que no partiera, pues había tenido un mal sueño que la torturaba.

Cuánto echaba de menos a su padre para que consultase a la luna y predijese si le era favorable o adversa la partida. Pero hacía ya cinco años que su alma vagaba por el firmamento siguiendo el curso de las estrellas melenudas.

—Buscad cualquier excusa, os lo ruego. Decidle al rey…, qué sé yo, que andáis enfermo, Étienne. No sois su único secretario, podrá vivir sin vos.

Su esposo no comprendía su angustia.

—Es un simple sueño, Christine, por todos los santos. Qué queréis que le diga a nuestro rey: «Su majestad, no os acompañaré a Beauvais porque mi esposa ha soñado dos noches seguidas lo mismo, que sonaba la aldaba, abrían el portón de la casa, y ahí estaba, mi caballo sin mí, bufando y golpeando nervioso el empedrado».

Étienne la abrazó. Le pidió que no se preocupara. Al fin y al cabo, Beauvais no estaba al otro lado del mundo, sino a un tiro de piedra de París.

—No voy a librar batalla, querida —decía Étienne sonriendo—, sino a ser testigo de la firma de documentos.

—¿Y si el sueño me advierte de algún peligro? Ya sabéis cómo anda la cabeza de nuestro rey. Cuando está fuera de sí, se pone violento, es capaz de cualquier cosa. Él no es como su padre.

Su esposo la tranquilizó diciéndole que su médico siempre lo acompañaba cargado de remedios para paliar sus crisis, y su astrólogo, que tan buena mano tenía, también.

—Ay, querida, sois digna hija de Tommaso. Siempre interpretándolo todo; pensando en predicciones, en destinos fijados por el universo… Pero por eso me casé con vos. En cuanto os vi en Saint-Pol me dije: «Esta criatura es distinta a todas, será la dueña de mi vida». Y así es. —Étienne la estrechó entre sus brazos.

Llevaban ya diez años casados y a Christine seguía costándole separarse de él como el primer día. A sus hijos, Jean y Marie, les había contado que la abuela Octavia se había llevado más de una rabieta cuando ella le rechazaba los pretendientes, diciéndole que solo se casaría por amor y no por conveniencia.

«"¡Por amor, por amor! —clamaba la abuela—. ¡Eso ha de venir después, hija mía! ¡Debes pensar en tu posición!". Menos mal que el abuelo me conocía bien y le respondía: "Octavia, querida, no insistáis más, que la niña es capaz de meterse monja antes de aceptar a esos vejestorios que le ofrecéis"».

Bien sabían los niños que sus padres se conocieron en una fiesta dada por Carlos V. Ella tenía catorce años cuando le presentaron a

Étienne du Castel, un doncel apuesto de veinticuatro, perteneciente a una respetable familia de Picardie. No se separaron durante toda la velada. Al año siguiente, las campanas de la iglesia de Saint-Julien-le Pauvre anunciaron con alegría su enlace. Decía Ludovica que estaban tan bellos que tenían que haberlos inmortalizado en un tapiz. *Per tutti i santi*, repetía, no había en todo París una pareja *più bella, più innamorata.*

Se acercaba la hora de la partida y Christine bajó a la caballeriza. Ahí estaba Étienne con el mozo de cuadra ultimando la partida.

—Se me olvidó decirte que no lo vistieses con la gualdrapa de paseo, sino con la del séquito real. Cámbiala.

Al ver a su esposa, le cogió la mano y salieron al jardín.

—¿Estáis ya más tranquila? —le preguntó con ojos dulces.

Ella asintió.

—Se os ve muy elegante y…, ay que ver ese muchacho, qué ocurrencia, vestiros al caballo de ordinario para acompañar al rey.

—Si lo llega a ver sin los colores reales me descabalga de un mandoble, no sería la primera vez que arremete contra quien le perturba —dijo Étienne riendo—, quizá, querida mía, de ahí venga lo del caballo sin jinete de vuestro sueño.

Marie y Jean llegaron corriendo. La niña se abrazó a sus piernas.

—Eres tan hermosa como tu madre —dijo el padre acariciándole el cabello—, pero ruego a Dios que seas menos supersticiosa que ella.

Christine negó con la cabeza.

—Y tú, Jean, te quedas como el hombre de la casa.

Le tendió la mano y el niño se la estrechó. El padre tiró de él y le abrazó. Luego le dijo con la vista puesta en su esposa:

—Cuida de esta bella dama, hijo. Mírala bien… Cuando crezcas no te conformes con un amor peor.

—¿Nos traeréis algo de Beauvais, padre? —preguntó Marie.

El mozo les interrumpió. Todo estaba listo y abrió la puerta de carruajes. Étienne salió montado a caballo. Parecía el rey. Christine se acercó y agarró las riendas.

—Étienne, prometedme que… —dijo ella.

Su esposo se dobló sobre el caballo, la atrajo hacia sí y la besó. Los niños, que les contemplaban desde la puerta, comenzaron a reír.



77

La Guardiana de la Rosa

Durante meses, no pararon de llegar juramentos y rosas a casa de Christine de Pizan. Ludovica no dejaba de estornudar. Decía que parecía que estaban en el mercado de las flores. Fue guardando los pétalos en bolsitas y las colocaba en los arcones, debajo de las almohadas, en las alacenas. La casa era un vergel.

La Guardiana andaba, somo siempre, enfrascada en su estudio. Estaba a punto de concluir su obra *La ciudad de las damas*, el libro del que decía sentirse más orgullosa. Clémence lo decoraba. Se esmeraba en incorporar hermosas figuras humanas, aves, florestas y dorados, tan relucientes que quemaban las pupilas cuando se miraban y los dedos cuando se acariciaban. ¡Qué hermosa ciudad había creado su maestra! No tenía igual. Una ciudad levantada con un mortero resistente e incorruptible, con sólidos cimientos, las más altas murallas, torreones con ondeantes baluartes e inexpugnables fosos. Una plaza bien defendida para acoger a todas las mujeres ilustres y dignas, poniendo al descubierto sus virtudes, sus proezas, su valentía, y expulsando del mundo la errada idea de que la mujer es necia por naturaleza, llena de maldad y suspicacias, de corta capacidad y propensa al vicio.

Ahí estaba Christine, la mejor guardiana que pudiera tener una rosa, para recordar a todo el que leyese su obra que fue, precisamente, una mujer, Artemisa, la que conquistó Rodas; Carmenta, la que inventó el alfabeto latino; Minerva, el hilado y cardado de la lana, o el arnés y las armaduras de acero que se veían en los combates; era de agradecer a Ceres el arte de labrar, y a Isis el de cultivar plantas y especias; qué decir de Safo, mujer que destacaba por todo su saber y erudición; o del gran valor de la reina Dido, fundadora de la ciudad de Cartago; allí estaban, también, por su bondad y conocimientos, Jantipa y Paulina, las respectivas esposas de Sócrates y Séneca. No solo ellos fueron sabios, no. Esas y tantas otras mujeres formaban parte de la honorable ciudad inventada por Christine, ilustrísima ciudad protegida y presidida por la mismísima Virgen María. Quién se atrevería a pensar o dejar salir de su boca ofensas ultrajantes contra la mujer cuando fue una de ellas, una mujer, precisamente, la elegida por Dios para tan alto cometido, ser la madre de su propio hijo. La madre de todos los hombres y mujeres de este mundo.

Una vez concluida la obra, harían entrega de ella a la reina, Isabeau de Baviera, que decía estar ya esperándola con interés. Ella sería su primera poseedora. Antes, eso sí, debían dejarla en manos de los copistas, quienes proporcionarían los ejemplares suficientes para entregarlos en cortes extranjeras.

Christine siguió acudiendo a los encuentros periódicos del Hôtel de Bohême. Siempre lo hacía con su bello alfiler prendido de su ropa. Los hermanos Gontier, desde el debate sobre *El romance de la rosa*, iban con menor frecuencia. Los asuntos del reino les mantenían, al parecer, muy ocupados, y más de una vez, incluso en el último

momento, mandaron a un lacayo con débiles disculpas para justificar la ausencia.

La pupila acompañaba a todas partes a su maestra. Dado que la Rumorosa creía que Clémence era su sobrina, hija huérfana de un hermano de su difunto esposo, todo el mundo en París pensaba lo mismo. La de la cornamenta, que ahora también lucía, aunque hiciera calor, capa con los bordes ribeteados de piel de armiño, fue la que hizo saber por toda la ciudad que la Guardiana iba a instalar en los bajos de su casa un taller para la iluminación y copia de sus obras, que sería regentado por su propia sobrina. En efecto, lo haría esa joven de ojos plateados, los más bellos que se hubieran visto por París. Eso lo iba diciendo a diestro y siniestro, por si algún caballero estaba interesado en sus servicios de mediadora para cortejar a la joven. La agraciada criatura, subrayaba, no solo podía presumir de ojos, sino de unas manos di-vi-nas. Según había podido saber, la decoración que había realizado para un trabajo de su tía había merecido tantos aplausos como el propio texto. ¡Radiante polvo celestial!, eso era lo que dijeron los que habían podido comprobar la calidad del dorado que había aplicado en…, cómo se llamaba… *El cuento de la rosa*, eso era.

Lucía un sol que hacía que hasta las tristes aguas del Sena parecieran esbozar una sonrisa. Clémence salió con Christine para recoger plumas en la rue Saint-Jacques y pinceles en la Montagne de Sainte-Geneviève. Ninguna quería dejar en manos de nadie, ni siquiera de Ludovica, la elección del material. Volvieron satisfechas por la calidad de sus utensilios y por el precio rebajado que, tras mucha negociación, habían conseguido.

Cuando llegaron a casa, Christine dijo que ningún sentido tenía que subieran los pinceles a la Torre Celestia, cuando pronto los precisarían ahí abajo, en el nuevo taller, instalado en una estancia del jardín que hasta entonces había permanecido desaprovechada. El taller estaba casi listo. Se habían tenido que retirar muebles viejos, cepillar paredes y enlucir baldosas. En todo ello colaboró su amiga Nicolette. Clémence rogó a su maestra que la tuviera un tiempo a prueba, que con el trasiego que iba a ver allí abajo sería conveniente tener una ayuda más para mantener el orden y la limpieza y atender a los recados. Le confesó que, además, se sentía mal, francamente muy mal, siendo ella tan afortunada y su amiga tan desgraciada. Ni una lavandera era ya la pobre; había que ver cómo la trataban en el Hôtel de Dieu. A la dama le pareció buena idea dado que Ludovica, cada día más limitada, no podía prescindir de Émilie para mantener la casa en orden. Necesitaban, ciertamente, algo de ayuda. Nicolette se esforzó mucho en adecentar aquella cueva abandonada. Contó con la inestimable ayuda del Gigantón. Cada vez que se ofrecía a ayudarla y retiraba con los robustos brazos los más pesados trastos como si fueran plumas, a ella se le despertaba el párpado rebelde y comenzaba a pestañear sin descanso.

Estaba colocando Clémence sus pinceles sobre la mesa del nuevo taller cuando escuchó gritos en el jardín. Salió rápido y se quedó pasmada al ver a su maestra girando en el aire, sujeta por los brazos de un apuesto joven, que reía tanto como ella lo hacía. «¡Madre, madre, cuánto os he extrañado!», decía. El barullo hizo que Ludovica asomase la cabeza por la ventana de la primera planta.

—*Per tutti i santi, il signorino della casa, il mio piccolo, mio piccolo.* ¡Jean!, ¡Jean!, ¡nuestro Jean!

Christine lloraba. Reía a la vez que lloraba.

Ludovica bajó a toda prisa y también se puso a llorar.

—¿Lo veis, lo veis? —repetía medio ahogada—. Y os reíais de mí cuando solo comía verduras. ¡El Señor vio con buenos ojos mi sacrificio!

Sentía Clémence la misma alegría que su maestra. Compartía todo su entusiasmo, su inmensa dicha, observando, ensimismada, bajo el quicio de la puerta del nuevo taller, cómo abrazaba al joven, cómo lo besaba, cómo lo volvía a abrazar, fuerte, muy fuerte, como si se lo fuesen a arrebatar.

—He temido tanto por ti, hijo mío… Cuánto, cuánto he rezado. Pero cuéntame, déjame que te vea…, estás tan alto…, tan fuerte…, tan… ¿Y esa barba? Por Dios, con la emoción ni me había dado cuenta. Tienes barba. Te fuiste niño y vuelves hecho todo un hombre.

A su madre se le iluminó la cara.

—Cuánto te pareces a tu padre, mi querido Jean, es como tenerle de nuevo ante mí… Es como estar junto a Étienne.

La puerta del taller crujió al apoyarse en ella, sin querer, Clémence.

—Pero qué haces ahí querida mía, ¡ven, ven aquí, por Dios! ¡Ha vuelto! ¡Ha vuelto Jean! Con lo mucho que te he hablado de él, ¡aquí está!, ¡al fin!

Ella, sonrojada, dio unos pasos hacia delante.

El joven, al verla, soltó la mano de su madre y también avanzó.

Christine se apresuró a presentarles.

Mientras ellos dos se miraban fijamente, intentó poner a su hijo al día. Ludovica, con los ojos lacrimosos y entre suspiros, no paraba de asentir.

Abadía… Monjes… Libro de horas… Torre Celestia… Orden de la Rosa… Iluminadora…

Clémence no la escuchaba.

Ni siquiera la veía.



Agradecimientos

Se ha hablado mucho acerca de la soledad de la escritura. Cierto es que, cuando una se pone a escribir, precisa de unas mínimas condiciones de aislamiento y concentración. Se transforma en tortuga. Esconde la cabeza y las patas en el caparazón y, allí recluida, incomunicada y defendida por ese duro escudo óseo, conecta consigo misma y comienza a fabular. Casi todo cabe; solo hay que dejarse llevar.

Sin embargo, si bien es cierto que he pasado muchas horas ahí metida, ni mucho menos considero que la creación de esta novela haya sido un viaje en solitario, sino todo lo contrario: para mí ha supuesto un maravilloso y largo trayecto en compañía, como una de esas alegres excursiones del colegio en las que uno se quedaba ronco de tanto cantar.

He tenido la suerte de vivir durante años, como suele decirse, entre dos aguas: con un pie posado en el Madrid del siglo XXI y otro en el París del siglo XV, esa ciudad que tantas veces he recorrido pensando en la trama, en los personajes, en los escenarios que había de recrear; tomando notas y medidas, haciendo fotos, fijándome en todo como si fuera la ayudante de Sherlock Holmes. Intentaba imaginarme cómo era la vida allí hace seiscientos años, qué pudo haber sentido una joven que se crio en clausura la primera

vez que contempló la imponente catedral de Notre-Dame. Y, observando sus torres, lo tuve muy claro: estremecimiento ante algo tan sublime. Debió de pensar que estaba, ciertamente, ante las mismísimas puertas del cielo.

En la oscuridad del caparazón he podido trasladarme a otra época, a otro mundo. He crecido en una abadía, he temblado escondida en lo alto de un campanario, he recogido muertos abandonados, me he manchado los dedos de tinta y pigmentos, he abrazado a una de las mujeres más extraordinarias que ha dado la historia y me he alegrado con cada rosa que se unía a la orden creada en defensa de la mujer.

El caparazón cada vez estaba más concurrido. No paraba de entrar gente: Clémence dando brincos con su cabra, la abadesa imponiendo castigos, el *pater* Oliverius repartiendo sensatez, Ludovica haciendo hueco para sus reliquias, el Jilguero tocando el tambor, la Rumorosa embistiendo con sus cuernos y Christine de Pizan poniendo los puntos sobre las íes. Ese tranquilo rincón se convirtió en el bullicioso camarote de los hermanos Marx.

Pero todo ese mundo, tan real para mí, no hubiera visto la luz sin el apoyo y la participación de muchas personas a las que aquí y ahora quiero mostrar todo mi cariño y gratitud.

Sin mi marido, Nacho, nada de esto se habría hecho realidad. En él encontré todo el apoyo y el espaldarazo que necesitaba para apuntarme hace ya un buen puñado de años a clases de escritura creativa. Siempre ve el vaso medio lleno cuando yo suelo verlo medio vacío, y me animó a hacerlo a pesar de los inconvenientes: horarios limitados, niños pequeños, la larga distancia desde casa al taller… «¡Apúntate y no lo pienses tanto!», me dijo. Le hice caso.

Aquello fue el inicio de todo lo que ha venido después: un curso, otro curso, estantes repletos de libros sobre técnica narrativa, festivos ante el ordenador escribiendo…

Cuando le comenté mi loca idea de escribir una novela, cómo no, hallé en él la misma actitud. Mi marido siempre ha creído más en mí que yo misma. Me comprendió, respaldó, animó e incluso espabiló cuando fue preciso. Aún recuerdo aquel expeditivo «¿Quieres dejar ya de documentarte y ponerte a escribir de una vez?». Y volví a hacerle caso. Dejé la plácida e interesante labor de investigación, me arremangué y me senté delante de la pantalla, frente al abismo que supone sacarte de dentro todo lo que bulle en ti desde hace años para plasmarlo sobre el papel. Gracias, mi querido Nacho, por tu apoyo, por las lecturas y relecturas del manuscrito, por tus consejos, por compartir el largo proceso de creación de la novela, por hacer conmigo este corto pero apasionante viaje que es la vida.

La misma gratitud les debo a nuestros hijos Marta, Ignacio y Javier, el sentido verdadero de nuestra existencia. A ellos se han unido Martijn y Lesly, y, fruto del amor y la felicidad, de momento, el pequeño Willem, nuestro jilguerillo Guillaume. Gracias a todos ellos por su paciencia, entendimiento y participación. Han compartido mi ilusión desde el primer momento; han soportado con estoicismo mis frecuentes despistes porque sabían que a veces, cuando me hablaban, yo apenas podía evitar que mi mente volara a otra época, a otra ciudad; han comprendido mi aislamiento; han sido partícipes del largo proceso narrativo y se han implicado leyendo y corrigiendo el texto y supliendo mi incapacidad con las nuevas tecnologías (debí de nacer yo también en la Edad Media…).

Para dar cuerpo y alma al personaje de Clémence no tuve otra cosa que echar mano de mis tres polluelos. Ellos fueron la arcilla que deposité en el torno para darle forma. A ella le atribuí las travesuras de Javi, la perspicacia de Ignacio, la perseverancia de Marta. Y, mientras el torno daba vueltas y más vueltas, iba añadiendo arcilla. Clémence tiene las inquietudes, la vitalidad y la fuerza de ellos tres, pero sobre todo, y lo que es más importante, también su buen corazón. Nunca pensé que escribiendo sobre la Edad Media uno pudiera hablar tanto de sí mismo y de aquellos que más estrechamente lo rodean. Esta novela es muy especial porque está repleta de guiños a la gente que quiero.

Como es lógico, no puedo dejar de mencionar a mis padres. Creo que la escritura es simplemente la consecuencia de la pasión por la lectura, ese sano vicio que ambos me inculcaron. Solo alguien tan especial como mi madre podía tener la genial idea de que el Ratoncito Pérez cambiase mi primer diente de leche por un hermoso libro con la cubierta rosa y acolchada repleto de pictogramas y palabras desconocidas. Era maravilloso, tan grande que tenía que sentarme y colocármelo en el regazo para poder abrirlo bien. A él le siguieron tantos otros, como las aventuras de Patricia y Nacho y, más tarde, mi querida colección de Puck. Luego fue mi padre quien, ya en mi juventud, con ese terreno tan bien abonado por ella, me descubrió el mundo de la literatura poniendo en mis manos todos sus libros: obras completas de los maestros rusos, de Shakespeare o de Cervantes, que acompañó de magistrales voces femeninas que me entusiasmaron, como las de Pearl S. Buck, Emily Brontë, Daphne du Maurier o Ana María Matute. Mi debilidad por Flaubert, García Márquez o Truman Capote llegaría después, como también lo hizo mi

afición por disfrutar de la mirada especial con la que muchas mujeres entienden y cuentan la vida: Isabel Allende, Rosa Montero, Annie Ernaux o Virginia Woolf, entre otras.

Pero mi gratitud no termina ahí, claro que no. Hay una persona muy especial a la que le debo muchísimo: el escritor Juan Jacinto Muñoz-Rengel. De él llevo media vida, y no exagero, aprendiendo. Fue mi profesor en aquel primer taller de escritura creativa al que me apunté y en el que aprendí la técnica narrativa y la mecánica de la ficción. Han pasado ya muchos años de aquello, y, lejos de haber roto el cordón umbilical, aún sigo escribiendo bajo su atenta mirada, atesorando sus consejos y enmendando mis errores. Lo hago en su Escuela de Imaginadores, un lugar que reúne a apasionados de la literatura y la escritura y donde aprendemos los unos de los otros redactando, analizando y discutiendo. En ese espacio, nuestro particular Hôtel de Bohême, se ha cocinado a fuego lento esta novela, sin prisa pero sin pausa; sin grandes pretensiones, tan solo por el placer de escribir y cumplir lo que era, simplemente, un reto personal y un sueño. Gracias, maestro, por tus buenos consejos, tu experta mirada, tu ilimitada generosidad y la amabilidad que te caracteriza.

Este agradecimiento quedaría injustamente incompleto sin dedicarle unas palabras al grupo editorial Penguin Random House, y más concretamente al sello Plaza & Janés, por apostar por mi manuscrito y hacer posible su publicación. Ellos, a base de amabilidad y profesionalidad, han hecho sencillo un proceso enormemente complejo. En particular quiero personificar ese agradecimiento en mi editor, Alberto Marcos, por el caluroso

entusiasmo que ha mostrado por esta novela y por sus buenos consejos para redondear el texto.

Por último, no puedo terminar sin darte las gracias a ti, lector, que viste este libro en una librería y te lo llevaste a casa. Espero no haberte defraudado. Me conformaría con que hayas disfrutado de esta historia la mitad de lo que yo lo he hecho al escribirla. Y deseo de corazón que tú también portes la insignia de la Orden de la Rosa, en defensa de la dignidad y protección que merece esa flor que, de forma tan inteligente como vehemente, supo reclamar Christine de Pizan.

Con todo mi afecto y gratitud,

NIEVES CORTE

El apasionante relato de la primera escritora profesional de la historia, Christine de Pizan, que luchó por defender la dignidad de la mujer en un mundo dominado por los hombres.



Siglo xv. La joven Clémence de Saint-Sulpice llega a París cuando arrasan la abadía en la que nació y creció. Buscando un propósito en su vida, se siente fascinada por la singular personalidad de Christine de Pizan, a quien en ese momento hostigan los hombres más eruditos de la ciudad. Pizan ha osado criticar la obra *El romance de la rosa*, de Jean de Meun, debido a la denigración de la mujer que muestra el autor en sus páginas. Cuando la participación en el debate deriva en acoso a la escritora, Clémence echará mano de toda su imaginación para ayudar a defenderla frente a aquellos que

tan injustamente la atacan. Para ello creará la Orden de la Rosa, pero ¿logrará acallar las voces injuriosas que se alzan en su contra?

En su primera novela, Nieves Corte ha escrito una emocionante aventura histórica sobre cómo un grupo de mujeres puso los cimientos de la lucha por la igualdad.

Nieves Corte es profesora de la Universidad Complutense de Madrid y letrada del Tribunal Constitucional. En su primera novela desarrolla una trama apasionante que nos sumerge en la figura de Christine de Pizan, la primera escritora profesional de la historia que tomó la pluma en defensa de la mujer.



Primera edición: febrero de 2026

© 2026, Nieves Corte
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Helena Boet Serrano
Fotografía de portada: © Richard Jenkins; © Trevillion

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-01-03806-8

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks

X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La guardiana de la rosa
1. Una gallina mal desplumada
2. Mi pequeño caracol
3. Un escondite
4. ¿Dios tiene pelo y uñas?
5. Ángel protector
6. Una cabra amiga
7. Los monjes de Évreux
8. El *pater* Oliverius
9. La adoración de la oblea
10. El libro del gigante
11. Un ratón de biblioteca
12. Ojos color panzaburro
13. Qué bien que hayas vuelto
14. La revelación
15. El agua apaga el fuego
16. El destierro
17. En cónclave
18. La fuerza del débil
19. Hablando de París
20. *Verba volant, scripta manent*
21. Hojas de acanto
22. Tienen que verlo
23. El libro de horas
24. ¡Nos atacan!
25. Paloma que vuela sin alas
26. El bastón de Dios
27. El mundo dejó de latir
28. Amarga despedida
29. ¡Hágase París!

30. Un «tú, recogida»
31. El Comecarne
32. ¡Cuerpo al carro!
33. Todo el mundo lo sabe. ¿Tú no?
34. El barrio de los libros
35. Hermanas de sangre
36. La más antigua soy yo
37. ¡Ladrona descarada!
38. Devorando los cielos
39. Olor a pez
40. Dulce despertar
41. Haciendo descubrimientos
42. *Addio, amico mio*
43. Encuentro con la dama
44. La mayor de las dichas
45. El estudio de Christine
46. La luna ilumina a todos por igual
47. Retorno al taller
48. El purgatorio de los libros
49. Las manos siempre bajas
50. La Rumorosa
51. Diente de perro
52. El concurso de poemas
53. Una lengua vil
54. Alma de iluminadora
55. Nuestra adorada Valentina
56. Los Cuervos
57. El camino que marcan las estrellas
58. El nuevo encargo
59. *El cuento de la rosa*
60. Un libro en boca de todos
61. La réplica
62. Habladurías

63. Un gato empeñado en ladrar
64. Un poco de paz
65. ¡A su tierra la veneciana!
66. La nave de los necios
67. Las alarmantes noticias
68. La Niña de la Vela
69. El plan
70. Los cómplices
71. El ensayo
72. La triquiñuela
73. Hacia el Hôtel de Bohême
74. El debate
75. Que el mundo se cubra de rosas
76. Un caballo sin jinete
77. La Guardiana de la Rosa
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Nieves Corte
Créditos